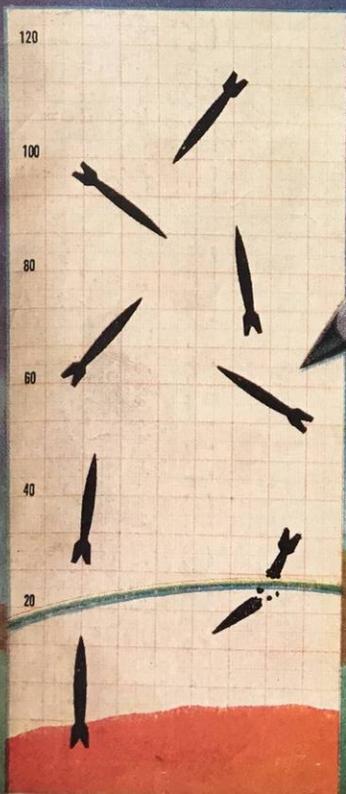


VOL. 3 N° 31 DICIEMBRE 1955

Mirada



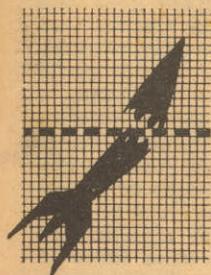
REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTIFICA



DESENLACE TRAGICO

El V-2 ha terminado su brillante y efimera carrera. Su impulso inicial logró llevarlo por encima de los 200 kilómetros de altura, pero la gravedad se impuso en definitiva y el cohete se estrelló a unos 80 kilómetros de distancia del lugar de lanzamiento, no sin antes partirse en dos pedazos al chocar contra la atmósfera. A la izquierda puede verse la sección que transportó los instrumentos registradores y las cámaras fotográficas. En el instante que ilustra la fotografía los técnicos realizan el delicado trabajo de extraerlos de las ruinas.

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

Trayectoria de la V-2. Contrariamente a lo que se cree, la V-2 cambia posiciones en su viaje y no llega entera a la tierra. Al chocar con la atmósfera, casi siempre se parte en dos. Véase la fotografía de la izquierda.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R. L.,
Av. Alem 884,
Bs. As., Rep. Argentina

novelas cortas:

- A LA CABEZA, por H. L. GOLD
La ciencia turfística triunfa donde la psiquiatría fracasa 72
- EL NIVELADOR Y EL FANTOCHE, por ALAN BARCLAY
Los robots tienen sus motivos para querer salvar al mundo 126

cuentos:

- YO SOY TU, por MURRAY LEINSTER
Un llamado en el presente, pero con fecha futura 6
- DESPEDAZADOS, por WILLIAM MORRISON
¿Confiaría usted en un médico que jamás ha visto un ser humano? 43
- LO UNICO NECESARIO, por ROBERT SHECKLEY
Una máquina perfecta..., pero con ideas propias 61
- UN HOMBRE ENCUMBRADO, por JOY CLARKE
Se elevó en la vida, sí, pero a las nubes... 119

aventuras de la mente:

- EL VIAJE, por WERNER VON BRAUN
La II parte de LA CONQUISTA DE LA LUNA, ilustrado por CHESLEY BONESTELL 28
- LA CRUZ DEL SUR, por WILLY LEY 25
- OTROS SATELITES DE LA TIERRA, por WILLY LEY 105
- VIDA DE PERRO 70

novedades cósmicas:

- LA SORPRESA DE CASITODO (editorial) .. 4
- ESPACIOTEST 58
- CORRESPONDENCIA: *Proyectiles dirigidos y respuestas científicas* 110
- SIN APELACION 164

La sorpresa

Los editoriales de MÁS ALLÁ tratan de temas variados, técnicos, literarios, psicológicos, filosóficos, sociales. Pero el tema fundamental, aunque no se lo declare explícitamente, es en todo caso la fantasía científica y sus infinitas facetas. Sólo por excepción se habla en ellos de la fantasía científica que se publica en la revista. El lector experto, hojeando los títulos, los subtítulos y las ilustraciones, puede juzgar un cuento antes de leerlo, pero es probable que su juicio lo induzca a error. La fantasía científica es uno de los géneros artísticos más difíciles de juzgar por las apariencias: ella depara continuas sorpresas, porque la sorpresa representa la esencia de su constitución, la característica básica de su espíritu.

Tomemos, por ejemplo, el ejemplar que usted, amigo lector, tiene en sus manos en estos instantes. Usted ya se habrá dado cuenta que, este mes, no publica MÁS ALLÁ una novela larga sino dos novelas cortas, y la acostumbrada serie de cuentos. Por la lectura de las palabras de presentación que acompañan cada título en la página del sumario, usted habrá notado también, probablemente, que ninguno de los cuentos y de las novelas son de excesiva dramática y violencia. Es un número que le brindará emociones delicadas, con numerosos toques de humorismo. De por sí, esto ya constituye una considerable sorpresa. Vea, por ejemplo, "A la cabeza". Puede parecer, a primera vista, un manual para ganar a las carre-

ras mediante un método psicológico. Nada de eso. En realidad, tiene muy poco que ver con los "burros": es una novela de sutil ironía, sardónica y fina, en la cual, detrás de la fachada chispeante y brillante, se exponen al desnudo ciertos defectos y ciertas flaquezas humanas. H. L. Gold es un escritor de fuerte y brillante personalidad, dotada de un estilo modernísimo, y no resulta siempre fácil entender la significación profunda de su piroteoría literaria. Gold es un experto en enfermedades mentales: los lectores recordarán "¡Y van tres!" (MÁS ALLÁ Nº 20) y "Los viejos mueren ricos" (MÁS ALLÁ Nº 2). Esos cuentos, en su oportunidad, ocasionaron reacciones muy diversas y también este tercero sacudirá algunas ocultas fibrillas espirituales de los lectores... Una sorpresa mental...

Menor compromiso constituye para los lectores "El nivelador y el fantoche", una novela de corte clásico. Alan Barclay, un escritor inglés que hace aquí su primera presentación al público de habla castellana, no ahonda problemas complejos, sino que manifiesta una extraordinaria habilidad en el acopiamiento entretenidísimo de situaciones dignas de "Los tres mosqueteros" con un ambiente de un porvenir lejanísimo. El absurdo deliberado de ciertos detalles ilumina todo el cuento de un humorismo contenido y devastador. Una sorpresa casi exclusivamente literaria...

Leinster es un viejo conocido: los fieles de MÁS ALLÁ recordarán,

de casitodo

entre otros, su "Fugitivo del espacio" (MÁS ALLÁ Nº 24) y, aunque haya pasado mucho tiempo, el sensacional cuento "Los sentimentalistas" (MÁS ALLÁ Nº 3). Pero el Leinster de "Yo soy tú" es un Leinster muy poco leinsteriano: no hay habitantes tremendos de desconocidos planetas, ni sentimientos o sentidos superhumanos. Los personajes son comunes y sencillos, y el tema es conocido: la posibilidad de trasladarse al futuro. Pero, sobre él, este nuevo Leinster constituye un drama que posee el encanto de una deliciosa comedia y la emoción de una aventura hacia lo inconcebible. Una sorpresa tonal...

Y así por el estilo. Nuestra vida está llena de sorpresas, y las sorpresas son cada vez más sorprendidas. Lo extraño de esto es que no ocurra lo que "razonablemente" debería ocurrir: que la realidad, al acercarse al reino de lo imaginario (es decir, de lo imaginado precedentemente, termine con la fantasía, la sofoque, le quite brillo e interés, la vuelva ridícula e insabora.

Cuando la energía atómica se vuelve objeto de competencia comercial — como ahora está sucediendo —; cuando en el Congreso de Estados Unidos se discute a qué comisión legislativa debe enviarse un proyecto de ley que fija los nombres de los satélites artificiales — como ha sucedido hace algunas semanas —; cuando una de las más importantes fábricas de aviones, la Glenn L. Martin Company, instala un laboratorio para estudiar experi-

mentalmente los viajes espaciales y la manera de sustraerse a la fuerza de gravedad — como se ha anunciado en las publicaciones técnicas —; cuando estas cosas ocurren todos los días, quiere decir que la humanidad implícitamente ha aceptado como parte de su mundo, como elemento de su vida diaria, el aprovechamiento de la energía atómica, el viaje interplanetario, el traslado a través de todos los espacios y de todos los tiempos.

Podría parecer que la función de la fantasía científica hubiera terminado. Todas estas hazañas que ahora son cosas comunes y corrientes constituían el campo de acción específico y exclusivo de la fantasía científica. Habiendo sido invadido este campo por la técnica y, lo que es aún peor, por el comercio, ¿qué le queda a la ambiciosa pero ya inútil fantasía científica? ¿Qué le queda?

Casi nada: solamente el porvenir.

La fantasía científica nació cuando el hombre se sintió capaz de franquear las barreras de sus prejuicios y las limitaciones de su físico. La fantasía científica le indicó el infinito.

En estos momentos, embriagado por sus triunfos, cegado por la deslumbrante sensación de haber alcanzado un poderío ilimitado, el hombre quizá pueda creer por un momento que lo sabe o lo domina todo o casi todo. La tarea de la fantasía científica es la de indicarle las dimensiones inconmensurables de ese casi.

eres?
una
ella
excus
él su
preg
tuvís
te a
tiem
te a
tram
rexo
lueg
y es
dadi
apre
nec
E
prof
sios
clar
pen
sólo
por
los
mal
E
más
hor
paq
son
me
sita
se
pal
ver
pa
18



Sam llevó una vida pacífica y humilde hasta que, en fecha presente, una voz conocidísima habló por teléfono con él, en fecha futura.

Yo soy tú

Ilustrado por MEL HUNTER

por MURRAY LEINSTER



NO es de esperar que usted crea esta historia, y si interroga a Sam Yóder al respecto, es muy posible que él afirme que todo es mentira. Pero Sam es un poquito delicado en lo que a este caso se refiere. No desea que vuelva a suscitarse la cuestión de su vida íntima... y menos aún que el asunto llegue a oídos de Rosie. Hay también otras cuestiones. Pero todo es perfectamente honesto y respetable.

Podría haberle ocurrido a cualquiera...; bueno, a cualquiera no; digamos más bien que a cualquiera que fuese reparador de líneas telefónicas de la Compañía de Teléfonos de Batesville y Rappahannock, que estuviese comprometido con Rosie y a quien ésta le hubiese dicho, con tono admirativo, que un hombre tan listo como él tenía la obligación de hacer algo maravilloso de sí mismo; a cualquiera,

desde luego, que se hubiese tomado en serio esas palabras y estuviste tratando de idear un artefacto para que fuera posible mantener conversaciones privadas en una línea de circuito múltiple (es decir, una línea que sirve para varios abonados a un tiempo), y se hallara a punto de lograrlo.

La cosa empezó a eso de las seis de la tarde del día dos de julio, cuando Sam estaba trepando en un poste telefónico, cerca de la Curva del Puente, procurando determinar el lugar en que había quedado interrumpida una de esas líneas de circuito múltiple. Había concentrado ya su teléfono portátil y no podía comunicarse con la Central, de modo que se disponía a localizar la interrupción cuando sonó el timbre de su aparato, no obstante haber verificado, hacía un momento, que la línea no funcionaba.

Sobresaltado, se llevó el receptor al oído.

—Hola. ¿Quién habla?

—Tú —repuso una voz.

—¿Cómo?... ¿Quién eres tú?

—Yo soy tú.

—Pero... ¿quién habla?

—Hablas tú —insistió una voz—; tú, Sam Yóder. ¿No reconoces tu propia voz? Eres tú mismo, Sam Yóder, llamando en el día doce de julio. ¡No cortes!

SAM ni siquiera había pensado en scortar. Se sentía fastidiado. Estaba en lo alto de un poste telefónico, efectuando un trabajo, sostenido por su cinturón de seguridad, y con los ganchos trepadores firmemente clavados en la madera. Naturalmente, pensó que alguien pretendía bromear con él, y cuando un hombre está trabajando, no es el momento para bromas.

—Yo no voy a cortar —repuso con acritud—; pero no estaría mal que cortaras tú.

La voz le resultaba familiar aunque

él no podía personalizarla con exactitud. Si la oyera hablar un poquito más la identificaría sin duda alguna. Conocíala casi tan bien como a la suya propia y era verdaderamente irri tante no poder llamar por su nombre a aquel bromista.

—Sam, donde tú estás es dos de julio —prosiguió la voz—, y te encuentras trepado en un poste, cerca de la Curva del Puente. La línea está interrumpida; de otro modo, yo no podría hablar contigo. Es una suerte, ¿verdad?

—Quienquiera que seas —dijo Sam con energía—, no te será muy grato cuando alguna vez necesites llamar a reparaciones si ahora sigues haciéndome perder el tiempo. ¡Estoy muy ocupado!

—¡Pero yo soy tú! —insistió la voz persuasivamente—. ¡Y tú eres yo! Ambos somos el mismo Sam Yóder, sólo que donde yo estoy es doce de julio y donde estás tú es dos, también de julio. ¿Has oído hablar de los viajes en el tiempo?... Pues bien, esto es una conversación a través del tiempo. Tú estás hablando contigo mismo, es decir, conmigo; y yo, a mi vez, estoy hablando conmigo mismo, o sea, contigo. Y tengo la impresión de que se nos presenta una magnífica oportunidad de hacernos ricos.

En aquel momento algo cobró sentido en la memoria de Sam. Todos los músculos de su cuerpo se pusieron en tensión, aunque él, en su fuero interno, se decía:

“¡No puede ser!”.

Pero acababa de reconocer que si un hombre se colocaba en un rincón y habla hacia la pared, su voz le sonará tal como suena para los demás. Alguna vez había hecho la prueba, y ahora reconocía la voz. Era la suya, la suya propia, hablando consigo mismo; lo cual, por supuesto, era imposible.

—Mira —dijo roncamente—, no te creo una sola palabra.

—Entonces, escucha —replicó la voz vivamente.

Y Sam sintió que la sangre se le agolpaba en el rostro, y las orejas le ardían; porque la voz, su propia voz, le estaba hablando de asuntos estrictamente privados de los que nadie más en el mundo estaba enterado: nadie más que él y Rosie, por supuesto.

—¡Basta! —gimió Sam—. ¡Alguien puede estar escuchando! ¡Dime qué quieres, y cuelga!

La voz, aquella voz de sí mismo, le habló en tono de satisfacción; le dijo exactamente lo que quería que él hiciera; luego, con toda amabilidad, le indicó los lugares donde estaban las dos interrupciones de la línea, y por último se extinguió.

Y Sam empezó a transpirar cuando llegó al primero de los dos lugares. Había una conexión floja. No le costó mucho dejarla en conliciones. Estaba exactamente donde su voz le había indicado. Y eso era tan imposible... ¡imposible!

Cuando hubo arreglado la segunda avería llamó a la Central. A la operadora le dijo que no se sentía bien; que se iba a marchar a su casa y que si ese día llamaban para reparar algún aparato, el abonado tendría que arreglárselas de cualquier modo, sin el servicio telefónico.

Se fué, pues, a su casa; se lavó la cara; preparó una taza de café, y se la bebió de un sorbo. Su memoria seguía intacta. Muy pronto empezó a rezongar consigo mismo.

—En mi familia no hay ningún loco —dijo desafiante—, de modo que no es probable que yo me haya trastornado. Pero Dios sabe que nadie más que Rosie me ha oído decir que tiene una bonita naricilla y otras cosas por el estilo. ¡Y no puedo creer

que ella se haya puesto a divulgar!

Hablar con uno mismo no es nada anormal. Mucha gente lo hace. Pero Sam no paró mientras en la conclusión que se derivaba del hecho de que él se contestaba también a sí mismo.

—Si alguien va de aquí a Rappahannock, pasando por Dunsville —razonó penosamente—, y me telefona desde Rappahannock para decirme que hay un incendio de montes en Dunsville, no me sorprendería nada llegar a Dunsville y encontrar allí el incendio. De modo que si alguien hoy me telefona desde el próximo jueves, para decirme que el señor Broaddus se rompió una pierna el próximo martes... pues no debería sorprenderme llegar el próximo martes y encontrar que en realidad ocurrió tal cosa. Entre ir a Rappahannock, pasando por Dunsville, e ir al próximo jueves, pasando por el próximo martes, no hay gran diferencia: la misma que puede haber, en todo caso, entre un mapa de caminos y un calendario.

Entonces empezó a sacar deducciones del asunto. Pestañeó varias veces, asombrado.

—¡Caramba! —exclamó despavorido—, no habría pensado en eso si yo no me lo hubiese dicho a mí mismo, por teléfono; ¡pero con esto se puede hacer mucho dinero! ¡Debo de ser casi tan listo como Rosie piensa que soy! Lo mejor sería que me ponga a construir en seguida ese artefacto.

Ya había logrado, sin mayor entusiasmo, dar forma a la idea de cómo sería posible que nadie pudiera inmiscuirse en una conversación por teléfono de línea múltiple, y por puro instinto (vamos a llamarlo así) había ido acumulando en su casa un montón de materiales que deberían haber estado en el inventario de la compañía telefónica. Andaban por allí condensadores, transformadores, timbres diferenciales, resistencias y otros chismes por el es-

tilo. Tenía intención de armar algo con todo eso algún día; pero, hasta el momento, había estado demasiado ocupado cortejando a Rosie.

AHORA se puso a trabajar de firme. Su propia voz le había dicho por teléfono que lo hiciera. Le había advertido, además, que una de las cosas que él tenía pensadas no daría el resultado deseado, y que en cambio con otra que le indicó lo lograría. En definitiva, se trataba de algo esencialmente simple. Una vez terminado, cortó la conexión de su línea con la Central y colocó el flamante mecanismo. Hizo sonar el timbre. Medio minuto después, alguien contestó.

—¡Hola! —dijo Sam, tembloroso.

Recordemos que había cortado su conexión con la Central; de modo que, en teoría, no debería haber logrado comunicarse con nadie, donde quiera que fuese. Pero una voz muy familiar le respondió:

—¡Hola!

Sam tragó saliva y dijo:

—Hola, Sam. Hablas tú, en el día dos de julio.

Desde el otro extremo, la voz repuso cordialmente que Sam había hecho un trabajo bastante bueno y que ahora los dos (el Sam del presente y el que estaba a mediados de la siguiente semana) procederían a enriquecerse juntos. Pero la voz que hablaba en doce de julio, tenía un tono menos absorbido en la conversación de lo que a Sam le pareció en un principio; en

realidad, hasta daba la impresión de estar distraída. En cuanto a él, se hallaba trasuntado por lo irrazonable de la situación y al mismo tiempo consciente de que se merecía una congratulación por la maquinaria de alta perfección técnica que había construido. En verdad, no cualquiera era capaz de armar un aparato para conversar a través del tiempo.

—Si estás demasiado ocupado para hablar... —dijo con cierta ironía.

—Te diré —repuso la voz del doce de julio, complacida—: en realidad estoy un poco ocupada en este momento. Ya lo comprenderás cuando llegues donde yo estoy. No te enojés, Sam. Mira; lo que tienes que hacer ahora es ir a ver a Rosie y hablarle de esto. Y que pases una noche feliz. ¡Ja, ja, ja!

—¿A qué viene ahora esa risa? —inquirió Sam irritado.

—Ya te vas a enterar —dijo la voz—. Sabiendo lo que yo sé, hasta tendría que duplicarla: ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Se oyó un chasquido, y la comunicación quedó cortada. Sam volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta. Quizá él, en la historia, fuera el primer hombre que sentía un disgusto objetivo y completamente justificado hacia sí mismo. Pero muy pronto murmuró con un gruñido:

—Eres listo, ¿eh? Dos podemos tomar esto a juego; pero yo soy el que tendrá que hacer las cosas si ambos hemos de enriquecernos.

Guardó cuidadosamente el aparati-

to, y después de peinarse y comer cualquier cosa fría que encontraba en la casa, fué a ver a Rosie. Era una noche que ordinariamente habría invitado al romanticismo. En el aire cálido bailoteaban las luciérnagas, la luna brillaba espléndidamente y una brisa perfumada llevaba mariposas de un lado a otro. Era una de esas noches en las que, habitualmente, Sam no habría pensando en nada más que en Rosie, y ésta habría sustentado ideas optimistas de cómo se podía mantener una casa con lo que Sam ganaba semanalmente.

Fueron a instalarse en la hamaca del porche, en casa de Rosie, y Sam dijo con gran optimismo:

—Rosie querida, he resuelto por fin enriquecerme. Tú debes tener todo lo que tu coranzoncito desea. ¿Qué te parece si me dices lo que quieres para que yo sepa cuánto tengo que llegar a ganar?

ROSIE se echó hacia atrás y miró severamente a Sam.

—¿Te sientes bien? —le preguntó.

El la miró rebosante de alegría. Nunca había estado casado y no se le ocurría que a Rosie pudiera parecerle tan desatinado que se le preguntara cuánto dinero la satisfaría. Simplemente, no había respuesta alguna para esa pregunta.

—Escucha —dijo Sam tiernamente—. Nadie lo sabe, pero esta noche Joe Hunt y la viuda Backus se fugan a Carolina del Norte para casarse. Mañana tendremos confirmación de ello. Y pasado mañana, cuatro de julio, Dunnsville va a ganar el partido de fútbol con Bradensburg, por tres a dos. Irán empatados hasta los veinte minutos del segundo tiempo. Después George Peeby va a hacerle un pase a Fred Holmes, que marcará el gol de la victoria.

Rosie lo miró fijamente. Sam expli-

có el asunto con complacencia. El Sam Yóder de mediados de la semana siguiente le había dicho todo lo que podía ocurrir en esos casos particulares. Ya le iría adelantando también otras cosas. De modo que, así, él podría enriquecerse.

—¡Sam! —exclamó Rosie—, ¡alguien ha estado haciéndote una broma!

—¡Ah!, ¿sí? —Replicó Sam tranquilamente—. ¿Quién más que yo sabe lo que tú me dijiste aquella vez que creías que estaba enojado contigo y te pusiste a llorar detrás de la represa?

—¡Sam!

—Y nadie, fuera de nosotros dos, está enterado de lo que pasó aquella vez que fuimos de picnic y te entó un bicho por el escote de atrás de tu vestido, y tú creías que era una avispa.

—¡Sam Yóder! —gimoteó Rosie—. Tú nunca le hablaste a nadie de eso, ¿verdad?

—No —repuso Sam sinceramente—; jamás; pero mi yo que se encuentra en la próxima semana lo sabía. El me lo dijo palabra por palabra; de modo que no podía ser otra cosa que yo hablando conmigo mismo.

Rosie lanzó un gemido de consternación. Sam volvió a explicarle punto por punto toda la cuestión. Cuando hubo finalizado, Rosie parecía aturdida.

De pronto, dijo desesperadamente:

—¡Sam! O bien tú le has contado a... a alguien todo lo que nosotros hemos dicho o..., hecho juntos, o bien hay alguien que..., que conoce cada palabra que nos hemos dicho. ¡Eso es horrible! ¿Pretendes decirme sincera y realmente...?

—¡Claro que sí! —la interrumpió Sam—. Mi yo que se encuentra en la semana próxima me llamó y habló de cosas que nadie sabe, excepto tú y yo. No puede haber la menor duda.

Rosie se estremeció diciendo:

Léase antes de naufragar

UN médico de la marina francesa ha declarado que, según experiencias efectuadas por voluntarios, un naufrago puede vivir seis días con agua de mar, la cual, ingerida de a 50 cm³, preserva completamente de la sed y disminuye el hambre. Pasados los seis días, la ingestión de agua de mar se hace más peligrosa.

—¡El... él sabe palabra por palabra todo lo que nos hemos dicho! Entonces, ¿sabe también lo que nos estamos diciendo ahora? —tragó saliva—. ¡Sam Yóder, vete a tu casa!

Sam la miró boquiabierto. Ella se levantó y retrocedió unos pasos lentamente.

—¿Tú te cres —gimió desesperada— que yo... que yo voy a hablar... contigo, sabiendo que... que hay alguien que escucha todo lo que te digo... y conoce todo lo que hago? ¿Tú te crees... que voy... que voy a casarme contigo?

Luego echó a correr llorando ruidosamente, y de un golpe cerró la puerta en las narices de Sam. Al poco tiempo salió el padre de la muchacha, y con su inagotable paciencia le pidió a Sam que se marchara a su casa; así Rosie terminaría de llorar de una buena vez y él podría leer en paz su periódico.

EN el camino de regreso a su casa Sam iba sumido en lúgubres reflexiones. Cuando llegó estaba furioso. ¡Su yo de la próxima semana podía haberle avisado lo que iba a pasar!

Con su paratito conectado en la línea interrumpida, llamó multitud de veces para comunicarse con el doce de julio. No obtuvo respuesta alguna.

A la mañana siguiente volvió a llamar; pero el teléfono seguía silencioso. Cargó su caja de herramientas en la camioneta y se fué a trabajar, sintiéndose casi tan deprimido como podía estarlo un hombre en tales circunstancias.

Se sintió aun más deprimido cuando llamó a la oficina y alguien le informó, con voz excitada, que Joe Hunt y la viuda Backus se habían fugado a Carolina del Norte para casarse. Lo cierto es que nadie los habría detenido si se hubiesen casado prosaicamente en el pueblo; pero ellos se fugaron para que resultara más romántico.

A Sam, sin embargo, no le parecía nada romántico. Aquello era una prueba rotunda de que a diez días de distancia estaba su otro yo, sabiendo todo lo que él sabía y algo más, y muy probablemente desternillándose de risa ante el tremendo aprieto en que Sam se hallaba; porque era evidente que Rosie quedaría más convencida cuando se enterara de estas noticias. Comprobaría así que Sam no estaba loco ni era víctima de algún bromista. El le había dicho la pura verdad.

No era la primera vez que un hombre tenía un disgusto con una mujer, por decirle la verdad; pero para Sam era nuevo y le dolió.

Ese día se fué a Bradensburg a reparar algunas interrupciones en las líneas y alrededor de mediodía entró en un restaurante para comer algo. Había allí algunos deportistas locales, fanfarroneando sobre lo que el equipo de fútbol de Bradensburg le haría al once de Dunnsville.

—¡Bah! —dijo Sam displicente—. Dunnsville ganará ese partido por tres a dos.

—¿Estás dispuesto a respaldar eso con unos dólares? —inquirió belicosamente uno de los locales—. Si los tienes, ya puedes ir poniendo uno sobre otro para que alguien los vaya cubriendo.

Sam quiso echarse atrás, pero ya había despertado el orgullo cívico de Bradensburg, y cuando quiso contemporizar, se burlaron de él. Al cabo, sacó filosóficamente todo el dinero que llevaba encima: once dólares. Al instante le cubrieron la apuesta, entre roncadas carcajadas. De regreso a Batesville, reflexionó tristemente en que iba a ganar once dólares por saber lo que ocurriría a los veinte minutos del segundo tiempo en el partido de fútbol, pero probablemente eso le costaría perder a Rosie.

AQUELLA noche se intentó nuevamente llamar a su otro yo. No obtuvo tampoco respuesta. Desconectó el aparato y restableció el servicio normal para su línea. Llamó entonces a casa de Rosie. Ella misma acudió al teléfono.

—Rosie querida —preguntó Sam anhelosamente—, ¿todavía estás enojada conmigo?

—Contigo nunca lo he estado —repuso ella—, sino con quienquiera que sea el que te habló por teléfono y conoce todos nuestros secretos. Me enojaría contigo si supiera que tú se los contaste.

—¡Pero si yo no tuve necesidad de contarle nada! ¡El es yo! Lo único que él hace es recordar. Quise llamarlo anoche, y otra vez esta mañana —agregó amargamente—; pero no contesta. Quizá se haya ido a alguna otra parte. Estoy pensando si no habrá sido quizá una... una especie de ilusión.

—Tú me dijiste que anoche abría una fuga —replicó Rosie con voz vacilante—, y así fué: Joe Hunt y la viuda Backus; tal como tú dijiste.

—Puede haber sido... una coincidencia —sugirió Sam, no muy confiado.

—Estoy esperando para ver si mañana Dunnsville le gana a Bradensburg por tres a dos, y si Fred Holmes va a marcar el gol de la victoria con un pase que le hará George Peeby a los veinte minutos del segundo tiempo. Si eso ocurre... ¡me moriré de pena!

—¿Por qué?... —preguntó Sam.

—Porque querrá decir que jamás podré casarme contigo, pues alguien está continuamente vigilándote los pasos... y nunca en la vida podremos estar solos... ¡ni de día ni de noche!

Y con esto cortó la comunicación llorando, Sam lanzó en voz baja un denuesto ponzoñoso mientras volvía a conectar en su línea el aparatito que había armado y que, si no servía para

mantener una conversación privada en un circuito múltiple, le permitía a un hombre hablar consigo mismo a diez días del momento en que se hallaba. Luego llamó y llamó; pero no obtuvo respuesta.

Al día siguiente, en el gran partido del cuatro de julio, Dunnsville venció a Bradensburg por tres a dos. Iban empatados hasta los veinte minutos del segundo tiempo. Entonces George Peeby le hizo un pase a Fred Holmes, que pudo marcar así el gol de la victoria. Sam cobró sus ganancias, pero ceñudamente, sin alegría.

Esa noche se quedó en su casa, angustiado. De vez en cuando trataba de llamarse a sí mismo, por medio del artefacto que había inventado, y que había modificado por indicación de su otro yo. Era un magnífico artefacto; pero a Sam no le causaba satisfacción alguna. Y aunque la noche



—No; desintegradores no tienen... ¡Pero son peligrosísimos!

YO SOY TU

era también magnífica y con luna llena, tampoco Sam hallaba satisfacción en ella. De nada le servía la luz de la luna mientras hubiese otro "él" a mediados de la semana siguiente, rehusándose a hablarle para que pudiera salir del aprieto en que se hallaba.

A la mañana siguiente, sin embargo, el teléfono lo despertó. Por costumbre, le dirigió un impropio antes de levantarse, y entonces se dio cuenta de que su artefacto aún estaba conectado, y cortada la línea con la Central. De un salto llegó junto al aparato.

—¡Hola!

—No te enojés —dijo su propia voz con tonillo protector—. Rosie va a hacer las paces contigo.

—¿Cómo, demonios, sabes tú lo que va a hacer? —gritó Sam rabioso—. ¡Ni siquiera se casará conmigo mientras

sigas metiéndote en lo que no te importa! Estoy buscando la manera de librarme de ti...

—¡Tranquízate! —ordenó irritada la voz—. Estoy muy ocupado. Tengo que ir a cobrar el dinero que has ganado para nosotros.

—¿Tú a cobrar el dinero? Yo estoy metido en un lío terrible, ¿y tú vas a cobrar el dinero?

—Es necesario que lo haga antes que tú —dijo la voz con fingida paciencia de quien le habla a un chiquillo idiota—. Escucha esto: donde tú estás es miércoles; hoy vas a ir a Dunsville a arreglar algunos teléfonos, y a eso de las diez y media estarás en la oficina del abogado Broaddus. Mira por la ventana y fijate en un tipo sentado en un automóvil, frente al banco. ¡Fijate bien!

—No lo haré —replicó Sam desafiante—. No pienso recibir órdenes tuyas.



Quizá tú seas yo; pero yo gano el dinero y tú lo cobras. Además sé que te lo gastarás antes que llegue a mis manos. Me retiro ahora mismo de este negocio. Me ha costado mi único amor verdadero y toda la felicidad de mi vida. ¡Puedes irte al demonio!

—¿Que no harás lo que te digo? —preguntó aviesamente su propia voz—. ¡Espera y verás!

En efecto, esa mañana, cuando Sam fué a la Central para informarse del trabajo que había, el superintendente le dijo que fuera a Dunnsville a verificar allí el estado de algunas líneas. Sam se rebeló. Dijo que había en otras partes líneas mucho más importantes, que necesitaban reparación. El superintendente explicó a Sam, con toda cortesía, que el señor Broaddus, de Dunnsville, se había embriagado en una fiesta en que se festejaba el cuatro de julio, y había caído por una ventana, fracturándose una pierna. Era un deber cristiano asegurarse de que el teléfono de su oficina funcionara normalmente, y lo mejor que podía hacer Sam era ir allí inmediatamente.

En camino a Dunnsville, Sam recordó, malhumorado que él sabía de antemano lo de la pierna del señor Broaddus. Ya se lo había dicho a sí mismo por teléfono.

A la diez y media estaba reparando el teléfono del señor Broaddus cuando recordó lo del hombre en quien se suponía que tenía que fijarse bien, y que estaría sentado en un automóvil frente al banco. Irritado, se hizo la firme resolución de no mirar, bajo ninguna circunstancia, por la ventana de la oficina del abogado. Muy furioso, pensó que, de este modo, quedarían frustrados los proyectos de su otro yo del futuro.

Naturalmente, fué inmediatamente a la ventana y se asomó para mirar qué era lo que se iba a frustrar.

HABIA un automóvil estacionado frente al banco, con un hombre de pelo rubio al volante. Por el vapor que salía del caño de escape se notaba que el motor estaba en marcha. Nada de esto le parecía extraordinario a Sam. Pero mientras estaba mirando, otros dos hombres salieron corriendo del banco. Uno de ellos llevaba una bolsa. Ambos empuñaban revólveres. Se precipitaron dentro del coche. El pelirrubio apretó el acelerador y bruscamente el vehículo no fué más que una manchita en medio de una nube de polvo que se alejaba hacia las afueras de la ciudad.

Tres segundos después, el viejo señor Blúford, presidente del banco, salió gritando, y el cajero tras él; y, por lo que se podía oír, había sido un robo importante. Los hombres que acababan de huir en el automóvil se habían llevado treinta y cinco mil dólares.

Todo eso ocurrió con tanta rapidez que, cuando Sam salió para ver de qué se trataba, apenas si pudo darse cuenta de lo ocurrido, e inmediatamente lo requirieron para hacer un trabajo. Los asaltantes habían cortado de un tiro de escopeta el cable telefónico de la ciudad, de modo que no era posible dar la voz de alarma. A Sam lo necesitaban urgentemente, pues, para restablecer las comunicaciones con el mundo exterior.

Así lo hizo, reflexionando absorto en los detalles del robo, según los comentarios escuchados. Estaba trepado en lo alto de un poste telefónico, mientras el shériff acompañado de entusiastas ciudadanos pasaban velozmente en automóviles, haciendo su trabajo innecesario, cuando se le ocurrió pensar en el aspecto personal de todo este asunto.

—¡Por Dios! —exclamó sobresaltado—. Ese otro yo de la semana que viene me dijo que viniera aquí y viera

el robo de un banco; pero no soltó una palabra de cómo iba a suceder, para que yo pudiera impedirlo —sintió que una indignación de desconfianza lo dominaba—. Yo podría haber sido un héroe —se dijo resentido—. Y Rosie me habría admirado. ¡Ese otro yo mío es un perfecto cretino!

Luego comprendió la verdad de lo que pasaba. El otro yo era él mismo, sólo que a una semana y media de distancia en el tiempo. Y ese otro yo era tan pusilánime y cobarde que permitía que ocurriera un crimen, sin sentir otra cosa que un sarcástico regocijo.

Y él no podía hacer absolutamente nada para impedirlo; ¡ni siquiera denunciar ante las autoridades a este depravado personaje! No le creerían, a menos que lograra localizarlo telefónicamente para que confesara su criminalidad. Y aun así, ¿qué podrían hacerle?

Sam tuvo la impresión de que en adelante la vida le reservaba muy pocos placeres. Miró hacia el futuro y no vió nada deseable en él.

Finalizó concienzudamente la reparación de la línea dañada, bajó del poste y, subiendo a su camioneta, se fué directamente a casa de Rosie.

No había más que una cosa que él pudiera hacer.

ROSIE acudió desconfiadamente a la puerta.

—Vengo a decirte adiós, Rosie —murmuró Sam—. Acabo de descubrir que soy un criminal; de modo que me he propuesto marcharme y cometer mis crímenes lo más lejos posible de mi hogar y de los amigos que jamás pensaron que yo cambiaría hasta semejante degradación.

—¡Sam! —exclamó Rosie—. ¿Qué novedad ha ocurrido?

El muchacho le contó entonces lo del robo en el banco y cómo su pro-

pio yo (a diez días de la fecha) sabía que iba a ocurrir y le había dicho que fuera a presenciarlo, sin darle una información adecuada por medio de la cual se hubiese podido impedir el asalto.

—El lo supo después de ocurrir el hecho —agregó Sam amargamente—, ¡y pudo habérmelo contado de antemano! No lo hizo, de modo que es cómplice del crimen. El es yo, lo cual me convierte a mí también en cómplice. ¡Adiós, Rosie, mi único amor verdadero! ¡Jamás volverás a verme!

—¡Tú no te mueves de aquí! —ordenó firmemente Rosie—. No has cometido todavía el menor delito; de modo que el criminal es ese otro yo tuyo. Tú no tienes ningún motivo para huir.

—Pero voy a tenerlo. Estoy predestinado a ser un criminal, o sea, ese otro yo de la semana que viene. No se puede hacer absolutamente nada para impedirlo.

—¿Quién dice eso? ¡Yo voy a hacer algo!

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sam.

—Voy a reformarte —repuso Rosie—, antes que empieces...

ESTA Rosie era una muchacha decidida. Volvió a entrar a su casa; se puso el overol azul; luego fué a la leñera, donde su padre guardaba las herramientas, y, tomando una llave inglesa, la metió en el bolsillo de atrás.

Cuando llegó junto a la camioneta, Sam preguntó:

—¿Qué te propones, Rosie?

—Voy a ir contigo a todas partes —replicó ella con aire ceñudo—. Estando yo cerca no cometerás delito alguno; tenlo por cierto. Y si ese otro tú empieza a hablarte por teléfono, voy a trepar al poste donde tú estés, y le cantaré cuatro frescas.

—Si hay alguien que puede impedir que me convierta en criminal —admitió Sam—, eres tú, Rosie. Pero esa llave inglesa... ¿para qué es?

Rosie subió a la camioneta y se sentó junto a él.

—Tú empiezas a tener ideas criminales, ¡y entonces lo sabrás! Ahora sigue adelante con tu trabajo; que la llave inglesa y yo cuidaremos de tu conducta.

Este tierno coloquio transcurrió una hora más o menos después del robo. Por todas partes se notaba ya gran excitación. Pero Sam continuó serenamente con su tarea de reparar líneas telefónicas. Rosie viajaba con él como... bueno, no precisamente como guardaespaldas, sino como una especie de escolta de la P. M. (Policía Moral). Sam cada vez que efectuaba un trabajo, llamaba a la oficina central para informar, y así se iba enterando de la marcha de la persecución a los ladrones del banco, cuyas alternativas le transmitía a su vez a Rosie.

FUE realmente una suerte que estuviera en Dunnsville cuando ocurrió el robo; pues su prontitud en reparar los cables telefónicos había arruinado los planes de fuga de los ladrones. Apenas habían recorrido quince kilómetros, alguien les disparó una perdigonada al pasar el coche, rugiendo velozmente, ante la tienda de Lemon. Cuando ellos se dieron cuenta, ya estaban muy lejos de allí; pero los perdigones habían atravesado el radiador, y tres kilómetros más adelante tuvieron que detenerse.

Empujaron el coche fuera del camino, ocultándolo tras algunos arbustos, y siguieron andando a pie. El shériff pasó velozmente junto al automóvil, sin verlo. Luego empezó a llover. Los asaltantes estaban mojados, asustados, desesperados. Sabían que por todas partes serían bloqueados los caminos, y

que con esa bolsa de dinero (en parte billetes, pero la mayoría en plata) no podrían ir muy lejos.

Tomando precauciones para la evasiva, llenaron precipitadamente sus bolsillos de pequeños billetes (no los había grandes); pero no se atrevieron a llevar demasiados por temor de que los bolsillos les abultaran mucho. La mayor parte del botín la ocultaron en un árbol hueco. Se separaron; se encaminaron hacia distintas ciudades cercanas (la lluvia, que caía pesadamente, iba borrando sus huellas), y se fueron a dormir desalentados y temerosos. Se sentían completamente desdichados. Pero la lluvia había lavado todo vestigio que dejaran de su paso, y los sabuesos nada pudieron hacer.

Sam, desde luego, no tenía la menor noticia de esto. Rosie se había hecho cargo de él, y seguía firme en sus propósitos. Lo acompañó de un lado a otro, durante toda la tarde de ese día. Cuando llegó la hora de interrumpir el trabajo, Sam la llevó a su casa y se dispuso a retirarse de la escena.

Pero Rosie dijo inflexible:

—¡Oh, no, nada de eso! Tú no te mueves de aquí. Vas a dormir en el cuarto de mi hermano. Mi padre va a ponerle un candado a la puerta para que no puedas ir a llamar a ese canalla del otro yo que tienes y meterte en más líos aún.

—Quizá si no hablo con él se enreden más las cosas.

—El ya las enredó bastante por haber hablado contigo. ¡Mira tú que repetir nuestros asuntos privados!... Ni siquiera hubiese debido saberlos. Y todavía no estoy segura —agregó siniestramente— de que tú no se los hayas contado. ¡Si hiciste tal cosa, Sam Yóder...!

Sam no discutió ese punto, pues no tenía argumentos. Se mostró prácticamente dócil hasta que descubrió

que el programa para después de la cena era una partida de canasta que se jugaría en el living, donde ya se habían instalado los padres de Rosie.

Cariacotocido, se atrevió a decirle a Rosie que ella estaba procediendo como si se hubiesen casado hacía mucho tiempo, sin las ventajas de haber llegado a ese estado; pero dijo esto una sola vez, porque Rosie lo fulminó con la mirada. Y cuando llegó la hora de acostarse, lo metió a empellones en el cuarto de su hermano, donde el padre lo encerró con candado.

Sam durmió poco y mal.

Al otro día, por la mañana, allí estaba Rosie, vestida de overol, con la llave inglesa en el bolsillo, lista para salir con él. Y así lo hizo; y lo mismo al día siguiente, y al otro. Nada ocurrió. La asociación bancaria del estado ofreció cinco mil dólares de recompensa a quien localizara a los asaltantes. La compañía de seguros añadió algo más. Pero no había rastros de los delincuentes.

Tampoco había rastro alguno de criminalidad en Sam. Rosie iba continuamente con él, aunque no intercambiaba ni un solo apretón de manos, ni una mirada tierna, ni siquiera jugueteaba con los pies mientras mendedaba ligeramente, a mediodía, frente a alguna estación de servicios. La conducta que observaban era ejemplar, y Sam estaba sintiendo dolorosamente sus efectos. Posiblemente Rosie también los sintiera.

Un día, mientras comía un sándwich de jamón a mediodía, Sam dijo ásperamente:

—Rosie, yo estoy loco por ti; pero todo esto hace que me sienta como si me hubiese divorciado sin llegar siquiera a casarme.

Y entonces Rosie replicó con brusquedad:

—Si yo te dijera cómo me siento,

ese otro tú de la próxima semana reventaría de risa. De modo que cállate.

Las cosas marchaban mal y no tenían aspecto de mejorar. Durante casi una semana, Rosie fué a todas partes con Sam, en la camioneta. Se conducían de una manera que en teoría los padres de Rosie habrían aprobado, pero que jamás habrían creído. No hacían nada que el mundo no hubiese podido mirar sin que ellos se sintieran turbados, y decían muy poco que no aburriera a quien los escuchara.

Un día (era ya el once de julio), estuvieron a punto de empezar a increparse mutuamente. Rosie dijo con amargura:

—Déjame manejar un poco. ¡Necesito ocupar mi mente en algo que no me irrite de sólo pensar!

—¡Adelante! —la invitó Sam lúgubremente—. De todos modos, yo ya no espero felicidad ninguna en este mundo.

Dió la vuelta para subir por el otro lado de la camioneta, mientras ella se deslizaba frente al volante.

—Mañana ya es doce —dijo Rosie—. ¿Te has dado cuenta?

—No había pensado en ello —admitió Sam—. Pero... ¿qué importancia tiene?

—Es el día en que estaba tu otro yo, cuando te llamó por primera vez.

—Exacto —dijo Sam—. Así es.

—Y hasta ahora —agregó Rosie, clavando furiosamente su pie en el acelerador—, te he mantenido honesto. Si te conviertes en un canalla entre ahora y mañana...

Cambió a segunda. La camioneta dió una sacudida y se lanzó hacia adelante.

—¡Eh! —gritó Sam—. ¡Fíjate cómo manejas!

—¡Tú no me vas a enseñar a manejar!

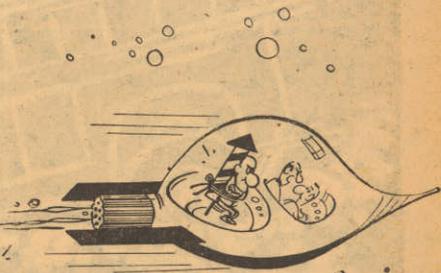
—Pero si me muerdo antes de llegar a mañana...

ROSIE volvió a cambiar la velocidad, demasiado pronto. La camioneta dió un respingo y, cuando Rosie volvió a apretar el acelerador, casi saltó fuera del camino.

—Si te mueres antes de llegar a mañana —bramó Rosie—, te lo tendrás bien merecido. En todos estos días, no he dejado de pensar ni un minuto. Y aunque yo te impida que llegues a convertirte en un pícaro, siempre estará de por medio ese... ese otro tú, que sabe todo lo que decimos y hacemos —estaba corriendo a más de sesenta kilómetros, y seguía acelerando—. Así que todo sería inútil. No nos queda ninguna esperanza.

Se puso a sollozar, en parte de furia y en parte de dolor. Justamente allí, el camino iniciaba una curva pronunciada, y Rosie lanzó desatinadamente por ella la camioneta, sin ver que había un automóvil atravesado, ocupando casi la mitad del camino.

Sam se precipitó a coger el volante; pero no tuvo tiempo de hacer nada. La liviana camioneta, acelerando aún, embistió al automóvil, con un estrépito como el de docenas de latas de aceite vacías que rodaban por una escalera. La camioneta se levantó sobre sus ruedas delanteras, dió un brinco



—¡Porfiado el profesor, ¿eh? Se le ha puesto que al final los va a fallar un empujón.

hacia atrás y volvió a lanzarse al frente para aporrear por segunda vez al coche. Y allí se quedó inmóvil.

Alguien le gritó a Sam. Este salió de la camioneta, mirando el daño producido y tratando de imaginarse cómo era posible que ni Rosie ni él hubiesen quedado muertos. Al mismo tiempo pensaba preocupado cómo iba a explicar a la compañía telefónica que él había permitido manejar a su novia.

La voz gritaba cada vez más fuerte. A orillas del bosquecillo había un individuo rubio, que era el que le gritaba, llevándose una mano al bolsillo trasero. Las palabras que empleaba no eran precisamente las más adecuadas para las delicadas orejitas de Rosie, aunque casi concordaban con el estado de ánimo de ella. El pelirrubio seguía di-

ciendo más palabrotas con toda la fuerza de sus pulmones. Y en eso sacó la mano del bolsillo trasero, esgrimiendo algo brillante.

Sam, que ya había lanzado el puño hacia atrás cuando vio el destello, golpeó antes que el arma disparara. Se oyó una especie de chasquido, como de algo blando al aplastarse, y el hombre rubio quedó mansamente tendido en el camino.

—¡Por Dios! —exclamó Sam aturrido—. ¡Este es el tipo que estaba frente al banco! ¡Es uno de los asaltantes!

Estaba mirándolo fijamente cuando se oyó un fuerte restallar de ramas rotas entre los matorrales. El accidente había ocurrido en las proximidades de un lugar boscoso y Sam no necesitaba una capacidad mental demasiado elevada para saber que los compañeros

del rubio debían de estar muy cerca de allí.

Un segundo más tarde los vio. Rosie salía en ese momento de la camioneta. Estaba muy pálida. No había tiempo de decirle que echara a correr si era posible y se alejara de allí.

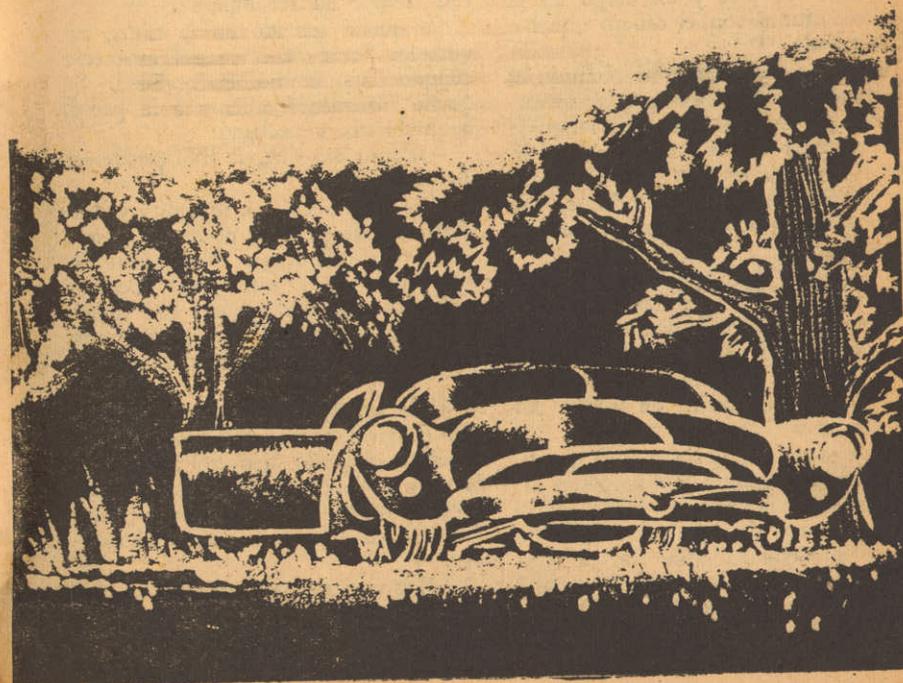
Uno de los dos hombres que venían corriendo traía consigo una bolsa de lona con la leyenda: BANCO DE DUNNSVILLE.

SE dirigían hacia Sam, expresando sus pensamientos sobre el estado de las cosas, sobre Sam, sobre el Cosmos, sobre todo lo existente, salvo el tiempo, en términos más reprobables aún que los que había empleado el rubio.

En aquel momento vieron a éste tendido en el suelo. Uno de los hom-

bres, que había salido al camino por detrás de la camioneta y estaba corriendo hacia Sam, extrajo una pistola. Estaba a punto de usarla contra éste, a una distancia de menos de dos metros, cuando se oyó tras él un ruido peculiar. Fué una especie de crujido anfórico, que, aun en tales circunstancias, requería que se le prestara atención. Entonces, el hombre de la pistola giró bruscamente la cabeza para mirar.

Aquel ruido de hueca resonancia había sido causado por la llave inglesa de Rosie al caer imperativamente sobre la cabeza del segundo hombre que acababa de salir del bosquecillo. En realidad, Rosie llevaba consigo la herramienta para emplearla contra Sam; pero vino a usarla contra un completo desconocido, el cual se des-



plomó y quedó tendido apaciblemente en el suelo.

Sam aprovechó aquel instante para lanzar un nuevo puñetazo al hombre que estaba a punto de disparar contra él.

Y luego no se oyó más que el dulce cantar de los pájaros entre los árboles, y los zumbidos y otros ruidos de insectos que poblaban la hierba y los matorrales.

Muy pronto se oyeron también otros ruidos; pero éstos eran producidos por Rosie, que le había echado los brazos al cuello a Sam y lloraba desesperadamente.

El la apartó con suave firmeza; fué pensativamente hacia la trasera de su camioneta y sacó unos trozos de cable telefónico y unos alicates. Ató con los cables las manos de los tres desconocidos, cruzadas a la espalda; les amarró luego los pies y los cargó en el vehículo, junto con el dinero que habían robado.

Uno tras otro fueron recobrando el conocimiento. Sam les explicó severamente que debían cuidar su lenguaje en presencia de una dama. Sin embargo los tres estaban tan aturridos por lo que acababa de sucederles, que en realidad la advertencia casi no era necesaria.

Los padres de Rosie se habían sentido complacidos al comprobar cuán enteramente apropiado fué el comportamiento de los dos jóvenes mientras llevaban a los asaltantes del banco a la ciudad y los ponían en manos del shériff.

Aquella noche, Rosie y Sam se sentaron en el vestíbulo y discutieron en detalle los pormenores del singular acontecimiento de aquel día. Pero ella seguía preocupada aún por el otro Sam. Por consiguiente, Sam decidió actuar por su propio criterio.

Alrededor de las nueve y media, dijo firmemente:

—Bueno, Rosie, creo que ha llegado el momento de irme a mi casa. Tengo que tratar de llamar una vez más por teléfono y decirme que me ocupe de mis propios asuntos.

—¿Qué estás hablando? —protestó Rosie—. Tú te quedas encerrado aquí, esta noche; y yo voy a salir contigo, mañana, como todos los días. Si te he mantenido honesto hasta ahora, puedo seguir haciéndolo hasta mañana a la noche, o hasta que a mí se me antoje.

Sam protestó; pero Rosie era inexorable, no sólo en impedir que Sam se convirtiera en un pícaro, sino también en que no gozara de nada agradable que justificara su virtud.

Lo llevó a empellones al cuarto de su hermano. El padre cerró con candado la puerta. Y Sam no durmió muy bien, porque parecía como si ni la virtud tuviese su recompensa.

Se quedó sentado en la cama, cavilando. Sería ya cerca del amanecer cuando comprendió la realidad. Se quedó mirando fijamente a la pared, boquiabierto, y exclamó:

—¡Pero claro que sí! ¡No puede ser de otro modo!

Con amplia sonrisa, se acostó y durmió plácidamente las pocas horas que le quedaban. Durante el desayuno, estuvo tarareando satisfecho mientras se hartaba de panqueques con dulce. La expresión abatida de Rosie se transformó en otra de alarma y desconcierto.

El le sonrió con ternura cuando la vió dirigirse tercamente hacia la camioneta, vistiendo su overol azul y con la llave inglesa en el bolsillo. Y cuando se pusieron en marcha como todos los días, Sam le manifestó afablemente:

—Rosie, el shériff dice que nos hemos ganado los cinco mil dólares de recompensa de la asociación bancaria, y el premio de la compañía de seguros,

aparte de otras sumas menores ofrecidas por pasadas felonías de esos asaltantes. Podremos vivir con cierto desahogo...

Rosie le lanzó una mirada lúgubre. Aún seguía en pie el asunto del otro Sam de mediados de la semana siguiente. Y en ese momento, Sam, que había estado observando las líneas telefónicas que bordeaban el camino, se detuvo a un costado de éste y se colocó los garfios para trepar.

—¿Qué haces? —preguntó Rosie asustada—. Ya sabes que...

—Escucha y verás —dijo Sam muy sereno.

Trepó rápidamente a lo alto del poste. Conectó en la línea el aparatito que, si bien no permitía efectuar conversaciones privadas por un circuito múltiple, servía para que un hombre hablara consigo mismo, a diez días de distancia en el futuro.

—¡Hola! —dijo Sam, trepado en lo alto del poste telefónico.

—¡Hola! ¿Quién habla? —contestó una voz que Sam conocía perfectamente.

—Tú —repuso Sam.

—¿Cómo?... ¿Quién eres tú?

—Yo soy tú.

—Pero..., ¿quién habla? ¿Con quién estoy hablando?

—Hablas tú —insistió Sam—; tú, Sam Yóder. ¿No reconoces tu propia voz? Eres tú mismo, Sam Yóder, llamando en el día doce de julio. ¡No cortes!

Oyó la exclamación ahogada de Rosie en la abollada camioneta. Sam había visto por fin lo que era evidente de por sí; y ahora, en ese doce de julio, estaba hablando consigo mismo, por teléfono; sólo que, en lugar de hablar con su yo de la semana siguiente, hablaba con su yo de la semana anterior... que estaba, diez días antes, trabajando en esa misma línea telefónica y trepado en ese mismo poste.

Y fué la misma conversación, palabra por palabra.

CUANDO Sam, con aire mas bien comunicativo, descendió del poste, Rosie le echó los brazos al cuello y se puso a llorar.

—¡Oh, Sam! —sollozó—. ¡Eras tú todo el tiempo!

—Sí —dijo Sam con satisfacción—. Anoche llegué a esa conclusión. Mi yo que se encuentra ahora en el dos de julio, me está llenando de maldiciones. Y ahora va a contártelo todo a ti, y tú te pondrás toda excitada con el asunto. Pero ahora puedo hacer que ese tonto de mí, de diez días atrás, haga lo que hay que hacer. Y tú y yo, Rosie, vamos a recibir un montón de dinero. Yo voy a seguir adelante para que él lo gane para nosotros. Pero te prevengo, Rosie, que él estará de vuelta en mi casa, aguardando que yo lo llame esta noche; y tengo que ir a decirle que vaya a la tuya, y a reírme de él con grandes carcajadas.

—Muy... muy bien —dijo Rosie, abriendo mucho los ojos—. Puedes hacerlo.

—Pero recuerdo que cuando yo me llame esta noche, hace diez días, voy a estar muy ocupado aquí y ahora. Voy a hacerme enojár mucho, porque no quiero perder tiempo hablando con mi yo de hace diez días. ¿Recuerdas? Ahora bien —preguntó Sam melosamente—, ¿qué podría estar haciendo yo esta noche, como para no querer perder tiempo hablando conmigo mismo diez días atrás? ¿Se te ocurre alguna idea, Rosie?

—¡Sam Yóder; absolutamente ninguna! ¡Jamás he oído hablar de una cosa así!

Sam la miró y movió pesarosamente la cabeza.

—¡Qué lástima! Si no se te ocurre nada, supongo que tendré que llamar a mi yo de la semana que viene y ave-

riguar qué se está tramando.

—¡No harás tal cosa! —exclamó Rosie fieramente—. ¡Ya vas a pagar! Pero no hablarás con ese... —lanzó un gemido—. ¡Maldito sea! Aunque tenga que casarme contigo para que quieras hablar conmigo en lugar de con ese idiota de diez días atrás, no vas a... no vas a...

Sam sonrió con una mueca, y le dió un beso. Luego la hizo subir a la camioneta. Se pusieron en marcha en dirección a Batesville, para casarse. Y así lo hicieron.

NO es de esperar que usted crea esta historia, y si interroga a Sam Yóder al respecto, es muy posible que él afirme que todo es mentira. Además, no quiere hablar de conversaciones privadas por circuitos múltiples.

Y hay también otras cuestiones. Por ejemplo, Sam está convirtiéndose en un ciudadano bastante prominente; gana muchísimo dinero por todas partes, y nadie, en la ciudad y sus alrededores, quiere saber nada de apostar con él sobre quién va a ganar en encuentros deportivos o elecciones. ✦

La inteligencia del ratón



ULTIMAMENTE, un equipo de investigadores se puso a estudiar la inteligencia del ratón. Para ello, escondían alimentos en determinados lugares de un laberinto muy complicado, en que algunos pasajes estaban iluminados y otros no. Según la habilidad del ratón para superar todas estas dificultades, se mide la inteligencia que le corresponde. Lo importante de estos trabajos es que se comprobó que, en los cerebros de los ratones más inteligentes, abundaba en forma por demás significativa una enzima llamada colesterasa. Si es verdad esto hubiera llegado a develar el misterio de la inteligencia, nada se opondría a que en un futuro próximo pudiéramos producir genios, a nuestro libre albedrío. Pero queda pendiente una pregunta: ¿sería en verdad la inteligencia lo que midieron estos señores? Depende de la cantidad de colesterasa que dichos señores tengan.



escribe

WILLY LEY

LA CRUZ DEL SUR

SI admitimos que la fantasía científica se basa en hechos aceptados por la ciencia y en la extrapolación de teorías científicamente correctas, debemos incluir, entre las creaciones de ficción científica, una de las obras grandiosas de la literatura. Me refiero a *La Divina Comedia*, de Dante. En su segunda parte, *El Purgatorio*, hay tantas líneas que han intrigado siempre a los científicos. Un personaje importante como Alejandro von Humboldt, dedicó un capítulo de uno

sus libros (*Examen critique de l'histoire de la géographie*, vol. IV, París, 1836) a la interpretación de esas líneas.

Como gran número de lectores conocen el idioma italiano, transcribiré primero las líneas originales y luego la traducción de las mismas.

*Io mi volsi a man destra, e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch'alla prima gente.
Goder pareva il ciel di lor fiammelle.
O settentrional vedovo sito
Poi che privato se' di mirar quelle!*

Hacia la derecha, en la dirección del
[polo sur,
contemplé las luces de las cuatro es-
[trellas
que fueron vistas por la primera pareja.
Los cielos gozan con sus destellos.
¡Oh, triste norte desolado,
nunca contemplarás la maravilla de esa
[constelación!

QUIEN no sepa lo que se esconde tras esas líneas, podrá decir: "¿Y qué?"

El asunto es que las fechas guardan una relación muy curiosa.

El Dante comenzó a escribir *La Divina Comedia* en 1307, y esas líneas fueron escritas unos diez años después. Se refieren, sin duda, a la constelación conocida en nuestros días con el nombre de La Cruz del Sur. Pero La Cruz del Sur fue "descubierta" por el explorador veneciano Alvise da Cadamosto, en 1455, cuando viajaba por cuenta del príncipe Enrique de Portugal.

Para añadir misterio a la cuestión, Dante dice que "fueron vistas por la primera pareja", refiriéndose a Adán y Eva. Se supone que ellos vivieron en el valle del Eufrates, desde donde la Cruz del Sur no es visible ahora ni en los tiempos de Dante; pero el razonamiento teológico sitúa la creación del mundo seis mil años atrás, y en aquella época la constelación de la Cruz del

Sur era visible desde el valle del Eufrates, hoy en día Irak, y aun desde algunas regiones de Europa Central!

¿Cómo se enteró Dante de esas circunstancias?

Dante viajó mucho; pero en casi todos los viajes se dirigió al norte de Florencia, su ciudad natal. Aun si hubiese llegado al extremo sur de Italia, no habría podido ver la constelación, pues la punta de la bota peninsular apenas toca el paralelo 38 de latitud norte. Para ver la Cruz del Sur tenía que haber pasado hasta el sur del paralelo 30. Y para poder ver las estrellas de la cruz, claramente, a cierta altura sobre el horizonte, tendría que haberse situado al sur del paralelo 15 de latitud norte. Esto significa que Dante tuvo que haber viajado por lo menos hasta el Alto Egipto o el sur del mar Rojo o de la península arábiga. Para tener una imagen clara necesitaba haber ido hasta Etiopía o Ceilán. Las regiones correspondientes en el hemisferio occidental son Méjico y Cuba, desde donde se puede vislumbrar la constelación, y Nicaragua y la zona del Canal, para verla bien.

LA exageración de Dante, sobre el esplendor de la Cruz del Sur, demuestra que nunca la vió, puesto que la constelación es pequeña y no puede compararse con la Osa Mayor u Orión. Ni siquiera es una cruz perfecta, pues los dos brazos no forman ángulos rectos, y el efecto del cuadrilátero se ve disminuído por la presencia de una quinta estrella. Pasó mucho tiempo desde el descubrimiento de la constelación hasta que se la comparó con una cruz. Su descubridor, Cadamosto, no se refiere a ella como tal; Américo Vesputio la llamaba "rombo", y aun el muy religioso Dante habla solamente de *quattro stelle* (cuatro estrellas).

Lo que hace más misterioso el caso es que en Dante encontramos la primera referencia a la constelación.

En la época de Homero (800 a. de J. C.), la Cruz del Sur era visible, aunque muy cerca de la línea del horizonte, desde el Mediterráneo. No podía destacarse mucho, pues en la *Odissea* el poeta no la menciona en las "Instrucciones de Calipso para la navegación", a pesar de que otras constelaciones están descritas con detalles. Tampoco la menciona Tolomeo. En la época en que Tolomeo vivió en Alejandría, podía verse desde allí la estrella Alfa de la constelación, que se elevaba unos seis grados sobre la línea del horizonte; pero, al parecer, incluyó dicha estrella en la constelación del Centauro.

Probablemente, el único antecedente sobre la Cruz del Sur, como constelación independiente, se encuentra en la Biblia, en el libro de Job, donde Job dice que el señor "creó la Osa, Orión, las Pléyades y las Cámaras del Sur". Cuando se escribió este libro (cuatro siglos antes de Cristo), la cruz era visible desde el sur de la Palestina; pero el término "cámaras" no es realmente descriptivo de la constelación.

PERO, así como Dante no pudo haber extraído información de libros antiguos, pudo tener otras fuentes de conocimiento.

Se sabe que poco después del año 1200, un árabe, llamado Caisar ben Abucasán, poseía una esfera celeste hecha en Egipto, en la que figuraba la Cruz del Sur. Existe todavía una esfera hecha en 1279, de origen árabe. Se sabe que el emperador Federico II de Hohenstaufen adquirió una tienda árabe de 1229, que era un curioso mapa del cielo (puede considerarse dicha tienda como el primer planetario).

Además de estas esferas y mapas estelares, muchos árabes y europeos viajaban en la época de Dante a regiones donde la Cruz del Sur era visible.

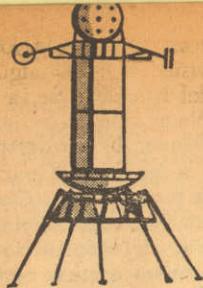
Algo que indica que Dante confió en algún testigo ocular, es el hecho de que, a continuación de las famosas líneas, agregue que "miró hacia atrás, y la Osa Mayor había desaparecido".

Como todos saben (muchos por experiencia personal), la *Osa Mayor* es la constelación más claramente visible en el cielo del hemisferio norte. Los europeos solían sentirse nerviosos cuando viajaban a regiones donde el dibujo del cielo era completamente diferente. Las quejas al respecto, de los soldados de Alejandro el Grande, han pasado a la historia. Marco Polo, que poco o nada se ocupaba del cielo, decía solamente que la Estrella Polar no podía verse desde Sumatra.

Aunque Dante, desde luego, sabía algo sobre la constelación y su aspecto, es difícil averiguar dónde pudo haberse informado sobre la visibilidad en latitudes septentrionales, en períodos muy anteriores al suyo.

Si bien es cierto que la precesión de los equinoccios (responsable de la variación periódica de visibilidad de la constelación) había sido estudiada ya por Hiparco de Nicea, los astrónomos posteriores le dieron poca importancia. Solamente los astrónomos árabes parecen haber creído en lo que actualmente se llama "oscilación de los equinoccios", teoría errónea que enuncia que las precesiones se acumulan y luego vuelven hacia atrás.

Por supuesto que no le correspondía a Dante decidir cuál de las teorías era correcta. Solamente pudo haber tenido nociones de que los astrónomos conocían el fenómeno del desplazamiento constante de las estrellas, y entonces, probablemente, pensó que uno de los atributos de los habitantes del paraíso había sido el tener las estrellas en su cielo. Pero ya sea por deducción, imaginación o conocimiento, el hecho es que Dante tuvo razón. ✦



por
WERNHER von BRAUN

FRED L. WHIPPLE y

WILLY LEY

ilustraciones de
CHESLEY BONESTELL

la conquista

de la luna

SEGUNDA PARTE
EL VIAJE

III

LAS CABINAS ESFÉRICAS

DURANTE las últimas semanas anteriores a la fecha de partida, la tripulación de las naves vivirá dentro de las cabinas esféricas, habituándose a moverse en su interior, desde antes del viaje. Los instrumentos serán revisados y vueltos a revisar, y en general cada uno de los tripulantes adquirirá familiaridad con la tarea que le tocará desempeñar en vuelo.

La vida a bordo será un poco apretada, pero no del todo incómoda. Cada

uno de los dos vehículos de pasajeros transportará veinte hombres; la nave de carga, diez. Como la nave de carga no hará el viaje de regreso, sus pasajeros deberán repartirse posteriormente entre las otras dos naves. Pero cada una de las cabinas esféricas es capaz de transportar los cincuenta hombres que componen toda la expedición, ya que no hay que dejar de prever las posibilidades de que algún percance inutilice una o dos naves.

En el diseño de las cabinas esféricas hay que tener en cuenta no sólo lo que va a suceder probablemente, sino también aquello que probablen-

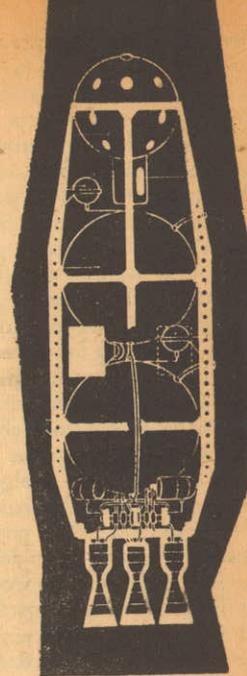
te no va a suceder. Por eso deberá estar en condiciones de albergar el personal, no sólo durante los diez días que dure el viaje, sino un período muchísimo mayor. Es cierto que si todo sale bien, los tripulantes dejarán la cabina esférica al cabo de cinco días y se instalarán en la base lunar. Pero hay que estar atento a un sinnúmero de posibles emergencias.

Ya hemos mencionado que el compartimiento de carga de una de las naves servirá para montar la base lunar. Pero, al realizar la operación, puede dañarse alguna de sus partes, de tal manera que quede inutilizable como

habitación. En ese caso, los exploradores no tendrán más remedio que vivir todo el tiempo dentro de las cabinas.

En una de las ilustraciones aparece el corte de una de las cabinas. Esta consta de cinco cubiertas, con el compartimiento de máquinas en la parte inferior, y directamente por debajo la campana neumática, estabilizadora de presiones para entrar y salir de la nave.

La cubierta superior constituirá el cerebro de la nave: allí estarán los instrumentos de control, y representará la cabina de pilotos de un avión mo-



demo. A la izquierda, se puede ver un técnico controlando el combustible, la temperatura, la presión y el oxígeno. A su lado se encuentra el operador de radio. En el centro, uno de los pilotos realiza algunas observaciones por medio de instrumentos astronómicos. En el extremo derecho se halla el capitán.

La segunda cubierta goza de muchísimo más espacio, debido al ensanchamiento de la esfera. En ella, el jefe de navegación estudia la trayectoria que están siguiendo las naves. En este piso hay también una máquina electrónica de cálculos. Si bien esta cubierta está destinada al control del curso del viaje, hay en ella algunas literas para situaciones fortuitas y algunos recovecos de las paredes se utilizan para duchas. Tales duchas sólo podrán utilizarse cuando la nave haya descendido sobre la Luna; pues, entonces, la gravedad de la misma se encargará de "empujar" el agua hacia abajo, como en la Tierra. Durante el viaje, pueden ser utilizadas para baños de esponjas.

En el piso siguiente se encuentran las habitaciones propiamente dichas. Contra las paredes y columnas se han colocado literas para dormir; el resto de la superficie está destinado a comedor y cocina. El centro está ocupado por una unidad automática de alimentación: mesa, cocina de onda corta y fregadora de platos.

Como se puede ver en la ilustración, el "cocinero" ha retirado un envoltorio que contiene comida preguisada y lo ha depositado sobre una cinta transportadora. El alimento pasa por el calentador de onda corta, y es servido en un plato con tapa, para que no se desparrame. El plato se sujeta a uno de los dos rieles exteriores (uno para sólidos y otro para líquidos), y un tercer riel interior se encarga de llevarlos de vuelta a la fregadora cuando se ha terminado de comer.

¿Por qué tantas complicaciones para comer? En primer lugar debido al problema del peso, o mejor dicho, de la falta de peso. Si utilizásemos un horno ordinario para preparar la comida, necesitaríamos sujetadores especialmente diseñados para mantener en su lugar las sartenes y cacerolas. El cocinero no podría jamás levantar la tapa de una cacerola para verificar la marcha del guiso. El vapor enviaría el contenido de la olla en todas direcciones. Carne, verduras y líquido quedarían flotando en el aire. Servir la comida plantearía otro problema. Suponiendo que el cocinero fuese capaz de preparar la comida sin mayores accidentes, ¿cómo se las arreglaría para servirla? Le resultaría bastante difícil pasar la comida de sus recipientes a los platos. ¿Y el fregado? Debido a la falta de gravedad resultaría imposible limpiarlos a la manera terrestre.

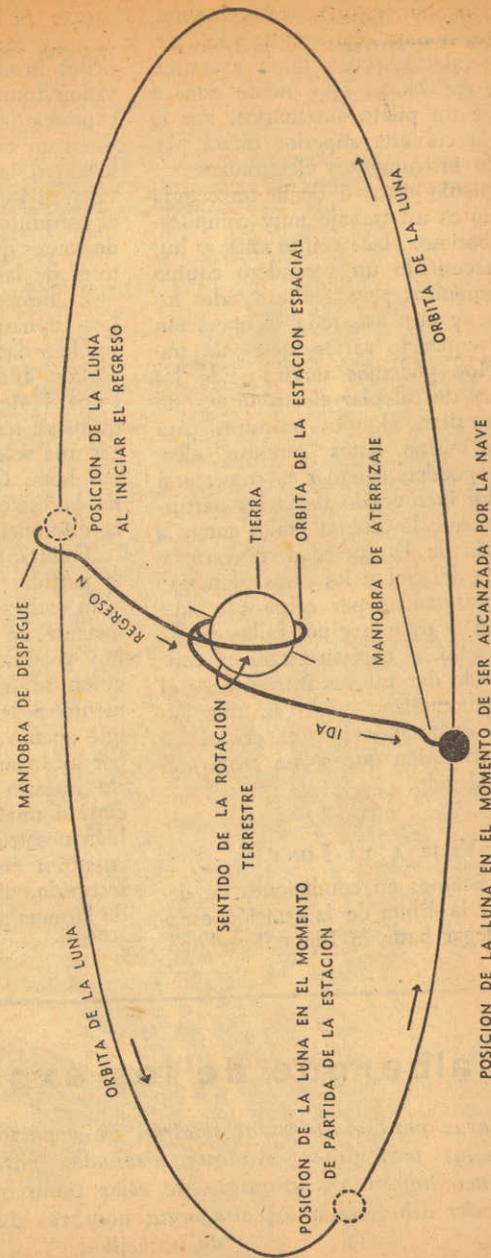
En cambio, la unidad automática resuelve adecuadamente el problema de la falta de peso. Toda la comida a bordo de los vehículos lunares se empaquetará en forma de "comida precocinada". Debido a este hecho no habrá necesidad de un cocinero especializado: cualquiera de los miembros de la tripulación puede encargarse de poner los alimentos en la cinta transportadora. No habrá ni cuchillos ni tenedores ni cucharas, y los líquidos vendrán en botellas plásticas, de donde se tomarán, apretándolos como pomos.

En el cuarto piso se encuentran los depósitos, roperos y toiletes.

El quinto y último piso es el fondo de la esfera, que además de las maquinarias, llevará tanques para albergar las provisiones más pesadas, tales como el oxígeno y el agua.

Los instrumentos más complicados se encontrarán en la cubierta de control. El viaje a la Luna será la empresa

Trajectorias de vuelo de la Tierra a la Luna y de la Luna a la Tierra, con punto de partida y de retorno en la estación espacial. El viaje de regreso con estas trayectorias sólo podrá iniciarse dos semanas después del aterrizaje.



más larga y arriesgada, jamás intentada por el hombre. La ruta de vuelo debe ser calculada con tanta exactitud que su realización sólo puede estar a cargo de un piloto automático. Por lo tanto, la cubierta superior estará plagada de instrumentos electrónicos.

El cálculo efectivo de la trayectoria de vuelo es un trabajo muy complicado y laborioso. Hace veinte años se hubiera necesitado un verdadero equipo de matemáticos para realizar todos los cálculos, y aun así, toda la operación habría requerido varios meses de trabajo. Hoy podemos servirnos de las máquinas de calcular electrónicas, que sólo necesitan algunos minutos para hacer lo mismo. Estos "cerebros" electrónicos pueden calcular la trayectoria de vuelo, incluyendo todas las perturbaciones que la alteren (tales como la influencia de la gravedad terrestre y lunar, la del Sol y los otros planetas) y las ocasionadas por retrasos o adelantos en la partida y por fallas en los motores. Así, el capitán estará en condiciones de dar nuevas instrucciones al piloto automático, toda vez que los cálculos efectuados por el oficial de ruta le indiquen que se ha salido del camino elegido.

IV

VIAJE A LA LUNA

YA estamos en condiciones de dejar la órbita de la estación espacial y llegar hasta la Luna. Es el mo-

mento de la partida. Millones de ojos estarán contemplando los últimos febriles instantes. Las cámaras de televisión transmitirán la escena a los receptores de todo el mundo. Y los que estén en el hemisferio de la sombra y levanten la cabeza, probablemente divisen allá arriba una pequeña centella: el conjunto de chorros de gases incandescentes que arrojarán los noventa motores de las naves.

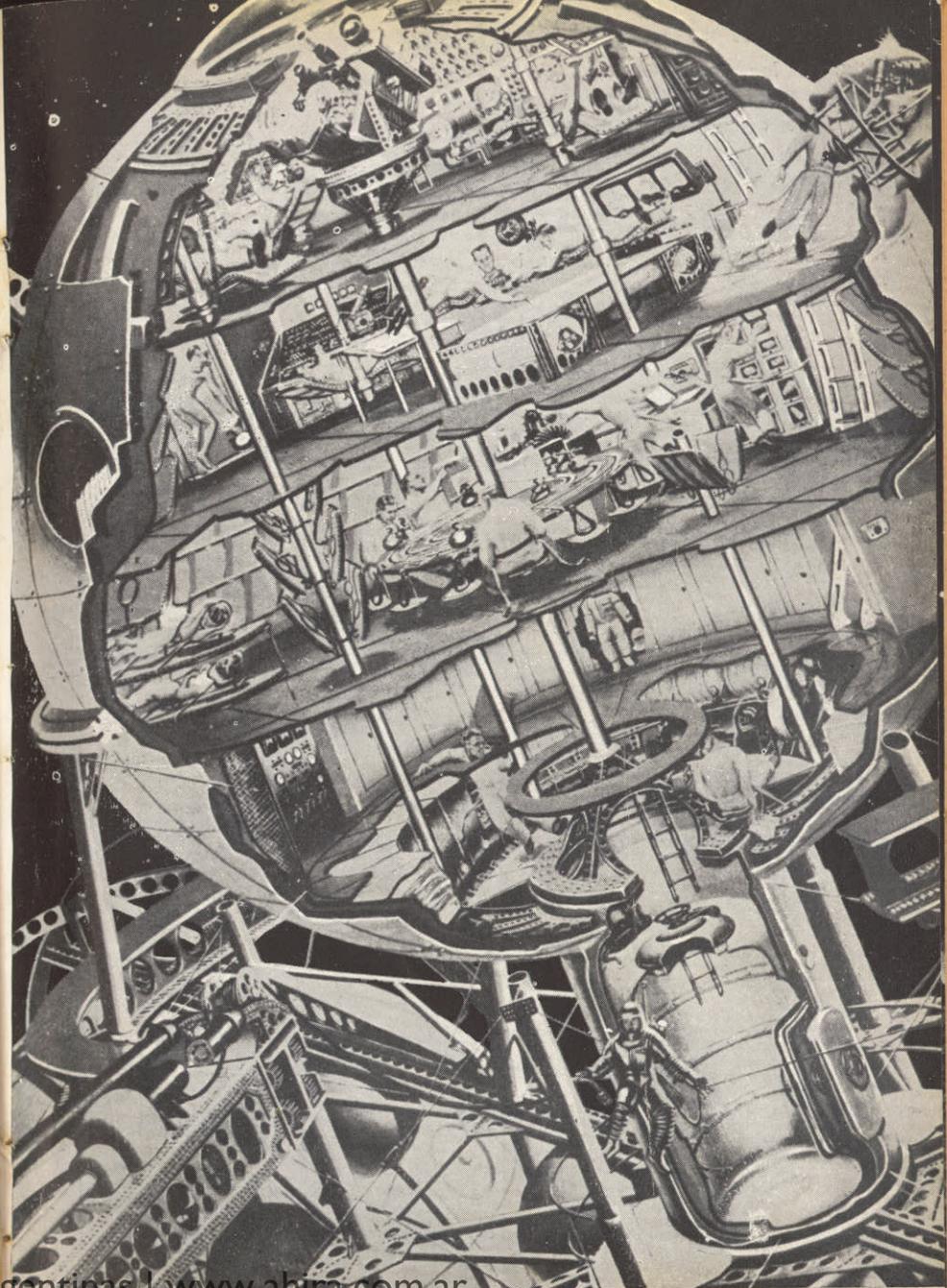
El despegue se realiza lentamente. Los capitanes de cada una de las naves han dado ya sus instrucciones a los pilotos automáticos. Para llegar a la Luna desde el punto donde se encuentran las naves, éstas necesitan alcanzar una velocidad de 31.375 kilómetros por hora. Como ya tienen los 25.486 de la estación, sólo necesitan agregar la diferencia, 5.889 km/h.

Treinta y tres minutos después de la partida, los motores a reacción habrán realizado este cometido. Desde ese instante en adelante, las naves seguirán volando sin propulsión. Si a alguien se le ocurre mirar en ese momento a la Luna, la verá tan lejana que apenas podrá creer que terminará por alcanzarla. Pero en los cinco días de nuestro viaje, la Luna habrá recorrido mucho camino, así como también nosotros. Cuando las naves se encuentren en el punto más alto de su recorrido, allí también estará esperando la meta anhelada.

(Continúa en la pág. 37)

albergue de los expedicionarios

Las esferas para el personal tendrán un aspecto muy parecido en cada una de las tres nubes. Aunque diseñadas para acomodar a veinte o veinticinco hombres, cualquiera de ellas tiene que estar en condiciones de proveer albergue a los cincuenta hombres de la expedición, en caso de necesidad.

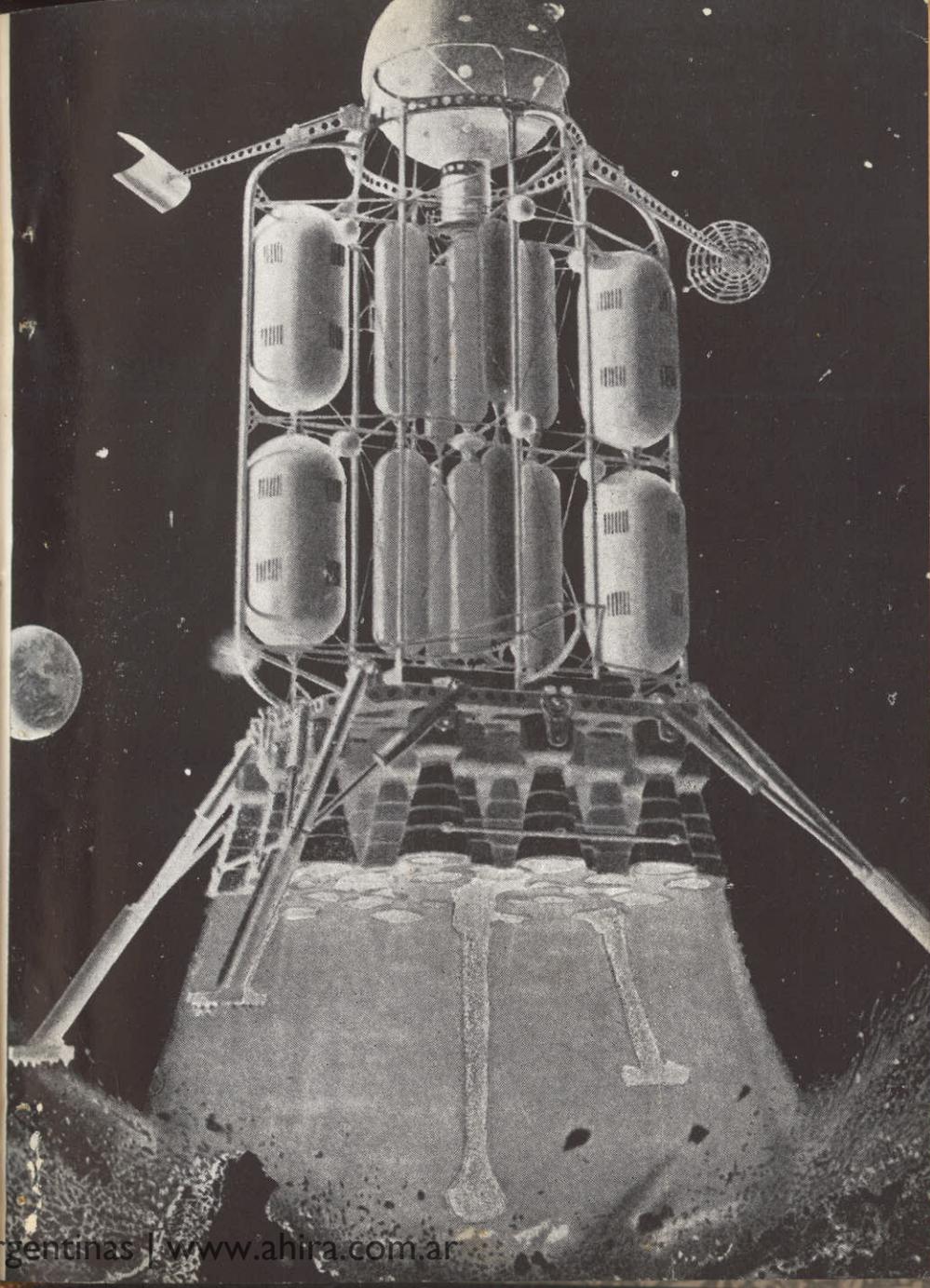
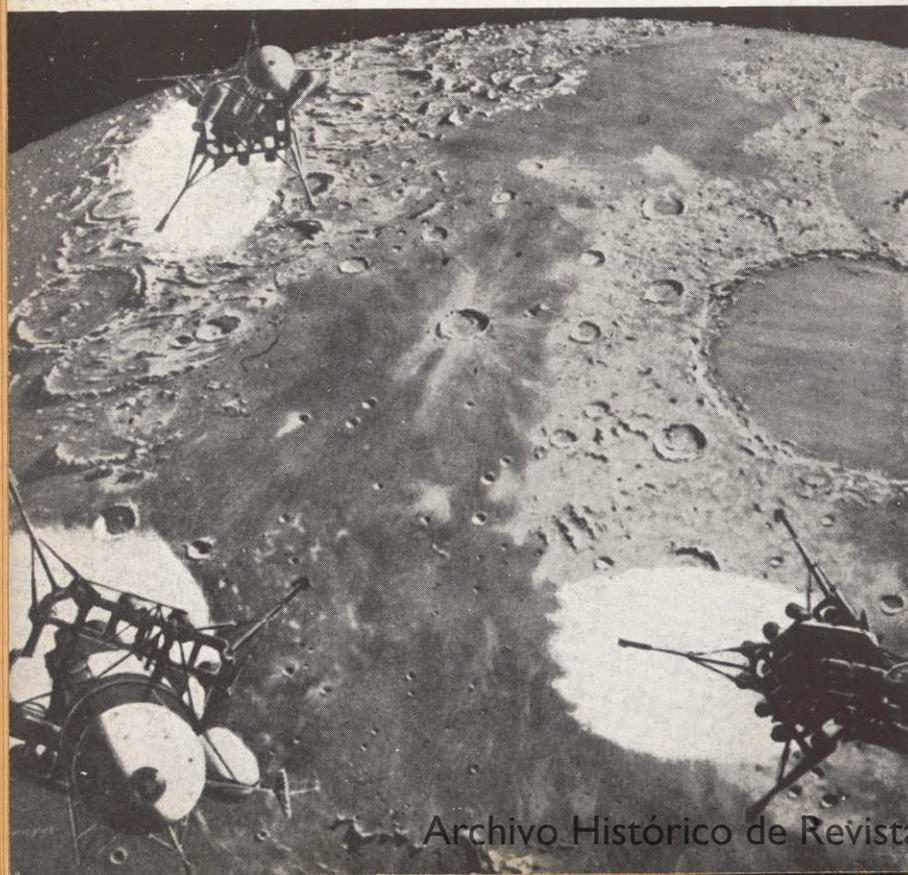


el tren de aterrizaje

Una de las naves lunares en momentos en que toca la superficie. El paragolpes central está listo para observar los choques; y las cuatro patas de araña, que constituyen el tren de aterrizaje, asegurarán el equilibrio. →

aterrizaje sobre la luna

En el momento que se ilustra, las tres naves están todavía a 880 kilómetros de altura y los motores-cohete acaban de entrar nuevamente en funcionamiento. Sólo faltan diez minutos para que los exploradores pongan sus pies sobre nuestro viejo satélite. El lugar que las naves tratan de utilizar como campo de aterrizaje es la gran llanura situada un poco a la izquierda del centro del cuadro. El cráter que se ve justo por encima del centro es el Harpalus; la inmensa "bahía" a su derecha es Sinus Iridum (Golfo de los Iris); el cráter en el borde superior derecho es Platón.



(Continuación de la pág. 32)

A los que arrojen un último vistazo de despedida, la Tierra mostrará su enorme masa, toda oscura salvo un borde por donde irá asomando el día. Dentro de la franja luminosa se podrán distinguir perfectamente por su intenso color verde, destacando sobre el azul de los océanos, las regiones que en esa época gocen del verano.

Dos horas y cincuenta y cuatro minutos después de la partida, la Tierra ya habrá quedado a 28.650 kilómetros de distancia. Por otra parte nuestra velocidad se ha reducido a 16.894 km/h. A las cinco horas de vuelo, dicha distancia se convirtió en 53.097 kilómetros, y la velocidad, en 12.872 km/h. Veinticinco horas más tarde podemos decir que estamos en medio del espacio. La distancia a la Tierra es ahora de 212.388 kilómetros mientras que la velocidad se ha reducido a unos míseros 6.403 kilómetros por hora.

En una empresa tecnológicamente tan complicada como es el viaje a la Luna, hay que estar preparado para cualquier cosa. Supongamos, por ejemplo, que, durante las maniobras de partida, una de las tres naves sufra algún desperfecto en los sistemas de control y dirección. El vehículo dañado seguirá en consecuencia una trayectoria errada, que no lo llevaría a interceptar la Luna al final del recorrido. En esas condiciones, el viaje

tendría que suspenderse. Los capitanes de las naves harían cortar inmediatamente los motores. La interrupción prematura del funcionamiento de los motores dejaría a los tres navíos encallados en órbitas más o menos elípticas, que rodearían la Tierra. La nave que hubiera sufrido las averías se movería en una órbita bastante diferente a la que seguirían las otras dos que más o menos habrían realizado las mismas maniobras hasta el momento de cerrar los motores. En esa emergencia, los navegantes se encontrarían frente al difícil problema de tener que calcular la trayectoria para volver a la estación espacial.

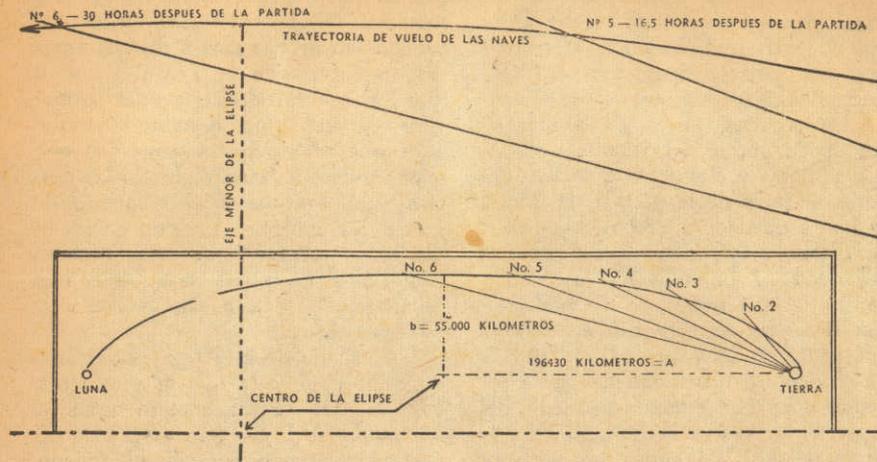
Un cálculo de este tipo es demasiado complicado para que se pueda realizar a bordo. Prácticamente serán los habitantes de la estación espacial quienes se encarguen de todo el trabajo, fijando primero la posición y la velocidad de las tres naves, por medio del radar o la radio, y elaborando luego sobre esos datos las maniobras necesarias para el regreso. Quizá, ni siquiera de la misma estación espacial sea capaz de bajar tantas cifras y tenga que pedir ayuda a los calculistas terrestres.

Es de esperar que tales contratiempos no lleguen a producirse, y que las naves puedan seguir su recorrido, tranquilamente, de acuerdo a los planes previamente trazados. El primer día de viaje, los tanques que sirvieron

← experiencias astronáuticas

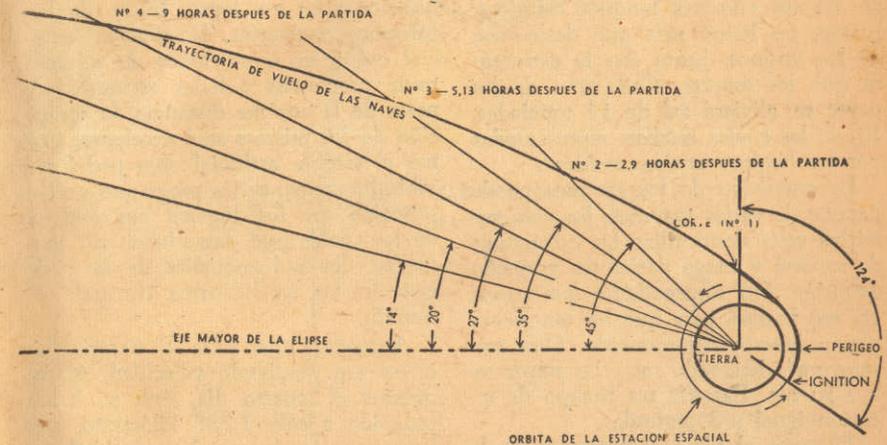
Es de esperar que, con cada una de las experiencias astronáuticas que se realicen en el futuro inmediato, los modelos de estaciones espaciales sufran repetidas y profundas modificaciones. Von Braun no es el único de los técnicos que tiene ya proposiciones concretas que ofrecer a este respecto. Un ejemplo es el proyecto que ilustramos en esta fotografía, de origen inglés. Las ventajas que ofrece sobre el de Von Braun son su construcción más barata y la rapidez con que puede erigirse. La desventaja es la carencia de gravedad artificial. Sobre una de sus cubiertas puede verse una de las esferas de la nave lunar en construcción.

TRAYECTORIA DEL VUELO DEL VIAJE A LA LUNA



La trayectoria de vuelo de las naves lunares es la mitad de una elipse, más bien larga y delgada; uno de sus extremos toca la órbita de la estación espacial, en el punto en que ésta se encuentra más lejos de la Luna (véase perigeo, en el diagrama). El otro extremo de la trayectoria incide en la superficie Lunar. La distancia desde el perigeo hasta el centro de la elipse es de 196.430 kilómetros, o sea la mitad del llamado eje mayor de la elipse. El eje menor de la elipse tiene 109.975 kilómetros de longitud. La mínima distancia a la que las naves pasarán del centro de la elipse, será de 54.987,5 kilómetros (mitad del eje menor), que al mismo tiempo representará la máxima desviación con respecto a una trayectoria rectilínea entre la estación y la Luna. Los motores funcionarán solamente durante la pequeña distancia marcada por los extremos ignición y corte, en el diagrama; la aceleración variará lentamente desde 1/10 g (un décimo de gravedad), en el momento de ignición, hasta 1/3 g, en el momento de corte. El punto de corte está a 90° del perigeo y a 124° del punto de ignición; el tiempo que transcurrirá entre los puntos de ignición y corte será de 33 minutos. Dado que la estación espacial sólo es capaz de recorrer 99° en el mismo tiempo, en el momento de corte se habrá atrasado en 25°. Vista desde las naves la estación no parecerá por tanto quedar "abajo" y más bien en el centro del disco terrestre, sino "atrás" y casi sobre el borde. Unos pocos minutos después, la tripulación de las naves tendrá oportunidad de observar cómo la estación pasa de un borde de la Tierra al otro.

CARACTERISTICAS DEL VIAJE A LA LUNA EN LOS PUNTOS DE CONTROL



| Puntos de control | Tiempo transcurrido (horas) | Angulo desde el perigeo (grados) | Distancia al centro de la Tierra (km.) | Velocidad de las naves (km/h.) |
|-------------------|-----------------------------|----------------------------------|--|--------------------------------|
| Nº 1 | 0,55 | 90 | 10.498 | 31.375 |
| Nº 2 | 2,9 | 135 | 34.995 | 16.894 |
| Nº 3 | 5,13 | 145 | 59.484 | 12.872 |
| Nº 4 | 9,0 | 153 | 99.983 | 9.975 |
| Nº 5 | 16,5 | 160 | 154.464 | 7.771 |
| Nº 6 | 30,0 | 166 | 218.952 | 6.403 |

Leída de abajo para arriba esta tabla sirve también para el viaje de regreso de la Luna. Al volver, las naves pasarán, digamos, por el punto Nº 5, a una distancia de 154.464 kilómetros del centro de la Tierra, con una velocidad de 7.771 kilómetros por hora, y faltarán 16,5 horas para que las naves entren en la órbita de la estación espacial.

para la partida serán arrojados por la borda. Los técnicos se pondrán sus trajes espaciales y saldrán al exterior para encargarse de la tarea. El movimiento del vehículo no tendrá ninguna realidad sensorial para ellos. De hecho, todo sucederá como si las naves estuvieran inmóviles. Primero extraerán el resto de combustible que todavía quede en los enormes tanques esféricos. Luego, no habrá más que deshacerse de los mismos, junto con la estructura que los soporta. Cada una de las naves se aliviará así de 14 toneladas, 10 de las cuales estaban representadas por las láminas antimeteoríticas.

La expulsión de los tanques puede hacerse de varias maneras. La más primitiva sería destornillar las estructuras de soporte y luego darles un pequeño empujón. Por sorprendente que parezca, eso bastará para que los tanques se alejen lenta y seguramente. Otra manera sería haciendo rotar las naves sobre su eje. Bastaría un tiempo de rotación igual a 3 segundos.

Durante el viaje careceremos de la sucesión de días y noches, a la que estamos acostumbrados; de manera que los horarios deberán fijarse arbitrariamente. Desde el comienzo se implantará un sistema de guardias, que se cambiarán cada cuatro horas. Los capitanes, pilotos y especialistas en radio pasarán la mayor parte del tiempo controlando el curso del vuelo, listos para arreglar cualquier error que se presente. Los técnicos completarán estas operaciones con los informes que reciban de los "cerebros" electrónicos en la cubierta de control.

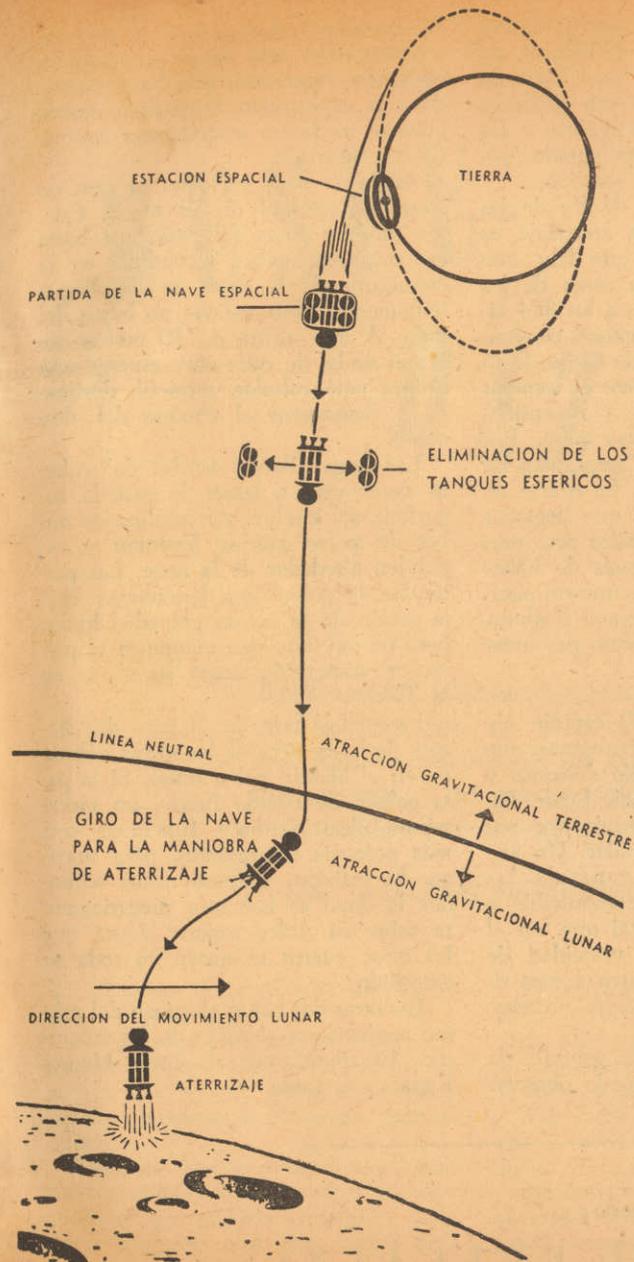
Pero los hombres más ocupados de la tripulación serán sin lugar a dudas los ingenieros reguladores y sus ayudantes, quienes tendrán que salir continuamente al exterior para inspeccionar los tanques, los motores, las bombas y el equipo en general.

De hora en hora, las naves intercambiarán mensajes con la estación espacial. No siempre estarán en condiciones de mantener dicho contacto. Como la estación espacial da cada dos horas una vuelta completa en torno de la Tierra, durante unos cincuenta minutos se esconderá detrás de ella, haciendo por lo tanto imposible las comunicaciones en ese lapso. Fuera de los informes rutinarios, la estación espacial estará en condiciones de retransmitir programas radiales terrestres. A pesar de la enorme distancia, la recepción de los mismos será excelente. Como el satélite artificial sólo podrá recibir directamente los programas que se propalen en los lugares por encima de los cuales esté pasando en ese momento, los radioescuchas de la nave gozarán las audiciones de todo el mundo.

A medida que pasa el tiempo, las naves van perdiendo velocidad. Al comenzar el cuarto día, ésta se habrá reducido a sólo 1.287 kilómetros por hora: poco más que la velocidad corriente de un avión a chorro. Frente a la nave se delinearán nítidamente los abruptos rasgos de la Luna. Detrás, el globo verde azulado de la Tierra tendrá el aspecto de una enorme Luna.

Nuestra flota de espacionaves sin motor atravesará en esos instantes la línea neutra, donde se anulan los campos gravitatorios terrestre y lunar. Entonces, su velocidad descenderá a menos de 800 kilómetros por hora. Desde allí en adelante, las naves comenzarán a ganar velocidad, subiendo desde los 800 hasta casi 9.600 kilómetros, en las cercanías de la Luna.

Exactamente 6 horas 40 minutos después de haber pasado la línea neutra, y ya a 884 kilómetros de altura sobre la superficie lunar, los motores entrarán nuevamente en funcionamiento.



Serie de maniobras a realizarse durante el viaje a la Luna (el diagrama no está dibujado en escala). Poco después de la partida se expulsan los tanques esféricos; más tarde hay que invertir la posición de las naves, de manera que los motores cohete apunten hacia la Luna. Luego, la velocidad adquirida por la nave a raíz de la atracción lunar debe reducirse a cero, utilizando los motores de reacción. La así llamada "línea neutra", en la cual las fuerzas gravitatorias de la Luna y la Tierra se anulan entre sí, será alcanzada 113 horas después de la partida.

DESPE- DAZADOS

Destrozada, indefensa, tuvo que confiar en que un médico extranjero le devolviese su cuerpo y su mente..., ¡un médico que jamás había visto un ser humano!

por WILLIAM MORRISON

LA mujer despertó, y ni siquiera se preguntó dónde estaba.

Al principio sólo experimentó sensaciones —la sensación de existir, de seguir viva cuando debía estar muerta, de un tremendo dolor en todo su cuerpo.

Después, vino el primer pensamiento. Era simple, y en su mente se reflejó antes que pudiera impedirlo: ¡Oh, Dios, ahora no seré sólo vulgar! Seré fea.

El pensamiento le produjo una oleada de terror pánico, pero estaba demasiado exhausta como para experimentar una emoción durante largo tiempo. Y volvió a adormecerse.

Más tarde, la segunda vez que despertó, volvió a preguntarse dónde estaba.

No tenía forma de averiguarlo. A su alrededor todo era oscuridad y silencio. La negrura era sólida, el silencio, absoluto. Volvió a sentir dolor, no un

La primera tarea será corregir la posición de los navíos en el espacio, de manera que caigan de cola hacia la Luna. Mediante los motores giratorios se podrá hacer rotar fácilmente a los navíos, que así estarán preparados para la segunda fase de la maniobra.

La nerviosidad crece dentro de las naves. La maniobra de aterrizaje es peligrosa, tan peligrosa que hay que dejarla completamente a cargo de los pilotos automáticos. Justo a los 884 kilómetros de altura, los motores comienzan a lanzar sus chorros de fuego. Dentro de las cabinas se siente el trepidar de la eyección de gases, y repentinamente recobramos nuestro peso. Los objetos que no han sido asegurados de antemano, caen al suelo. La fuerza de los motores cohete es tal que llegamos a pesar un tercio de nuestro peso normal en la Tierra. Después de haber vivido cinco días sin que nuestro cuerpo pesara nada, parece como si ahora, súbitamente, circulase plomo por nuestras venas.

Los diez minutos finales son especialmente angustiosos. El capitán observa atentamente los instrumentos que le indican la velocidad de descenso y la altura sobre la superficie lunar. Dichos valores están determinados por medio del altímetro de radar. Un servomecanismo adecuado controla las bombas que llevan el combustible a los motores, de manera tal que, en el momento adecuado, la velocidad de descenso y la altura lleguen a cero simultáneamente. Pero todavía no estamos abajo.

El capitán enciende la pantalla de televisión, en la cual puede observar

la superficie sobre la que se propone aterrizar. De esta manera, cualquier obstáculo imprevisto, que haya escapado a la exploración fotográfica, puede evitarse mediante correcciones manuales del recorrido.

Ahora le toca el turno al tren de aterrizaje retráctil de las naves. Cuatro enormes patas de araña que hasta ese entonces estaban escondidas en la estructura de la nave, se despliegan lentamente. Pero todavía no bajan del todo. A una altura de 30 metros sobre el suelo, de cada nave emerge una quinta pata tubular, retráctil, destinada a amortiguar el choque del descenso.

Las largas llamas verdes del cohete comienzan a lamer la gastada superficie del satélite. Arremolinadas nubes de polvo gris se levantan y expanden alrededor de la nave. Las partículas de polvo caen lentamente bajo la acción de la escasa gravedad lunar; pero no hay aire que mantenga el polvo en suspensión como sucedería en la Tierra.

La ancha base de la pata de choque de la primera de las naves se hunde en el blando polvo lunar. Si la pata golpea demasiado fuerte, un mecanismo eléctrico hace funcionar con más potencia los motores, para suavizar la colisión. Durante unos segundos la nave se balancea precariamente sobre su único soporte, hasta que los otros cuatro se abren en toda su extensión.

Las otras dos naves aterrizan del mismo modo. Cesa el ruido de las máquinas. El silencio es absoluto. Hemos llegado a la Luna.

En el próximo número:

III. EN LA LUNA

dolor agudo, sino sordo, en todo su cuerpo. Le dolían las piernas, y los brazos también. Trató de levantarlos, y descubrió con sorpresa que no le obedecían. Intentó flexionar los dedos y fracasó.

Estaba paralizada. No podía mover un solo músculo de su cuerpo.

El silencio era tan absoluto que atemorizaba. Ni un susurro llegaba hasta ella. Había estado en una astronave, pero no percibía ninguno de los ruidos típicos de una nave. Ni el crujido de las alas, ni el ocasional choque de dos metales. Ni el sonido de la voz de Fred, ni siquiera el ritmo lento de su propia respiración.

Transcurrió más de un minuto hasta que descubrió el motivo, y, cuando lo hizo, no pudo creerlo. Pero el pensamiento persistió, pronto tuvo que admitir que era cierto.

El silencio era absoluto porque estaba sorda.

¡Otro pensamiento! La oscuridad era tan profunda porque estaba ciega.

Y otro más, esta vez interrogante: *¿por qué, ya que sentía dolor en los brazos y en las piernas, no podía moverlos? ¿Qué extraña forma de parálisis era esa?*

Trató de luchar contra la respuesta, pero lenta e inexorablemente, la verdad surgió en su mente. No estaba parálitica. No podía mover los brazos y las piernas porque no los tenía. Los dolores que experimentaba eran imaginarios, producidos por las terminaciones nerviosas sin un estímulo externo.

Cuando aceptó la verdad, perdió el conocimiento. En la inconsciencia, su mente trató desesperadamente de alcanzar la muerte.

DESPERTO contra su voluntad. Luchó por cerrar su mente a todo pensamiento y a toda sensación, tal como sus oídos y sus ojos estaban cerrados a todo.

Pero los pensamientos aparecieron a pesar suyo. *“¿Por qué estaba viva? ¿Por qué no había muerto en el accidente?”*

Fred estaría muerto. El asteroide había aparecido súbitamente; no tuvieron tiempo de esquivarlo. Ella se había salvado por milagro —si podía hablarse de salvación—: un torso ciego, y sin miembros, sin medios de comunicación con el mundo exterior; estaba más muerta que viva. Y no podía creer que el mismo milagro se hubiera repetido en Fred.

Era mejor así. Fred se hubiera estremecido de horror al mirarla —y así no tendría que preocuparse por él mismo. Siempre había sido extremadamente buen mozo y no hubiera podido soportar verse mutilado y horrible.

Tenía que encontrar alguna manera de reunirse con él, pronto. Sin duda sería difícil, careciendo de brazos y piernas, y sin poder conocer los objetos que la rodeaban; pero tarde o temprano descubriría algún medio. Había oído hablar de gente que se estrangulaba a sí misma tragándose la lengua, y el recuerdo mejoró su ánimo. Podía tratar de hacerlo ahora mismo. Podía...

No, no podía. Acababa de darse cuenta de que no tenía lengua.

El descubrimiento de ese nuevo horror no le hizo perder el conocimiento, aunque deseó desesperadamente que eso ocurriera. Pensó: *Puedo hacer un esfuerzo de voluntad, puedo obligarme a morir. Muere, tonta, no eres más que un indefenso montón de carne. Muere y acaba con esta tortura. Muere, muere, muere...*

Pero nada ocurrió. Y después de un rato, un nuevo pensamiento apareció en su mente. *Fred y ella habían sido los únicos ocupantes de la nave; no había ninguna otra nave cerca. ¿Quién la había salvado? ¿Quién había cuidado su cuerpo destrozado, impedido que*

la sangre siguiera fluyendo, curado sus heridas? ¿Y para qué?

El silencio no le proporcionó respuesta alguna.

Después de un tiempo que le pareció un siglo, volvió a dormirse.

Cuando despertó, una voz dijo:

—¿Se siente mejor?

¡Puedo oír!, gritó una voz en su interior. Es una voz extraña, con un acento muy raro. *Nunca hubiera podido imaginármelo. ¡No estoy sorda! Quizás todo fué una pesadilla...*

—Sé que usted no puede responderme. Pero no tema. Pronto podrá volver a hablar.

¿Quién era? No era una voz de hombre ni de mujer. Sonaba curiosamente ronca y, sin embargo, era muy clara. Sin inflexiones, pero agradable. *¿Un médico? ¿De dónde podía haber llegado un médico?*

—Su esposo también vive. Afortunadamente, pudimos ayudarlos en el preciso instante en que empezaba la muerte.

¿Afortunadamente? La mujer sintió una llamarada de ira. *Tendría que habernos dejado morir. Ya es bastante terrible que yo viva, una inválida indefensa que depende de otros. Pero saber que Fred no ha muerto es aún peor. Saber que me ha de ver así, horrible y mutilada, es más de lo que puedo soportar. Con cualquier otro hombre sería espantoso, pero con Fred es insoportable. Devuélvame el habla, y lo*

¡Ojo con las escafandras!

QUIZÁS tengan razón los pesimistas que aseguran que el espacio no lo conquistaremos nunca. Pero aunque eso no suceda las escafandras de los trajes espaciales ya están prestando su utilidad a la especie humana. ¿Cómo? Pues para dormir sin sustos a los chicos que deben ser operados.

El método es simple: Una escafandra plástica de comandante espacial con un tubo que deja entrar oxígeno y gas ciclopropano. En cuanto el comandante se pone a soñar con los angelitos se sigue con el éter de costumbre.

primero que le pediré es morir. No quiero vivir.

—Le agradecerá saber que no tendremos dificultad en devolverle el uso de sus miembros y los órganos de los sentidos. Llevará tiempo, pero no tenemos dudas sobre el éxito final.

¿Qué tontería era ésa? Los médicos habían logrado milagros en la creación de brazos y piernas artificiales, pero éste parecía prometerle miembros reales. Y había dicho “órganos de los sentidos”. Eso significaba...

Tonterías. No podría cumplir su promesa. Lo decía simplemente para que se sintiera mejor, como hacían siempre los médicos. Quería infundirle el coraje, levantarle el ánimo, convencerla de que valía la pena luchar. Pero no valía la pena. Ya no tenía coraje. Sólo quería y deseaba morir.

—Quizá ya se haya dado cuenta de que no soy lo que ustedes llamarían humano. A pesar de eso, le sugiero que no se preocupe demasiado por ello. No tendrá dificultad en reconstruirlos adecuadamente de acuerdo con sus propias formas.

La voz cesó y la mujer se quedó sola. Le daba lo mismo. El había hablado demasiado. Y ella no podía responderle ni hacer preguntas... y tenía tantas para hacer.

¿No era humano? Y entonces, ¿qué era? Y ¿cómo había aprendido a hablar un lenguaje humano? Y ¿qué pensaba hacer con ella después de reconstruirla?

Y ¿qué aspecto tendría cuando él concluyera su labor?

Sabía que existían razas que carecían del sentido de lo bello. O, si poseían alguno, era totalmente distinto del humano. ¿Pensaría él que el trabajo de reconstrucción estaría logrado si le daba el número adecuado de brazos y piernas y órganos artificiales de la vista que actuaran como ojos y que la hicieran parecer un monstruo surgido del infierno? ¿Se sentiría orgulloso de su habilidad, como ocurría con algunos médicos humanos cuando sus pacientes se salvaban y se convertían en seres indefensos, con sus cuerpos cubiertos de cicatrices y los órganos funcionaban débil e imperfectamente? ¿La convertiría en algo que Fred miraría con odio y asco?

Fred siempre fué demasiado sensible a la belleza femenina. Pudo conquistar a cuanta mujer se le antojó, y, hasta el momento en que la conoció, siempre había elegido mujeres hermosas. Nunca pudo entender por qué se casó con ella. Quizá el hecho que ella fuera la única mujer, de las que Fred conocía, que *no* era hermosa, la había destacado entre las demás. Quizás, también, hubo un matiz de crueldad en su elección. El pudo haber deseado a alguien que no estuviera demasiado segura de sí misma, alguien de quien él pudiera estar absolutamente seguro en todo momento. Ella recordó cómo los miraba la gente —el hombre buen mozo y la mujer vulgar— y los comentarios que había oído tantas veces, que expresaban siempre la misma pregunta: por qué se había casado con ella. A Fred le gustaba esa situación; ella estaba segura de que a él le gustaba.

Era evidente que él *quería* una mujer común. Ahora tendría una fea. ¿Le gustaría *eso*?

Se quedó dormida envuelta en los mismos pensamientos y despertó y volvió a dormirse. Y entonces, un día, oyó

nuevamente la voz. Y, con enorme sorpresa, comprobó que podía responder, lentamente, con inseguridad, y, a veces, con dolor. Pero podía hablar otra vez.

—Hemos estado trabajando con usted —dijo la voz—. Ha mejorado mucho.

—¿Estoy... estoy? —le resultó difícil preguntar: ¿Qué aspecto tengo?

—Está incompleta.

—Debo parecer horrible.

Hubo una ligera pausa.

—¿No. No está horrible. No para mí. Simplemente incompleta.

—Mi esposo no diría lo mismo.

—No sé qué pensaría su esposo. Quizás él no esté acostumbrado a ver seres incompletos. Podría incluso asustarse de sí mismo...

—Yo... no había pensado en eso. Pero él... ¿nos pondremos bien los dos?

—Desde el punto de vista médico, no existe ninguna dificultad insuperable. Absolutamente ninguna.

—¿Por qué... por qué no me da ojos, si puede? ¿Tiene miedo... de que pueda verlo, y... horrorizarme?

SE produjo otra pausa. Hubo una nota divertida en la respuesta.

—No lo creo. No, ése no es el motivo.

—Entonces es porque, como dijo respecto a Fred, ¿podría asustarme de mí misma?

—Esa es una parte del motivo. Pero no la más importante. Mire, en cierta forma, yo estoy experimentado. No se alarme, por favor. No la convertiré en un monstruo. Sé demasiado de Biología como para hacer una cosa así. Pero no estoy muy familiarizado con seres humanos. Lo que sé lo he aprendido en su mayor parte en vuestros libros, y he decubierto que, en ciertos aspectos, éstos contienen más de un error; tengo que avanzar muy despa-

cio hasta que pueda controlar lo que ellos me enseñaron con la realidad. Podría arreglar ciertos órganos, y luego descubrir que no tienen el tamaño o la forma apropiados, o que producen hormonas ligeramentes distintas. No quiero cometer esos errores, y si en ellas incurro, quiero corregirlos antes de que puedan ocasionar daño.

—¿No hay peligro?...

—Ninguno, se lo aseguro. Interna y externamente, será igual que antes.

—Interna y externamente. ¿Podré..., podré tener hijos?

—Sí. Nosotros no tenemos diferencias de sexo como ustedes, pero conocemos bien el problema a través de nuestro contacto con otras razas. Sabemos qué importantes son para ustedes. Estoy tomando todas las medidas necesarias para mantener el correspondiente equilibrio glandular, tanto en usted como en su esposo.

—Gracias... doctor. Pero aún no entiendo... ¿por qué no puede devolverme la vista ahora mismo?

—No quiero darle ojos que vean imperfectamente, y luego tener que quitárselos, ni quiero que usted observe el desarrollo de piernas y brazos imperfectos. Sería un sufrimiento innecesario. Cuando esté seguro de que todo está en orden, empezaré a trabajar con los ojos.

—Y mi esposo...

—Será reconstruido de igual manera. Pronto lo traeremos para que puedan hablar.

—¿Y no quiere que ninguno de nosotros vea al otro hasta que estemos en... en perfectas condiciones?

—No sería aconsejable. Puedo asegurarle ahora que cuando haya completado su tratamiento usted será casi exactamente igual que antes del accidente. Cuando llegue ese momento, podrá usar sus ojos.

Ella permaneció en silencio durante un instante.

El agregó:

—Su esposo me hizo otras preguntas. Estoy esperando que usted también me las haga.

—Lo siento, doctor, no le presté atención. ¿Qué dijo?

EL repitió su observación. —Tengo otras preguntas. Pero... no, no se las haré aún. ¿Qué quería saber mi esposo?

—Todo lo relativo a mí y a mi raza. Cómo hicimos para llegar a salvarlos. *Por qué* los salvamos. Qué pensamos hacer con ustedes cuando estén reconstruidos.

—Sí. Yo también he pensado en todo eso.

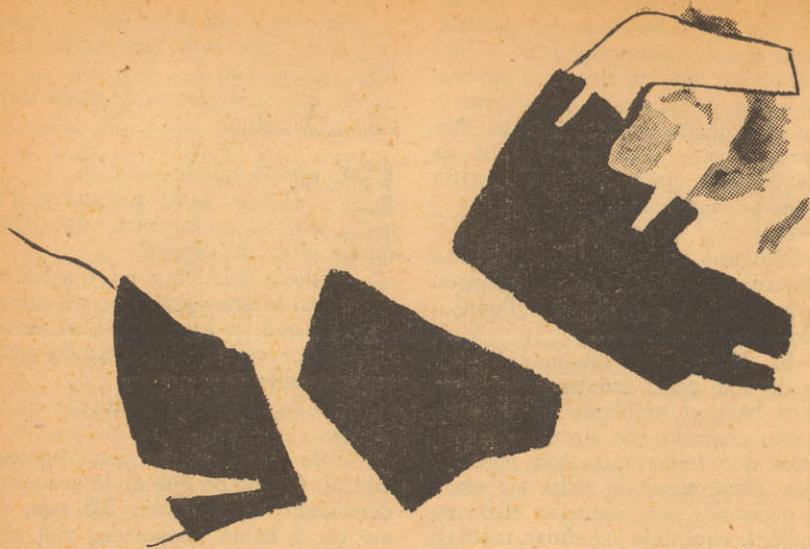
—Sólo puedo darle una respuesta parcial. Confío en que no la encuentre demasiado insatisfactoria. Mi raza, como usted habrá imaginado, está algo más avanzada que la de ustedes. Empezamos antes —añadió, cortésmente.

—Si pueden hacer crecer nuevos brazos y piernas —dijo ella—, deben estar millares de años más adelantados que nosotros,

—Podemos hacer muchas otras cosas, de las cuales no hay necesidad de hablar. Todo lo que tengo que decirle ahora es que soy un médico agregado a una partida de exploración. Hemos tenido contactos previos con seres humanos, y hemos hecho todo lo posible por no llamar su atención. No queremos alarmarlos o confundirlos.

—Pero, a pesar de todo eso, nos salvaron.

—Se trataba de una emergencia. No somos humanos, pero tenemos, podría decirse, sentimientos humanitarios. No nos gusta dejar que nadie se muera, aunque se trate de seres inferiores. No es que ustedes lo sean —añadió con delicadeza—. Ocurrió que nuestra nave se hallaba a unos pocos miles de millas cuando ocurrió el accidente. Lo vimos, y actuamos con gran rapidez. Cuando



ustedes estén bien, los dejaremos donde puedan ser encontrados por seres de vuestra raza, y seguiremos nuestro camino. Para ese entonces, nuestra exploración habrá sido definitivamente completada.

—Cuando estemos bien... doctor, ¿seré exactamente igual a lo que era antes?

—En ciertos aspectos, quizá sea aún mejor. Puedo asegurarle que sus órganos funcionarán perfectamente.

—No me refiero a eso. Quiero decir, ¿tendré el mismo aspecto?

La mujer sintió el desconcierto del médico.

—¿El mismo aspecto? ¿Y es importante eso?

—¡Sí... oh, sí, tremendamente importante! Importa más que cualquier otra cosa.

El debía estar mirándola como si fue-

ra loca. De pronto se alegró de no tener ojos para ver su asombro. Y su desprecio, probablemente.

Lentamente, después de una pausa, el doctor agregó:

—No me había dado cuenta. Pero, por supuesto, no sabemos qué aspecto tenía antes. ¿Cómo podemos conservarlo?

—No sé. ¡Pero tiene que hacerlo! ¡Debe hacerlo! —su voz se elevó y sintió dolor en la garganta al contraerse los nuevos músculos.

—No se ponga histérica —dijo él—. Deje de pensar en eso.

—Pero no puedo dejar de pensar. ¡Es lo único en que pienso! ¡Quiero ser exactamente igual a como era antes!

El no respondió. La mujer se sintió súbitamente cansada. Un momento antes se sentía tan excitada, tan agitada;



y ahora, simplemente cansada y con sueño. Quería dormirse y olvidarlo todo. *Me debe haber dado un sedativo,* pensó. *¿Una inyección? No sentí el pinchazo, pero quizás aquí no usen agujas. De cualquier modo, me alegro. Ahora no tendré que pensar, no podré pensar...*

SE durmió. Cuando despertó otra vez, oyó una voz nueva. Una voz que no podía reconocer. Dijo:

—Hola, Margaret. ¿Dónde estás?

—¿Quién?... ¡Fred!

—¿Margaret?

—Sí.

—Tu voz es distinta.

—La tuya también. ¡Al principio no me di cuenta de quién me hablaba!

—Es extraño que nos haya llevado tanto tiempo darnos cuenta de que nuestras voces cambiarían.

Ella dijo temblorosamente: —Estamos más habituados a pensar en nuestro aspecto.

El permaneció silencioso. Estaba pensando en lo mismo.

—Tu voz nueva no está del todo mal, Fred —dijo ella después de un momento—. Me gusta. Es un poco más profunda y sonora. Está de acuerdo con tu personalidad. El doctor ha hecho un buen trabajo.

—Estoy tratando de decidir si me gusta la tuya. No sé. Supongo que soy la clase de hombre que prefiere lo conocido.

—Ya lo sé. Es por eso que le pedí que no cambiara mi aspecto.

Hubo otro silencio.

Ella dijo:

—¿Fred?

—Aquí estoy.

—¿Hablaste con él sobre eso?

—El me habló a mí. Me contó que estabas preocupada.

—¿No te parece que es importante?

—Sí, creo que sí. Me dijo que podía realizar un trabajo técnicamente perfecto. Darnos facciones regulares y un cutis inmaculado.

—Eso no es lo que quiero —dijo ella con fuerza—. No quiero tener facciones regulares que aparecen en los libros de fisiología. Quiero mis propias facciones. No me importa tener una voz distinta, ¡pero quiero mi rostro de antes!

—Eso es mucho pedir. ¿No ha hecho ya bastante por nosotros?

—No. Todo lo demás no importa si no tengo eso. ¿Crees...?, crees que estoy diciendo tonterías?

—Mira...

—No quiero ser hermosa, porque sé que tú no quieres que lo sea.

La voz de Fred reflejó su asombro:

—¿De dónde sacaste eso?

—¿Crees que después de vivir a tu lado durante dos años, aún no lo sé? Si hubieras querido una esposa, no te hubieras casado conmigo. Pero me elegiste a mí. Tú querías ser el buen mozo de la familia. Eres vano, Fred. No trates de negarlo, porque no me convencerás. Eres presuntuoso. No me importa que lo seas, pero así es.

—¿Te sientes bien, Margaret? Pa-

recés... al borde de un ataque de nervios.

—No es así. Estoy razonando lógicamente. Si yo fuera fea o hermosa, tú me odiarías. Si fuera fea, la gente te compadecería, y tú no podrías aguantarlo. Y si fuera hermosa, podrían olvidarse de ti. Soy lo suficientemente vulgar como para que todos se pregunten por qué te casaste con alguien como yo. Soy exactamente la clase de mujer que necesitas para realzar tus propios atractivos.

DESPUÉS de un momento, Fred dijo lentamente.

—Nunca se me ocurrió que eso era lo que pensabas de mí. Son tonterías. Me casé contigo porque te amaba.

—Quizás sea cierto. Pero, ¿por qué me amabas?

Fred explicó pacientemente:

—No empecemos con eso. El hecho es, Margaret, que estás diciendo tonterías. No me importa un bledo si eres fea o hermosa... bueno, eso no es absolutamente cierto. Me importa, pero tu belleza no es lo más importante. Tiene muy poco que ver con lo que siento por ti. Te amo por lo que eres. Todo lo demás es secundario.

—Por favor, Fred, no me mientas. Quiero ser igual que antes, porque sé que es así como me quieres. ¿No ha-

brá alguna manera de que el doctor sepa qué aspecto tenía? Tú tienes... tienes buen ojo. Quizás podrías darle una descripción...

—Sé razonable, Margaret. Tú sabes que una descripción no sirve para nada —había un ruego en su voz—. Deja de preocuparte por eso. A mí no me importa si tus facciones resultan las de un texto de fisiología.

—¡Fred! —exclamó ella, excitada—. ¡Eso es! ¡Fotografías! ¿Recuerdas la que nos sacamos antes de dejar Marte? Debe estar en algún rincón de la nave...

—Pero la nave se destruyó, querida. Se hizo pedazos.

—No del todo. Si pudieron sacarnos vivos, debe haber algunas partes enteras. Quizás la foto esté aún allí.

—Margaret, estás pidiendo algo imposible. No sabemos dónde está la nave. El doctor pertenece a una partida de exploración. Ya deben haber dejado nuestra nave muy atrás. No van a retroceder nada más que para buscar...

—¡Pero es la única solución... la única! No hay otra forma...

Su voz se quebró. Si hubiera tenido ojos, habría llorado, pero así, sólo podía sollozar hacia adentro.

Alguien debió llevarse a Fred, porque nadie respondió a sus sollozos. Y, después de un tiempo, ella sintió de pronto que no había motivos para llorar. En verdad, se sintió alegre y animada y pensó: *El doctor me debe haber dado un calmante. No quiere que lllore. Muy bien, no lo haré. Pensaré en algo que me ponga alegre. Me pondré de un exquisito buen humor...*

Pero, en cambio, cayó en un profundo sopor.

CUANDO despertó, el recuerdo de la conversación con Fred y la desesperación volvieron a apoderarse de ella. *Tendré que hablar con el doc-*

tor, pensó. Tendré que averiguar qué puedo hacer. Sé que es pedir demasiado, pero sin eso, todo lo que ha hecho por mí no cuenta. Prefiero estar muerta que vivir con otro rostro.

Pero no fué necesario hablar con el doctor. Fred se le había adelantado.

De modo que Fred admite que para él también es importante. No podrá seguir negándolo, y yo estuve acertada en mis juicios.

El doctor dijo:

—Lo que usted pide es imposible.

—¿Imposible? ¿Ni siquiera intentará acerlo?

—Mi estimada paciente, la nave destruida está ahora a cientos de millones de millas de distancia. La expedición tiene una tarea que cumplir. No puede perder tiempo explorando el vacío del espacio en busca de una fotografía que quizás ya no exista.

—Sí, tiene razón, doctor... Lamento habérselo pedido.

El médico intuyó lo que pasaba en la mente de su paciente, o escuchó la desesperanza de su voz.

—No haga planes apresurados. Usted sabe que no puede llevarlos a cabo.

—Encontraré alguna forma de hacerlo. Tarde o temprano lograré matarme.

—Se está portando muy tontamente. No dejo de maravillarme ante su tontería. ¿Hay muchos humanos como usted, desde el punto de vista psicológico?

—No sé, doctor. No me importa. ¡Sólo sé qué es importante para mí!

—¡Pero hacer tanto alboroto por una tontería! Por lo que yo puedo ver, la diferencia de aspecto entre dos humanos del mismo sexo es insignificante. Tiene que aprender a enfocar este problema en forma más realista.

—A usted le parece insignificante porque no sabe nada acerca de los hombres y las mujeres. Para Fred y

Energía de las mareas

DESDE que el hombre aprendió a producir y usar electricidad, las mareas le parecieron una fuente posible de tan preciada forma de energía. Por fin Francia parece ser el primer país del mundo que va a llevar a la práctica un proyecto de tal índole. Para ello, el gobierno construirá en el estuario del río Rance una represa. Dos veces por día, la marea subirá ocho metros, llenando el interior del dique. Luego, se cerrarán las compuertas y, cuando las aguas se hayan retirado, se dejará salir el agua por las turbinas. Se estima que la producción anual de la planta alcanzará a 250.000 millones de kilovatios hora.

para mí, la diferencia es la misma que hay entre la vida y la muerte.

El médico expresó con exasperación:

—Son una raza de niños. Pero a veces hay que darle el gusto a una criatura. Veré qué puedo hacer.

Pero, *¿qué podía hacer?*, se preguntó Margaret. La nave estaba abandonada en el espacio y, en ella, flotando entre las estrellas, estaba la fotografía que él no trataría de hallar. ¿Le pediría una descripción a Fred? Ni siquiera el mejor artista humano podría lograr un gran parecido partiendo de un modelo verbal. ¿Qué podía hacer alguien como el doctor, alguien para quien todos los hombres y las mujeres eran iguales?

MIENTRAS yacía allí, pensando y tratando de adivinar, tenía una idea muy grave del transcurrir del tiempo. Pero lentamente, mientras pasaban los días, empezó a tener conciencia de un extraño cosquilleo en todo su cuerpo. Los dolores que experimentara al principio habían ido disminuyendo lentamente hasta desaparecer por completo. Lo que sentía ahora no era dolor. Hasta era un poco agradable, como si alguien le masajeara suavemente el cuerpo, le estirara los músculos...

De pronto comprendió qué era: nuevos miembros le estaban creciendo. Sus órganos internos se debían haber desarrollado adecuadamente, y ahora el doctor había seguido con el resto del tratamiento.

Al darse cuenta, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. *Lágrimas, pensó, lágrimas reales... puedo sentirlas. Me están creciendo los brazos y las piernas, y puedo derramar lágrimas. Pero aún no tengo ojos.*

Pero quizás me estén creciendo... Cada tanto me parece ver destellos de luz. Quizás los esté haciendo desarrollar lentamente, y haya colocado pri-

mero los conductos lacrimales. Tendré que decirle que mis ojos deben ser azules. Nunca fui hermosa, pero siempre tuve muy lindos ojos. No quiero ningún otro color. No irían bien con el resto de mi cara.

La próxima vez que el doctor la visitó, se lo dijo.

—Será como usted pide —le respondió cariñosamente, como quien trata de poner contenta a una criatura.

—Y, doctor, en cuanto a volver a encontrar la nave...

—Eso es imposible, ya se lo dije. Sin embargo, no será necesario —hizo una pausa, como si saboreara lo que iba a decirle—. Me puse en contacto con nuestra sección Archivos. Como era de esperarse, ellos examinarán vuestra nave a fondo, con la esperanza de encontrar alguna información que pudiera contribuir a nuestra mejor comprensión de vuestra raza. Ellos tienen las fotos, más de una docena de fotos.

—*¿Una docena?* pero yo creía...

—En su excitación, debe haber olvidado que había más de una. Todas parecen ser de usted y su esposo. Sin embargo, deben haber sido sacadas en circunstancias muy diversas, y con equipos muy distintos, porque hay algunas pequeñas diferencias que hasta yo, con mi visión no humana, puedo distinguir. Usted podrá decirnos cuál prefiere que utilicemos como modelo.

Ella dijo lentamente:

—Será mejor que hable con mi esposo primero. ¿Puede hacerlo traer, doctor?

—Por supuesto.

MARGARET esperó, pensando. Una docena de fotos. Y ella recordaba una sola. Nada más que una. Se habían sacado muchas otras, durante la luna de miel y después, pero todas habían quedado en Marte.

La nueva voz de Fred dijo:

—¿Cómo te sientes, querida?

—Rara. Me parece que me están creciendo nuevos miembros.

—A mí también. Creo que pronto volveremos a ser lo que fuimos.

—¿Realmente?

Margaret podía imaginar a su marido frunciendo el ceño ante el tono de su pregunta.

—¿Qué quieres decir, Margaret?

—¿No te dijo el doctor? Tienen las fotografías que encontraron en nuestra nave. Ahora pueden modelar nuestros rostros de acuerdo con las fotos.

—Eso es lo que querías, ¿no es así?

—Pero, ¿qué es lo que tú quieres, Fred? Yo recuerdo una sola foto, y el doctor dice que encontraron una docena. Y dice que mi rostro está distinto en cada una de ellas.

Fred no respondió.

—¿Son tan hermosas, Fred?

—Tu no entiendes, Margaret.

—Entiendo demasiado bien. Sólo quiero saber... ¿las sacaste después que nos casamos o antes?

—Antes, por supuesto. No he salido con ninguna mujer desde que nos casamos.

—Gracias, querido —su nueva voz

estaba cargada de veneno, y se sorprendió al descubrirlo. *No debo hablar así, pensó. Conozco a Fred, y sé cuales son sus debilidades. Las conocía cuando me casé con él. Tengo que aceptarlas y ayudarlo, en lugar de torturarlo con sarcasmos.*

Fred dijo:

—Eran todas buenas chicas que conocí casualmente. Bonitas, pero nada más. No tienen nada que hacer a tu lado.

—No te disculpes —esta vez su voz era calma, incluso divertida—. No pudiste evitar que gustaran de ti. ¿Por qué no me dijiste que guardabas las fotografías?

—Pensé que te pondrías celosa.

—Quizás hubiera sentido celos, pero lo hubiera superado. De cualquier modo, Fred, ¿hubo alguna que te gustó especialmente?

MARGARET pensó que él se ponía alerta. Su voz careció de expresión al responder:

—No. ¿Por qué?

—Pensé que querías que el doctor me hiciera el rostro como el de ella.

—¡No seas tonta, Margaret! Quiero que te parezcas a ti misma. ¡No quie-

Decadencia

TODO se gasta y todo decae..., y en especial el material radioactivo. Mientras la decadencia de las cosas no sirva más que para provocar reflexiones filosóficas, no hay por qué afligirse. Pero, cuando se trata de decaimiento radioactivo, ya asoma el peligro, y entonces los políticos, generales y hombres de ciencia se preocupan. A la lista de perjudicados por el fenómeno hay que agregar ahora a los arqueólogos. Los elementos radioactivos se transmutan espontáneamente en otros (decaen), emitiendo radiaciones. Estas radiaciones no sólo pueden constituir un peligro para la salud, sino que, mucho antes de eso, alteran las edades de los restos fósiles que obtienen los arqueólogos utilizando el método del carbono-14. Con las explosiones nucleares, la radioactividad de fondo aumenta constantemente y hay que corregir todos los resultados. Muchos hombres de ciencia creen que, si las pruebas con bombas atómicas siguen su curso, el tanpreciado método tendrá que ser abandonado definitivamente.

Grandes novelas publicadas en MAS ALLA

Algunos números atrasados de MÁS ALLÁ están disponibles al precio de \$ 6.— cada uno. En ellos se han publicado, entre otras, las siguientes novelas:

| | Números |
|--|-------------|
| HIJO DE MARTE, por Cyril Judd..... | 2 y 3 |
| EL HOMBRE QUE VENDIO LA LUNA, por Robert A. Heinlein | 6 |
| LA ISLA DEL DRAGON, por Jack Williamson | 9, 10 y 11 |
| LAS CAVERNAS DE ACERO, por Isaac Asimov | 12, 13 y 14 |
| EL TRIANGULO DE CUATRO LADOS, por William F. Temple..... | 17 |
| LOS SEÑORES DEL TIEMPO, por Wilson Tucker | 18 y 19 |
| AMOS DE TITERES, por Robert A. Heinlein.... | 21 |
| GUIJARRO EN EL CIELO, por Isaac Asimov.... | 26 y 27 |
| MUNDO DE OCASION, por F. Pohl y C. M. Kornbluth | 28 y 29 |
| EL HOMBRE ANIQUILADO, por Alfred Bester | 30 |

Más allá

AV. ALEM 334 — BUENOS AIRES

Deseo adquirir los siguientes números de MÁS ALLÁ. Adjunto cheque o giro postal por m\$ n 6.— el ejemplar. En el exterior: \$ 8.— o US \$ 0.60).

2 - 3 - 4 - 5 - 6 - 7 - 8 - 9 - 10 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 25 - 26 - 27 - 28 - 29 - 30

(Sírvese señalar con un círculo los ejemplares solicitados)

Nombre

Dirección

Localidad

(ESCRIBIR CLARO)

ro volver a ver sus rostros vacíos!

—Pero yo pensé...

—Dile al doctor que se guarde las otras fotos. Que las ponga en un museo, junto con otras cosas muertas. Ya no significan nada para mí. Hace ya mucho que no me importan. El único motivo por el que no las tiré es que no sabía dónde estaban.

—Muy bien, Fred, le diré que use nuestra foto como modelo.

—Esa que hicimos ampliar. Asegúrate de que utilice ésa.

—Me ocuparé de que no haya errores.

—Cuando pienso que podría tener que mirar una de esos rostros de muñeca boba durante el resto de mis días, me horrorizo. Es tu cara la que quiero ver, y la de nadie más.

—Sí, querido.

Seré vulgar, pensó, pero me conservaré bien. Los que están en segundo plano siempre se conservan bien. El tiempo no puede producir mucho daño, porque no hay mucho que dañar.

Me olvidé de algo, sin embargo. ¿A qué edad corresponderán nuestros rostros? El doctor no es muy sensible a esas diferencias, y podría avejentarnos un poco. No debe hacerlo. No importa si nos hace parecer un poquito más jóvenes, pero no al revés. Tendré que avisarle.

Lo hizo, y otra vez él pareció divertirse con sus observaciones.

—Está bien —dijo—, parecerán levemente más jóvenes. No demasiado, porque según lo que he leído, es mejor que un ser humano aparente su verdadera edad fisiológica.

Ella suspiró aliviada. Todo estaba arreglado ya. Todo sería como antes, quizás aún un poco mejor. Ella y Fred podrían volver a su vida matrimonial sabiendo que serían tan felices como siempre. Nada exuberante, por supuesto, pero tan felices como su modo de ser lo permitía. Tan felices como po-

dían serlo una esposa vulgar y atormentada y un marido buen mozo.

A HORA que todo estaba decidido, los días pasaban lentamente. Los brazos y las piernas crecían, y los ojos también. Podía sentir el comienzo de los dedos, y los destellos luminosos impresionaban cada vez con mayor frecuencia el nervio óptico. Cada tanto experimentaba leves dolores, pero no lo lamentaba. Era el dolor de crecer, de volver a la normalidad.

Y llegó el día en que el doctor exclamó:

—¡Ya se ha recobrado! Dentro de un día, de acuerdo con vuestra medida del tiempo, le quitaré las vendas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Doctor, no sé cómo agradecerle.

—No hace falta que me agradezca nada. He cumplido mi trabajo.

—¿Qué hará con nosotros ahora?

—Tenemos una vieja nave terrestre que hallamos abandonada en el espacio. La hemos reparado y provisto de alimentos que encontramos en vuestra nave. Despertarán adentro de ella y podrán reunirse con su gente.

—¿Pero no podré..., ni siquiera podré verlo?

—Eso no es aconsejable. Tenemos ideas quizás peculiares acerca de mantener nuestra naturaleza en secreto. Por eso cuidaremos que no lleguen nada de aquí que nosotros hayamos fabricado.

—Si tan sólo pudiera... bueno, darle la mano... hacer algo...

—No tengo manos.

—¿No? Pero, ¿cómo pudo... cómo puede hacer esas cosas tan complicadas?

—No puedo responderle. Lamento dejarla con ese desconcierto, pero no puedo evitarlo. Ahora, por favor, basta de preguntas acerca de mí. ¿Quiere hablar con su esposo antes de volver a dormir?

—¿Tengo que dormir? Me siento tan excitada... ¡Quiero salir de la cama, arrancarme las vendas, y ver qué aspecto tengo!

—Supongo que no quiere hablar con su esposo, entonces.

—¡Quiero verme primero!

—Tendrá que esperar. Durante este último sueño, ejercitaremos sus músculos, para darles el tono y la fuerza apropiados. La examinaremos por última vez. Es muy importante.

Ella protestó, pero él la detuvo.

—Trate de calmarse. Puedo controlar sus emociones con drogas, pero es mejor que usted misma se controle. Ya más tarde podrá dar rienda suelta a su excitación. Y ahora debo dejarla. No volverá a oírme nunca más.

—¿Nunca más?

—Nunca más. Adiós.

Durante un instante, Margaret sintió algo fresco, seco y áspero que rozaba suavemente su frente. Trató de hacer un movimiento hacia él, pero sólo logró retorcer sus nuevas manos. Con un sollozo, murmuró:

—Adiós, doctor.

Cuando habló otra vez, no hubo respuesta.

Se durmió.

ESTA vez, el despertar fué distinto. Antes de abrir los ojos, oyó el crujido del viejo carguero, y un leve zumbido que provenía de los motores.

Al tratar de sentarse, sus ojos se abrieron, y vió que yacía sobre una litera, sujeta con el cinturón de seguridad para que no se cayera. Con manos temblorosas comenzó a desatar la correa. De pronto se detuvo, y contempló sus manos. Eran fuertes, bien formadas y suaves, con la piel de un hermoso color tostado. Flexionó los dedos varias veces. Eran manos hermosas. El doctor había hecho un buen trabajo.

Terminó de desatarse y se puso en pie. No había signos del mareo que

había esperado, ni de la debilidad que hubiera sido normal después de tanto tiempo de estar en cama. Se sentía espléndidamente bien.

Se examinó el cuerpo y las piernas, como si estuviera mirando el cuerpo y las piernas de otra persona. Dió unos pasos hacia adelante y hacia atrás. Sí, había hecho un trabajo perfecto. Era un cuerpo esbelto y gracioso, y se sentía muy bien. Mejor que nueva.

¡Pero su rostro!

Giró sobre sí misma buscando un espejo y oyó una voz:

—¡Margaret!

Fred se levantaba de su litera. Cada uno de ellos escudriñó el rostro del otro, y durante un largo momento se contemplaron en silencio.

Fred dijo con voz ahogada:

—Debe haber un espejo en la cabina del capitán. Tengo que verme.

Frente al espejo, sus ojos pasaron de un rostro al otro. Y esta vez el silencio fué más largo y penoso.

El doctor era un artista maravilloso. Para un ser —una persona— que era insensible a las diferencias de los rostros humanos, había seguido los modelos a la perfección. Rasgo por rasgo, tal como eran antes. El tamaño y la forma de la frente, la implantación del cabello, el ancho de las mejillas y la altura de los pómulos, la forma y el color de los ojos, el contorno de la nariz, los labios y la barbilla, nada había cambiado. Absolutamente nada.

Salvo el efecto total. Nada, salvo el hecho de que, en lugar de ser vulgar, ahora era hermosa.

Tendría que haber contemplado la posibilidad —pensó—. A veces uno ve dos hermanas, o una madre con su hija, con las mismas facciones, tan iguales como si hubieran sido hechas con el mismo molde... , pero una es hermosa y la otra fea. Muchos artistas pueden copiar los rasgos, pero pocos pueden reproducir con total exactitud

la fealdad o la belleza. El doctor había cometido un pequeño error. A pesar de mi prevención, me ha hecho demasiado hermosa.

Y con Fred no estuvo tan generoso. Fred ya no es buen mozo. No es que sea feo; su rostro es más fuerte y más interesante que antes. Pero ahora yo soy la belleza de la familia. Y él no podrá soportarlo. Este es el fin para nosotros.

FRED la estaba sonriendo. Dijo:

—¡Eh, qué esposa tengo! ¡Mírate! ¿Te molesta si me babeo un poco?

Margaret respondió con inseguridad:

—Fred, lo siento.

—Sientes ¿qué? ¿Que te haya dado más de lo que tenías, y a mí menos? ¡Todo queda en la familia!

—No hace falta que trates de disimular, Fred. Sé cómo te sientes.

—No sabes nada. Yo le pedí que te hiciera hermosa. No estaba seguro de que pudiera hacerlo, pero se lo pedí de todos modos. Y dijo que lo intentaría.

—¿Tú le pediste?... ¡Oh, no!

—Oh, sí —respondió Fred—. ¿Lo lamentas? Esperaba que conmigo tuviera igual éxito, pero... , bueno, ¿te casaste conmigo por mi belleza?

—¡Tú sabes muy bien que no, Fred!

—Yo tampoco me casé contigo por eso. Te lo dije antes, pero no querías

creerme. Quizá ahora puedas.

Margaret habló con voz ahogada:

—Quizá el aspecto no tenga tanta importancia, después de todo. Quizá he estado totalmente equivocada. Yo pensaba que era esencial.

—Estabas en un error. Siempre tuviste un sentimiento de inferioridad por eso. Desde ahora en adelante, ya no tendrás motivos. Y quizá ahora los dos podamos crear un poco.

Margaret asintió. Tuvo una sensación muy extraña cuando él la rodeó con dos brazos que nunca había conocido antes, y la besó con labios que nunca había tocado. *Pero eso no importa —pensó—. Lo importante es que, cualquiera sea la forma que tengamos, somos nosotros. Lo importante es que ahora ya no tenemos que preocuparnos por nosotros mismos, y eso se lo debemos a él.*

—Fred —dijo de pronto, apretando la mejilla contra su pecho—, ¿crees que una mujer puede estar enamorada de dos... , dos personas al mismo tiempo? ¿Y que una de ellas... no sea un hombre? ¿Ni siquiera humano?

El asintió, pero no dijo nada. Después de un instante, Margaret comprendió por qué. *Un hombre también puede amar así —pensó—, sin que una de ellas sea una mujer.*

Me gustaría saber si él..., si ella..., si sabía. Me pregunto si lo sabía. ✦

Energía

CON el bevatrón de la Universidad de California (el mayor acelerador de partículas del mundo), se acaba de comunicar a los protones la mayor energía alcanzada hasta el momento: 5.000 millones de electrón-voltios. Para llegar a esta cantidad, enorme en el dominio nuclear, se aceleran primero los protones a 50.000 electrón-voltios, con un generador Cockroft-Walton; después, a 10 millones de electrón-voltios, con un acelerador lineal, y de allí se llevan al bevatrón, en el cual recorren la "pequeña" cantidad de 500.000 km (12 veces la vuelta al mundo), hasta alcanzar la energía máxima.

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadritos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 125 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



- Pregunta Nº 1:
- Pregunta Nº 2:
- Pregunta Nº 3:
- Pregunta Nº 4:
- Pregunta Nº 5:
- Pregunta Nº 6:
- Pregunta Nº 7:

1 La palabra "cimótrica" designa:

- A) Una familia de árboles frutales.
- B) Cierta disciplina muy cultivada por los antiguos griegos y que tenía por objeto el desarrollo del espíritu.
- C) Una raza humana.
- D) Determinadas fieras, oriundas del Asia Central.

2 ¿Cuál es la estrella menos brillante entre las de primera magnitud?

- A) Sirio.
- B) Proción.
- C) Pólux.
- D) Régulo.
- E) Arturo.

3 ¿Cuál de las siguientes funciones se verá más afectada en una estación espacial que carezca de gravedad?

- A) Respiración.
- B) Digestión.
- C) Circulación.
- D) Orientación.

4 La existencia de los átomos fué predicha por:

- A) Demócrito.
- B) Pitágoras.
- C) Heráclito.
- D) Sócrates.
- E) Platón.

5 De las dos afirmaciones que siguen, ¿cuál es la verdadera?

- A) El promedio de vida de los hombres es mayor que el de las mujeres.
- B) El promedio de vida de las mujeres es mayor que el de los hombres.

6 El sistema de organización económica capitalista tuvo su origen en:

- A) Francia.
- B) Inglaterra.
- C) Alemania.
- D) Estados Unidos.
- E) Suecia.

7 El pueblo gitano proviene de:

- A) El sur de España.
- B) Hungría.
- C) Rusia.
- D) Egipto.
- E) India.





Lo único necesario

por ROBERT SHECKLEY

ilustrado por DICK FRANCIS

La idea de fabricar aquella máquina era espléndida...; pero siempre que la máquina se abstuviera de tener ideas propias.

RICARDO Grégor estaba sentado en su escritorio de las polvorientas oficinas del Servicio de Ases de la Incontaminación Interplanetaria AAA, repasando sin mayor interés una lista que incluía alrededor de dos mil trescientos cinco artículos diferentes.

Grégor estaba procurando recordar si se había olvidado de anotar algo. ¿Ungüento antirradiactivo?... ¿Que- mador de residuos?... ¿Aparejos para purificar el agua?... Nada faltaba.

Bostezó y miró la hora. Su socio, Arnoldo, debía haber vuelto ya. Arnoldo había ido a encargar los dos mil trescientos cinco adminículos, y se ocuparía de que los depositaran en la espacionave. Pocas horas después, los ases AAA partirían para realizar una nueva tarea.

Pero, ¿no habría olvidado nada de importancia? Una espacionave es como una isla: debe bastarse por sí misma. Si, por ejemplo, se le acababan a

uno los rayos en Demencia II, no había allí ningún almacén en la esquina, donde comprar repuestos. Y si se quemaba el recubrimiento interno del motor principal, no había guardacostas a mano, para ir a cambiarlo. Era necesario tener otro recubrimiento a bordo, además de las herramientas necesarias para cambiarlo y los manuales que explican cómo se hace. El espacio era demasiado grande para permitir operaciones arriesgadas.

¿Extractor de oxígeno? ¿Cigarrillos? Sería como poner cohetes en una tienda. Apartó la lista, buscó su mugrienta baraja, y se puso a hacer un complicado solitario de su invención.

Unos minutos después, entraba alegremente Arnoldo.

II

GREGOR miró suspicazmente a su socio. Cuando el joven químico entraba con aquel paso alegre que le era peculiar y su redonda cara radiante de felicidad, eran de temer complicaciones para los ases AAA. Esta vez los síntomas eran clarísimos.

—¿Has conseguido lo que te indiqué? —preguntó Grégor.

—Mejor todavía —contestó Arnoldo con orgullo—. Nos hemos ahorrado una considerable suma de dinero.

—¡Oh, no! —suspiró Grégor—. ¿Qué has hecho?

—Piensa —dijo Arnoldo, ahuecando la voz—, piensa un solo momento en el enorme gasto, mejor dicho, en el enorme derroche que implica equipar una expedición ordinaria. Se llevan dos mil trescientos cinco avíos, por si acaso se necesita alguno. Nuestra paga se ve disminuída, el espacio para moverse en la nave queda atestado, la mayor parte de lo transportado no llega a usarse.

—Salvo alguna que otra vez —dijo

Grégor—. Y entonces resulta que nos salva la vida.

—No he dejado de considerar ese punto. He estudiado el problema cuidadosamente. Y, por fortuna, di con el único utensilio realmente imprescindible en una expedición: ¡lo único necesario!

Grégor se levantó y se acercó amenazadoramente a su socio. Sintió ganas de descuartizarlo en el acto; pero, haciendo un esfuerzo, se contuvo.

—Arnoldo —dijo—, no sé qué te habrá ocurrido. Pero te conviene conseguir los dos mil trescientos cinco implementos y depositarlos a bordo, cuanto antes mejor.

—Imposible —dijo Arnoldo, con una sonrisa negativa—. No queda más dinero. Pero te aseguro que lo que he encontrado vale por todo lo demás.

—¿Qué es?

—Lo único realmente necesario. Ven hasta la nave, y te lo mostraré.

Grégor no consiguió arrancarle a Arnoldo ni media palabra más. Durante todo el viaje hasta el espaciopuerto de Idlewild, Arnoldo sonrió misteriosamente. La nave, destinada a despegar en pocas horas, se encontraba ya en el lugar de lanzamiento.

Con florido gesto, Arnoldo abrió la puerta.

—¡Aquí está! ¡Es el sueño de todo expedicionario!

Grégor entró. Vió una máquina imensa, de aspecto fantástico, provista con miles de diales, luces e indicadores desparramados sin mayor orden ni concierto por toda su superficie.

—¿No es una belleza? —preguntó Arnoldo, acariciando la máquina cariñosamente—. Job, el mercachifle interestelar, la tenía arrumbada en su negocio. Se la saqué por una bicoca.

EN lo que respecta a Grégor, aquello colmaba la medida. Ya había tratado en otras ocasiones con Job, y

siempre le había ido mal. Los prodigios de Job solían funcionar; pero cuándo, cómo y de qué modo, nadie podía decirlo.

Grégor se puso serio:

—Ningún artefacto de Job viajará conmigo por el espacio; ¡nunca más! Quizá podamos venderlo como hierro viejo —y empezó a buscar algún barrote, para desarmar el aparato.

—Espera —rogó Arnoldo—. Déjame que te lo muestre. Imagínate que estamos en medio del espacio; el motor principal empieza a fallar; finalmente, se descompone; lo examinamos; encontramos que una tuerca de medio centímetro de calibre se ha escapado del tercer piñón; no podemos encontrarla en ningún lado. ¿Qué hacer?

—Buscar entre los dos mil trescientos cinco recursos que hemos traído para tales contingencias.

—¡Ah!, pero resulta que no hemos incluido tuercas de medio centímetro —aseguró Arnoldo triunfalmente—. Revisé la lista. ¿Qué harías entonces?

—No lo sé. ¿Qué harías tú?

Arnoldo se acercó a la máquina, apretó un botón y dijo con voz fuerte y clara:

—Tuerca de medio centímetro de calibre.

La máquina rumoreó y zumbó; numerosas luces se encendieron, y un panel se corrió descubriendo una brillante tuerca recién hecha.

—Eso es lo que haríamos.

—¡Hum! —Grégor no quedó particularmente impresionado—. ¿Así que fabrica tuercas? ¿Qué más hace?

Arnoldo apretó nuevamente el botón.

—Un kilo de langostinos frescos —dijo.

Corrió el panel, y ahí estaban los langostinos.

—Debí haber pedido que los limpiara —comentó luego Arnoldo, y volvió a apretar el botón—. Una barra

de grafito, de un metro de longitud y cinco centímetros de diámetro.

El panel se abrió más esta vez, para mostrar la barra.

—¿Qué más sabe hacer? —preguntó Grégor.

—¿Qué te gustaría que hiciera? —replicó Arnoldo—. ¿Un cachorrito de tigre? ¿Un carburador, modelo A? ¿Una lamparita de 25 voltios? ¿Quizá un paquete de goma de mascar?

—¿Quieres decir que es capaz de fabricar *cualquier cosa*? —preguntó Grégor.

—Absolutamente cualquiera. Es un configurador. Veamos, pídele, tú mismo, lo que se te ocurra.

Ricardo Grégor empezó a pedir, y en veloz sucesión aparecieron: un litro de agua fresca, un reloj de pulsera de un frasco de salsa para cóctel de langostinos.

—¡Hum! —dijo.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa, Ricardo? ¿No es mejor que llevar dos mil trescientos cinco administrículos? ¿No es mejor, más útil y lógico producir lo que se necesita, cuando es necesario?

—Me parece bien —dijo Grégor—. Pero...

—¿Pero qué?

Grégor movió la cabeza. En verdad, ¿qué podía objetar?... No tenía idea. Simplemente, la triste experiencia le había enseñado a desconfiar de las máquinas de ese tipo: nunca eran ni tan útiles, ni tan seguras ni duraderas como parecían a primera vista. Pensó seriamente, luego apretó el botón y dijo:

—Un transistor, serie GE 1324E.

La máquina zumbó... Y allí estaba el transistor.

—Parece bastante buena —dijo Grégor—. Pero, ¿qué diablos estás haciendo?

—Pelando los langostinos —repuso Arnoldo.

Después de gustar un sabroso cóctel de langostinos, los dos compañeros recibieron el permiso de salida de la torre. Una hora después la nave estaba en pleno espacio.

SE dirigían a Dennett IV, mundo de tamaño mediano situado en el grupo de Sycophax. Dennett era un planeta cálido, lleno de vapores y muy fértil. Su único y serio inconveniente: demasiadas lluvias. En Dennett llovía los nueve décimos del tiempo, y, cuando no llovía, amenazaba llover.

Por suerte, los preceptos para dominar el clima eran bien conocidos, ya que numerosos mundos sufrían a causa de iguales o parecidas dificultades. En pocos días, los ases AAA podían interrumpir y cambiar el aspecto climático.

Después de una travesía sin novedades, avistaron al planeta Dennett. Arnoldo desconectó el piloto automático y descendió a través de grandes bancos de nubes. Tuvieron que atravesar muchos kilómetros de niebla pálida, de aspecto telarañoso. Al fin, vislumbraron las cimas de algunas montañas, y después una llanura gris, sin cultivar y muy pareja.

—Raro color el del paisaje —dijo Grégor.

Arnoldo asintió. Con la facilidad proveniente de una larga práctica, descendió en espiral, niveló la nave a escasa altura de la planicie y apagó los motores.

Grégor presintió repentinamente el desastre.

—¡Elévate! —gritó.

Arnoldo quiso encender de nuevo, pero le falló. La nave quedó inmóvil unos segundos y luego cayó, hundiéndose en la llanura, hasta dos o tres metros de profundidad.

Lo que parecía suelo firme, no era sino niebla de una densidad que sólo se encuentra en Dennett.

Se desembarazaron rápidamente de sus ataduras y se palparon huesos, ligamentos y dientes. Una vez tranquilizados respecto de su integridad personal, revisaron cuidadosamente la nave.

El impacto había causado graves perjuicios. La radio y el piloto automático estaban completamente destruidos. Varias planchas se habían abollado. Y, lo que era peor, algunos elementos delicados del motor de regreso se habían hecho añicos.

—Tuvimos suerte —dijo Arnoldo.

—Sí —asintió Grégor, mirando a través de la niebla que los envolvía—. Pero la próxima vez será mejor que usemos el radar.

—En parte estoy contento de lo ocurrido —dijo Arnoldo—. Ahora verás cómo el configurador nos salva la vida. Manos a la obra.

HICIERON una lista de las partes dañadas. Arnoldo se acercó al configurador, apretó el botón y dijo: —Una plancha motriz, cuadrada, de dos centímetros de lado y un centímetro de espesor, aleación de acero 342.

En un momento la máquina se la entregó.

—Necesitamos diez —dijo Grégor.

—Ya lo sé —Arnoldo apretó el botón—. Otra plancha igual.

La máquina no se movió.

—Probablemente hay que dar la orden completa —dijo Arnoldo, y apretó nuevamente el botón—. Una plancha motriz, cuadrada, de doce centímetros de lado y un centímetro de espesor, aleación de acero 342.

La máquina permaneció silenciosa.

—¡Qué raro! —dijo Arnoldo.

—Sí, bastante raro —comentó Grégor, sintiendo una sensación de desmayo en la boca del estómago.

Arnoldo repitió la orden, y volvió a fracasar. Pensó un momento, y dijo:

—Una taza plástica.

La máquina produjo una taza de bello plástico azul.

—Otra —ordenó Arnoldo. Como el configurador no hiciera nada, Arnoldo le pidió un lápiz de cera. La máquina se lo dió—. Otro lápiz de cera —la máquina se quedó impasible—. ¡Qué interesante! Alguien debió imaginar esta eventualidad.

—¿Qué eventualidad?

—Al parecer, el configurador es capaz de producir cualquier cosa, pero una sola vez.

—¡Qué bien!... Necesitamos nueve placas más. Y el motor de regreso necesita cuatro partes idénticas. ¿Cómo nos las arreglaremos?

—Algo se nos ocurrirá.

—Así lo espero —rezongó Grégor.

Afuera empezó a llover. Los dos camaradas se sentaron a pensar.

SOLO hay una explicación posible —dijo Arnoldo, varias horas después: el principio fundamental del placer.

—¿Eh? —preguntó Grégor, que estaba dormitando, arrullado por el golpeo de la lluvia contra el casco de la espacionave.

—Esta máquina debe poseer cierto tipo de inteligencia —dijo Arnoldo—. En realidad recibe estímulos, los traduce en acción, y fabrica productos a partir de una impresión mental.

—Así es; pero una sola vez.

—Efectivamente. Pero, ¿por qué una sola vez? Esa es la llave de nuestras dificultades. Creo que se trata de un límite, basado en el principio del placer que se ha impuesto la máquina misma.

—No te entiendo —dijo Grégor.

—Escucha, Ricardo. Los que la fabricaron no habrían limitado la máquina solamente en este sentido. La única explicación posible es que, cuando una máquina posee una com-

plejidad semejante, alcanza características casi humanas. Obtiene, pues, un placer mecánico por el hecho de producir cosas. Pero una cosa es nueva una sola vez. Después, el configurador quiere hacer otra cosa.

Ricardo Grégor recayó en su apático dormir.

Arnoldo siguió hablando.

—Lo que la máquina desea es manifestarse en la plenitud de su potencia. El deseo del configurador es crear todo lo que existe. Desde este punto de vista, la repetición, no sólo es aburrida, sino que significa una pérdida de tiempo.

—Es el razonamiento más absurdo que he oído en mi vida —dijo Grégor—. Pero, suponiendo que tuvieses razón, ¿qué diablos podemos hacer?

—No sé —confesó Arnoldo.

—Ya me parecía...

Esa noche el configurador los obsequió con una cena exquisita. Empezaron con un estimable *roast-beef*, y terminaron con torta de manzana, "a la máquina", con crema, y la moral bastante levantada.

—Substituciones —dijo Grégor, un rato después, mientras fumaba un buen cigarro "a la máquina". Debemos probar con substituciones. Las planchas no tienen por qué ser de aleación 342. Hay multitud de materiales que durarán lo suficiente como para regresar a la Tierra.

PERO el configurador no se dejó engañar y no produjo ninguna de las planchas de hierro y otras aleaciones de acero que se le pidieron. Pidieron una plancha de bronce, y se las dió. No quiso darles de cobre ni de estaño. Accedió a darles de aluminio, cadmio, platino, oro y plata. Como curiosidad interesante lograron una plancha de tungsteno: Arnoldo quería saber cómo la máquina podía hacer algo semejante. Grégor vetó el

plutonio, y ya se estaban quedando sin metales útiles. Arnoldo acertó con una cerámica extradura como excelente sustituto. La última plancha fué de zinc puro.

Los metales nobles tenderían a derretirse con el calor del espacio. Pero con una refrigeración apropiada podrían durar hasta la Tierra. Después de todo, las cosas no salían tan mal. Y ambos amigos bebieron, brindando mutuamente el uno a la salud del otro, con sabroso, si bien algo aceitoso, jerez.

Al día siguiente, pusieron las planchas en su lugar y supervisaron los resultados. La parte de atrás de la nave parecía una colcha de retazos.

—Queda precioso —dijo Arnoldo.

—Me conformo con que dure —repuso Grégor—. Ahora veamos qué ocurre con los elementos del motor de regreso.

Pero este problema era diferente: se habían perdido cuatro partes idé-

nticas, cuatro partes delicadas, de difícil construcción, hechas de vidrio y alambre; no había sustitución posible.

El configurador entregó la primera, sin chistar; pero no entregó más. A mediodía, Grégor y Arnoldo estaban muy abatidos.

—¿Alguna idea? —interrogó Grégor.

—No por el momento. Descansemos un rato y almorcemos.

Decidieron que sería agradable comer ensalada de langosta y se la pidieron a la máquina. El configurador produjo su zumbido peculiar, pero no la ensalada.

—Y ahora, ¿qué está pasando? —Grégor miró furiosamente a la máquina.

—Lo que yo me temía —exclamó Arnoldo.

—¿Qué te temías? Todavía no habíamos pedido langosta.

—No —dijo Arnoldo—; pero ya pedimos langostinos. Ambos son crustáceos. Quizás el configurador sólo haga

diferencias zoológicas por clases.

—Entonces sería mejor que abrieras algunas latas.

Arnoldo sonrió débilmente.

—Bueno, cuando compré el configurador, creí que no tendríamos que ocuparnos de nada más. Quiero decir que...

—¿No hay latas?

—No.

Regresaron a la máquina y le pidieron sucesivamente salmón, trucha y atún, sin obtener ningún resultado. Luego solicitaron lechón asado, pierna de cordero y ternera. Nada obtuvieron.

—Parece que considera que nuestro roast-beef es representativo de todos los mamíferos —dijo Arnoldo—. ¡Qué interesante! Podríamos elaborar toda una nueva teoría de las clases zoológicas.

—Mientras nos morimos de hambre —interrumpió Grégor.

Pidió luego pollo asado, y el configurador lo entregó inmediatamente.

—¡Eureka! —gritó Arnoldo.

—¡Maldición! —exclamó Grégor—. Debí pedir pavo, y bien grande.

LA lluvia seguía cayendo, y la niebla giraba alrededor de la remendada popa de la espacionave. Arnoldo, armado de su regla de cálculos, se enfrascó en la resolución de una larga serie de problemas.

Grégor terminó el jerez; pidió sin éxito un cajón de whisky, y empezó a hacer un solitario. Siempre pensaba mejor mientras jugaba.

Comieron una cena frugal consistente en los restos del pollo.

Arnoldo concluyó sus cálculos.

—Podría resultar —dijo.

—¿Qué es lo que podría resultar?

—El principio del placer —respondió, se puso de pie y empezó a recorrer a grandes pasos la cabina—. Esta máquina tiene características casi humanas. Desde luego, tiene posibilidades de aprender. Creo que podemos

enseñarle a experimentar placer en producir lo mismo varias veces; en especial, los elementos del motor de regreso.

—Vale la pena intentarlo —asintió Grégor—. Pero ahora habrás comprendido por qué se descubren en casa de Job el mercachifle, configuradores que es imposible encontrar en el mercado.

Avanzada ya la noche, se dirigieron a la máquina. Arnoldo charloteo persuasivamente sobre los encantos y las alegrías de la repetición. Grégor habló ponderando los altos valores estéticos inherentes a la producción de un objeto artístico de la calidad de los elementos del motor de regreso, y de cómo aumentaban esos valores al repetirse la operación en un exacto y perfecto duplicado.

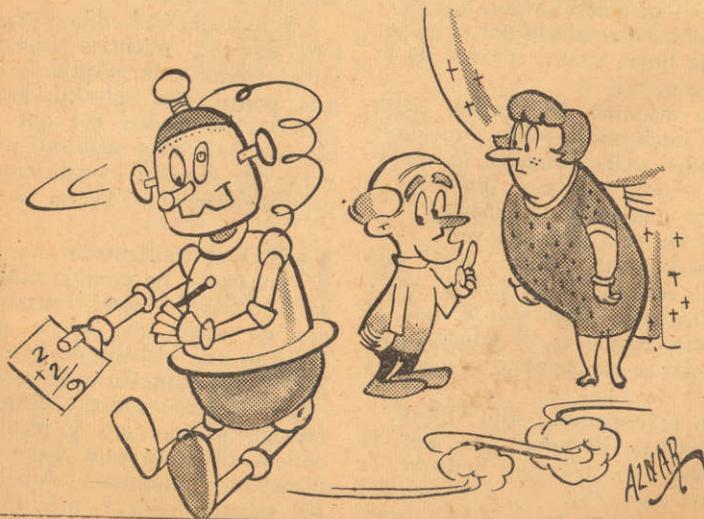
Arnoldo declamó con lirismo frases sobre la emoción, la incomparable emoción de fabricar infinitamente una misma cosa: una y otra vez, las mismas partes, de igual material... ¡Oh, qué éxtasis!

Y Grégor añadió que la repetición era un concepto filosófico bellísimo que se adaptaba completamente al peculiar sistema de la máquina. Dijo que, como sistema conceptual, la repetición (opuesta a la mera creación) se acercaba mucho al estado de entropía, el cual, mecánicamente, representaba la perfección.

El configurador demostró, mediante chasquidos y fognazos, estar escuchando con toda la atención del mundo. Al dibujarse en el cielo el alba pálida y húmeda de Dennett, Arnoldo apretó el botón y ordenó un elemento del motor de regreso.

La máquina dudó. Las luces titilaron inseguras; los indicadores se engolfaron en un proceso de búsqueda momentánea. La duda se enseñoreó de cada tubo.

Oyóse un chasquido; el panel se corrió, y apareció un nuevo componente del motor de regreso.



—La verdad es que no anda muy bien. Pero es que al pobre le falta un tornillo.

—¡Victoria!—gritó Grégor, palmeando a Arnolde en la espalda. Nuevamente dió la orden; pero, esta vez, el configurador emitió un poderoso y enfático zumbido...

Y no produjo nada.

Grégor intentó de nuevo; pero la máquina no mostró ni incertidumbre... ni los elementos pedidos.

—Y ahora, ¿qué pasa? —preguntó Grégor.

—Es evidente —dijo Arnolde tristemente—. La máquina decidió probar qué tal resultaba eso de la repetición; pero no le ha gustado.

—¡Una máquina que *prefiere* no repetir! —gruñó Grégor—. ¡Es simplemente inhumano!

—Todo lo contrario —repuso Arnolde, con aire de desgracia—. ¡Es demasiado humano!

ERA hora de comer. Los dos compañeros tuvieron que escarbar en su memoria, para recordar alguna comida que el configurador no hubiese producido todavía. Fácil les fué obtener un plato de legumbres, no muy satisfactorio para el apetito que tenían. La máquina les concedió una tajada de pan, pero torta no. Con productos lácteos no había que contar, pues el primer día habían comido crema.

Al fin, después de intentos desacertados durante una hora, el configurador les dió medio kilo de bifés de ballena, de calidad algo dudosa.

Grégor se puso de nuevo a trabajar, canturreándoles a los receptores de la máquina las alegrías de la repetición. Un murmullo continuo y ocasionales fognazos señalaban que el configurador escuchaba con atención. La señal les dió esperanza.

Arnolde sacó varios libros de consulta, y se enfrascó en el estudio de un proyecto propio. Algunas horas después, levantó la vista y lanzó un grito triunfal:

—¡Sabía lo que encontraría!

—¿Qué cosa?

—Un sustituto del motor de regreso— le puso el libro bajo las narices a Grégor—. Mira. Un científico de Vednier II logró esto hace unos cincuenta años. Es algo criticable desde un punto de vista estrictamente moderno; pero irá perfectamente en la nave, y nos llevará a la Tierra.

—Pero, ¿de qué está hecho? —preguntó Grégor.

—Eso es lo mejor de todo. No podemos fallar. Está hecho de goma.

En seguida, Arnolde apretó el botón del configurador, y leyó a éste la descripción del motor de regreso.

Nada ocurrió.

Súbitamente, Grégor tuvo una horrible sospecha. Se dirigió a la parte trasera del configurador, encontró lo que se temía y se lo señaló a Arnolde.

Allí estaba la marca de fábrica. Decía: *Configurador, Clase 3. Fabricado por los Laboratorios Vednier. Vednier II.*

—De modo que ya lo deben de haber usado para eso —dijo Arnolde.

Grégor no le contestó. No había nada que contestar.

DENTRO de la espacionave se estaba formando moho, y la plancha de acero de popa había empezado a oxidarse. La máquina seguía escuchando el elogio de la repetición, que hacían los dos camaradas; pero no parecía tomar decisión ninguna.

El problema de una nueva comida se impuso. La fruta estaba descartada por lo de la torta de manzana. En igual situación se encontraban carnes, vegetales, productos lácteos, pescados y cereales. Al fin, cenaron frugalmente de iguana. Pero agotados ya insectos (vieja receta de cocina china) y filete de iguana. Pero agotados ya insectos y anfibios, las comidas "a la máquina" habían llegado a su fin.

Ambos tenían aspecto preocupado. El largo rostro de Grégor parecía más huesudo que de costumbre. Arnolde encontró rastros de moho en sus propios cabellos.

Afuera, la lluvia caía sin cesar, se escurría por los ojos de buey de la nave y se acumulaba en el húmedo piso. La espacionave empezó a hundirse bajo su propio peso.

A la hora de la próxima comida, no se les ocurrió absolutamente nada.

Entonces, Grégor tuvo una idea.

Lo pensó cuidadosamente, pues otra vez hubiera deshecho su ya bastante golpeada moral. Pero, aunque las probabilidades de éxito eran mínimas, tenía que probar suerte.

Lentamente se acercó al configurador.

Arnolde miró, asustado al ver el brillo salvaje de sus pupilas.

—¡Ricardo! ¿Qué vas a hacer?

—Voy a darle a este bicho una última orden. Con mano temblorosa, Grégor apretó el botón y musitó el pedido.

Hubo un momento de absoluto silencio. Luego, Arnolde gritó:

—¡Apártate!

El configurador trepidaba y saltaba, los dialectos se estremecían, las luces centelleaban. Las llaves de calor y energía pasaron del rojo al púrpura.

El configurador tuvo un temblor convulsivo y emitió una nube de humo negro. Los dos amigos tosieron, procurando llenar de aire sus pulmones.

Cuando el humo se disipó, el configurador no había desaparecido, pero tenía saltada la pintura, y deformados varios indicadores. A su lado, brillante de aceite de máquina, nuevecito y recién salido de fábrica, había otro configurador idéntico.

—¡Acertaste! —exclamó Arnolde, loco de alegría—. ¡Nos has salvado!

—He hecho más que eso —dijo Grégor

con aire de cansada satisfacción—. He labrado nuestra fortuna.

Enfrentó al segundo configurador, apretó el botón y gritó:

—¡Reproducéte!

UNA semana después, Arnolde, Ricardo Grégor y los tres configuradores estaban de regreso en el espaciopuerto de Idlewild, después de llevar a feliz término su trabajo en Dennett. En cuanto aterrizaron, Arnolde abandonó la nave y tomó un taxi.

Se dirigió primeramente a la calle del Canal y luego al centro de Nueva York. Sus diligencias no le ocuparon mucho tiempo, y pronto estaba de vuelta en la nave.

—Sí, no hay inconveniente —le anunció a Grégor—. Hablé con varios joyeros. Podemos producir unas cuantas piedras de gran tamaño, sin provocar una crisis en el mercado. Después, durante un tiempo, concentraremos la actividad de los configuradores en la fabricación de radio, y después... ¿Qué pasa?

Grégor lo miró amargamente.

—¿No notas nada nuevo?

—¿Eh?

Arnolde observó alternativamente a Grégor y a los configuradores.

Y entonces se dió cuenta.

En la cabina había cuatro configuradores en lugar de tres.

—Has hecho que se reproduzca uno de ellos —dijo Arnolde—. No está mal pensado. Ahora les dices simplemente a cada uno, que den un diamante y...

—Parece que todavía no te has percatado. Fíjate —Grégor apretó un botón al configurador más cercano—. Un diamante —dijo, y el configurador empezó a temblar—. ¡Repetición! —gritó entonces Grégor—. ¡Todo se ha arruinado! ¡Tú y tu maldito principio del placer!...

La máquina tembló convulsivamente y produjo... otro configurador.

vida de perro



Uno de los acontecimientos científicos más importantes y sensacionales de los últimos tiempos acaba de ser publicado por la revista rusa Ogonek. En ella se describe una reciente exhibición realizada en la Sociedad Quirúrgica de Moscú. Sobre una plataforma estaba acostado un enorme perro blanco que, a juzgar por los meneos de la cola, no tenía motivo alguno para dudar de la felicidad de su existencia. Si el cuadro no hubiera pasado de allí, no habría habido motivo especial para que uno fijara en él la atención; pero el hecho es que del cuello del animal asomaba la cabeza de un pequeño cachorrillo marrón. Mientras el público observaba maravillado tan extraña combinación, la cabeza del cachorrillo se puso a jugar con la oreja del perro grande, hasta que un gruñido amenazador de su huésped lo llamó nuevamente a sosiego.

Este perro de dos cabezas no es ningún monstruo de la naturaleza ni tampoco un efecto tardío de radiaciones atómicas, sino el resultado de los trabajos del cirujano Vladimiro Petróvich Demijov, jefe del laboratorio para el trasplante de órganos, de la Academia Soviética de Ciencias Médicas. Para poder llegar a realizar injertos tan difíciles, el doctor Demijov comenzó reemplazando corazones de perros por bombas artificiales. Luego, se dedicó a agregarles nuevos corazones a los mismos animales. Al poco tiempo, dejaron ya de ser una novedad en el laboratorio los perros con dos corazones.

Por fin, la última aventura del doctor Demijov fué la operación inversa, es decir, dos perros con un solo corazón. Separó la cabeza y parte del tórax de un cachorrillo muy pequeño y lo injertó en el cuello de un perro adulto. La sangre bombeada por el corazón del perro más grande, era suficiente para las necesidades de ambos animales.

Quizá uno de los aspectos más interesantes de este experimento haya sido el psicológico. Según refiere la historia, los testigos presenciales, cuando el perro bicéfalo se recobró de la anestesia, el cachorrillo bostezó tranquilamente como si tal cosa. En cambio el perro más grande miró extrañado la rara compañía que le había tocado en suerte, y al principio intentó sacársela de encima.

Tanto la cabeza del cachorrillo como la de su forzado huésped mantuvieron una independencia completa. A pesar de no contar con un cuerpo que pudiera llamar suyo, el cachorrillo jugó con lo que tenía a mano, como cualquier otro cachorrillo del mundo. Tomó leche cuando se la ofrecieron, y gruñó placenteramente cuando le acariciaron la cabeza. Al promediar el día y aumentar el calor, ambos perros dejaron colgar sus lenguas en procura de alivio.

Es indudable que todo esto representa un extraordinario alarde de técnica. Sin embargo, más de un lector se preguntará si hay algo más que eso. Como ocurre en todos los senderos por donde transita la ciencia, es muy difícil saber qué panorama se abrirá detrás de cada recodo. Pero además este experimento, en particular, forma parte de un amplio programa de investigaciones, destinado al desarrollo de métodos para reemplazar órganos dañados en el organismo humano o sustituirlos por equivalentes artificiales que realicen sus mismas funciones.

Es muy probable que, a la larga, ésta sea una de esas historias que terminan bien. Por el momento, el final fué bastante triste para el perro y el cachorrillo. Seis días después de la operación, ambas cabezas, así como el cuerpo común, murieron.



¿Cómo era posible que una persona fuese borrada de la carrera que corre la raza humana? La psiquiatría no tenía la respuesta...; ¡pero quizá la tuviera la ciencia turfística de Clocker!

a la cabeza

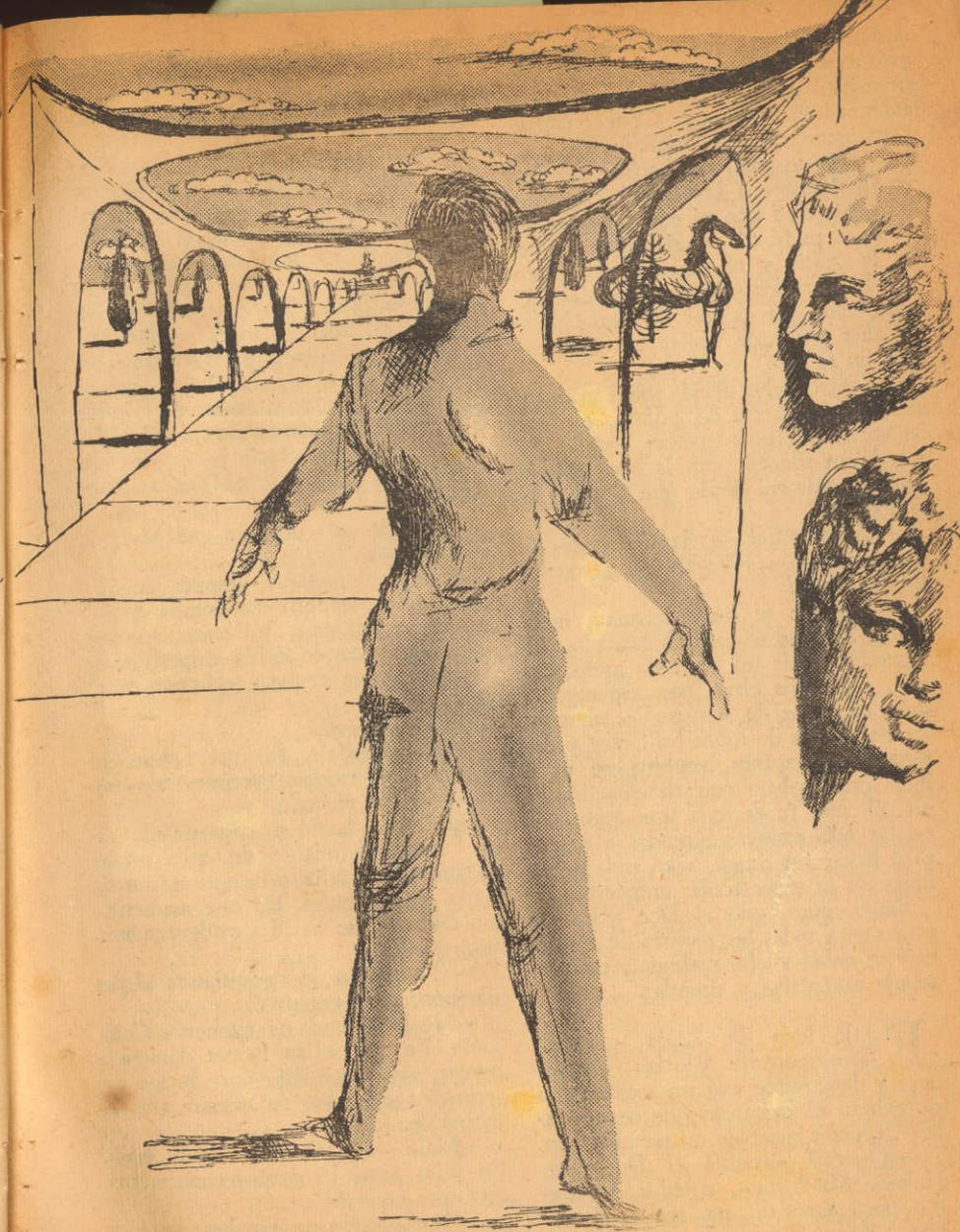
por H. L. GOLD

ilustrado por VIDMER

CUANDO Clocker Locke entró en La Cinta Azul, de la calle 49, al oeste de Broadway, se dió cuenta de que nadie le había contado aún al doctor Hawkins su desgracia. El doctor, clínico general fuera de ejercicio y viejo bicho conocido en todas las tabernas de la zona, que escribía una co-

lumna médica para un periódico local, estaba festejando su liberación del pabellón de alcoholistas, pero sus invitados, reunidos alrededor de una mesa algo apartada del restaurante, no se hallaban con ánimo de celebrar nada.

Al pasar junto a los comerciantes en piedras preciosas, que tenían asig-



nadas tradicionalmente las mesas más próximas a los ventanales, debido a la necesidad de luz natural para llevar a cabo sus transacciones, Clocker oyó al Doc preguntar con irritación:

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Te has vuelto inmune a la bebida? Dije que las copas eran por mi cuenta, ¿verdad? ¡Vamos, pues! ¡A ver si brillan un poco la gracia y el ingenio, y repican por la mesa las alegres carcajadas! ¿O tendremos que esperar la aparición de Clocker para que vuelva a reinar alegría en la casa?

Al ver que los demás echaban fugaces ojeadas hacia la puerta, el Doc se volvió y miró al recién llegado. Se quedó en silencio, con la boca abierta por vez primera desde que Clocker lo conocía.

—¡Dios Santo! —exclamó después de un momento—. ¡Clocker se ha vuelto un personaje!

El aludido se sintió bastante incómodo. Aún no se había habituado, por cierto, a vestir un traje de corte formal, color gris claro, con zapatos negros, en lugar de sus usuales chaquetas deportivas de tonos brillantes y detonantes mocasines combinados; ni a lucir una corbata con tímidos dibujitos, él, que fuera toda una autoridad en las más exóticas pintadas a mano; ni a llevar un simple reloj pulsera en lugar de su espectacular cronógrafo.

Sabía, pues, que el Doc tenía razón; según todas las normas de Broadway se había vuelto realmente un personaje excéntrico y singular.

FUE idea de Zelda —explicó sombríamente Clocker, sentándose y deteniendo con un movimiento de cabeza al camarero que se acercaba—. Quería hacer de mí un caballero.

—¿Quería? —repitió el Doc, perplejo—. Muchachos, ustedes se casaron poco antes de que me dieran de alta. ¡No me digan que ya quedó todo en la nada!

Clocker lanzó una mirada suplicante hacia los demás, que parecían muy ocupados en beber y jugar con sus servilletas de papel.

Naturalmente, el Doc Hawkins conocía los antecedentes: que Clocker era un conocido pronosticador de carreras de caballos —editor, si así podía llamarse, de un minúsculo periodiquillo con datos y pronósticos para las mismas—, pues él, necesitado de dinero para sus libaciones alcohólicas, lo había consultado profesionalmente. Sabía también, que se había casado con Zelda, la célebre corista de la calle 52, que tenía aspiraciones sociales. Lo que quedaba por contar había ocurrido durante la cura inevitablemente temporaria del Doc.

—Nadie va a decirme qué pasó? —inquirió éste.

—Fue exactamente después de que usted trató de abrir esa bomba de incendio, y vinieron a llevárselo —dijo Clocker—, cuando Zelda empezó a oír voces. La cosa se puso realmente muy fea.

—¿Dónde está?

—En Glendale, en una habitación a prueba de ruidos. Precisamente ahora vengo de visitarla.

El Doc se bebió su copa de un trago, señal indudable de que estaba perturbado, o feliz, o de que no sentía nada en particular. En este momento, sin embargo, se hallaba evidentemente perturbado.

—¿Te dieron los psiquiatras algún diagnóstico? —preguntó.

—Me lo aprendí de memoria. Catatonía. Lo que solían llamar demencia precoz, según me dijo uno de los veterinarios del coco, y afirmó que es incurable.

—Malo —dijo el Doc—. Muy malo. En tales casos las perspectivas nunca son muy favorables.

—Quizás ellos no puedan ayudarla —dijo ásperamente Clocker—. Pero yo sí.

—Ten en cuenta que la gente no es como los caballos —le recordó el Doc.

—Yo he notado que Clocker tiene un cerebro de gigante —dijo Handy Sam, el prodigio sin brazos del circo de pulgas, que estaba bebiendo cerveza porque tenía encarnada la uña del dedo gordo del pie derecho, lo que no le permitía sostener un vaso de whisky. Ahora que Clocker había contado lo más desagradable del asunto, se sintió en libertad para hablar, y lo hizo con entusiasmo—. ¿Quién fué el que dijo que Warlock se convertiría en un burro al tercer año? Clocker, el mejor datero de la catedral. Y eso no es más que un ejemplo...

—Zelda era mi mejor número vivo —lo interrumpió Arnold Wilson Wyle, un empresario teatral a quien la televisión había salvado de ir a la cárcel por deudas—. Nadie lamenta su triste condición más que yo, Clocker. Pero lo que se te ha metido en la cabeza es un fiasco seguro. Piensa en tu público. Por ejemplo, ¿qué hay de bueno en Hialeah? Mi cuenta del bar está a punto de ser cerrada, y no me vendría mal una buena fija.

Clocker descargó su puño sobre la mesa húmeda.

—Esos artistas del canapé no tienen la menor idea de lo que le pasa a Zelda. Yo sí.

—¿Que tú lo sabes, dices? —preguntó el Doc, sobresaltado.

—Bueno, casi. Estoy tan cerca que puedo oír claramente el disparador de la meta.

Ojalito se aferró a la solapa del Doc con su característica avidez. Era quizás el suscriptor más piadoso de Clocker.

—Pronosticar en las carreras es toda una ciencia. Clocker quizás no lo haya hecho jamás con los seres humanos, pero voy nueve contra cinco a que puede. Vamos, dile lo que piensas, Clocker.

EL Doc completó los anillos que había estado haciendo con el pie húmedo de su vaso.

—Tengo muchísimo interés en escucharte —dijo con mal disimulada ironía, comprendiendo claramente que la desilusión inmediata era lo más humano para Clocker—. Quizás podamos colaborar en un artículo para las publicaciones de psiquiatría.

—Muy bien, pues. Mire —comenzó Clocker, sacando unas fichas parecidas a las que usaba para hacer selecciones turfísticas—. Zelda ha contraído catatonía, que es la recta final en la pista de la esquizofrenia. Era muy buena zapateadora antes de hacer el número del desnudo, y ahora se lo pasa ensayando pasos a ritmo todo el día.

El Doc asintió ante el nuevo vaso que el camarero acababa de colocar frente a él.

—Los movimientos estereotipados son característicos de la catatonía. Derivan de un impulso instintivo, coartado o reprimido; en la mayoría de los casos, residuo de frustraciones infantiles.

—¿Ella bailar todo el día, Clocker? —inquirió Pozo de Petróleo, el indio Cherokee de Oklahoma que, con la renta que obtenía de varias perforaciones, era conocido por patrocinar espectáculos poco afortunados. Tenía un vaso de tequila en una mano y la mitad de un limón con sal en la otra—. ¿Ella danzar bien?

—Exactamente nada más que eso —dijo Clocker—. Hace estos pasos a ritmo, lo primero que se aprende en el zapateo, de diez a quince horas por día. Y se lo pasa hablando como si estuviera dando lecciones a un chiquillo duro de entendederas. Ella, que era la que hacía siempre los pasos más complicados.

—Ni más ni menos —convino Arnold Wilson Wyle—. Zelda haciendo pasos a ritmo es como Heifetz rascando tripas en los casamientos.

—Todavía gustarme para hacer una función —gruño Pozo de Petróleo—. La gente ir a verla como moscas. No necesita bailar bien.

—Mucho tendrás que esperar para eso —observó cordialmente el Doc—, a pesar de lo que dice aquí nuestro joven amigo. Continúa, muchacho.

Clocker extendió sus fichas sobre la mesa, cubriéndola casi por completo. Los otros apartaron sus vasos, y Handy Sam depositó el suyo en el suelo, donde podía alcanzarlo con más facilidad.

—Esto es lo que saqué en limpio después de averiguar en todos los depósitos de chiflados a donde pude llegar personalmente o por correo —dijo Clocker—. Anduve dando vueltas y observando a los pacientes en los lugares que están cerca de aquí, y escribí a aquellos a donde no podía llegar. Después tomé nota de todo como si fuera un registro comparativo de *stud* y pista.

Ojalito tiró de la solapa del Doc.

—Eso no es científico, supongo, ¿verdad? —dijo con tono desafiante.

—Duplicación de esfuerzo —replicó el Doc, permitiendo pacientemente que Ojalito mantuviera firme su apretón—. Todo eso fué hecho de manera orgánica durante un lapso de más de medio siglo. Pero oigamos el resto.

EN primer lugar —dijo Clocker—, hay más chiflados masculinos que potrancas.

—Las mujeres son esencialmente más estables, a causa quizás de que tienen una distribución de cromosomas más equilibrada.

—Hay más lunáticos entre los que hacen trabajar a la pensadora que entre los que hombreadan bolsas. Créame que es así.

—La actividad intelectual aumenta la zona de conflicto.

—Hay menos en los pueblos chicos que en las ciudades y, prácticamente,

ninguno entre los salvajes. Entre los verdaderos salvajes, quiero decir.

—Los complejos de la civilización originan inseguridad psíquica —dijo el Doc.

—Cuando estos catatónicos salen de su estado, recuerdan muy poco, o nada quizás —continuó Clocker, mirando sus tarjetas.

El Doc asintió con su hirsuta cabeza blanca.

—Amnesia protectora.

—He visto cientos de estos bicharracos. Trabajan más duro y parejo en lo que están haciendo, aunque se lo pasen tendidos y sin hacer nada, que cuando eran ciudadanos normales.

—Concentración de energía psíquica, desde luego.

—Y no ganan por eso ni un maldito centavo.

EL Doc vaciló, y dejando sobre la mesa su copa semivacia, se inclinó hacia adelante para preguntar:

—¿Cómo dijiste?

—Que les están sacando el jugo —manifestó Clocker—. Cualquiera que trabaje de ese modo merece que se le pague. No quiero decir que tenga que ser en dinero, aunque ésa es la única clase de pago por la que Zelda bajaría. ¿Verdad, Arnold?

—Hombre, por cierto que sí —repuso Arnold Wilson Wyle con extrañeza—. Jamás se me hubiese ocurrido semejante cosa. Que Zelda se pasara de diez a quince horas diarias haciendo paso a ritmo por nada... , no puede ser.

—Y si quieres saberlo, te diré que le gusta su trabajo —dijo Clocker—. Y lo mismo a los otros catatónicos que he visto. ¿Pero sin ganar nada?

El Doc apartó su copa, sorprendiendo a todos con su gesto que sólo un serio problema médico podía obligarle a realizar.

—No comprendo a dónde quieres llegar.

—A esos otros personajes no los conozco ni de vista —dijo Arnold Wilson Wyle—, pero en cambio conozco muy bien a Zelda. Ella debe obtener algo determinado de ese trabajo. Clocker dice que lo mismo pasa con los demás, y supongo que así será. ¿Pero para qué se estarán quebrando el lomo, si es por nada?

—Obtienen cierta forma confusa de liberación emocional o gratificación reiterada —explicó el Doc.

—¿Zelda? —explotó Clocker—. Ofrezcale usted un contrato así para un *night-club* y se descostillará de risa.

El Doc Hawkins llamó al camarero y ordenó un whisky doble.

—No nos desviemos. Continúa.

CLOCKER consultó sus fichas.

—No hay ramo de la actividad humana que no esté representado, incluso los trabajos pesados y los más insignificantes. Y toda esa gente repite en su mayoría exactamente lo que hacía para ganarse la vida: dibujar, vender zapatos, hacer experimentos de laboratorio, coser ropas. Zelda con sus pasos de zapateo... ¡Hora tras hora! ¡Y en el aire!

—¿En el aire? —repitió Handy Sam—. ¿Volando?

—Funciones imaginarias —le expli-

có el Doc—. No tienen nada en las manos. Puras alucinaciones. Ilusión sistematizada.

—¿Lenguaje por señas? —sugirió Pozo de Petróleo.

—Eso está por verse, Indio —repuso Clocker, antes de que el Doc Hawkins pudiera rechazar la idea—. Ojalito dice que lo que hago es como pronosticar en las carreras. Tiene razón. Estoy tratando de sacar en limpio las posibilidades que me dejan entrever ciertos datos. Aquí lo tengo todo anotado —golpeó las fichas desparramadas sobre la mesa—, y hay una sola cosa que toda esa gente tiene en común. No es su edad, ni sus trabajos, ni su sexo. Todos ellos están *enseñando*.

Ojalito pareció desconcertado. Estuvo a punto de soltar la solapa del Doc.

Handy Sam se rascó pensativamente la nuca con el enorme dedo gordo de su pie.

—¿Enseñando, Clocker? ¿A quién? Dijiste que eran mantenidos en completo aislamiento.

—Y así es. No sé a quién. Precisamente en eso es en lo que estoy trabajando ahora.

El Doc apartó belicosamente las fichas para dejar lugar a sus codos ro-

Dictadura de los padres

RECIENTES investigaciones experimentales parecen confirmar la teoría de Freud, según la cual la sumisión, indiferencia o rebeldía ante la autoridad dependerían sobre todo del tipo de relación que se tuvo en la niñez con los propios padres. Resultan muy favorables y sumisos a la autoridad, los individuos que en su niñez tuvieron padres dominantes y ultraprotectores, mientras que lo contrario se da cuando la educación tendió a favorecer la independencia de los pequeños. Estas investigaciones también han confirmado que las personas muy obedientes y sumisas frente a la autoridad, al llegar a ejercerla ellas mismas se vuelven autoritarias. Todo se debería a la forma en que han aprendido a percibir la autoridad: si en su niñez la han percibido como algo dominante y arbitrario, esas actitudes asumirán al ejercerla.

lizos. Se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Clocker.

—Tu teoría pertenece al suplemento dominical del periódico para el que escribo. No todos los catatónicos trabajan, como tú lo llamas. ¿Y qué me dices de aquellos que permanecen rígidos y de los que se pasan todo el tiempo tendidos en la cama?

—Supongo que usted piensa que es muy simple, ¿verdad? —replicó Clocker—. Haga la prueba alguna vez. Yo la hice, y puedo decirle que es realmente trabajo —reunió sus fichas y las volvió a guardar en el bolsillo interior de su chaqueta. Parecía enfermo de ansiedad y tristeza—. ¡Maldición, cómo extraño a esa ratita! ¡Tengo que salvarla, Doc! ¿No se da cuenta?

El Doc Hawkins puso suavemente una mano rechoncha sobre el brazo de Clocker.

—Claro que sí, muchacho. ¿Pero cómo puedes tú lograrlo cuando no lo han conseguido los expertos?

—Pues bien, tome, por ejemplo, a Zelda. Hacía esos pasos a ritmo cuando tenía quizás unos cinco años e iba a la escuela de baile...

—Esos pasos poseen cierto significado simbólico para ella —dijo el Doc con algo más que su tacto habitual—. Mi teoría es que ella fué obligada a ir contra su voluntad, y ésta es una forma de rebelión inconsciente.

—No, no. No tienen significado alguno para ella —arguyó Clocker obstinadamente—. Puede hacer pasos a ritmo con los ojos vendados y de rodillas, atados los tobillos a la espalda. Apartó la mano de Ojalito de la solapa del Doc, y le aferró ambas para dar más énfasis a su afirmación: ¡Le digo a usted que está enseñando, explicando, tratando de hacerle entender la cosa a algún idiota cabeza dura!

—¿Pero a quién? —objetó el Doc—. ¿A los psiquiatras? ¿A las enfermeras?

—¿A ti? Admítelo de una vez, Clocker... Ella sigue haciendo sus pasos a ritmo esté o no sola. En realidad, nunca sabe si hay alguien con ella. ¿No es así?

—Sí —repuso Clocker de mala gana—. Eso es lo que me tiene varado.

HOMBRES blancos no creer en espíritus —gruñó Pozo de Petróleo—. Indios sí. Quizás Zelda hablar a espíritus.

—En eso he estado pensando —confesó Clocker mirando apesadumbrado al protector piel roja—. En lo único que puedo pensar es en los espíritus. Fantasmas. Aparecidos. Pero si Zelda y estos otros catatónicos están enseñando a los fantasmas, éstos deben ser los más retardados del mundo. Les hace repetir las cosas interminablemente, hasta más no poder. Si tuvieran la mitad de un cerebro ya habrían aprendido en menos de lo que se cuenta.

—Quizás espíritus no oír bien —sugirió Pozo de Petróleo, animado por la disposición de Clocker a considerar la hipótesis.

—Podría ser —admitió éste no muy convencido—. Si nosotros no podemos verlos, quizás sea igualmente difícil para ellos vernos u oírnos a nosotros. Pozo de Petróleo acercó ansiosamente su silla.

—India vieja llamada Tierra Seca Nunca Llueve —lo que ustedes decir solterona— oír espíritus todo el tiempo. Decimos siempre lo que ellos decir. Nadie escuchar.

—¿Cómo fué eso? —inquirió Clocker, interesado.

—Ella sorda, ciega. No oír trueno. Caminar por cactus, gritar como demonio. Apenas si vernos a nosotros, no oír completamente nada, ¿cómo poder ver y oír espíritus? Sólo hablar, hablar, hablar todo el tiempo.

Clocker frunció el ceño, pensativamente.

—Estos catatónicos no nos ven ni

nos oyen, pero seguro como que hay luz que ven y oyen algo.

El Doc Hawkins se levantó con dignidad, tambaleándose ligeramente, y extendió un billete al camarero.

—Tenía esperanzas de conseguir algún datito privado de ti, Clocker. Recién salido del pabellón de alcohólicos, dispongo de algún dinero. Pero advierto que tu objetividad se halla menoscabada por consideraciones emocionales. No arriesgaría un céntimo a tu consejo, aun después de corrida la carrera.

—No esperaba que usted me creyera —repuso Clocker abatido—. Ninguno de ustedes, metepíldoras, creen jamás en nada.

—Nada puedo decir de tu psico-pronóstico —declaró Arnold Wilson Wyle levantándose también—. Pero tengo fe en tus vaticinios. Todavía me gustaría conseguir algo bueno para jugarle todo a ganador en la quinta de mañana, en Hialeah, si es que tienes.

—He estado demasiado ocupado tratando de hacer algo por Zelda —dijo Clocker disculpándose.

Se dirigieron hacia la salida, y el Doc Hawkins se detuvo junto al mostrador para pedir una botella a crédito que le hiciera compañía durante la redacción de su columna médica, bastante retrasada por cierto.

Handy Sam se puso los zapatos para marcharse también.

—Síguele dando de firme, Clocker. Yo dije que tú eras un sabio...

—¡Yo lo dije! —lo contradujo Ojalito, alzándose literalmente de la silla colgado de las solapas de Handy Sam—. Clocker es el único que puede hacer algo.

Pozo de Petróleo los miró alejarse, malhumorado.

—Doctores no creer que espíritus ser reales —dijo—. Yo enfermo, ir a doctor de Reserva. El darme medicina, yo más enfermo. Hechicero ver que espíritus malos hacerme enfermo. Hacer sonar

matracas, Bailar. Espíritus malos irse. Yo estar mejor.

—Ya no sé qué demonios pensar —le confió Clocker, sintiéndose desdichado y confuso—. Si a Zelda le sirviera algo, me cortaría en dos de pies a cabeza para convertirme en espíritu y conseguir que los otros la dejen tranquila.

—Luego tú espíritu, ella viva. No muy práctico para hacer amor.

—¿Qué puedo hacer entonces... , contratar a un médium?

—Tratar hechicero de Reserva. El sacar espíritus malos.

Clocker se puso en pie. —Que me cuelguen, pero te juro que lo haré si no puedo salir adelante con algo más barato que pagarle el pasaje desde Oklahoma.

—Sacar a Zelda de allí, yo pagar y ponerla en una revista.

—No, viejo, porque si arrastro a ese individuo hasta aquí y no da resultado, me veré en un compromiso contigo. Gracias, Pozo, pero primero probaré a mi modo.

DE vuelta en su habitación del hotel, aguardando la llegada del día siguiente para poder ir a visitar a Zelda, Clocker se sentía como un morfinómano que se hubiese quedado sin un centavo para comprar la droga. Después de varias semanas de descuidar su página de pronósticos, estaba a punto de quedar en la ruina.

Se pasó la mayor parte de la noche fumando y dando vueltas por el cuarto, tratando de no mirar los potes y cepillos para el pelo diseminados sobre el tocador. Echaba de menos las horquillas en el suelo, las medias de nylon secándose en la percha del baño, los pomos de pasta dentífrica despachurados de cualquier modo. Había guardado los perfumes en un cajón, pero el aroma era tan intenso y persistente que le parecía que Zelda se hallaba, invisible, tras él.

Tan pronto como asomó el sol, salió de prisa y tomó un taxi. Tendría que aguardar hasta la hora de visita, pero no iba a poder soportar la lentitud del tren. El sólo hecho de estar en el mismo edificio con ella sería —casi— suficiente.

Cuando por fin se le permitió entrar en la habitación de Zelda, se pasó todo el tiempo observándola en silencio, tomando nota de cada palabra y de cada gesto deliberado. Sus movimientos, a pesar de la irritante monotonía que reinaba sobre ellos, eran particularmente dignos de ser juzgados, pues Zelda tenía un cabello negro azulado que le caía hasta los hombros, redondos y bien formados, ojos azules, boca plena y un cuerpo escultural. Empleaba de una manera inconscientemente provocativa todo su bagaje físico, a excepción de los ojos, que mostraban una expresión bastante vacua y distinta.

Clocker soportó el espectáculo todo lo que pudo, y cuando ya le fué imposible seguir resistiendo estalló:

—¡Maldita sea, Zelda! ¿Cuánto tiempo necesitan para aprender un paso a ritmo?

Ella no contestó. Ni siquiera lo vió, lo oyó o lo sintió en absoluto. Aun cuando él la besó en la nuca, en el lugarcito de siempre, no retorció el hombro con el habitual estremecimiento repentino.

Sacó el fonógrafo portátil que le permitían traer, y pasó esperanzado tres de las piezas predilectas de Zelda: un ritmo rápido, y uno lento y, la más efectiva de todas, la suave y acariciante melodía con que efectuaba su número. Habitualmente, el ritmo la habría hecha saltar de entusiasmo, pero en esta oportunidad ni siquiera contrajo un músculo.

—Muerta para este mundo —murmuró Clocker desalentado.

Sacudió bruscamente a Zelda. Aun cuando la joven perdió el equilibrio,

sus pies marcaron el golpeteo.

—Mira, chiquita —le dijo con voz tensa e irritada—, no sé quiénes son estos tipos para quienes estás trabajando, pero díles que si te llevaron a ti, tienen también que llevarme a mí.

Sea lo que fuere que esperaba —figuras fantasmales materializándose o un viento helado soplando de pronto— nada ocurrió. Zelda siguió zapateando.

Clocker se sentó en la cama. Ellos elegían a la gente del mismo modo que él a los caballos, sólo que él los escogía para ganar y ellos para enseñar. ¿Para enseñar? Claro que sí, Zelda estaba enseñándoles a bailar y también, probablemente, explicándoles todo lo referente a los espectáculos de revistas. Los demás habían sido seleccionados evidentemente por lo que sabían, y que no hacían más que repetir, una y otra vez, concentrados plenamente, al igual que ella, en su actividad.

TENIA un proyecto que no le había comunicado al Doc porque sabía que era realmente desatinado. Las semanas pasadas sin Zelda fueron un verdadero infierno de tristeza y desolación —para él, no para ella, que ni siquiera se daba cuenta de la horrible separación—. Ya se ocuparía él de arreglar eso, pero mejor sería aún poder liberarla de algún modo. La única manera de hacerlo sería descubrir a quienes la controlaban y averiguar qué se proponían. Aunque lograran esa información, no podía tener la certeza de alcanzar su propósito, y siempre existía la posibilidad de que también él pudiese ser atrapado, pero eso carecía de importancia.

Su idea era interesar a esos seres en lo que él sabía, de modo que ellos quisieran que les explicara todo lo referente a las carreras de caballos. Después... bueno, ya haría sus planes cuando supiera de qué se trataba.

Clocker se aproximó a la máquina automática de zapatear que había sido



su esposa, y empezó a hablarle en voz muy alta sobre todos los conocimientos detallados que eran necesarios para seleccionar a los ganadores, basados en registros de los *studs*, *performances* anteriores de montas y *jockeys*, condiciones de la pista e influencias del tiempo, omitiendo siempre, desde luego, los datos que darían sentido a toda esa complicada trama. Sabía que se arriesgaba a ser desdénado, pero valía la pena hacer la prueba. Su única preocupación era que se quedaría ronco antes de poder despertar el interés de esa gente.

Un asistente que pasaba por el corredor oyó su voz, abrió la puerta y le preguntó con impertinente ironía:

—¿Qué está haciendo, Clocker... , tratando de sacar tarjeta de socio en este club?

Clocker se interrumpió con un ligero sobresalto.

—Este... , estaba poniendo en práctica una teoría privada —dijo, y reuniendo sus cosas con más prisa de la que hubiese querido poner de manifiesto, besó de pronto a Zelda sin obtener respuesta alguna, y se marchó por ese día.

Pero continuó viniendo todas las mañanas. Estaba a punto de renunciar a su intento, cuando las primeras sensaciones de irrealidad lo aturdieron y ofuscaron. Reprimió cuidadosamente su excitación y siguió hablando con voz cada vez más fuerte sobre carreras. El mundo parecía alejarse de él. Pudo, de haber querido, mantenerse aferrado a él. Pero no lo hizo. Dejó que las voces llegaran, vagas y lejanas al principio, deformadas, pero sin poder llegar a aclararlas.

Y cierto día no advirtió la presencia del asistente a quien iba a comunicarle que habían terminado. Clocker se hallaba explicando minuciosamente, con infinita paciencia, los fundamentos de las carreras de caballos... y ni siquiera lo oyó.

TODO resultó tan fácil que se sintió defraudado. Las primeras discusiones se mantuvieron dentro de la lógica tratando cada uno de hacer prevalecer sus opiniones, hasta que un día una terminó por imponerse. Esa fue la que Clocker siguió oyendo eventualmente: una voz serena y calma, que constantemente se apagaba y volvía a crecer en intensidad. Le hizo recordar el equipo a galena que su padre había comprado cuando la radio era aún un juguete.

Luego la ilusión se borró y fue reemplazada por una nueva y dramática realidad. Estaba en alguna parte, muy lejos. Sabía que no era en la Tierra, pues esto no se parecía a nada conocido, excepto, quizá, a una Feria Mundial. Los edificios eran bajos y de atractivos diseños, imponentes a pesar de sus colores intensos suavemente combinados. Se hallaba en una inmensa plaza cubierta de césped y sombreada por frondosos árboles, entre los cuales se alzaban, a manera de adorno, esculturas clásicas. Había a su alrededor cientos de personas, y todas parecían inquietas y sobrecogidas. Clocker no sentía otra cosa que júbilo: había llegado. No le importaba en lo más mínimo ignorar dónde se hallaba o qué clase de lugar era ése. Lo esencial era que estaba cerca de Zelda.

—¿Cómo he podido venir hasta aquí? —preguntó un hombrecillo con lentes bifocales, y que tenía montones de alfileres y agujas enhebradas pinchadas en la chaqueta—. No tengo tiempo para estos viajes de placer. La señora Jacobs vendrá a probarse mañana, y me matará si su vestido no está listo. —No puede —dijo Clocker—. De ningún modo.

—¿Quiere decir que estamos muertos? —preguntó otra voz, aterrada. Era una mujer ligeramente regordeta, de pelo muy rubio y labios pintados de un rojo intenso y grasiento, y que tenía puesta una bata floreada. Miró a

su alrededor con expresión aprobadora—. Esto no parece malo, ¿eh? Como yo digo siempre, o bien yo no soy peor que todo el resto, o ellos no son mejores que yo. ¿Qué te parece, queridito?

—A mí no me lo pregunte —repuso Clocker, evasivo—. Creo que alguien va a recibir un sermón, pero usted no está muerta. Eso es todo lo que puedo decirle.

La mujer pareció contrariada.

Algunos de entre la multitud se lamentaban afligidos, diciendo que tenían familias que atender, en tanto que otros estaban preocupados por haber tenido que abandonar sus ocupaciones. Todos quedaron en silencio, sin embargo, cuando un hombre subió a una especie de tribuna de mármol que se alzaba frente a ellos. Era muy alto, de digno continente, y tenía una barba dividida en el centro.

—Quédense tranquilos, por favor —dijo con voz profunda y suave—. No corren ustedes peligro alguno. No sufrirán ningún daño.

—¿Estás seguro de que no nos hemos muerto, amorcito? —le preguntó a Clocker la mujer de la bata floreada—. ¿Ese no será?... .

—No —repuso él—. Tendría una aureola, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí —admitió ella, dudosa.

El hombre de la barba blanca continuó diciendo:

—Si escuchan ustedes con atención esta conferencia orientadora, sabrán dónde están y por qué. ¿Me permiten

presentar a Gerald W. Harding? El Doctor Harding está a cargo de este centro de recepción. Señoras y caballeros, el Dr. Harding.

CIERTO número de personas aplaudente asiduos a conferencias o a auditorios de estudios de TV. El resto, incluso Clocker, aguardó mientras un hombre maduro, vestido con una chaqueta blanca de laboratorio, de mejillas rosadas bajo los anteojos de grueso armazón, se ponía de pie y enfrentaba a la multitud. Llevándose las manos a la espalda, se balanceó un momento sobre los talones y sonrió con benevolencia.

—Muchas gracias, señor Calhoun —le dijo al hombre barbudo, que estaba sentándose en un banco de mármol—. Amigos —y confío en que pronto nos considerarán ustedes como tales— sé muy bien que se sienten ustedes algo perplejos ante todo esto —Señaló con un ademán los edificios que los rodeaban—. Permítanme explicarles. Han sido ustedes escogidos —sí, cuidadosamente examinados y seleccionados— para ayudarme en una causa que es sin duda alguna la más grande de toda la historia. Ya veo que están ustedes preguntándose por qué fueron seleccionados y qué causa es ésta. Trataré de describirla brevemente. Ya tendrán ustedes referencias acerca de ella mientras trabajemos juntos en este vasto y noble experimento.

La mujer de la bata floreada parecía inmensamente lisonjeada. El hom-

Escaleras

SEGÚN las estadísticas, más de la mitad de los accidentes se producen al subir o bajar escaleras. No hay cifras acerca de los que pasan por debajo de las mismas.



brecillo de los alfileres asentía con énfasis para demostrar que había comprendido todo lo expuesto hasta ese momento. Al echar una ojeada al resto de la multitud, Clocker se dió cuenta de que era el único que tenía este discurso previsto. Era un anzueto. Esos hombres andaban a la pesca de algo.

Deseó que el Doc Hawkins y Pozo de Petróleo estuviesen allí. El Doc habría sondeado sin duda en su subconsciente en busca de símbolos de traumas infantiles para explicar toda la cuestión: jamás la habría aceptado como una especie de realidad. Pozo de Petróleo, por el contrario, hubiese tratado de igualar de algún modo al señor Calhoun y al Dr. Harding, corpóreos y reales, con los espíritus de su tribu. De los dos, Clocker tenía la sensación de que el indio habría estado más cerca.

O quizá él estuviese en su propio rincón de la psicosis, en tanto que Pozo de Petróleo se hallaría en otro, más adecuado a los indios, ¿Espíritus o ficciones? Fueran lo que fuesen, parecían tan reales como cualesquiera de sus conocidos, pero quizá eso fuese la naturaleza de lo sobrenatural o la lógica de la locura.

Con un estremecimiento, Clocker se dió cuenta de que tendría que aguardar para obtener la respuesta. Lo único que sabía a ciencia cierta, era que esto tenía un evidente olorillo a algo raro, sobrenatural o lo que fuese. Escuchó u observó atentamente, con la sagacidad de un detective.

—Eso quizá les cause a ustedes impresión —continuó el Dr. Harding con una sonrisa simpática y semiburlesca—. Espero que no dure mucho tiempo. Permítanme expresarlo en sus términos más simples. Ustedes saben que hay en el Universo billones de estrellas, y que estas estrellas tienen planetas. Pues bien, buena parte de estos planetas están habitados. Algunos de sus mé-

todos de vida son inteligentes en grado sumo, en tanto que otros no lo son. Mas en casi todos los casos, el método de vida dominante es muy diferente al de ustedes.

Clocker se sintió irritado al no haber podido prever el sentido del discurso.

—¿Por qué digo de *ustedes*, y no de *nosotros*? —preguntó el Dr. Harding—. Porque, mis queridos amigos, el señor Calhoun y yo no pertenecemos al planeta ni al sistema solar de ustedes. ¡Calma, por favor! —solicitó, alzando las manos, ante la agitación que lo inesperado de sus palabras provocó en la multitud—. Nuestros nombres no son Calhoun ni Harding: los hemos adoptado debido a que los nuestros verdaderos son tan extraños que ustedes se verían imposibilitados de pronunciarlos. No estamos formados como ustedes nos ven, sino que éste es el aspecto que podríamos tener si fuéramos seres humanos, cosa que, desde luego, no somos. Nuestra verdadera apariencia parece un tanto... perturbadora, inquietante, a los ojos humanos.

“**T**ONTERIAS”, pensó Clocker irreverente. “*Vamos al grano*”.

—No creo que sea éste el momento de dar explicaciones detalladas —se apresuró a continuar el Dr. Harding antes que le hicieran alguna pregunta—. Nosotros somos habitantes amistosos y aun altruistas de un planeta que se halla a 10.000 años luz de la Tierra. Una distancia bastante grande, pensarán ustedes. ¿Cómo hicimos para llegar aquí? La verdad es que ni ustedes ni nosotros estamos “aquí.” “Aquí” es una proyección del pensamiento, un punto hipotético en el espacio, un lugar que sólo existe en virtud de pura fuerza mental. Nuestras apariencias físicas, tal como las de ustedes en este momento, son representaciones telepáticas. En realidad,

nuestros cuerpos se hallan en nuestros respectivos planetas.

—Muy confuso —se quejó un hombre que tenía aspecto de banquero—. ¿Tiene usted alguna idea de lo que está tratando de decirnos?

—Todavía no —replicó Clocker con paciente cinismo—. Después de pasarlos la brocha nos meterá el navajazo.

El hombre con aspecto de banquero lo miró fijamente y se alejó. Clocker se alzó de hombros. Se hallaba inquieto, preguntándose por qué no se sentía cansado o aburrido, sino que estaba escuchando simplemente.

No sentía siquiera una abrumadora sensación de impaciencia y fastidio, aunque deseaba vivamente encontrar a Zelda y esta conferencia le impedía ir a buscarla. Era como si sus emociones hubiesen sido reducidas en cierto modo de intensidad. Existían, sí, pero carentes de la potencia que debieran tener.

Nuevamente sus ojos se levantaron para mirar al Dr. Harding, que manifestaba en esos momentos:

—Nuestra civilización es considerablemente más antigua que la de ustedes. Durante muchas de las centurias terrestres hemos explorado el Universo, tanto física como telepáticamente. En el curso de esta exploración descubrimos el planeta de ustedes. Tratamos entonces de establecer comunicación, pero existían graves dificultades. La Tierra estaba atravesando por la Era del Obscurantismo, y lamento tener que informar que aquellas personas con quienes efectuamos contacto fueron generalmente quemadas en la hoguera —movió pesorosamente la cabeza—. Aunque la civilización terrestre ha hecho desde entonces muchos adelantos en ciertos sentidos, la comunicación es aun muy entorpecida... tanto por un falso conocimiento cuanto por verdadera ignorancia. Eso es realmente muy infortunado, y en seguida sabrán ustedes el porqué.

—Ahora llega —dijo Clocker a los que lo rodeaban—. En este momento se está preparando para clavarnos finalmente el aguijón.

La mujer de la bata floreada lo miró con indignación.

—¡Se necesita ser un patán desfachatado como tú para decir semejante cosa de un caballero tan simpático y distinguido!

—Hasta un ciego podría darse cuenta de que es sincero —arguyó el sastrecillo—. ¡Quién lo hubiera pensado: yo en un gran experimento! ¡Qué sorpresa se llevará Molly cuando se entere!

—Molly no se enterará, y apostaría cualquier cosa que la sorpresa se la está llevando ahora mismo —le aseguró Clocker.

—El cuerpo humano es un organismo increíblemente complicado —estaba diciendo el Dr. Harding. La declaración interrumpió la discusión privada y pareció complacer, por alguna razón, a quienes lo escuchaban—. Nos enteramos de ello cuando tratamos de asumir el control de ciertos individuos con fines de comunicación. Billones de conexiones neutrales, miles de funciones involitivas... No es exageración comparar nuestros esfuerzos a los de un mono en una planta de fuerza motriz. Bajo nuestra dirección, por ejemplo, varios escritores produjeron libros que fueron terriblemente mutilados. Nuestros intentos con los artistas no tuvieron mayor éxito. La estática del espacio interestelar fué en parte responsable, pero principalmente lo fué el hecho de que no podíamos abrirnos camino a través del laberinto de la mente y el cuerpo humanos.

LA multitud parecía simpatizar con el orador. Clocker no se sentía ni fatigado ni aburrido: simplemente, ansioso de ver a Zelda y, como un estudiante en capilla para el examen, confusamente irritado. ¿Por qué hacerlo

esperar cuando ya estaba todo dispuesto?

—No quiero hacer una larga historia de nuestros problemas —continuó sonriendo el Dr. Harding—. Si pudiéramos visitar personalmente el planeta de ustedes no habría dificultades. Pues 10.000 años luz son una barrera infranqueable a todo, excepto a las ondas del pensamiento, que, desde luego, viajan a velocidad infinita. Y esto, como ya he dicho, es muy infortunado, porque la raza humana está condenada a la destrucción.

El sastre se quedó tieso.

—¿Condenada, Molly? ¿Mis chiquillos? ¿Todos mis clientes? ¿Todo se destruirá?

—¿Sus clientes? —gimió la mujer de la bata floreada—. ¿Y qué me dice de los míos? ¿Qué va a pasar, si el mundo está condenado?

Clocker no pudo menos que sentirse admirado ante la manera como el Dr. Harding presentaba el asunto. Era un método intentado habitualmente por los políticos, pero éstos no tenían la misma clase de auditorio cautivo, ni el dominio total del mismo, ni el ambiente cuidadosamente dispuesto. Pero todo ello no conseguía apartar su mente de Zelda.

—Ya veo que han quedado ustedes algo estupefactos —observó el Dr. Harding—. ¿Pero es realmente tan inesperada mi declaración? Ustedes conocen la historia de su propia raza: una crónica de guerras incansables, cada una más devastadora que la anterior. Ahora, finalmente, el Hombre ha alcanzado el poder de la destrucción mundial. La próxima guerra, o la que le siga, será incuestionablemente el fin no sólo de la civilización, sino de la humanidad... y quizá hasta de todo el planeta. Nuestra civilización, pacífica y altruista, podría ayudar a impedir la catástrofe, pero ello requeriría nuestra presencia física en la Tierra, lo cual no es posible, y aunque así

fuera, no hay tiempo suficiente. Armagedón está cada vez más cerca.

El Dr. Harding hizo una pausa antes de preguntar a su auditorio:

—Entonces, ¿por qué los hemos traído aquí? Porque la del Hombre, a pesar de sus errores suicidas, es una raza magnífica. No debe desaparecer sin dejar una *crónica completa* de sus realizaciones.

La multitud asintió gravemente. Clocker deseó tener en ese momento a su esposa y un cigarrillo. En su estado mental normal, Zelda era absolutamente práctica, y hubiese podido hacer, sin duda, algunos comentarios dignos de ser tenidos en cuenta.

—Esta es la tarea en que debemos trabajar juntos —dijo enérgicamente el Dr. Harding—. Cada uno de ustedes posee una habilidad, un talento, un conocimiento especial que necesitamos para el inmenso archivo que estamos compilando. Todas y cada una de las zonas de la sociedad humana deben ser abarcadas. Los necesitamos, pues... ¡urgentemente! Los datos que ustedes proporcionen formarán parte de un documento social imperecedero, que existirá por un espacio incalculable de eternidades después de que la humanidad haya desaparecido total y definitivamente.

LA mujer de la bata floreada estaba visiblemente aturdida.

—¿Esos quieren dejar registrado lo que yo puedo decirles?

—¿Y de sastrería? —preguntó el hombrecillo con la chaqueta llena de alfileres—. ¿Cómo hacer ojales y planchar tarjes?

El hombre con traza de banquero tenía alta la barbilla y una expresión cómicamente complacida en su rostro regordete.

—Siempre pensé que algún día sería debidamente apreciado —manifestó con afectación—. Puedo decirles ciertas cositas sobre finanzas de las

que esos idiotas del directorio ni siquiera tienen la menor idea.

El señor Calhoun se incorporó en la tribuna junto al Dr. Harding. Parecía infinitamente benigno cuando alzó sus manos y su voz profunda para decir:

—Amigos, necesitamos la ayuda de ustedes y el conocimiento que poseen. Yo sé que ustedes no quieren que la raza humana desaparezca sin dejar un *vestigio*, como si jamás hubiese existido. Estoy seguro de que se sienten vivamente conmovidos al darse cuenta de que algún investigador, en un *futuro muy lejano*, utilizará algún día ese mismo conocimiento que *ustedes* transmitieron. ¡Piensen en lo que significa dejar grabada indeleblemente su impresión personal en la historia cósmica! —Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante—. ¿Nos ayudarán ustedes?

Los rostros resplandecieron, las manos se alzaron y cientos de voces gritaron su acuerdo.

Aturdido por el éxito de la superchería, Clocker observó cómo la gente, halagada y feliz, seguía a sus guías de casacas blancas hacia los diversos edificios, que parecían dispuestos de acuerdo a categorías muy vastas de la actividad humana.

Se encontró impulsado junto con la mujer de la bata floreada, charlatana y excitada, hacia una estructura color cereza, con un cartel que decía: DEPORTES Y DIVERSIONES. Al parecer, su acompañante estaba irritada por no haber sido entrevistada para una reciente encuesta, y ésta era su oportunidad de decantar las experiencias de veinte años.

Clocker dejó de escuchar su cotarro, y buscó el edificio en el que estaría probablemente Zelda. Vió uno donde decía ARTES Y ESPECTACULOS, pero cuando trató de ir hacia allí, sintió que una fuerza superior a la suya lo obligaba a seguir

hacia su propio destino.

Mirando hacia atrás, impotente para resistirse o protestar, entró donde era llevado.

SE encontró en una especie de compartimiento, con un hombre de aspecto paternal, escaso pelo gris, ojos bondadosos y barbilla firme, que se presentó a sí mismo como Eric Barnes. Tomó el nombre, la edad y la ocupación específica de Clocker, y le dió un número de orden que, según le explicó, sería anotado en los archivos centrales de su planeta, figurando en diversos índices relacionados entre sí para inmediatas referencias.

—Ahora bien —dijo Barnes—, he aquí nuestro problema, señor Clocker. Estamos haciendo dos clases de registros. Uno es escrito; más exactamente microescrito. El otro es un duplicado maravillosamente exacto de su estructura cerebral... en un material más durable que el del cerebro, desde luego.

—Desde luego —dijo Clocker, asintiendo de inmediato como un escolar obediente.

—El registro verbal es bastante difícil, puesto que muchos de los datos que usted nos da deben ser, por su naturaleza, extraños a nosotros. La duplicación de su estructura cerebral es, sin embargo, más engorrosa aún. Además de la inevitable distorsión causada por una distancia de 10.000 años luz y los campos de gravitación y radiación de todo tipo que se interponen, la sustancia que empleamos en lugar de las células cerebrales absorbe la memoria con extremada lentitud —Barnes sonrió confiadamente—. Pero usted se alegrará de saber que la impresión, una vez hecha, no puede perderse o borrarse jamás.

—Deleitado —dijo Clocker secamente—. Loco de alegría.

—Estaba seguro de ello. Pues bien, sigamos adelante. Primero, una des-

cripción básica de las carreras de caballos.

Cuando Clocker empezó, Barnes le pidió que se limitara a repetir una sola frase.

—Para verificar la recepción y retención —dijo—.

Cuando Clocker hubo repetido la frase unas cuantas veces, se encendió una luz en el equipo de comunicación que estaba sobre el escritorio, y una voz dijo:

—Aumentar potencia emisora. Impresión inicial débil. También distorsión de onda. Atención. Corregir y continuar.

Barnes graduó cuidadosamente los diales y Clocker siguió repitiendo la frase cada vez más despacio, hasta decirla a la velocidad requerida por Barnes. Al cabo de un rato empezó a hacerlo automáticamente, lo que le dió posibilidad de pensar.

No tenía ningún plan determinado para sacar a Zelda de allí: estaba improvisando, y eso no le gustaba. Todo ese asunto lo tenía aún un poco perplejo. Sabía que no estaba soñando, pues había detalles que su imaginación jamás podría haberle suministrado, y la idea de espíritus con artificios científicos habría desconcertado hasta a Pozo de Petróleo.

Todos los demás que allí estaban parecían aceptar a estos hombres como los extraterrenos que pretendían ser, pero Clocker, temiendo algo raro que no podía comprender muy bien, se rehusaba a ello. No tenía ninguna otra explicación, sin embargo, excepto una profunda sospecha de que no se trataba de la noble empresa que pretendían harle creer. En su ruda experiencia, siempre había alguien que obtenía cierto provecho.

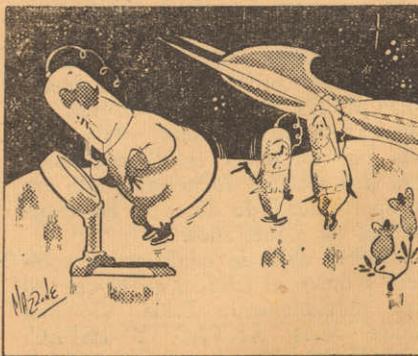
Hasta que supiera algo más, tendría que seguir adelante con lo que le indicaban, en la esperanza de encontrar eventualmente una salida para

Zelda y para él. Mientras estaba repitiendo su monótona frase, se preguntó qué estaría haciendo su cuerpo en la Tierra. Supuso que se hallaría tendido en una cama, puesto que no se le solicitaba que efectuara trabajos físicos como el zapateo interminable de Zelda.

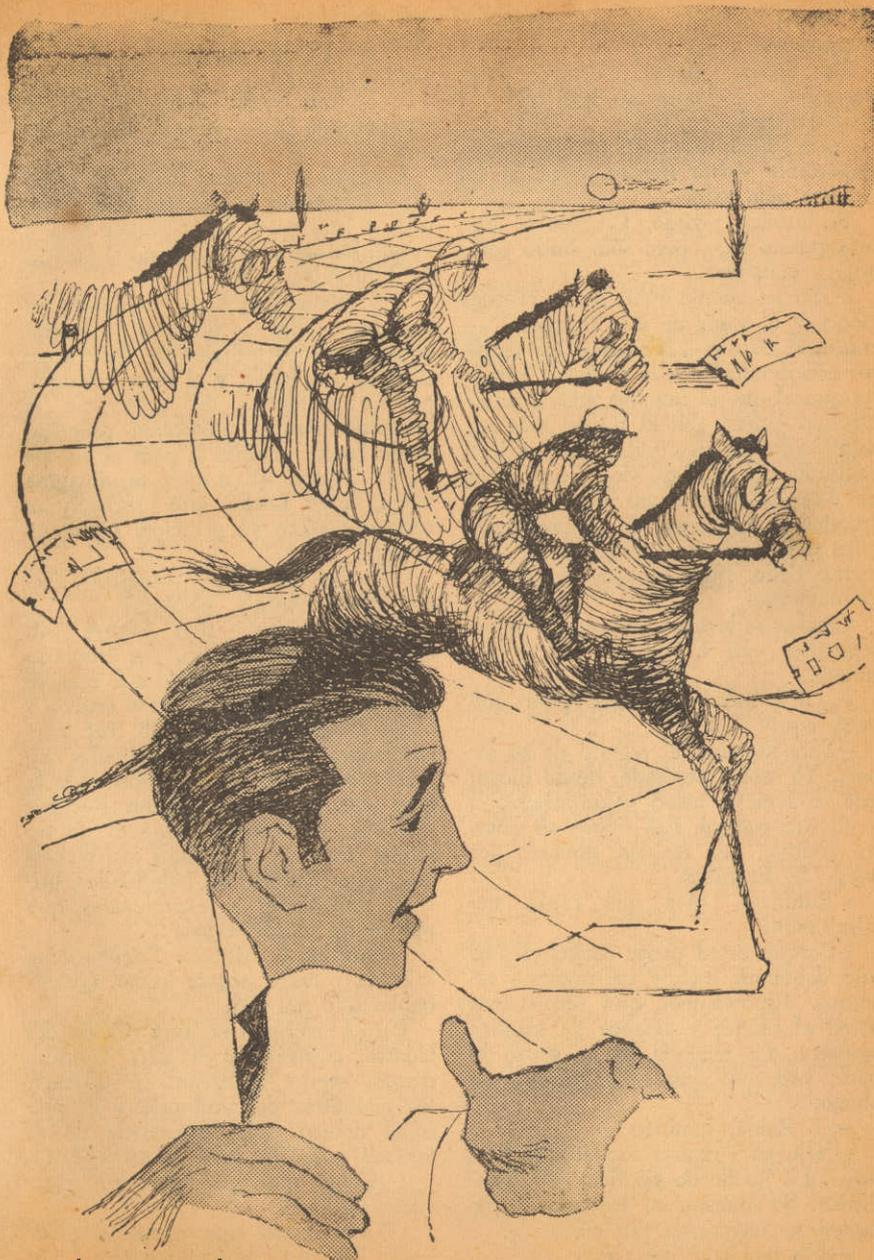
Eso le recordó al Doc Hawkins y a los psiquiatras a quienes consultara. Debía haber alguno allí; deseó vengativamente poder encontrarse con ellos y ver qué pensaban ahora de sus teorías.

LLEGO entonces el final de lo que era aparentemente la tarea diaria.

—Estamos haciendo espléndidos progresos —le dijo Barnes—. Sé muy bien qué cansador debe ser estar repitiendo lo mismo una y otra vez, pero la distancia es un obstáculo *tan grande*. Creo que es asombroso que podamos siquiera salvarlo, ¿verdad? Imagínese usted: La luz que está llegando a la Tierra en este mismo momento, salió de nuestra estrella cuando los mamuts erraban por los estados occidentales de su planeta y la humanidad vivía en cavernas. ¡Y, sin embargo, con nuestros impulsores de pensamiento en on-



—Ahora caigo por qué mi esposa insistió en acompañarnos hasta Marte...



da corta, estamos en comunicación instantánea!

La lisonja, pensó Clocker, para hacerle creer que estaba haciendo algo importante.

—Pues bien, usted está haciendo algo importante —dijo Barnes, como si lo hubiera oído hablar.

Si hubiese podido, Clocker se habría puesto rojo, pero sólo sintió congoja y embarazo.

—¿Se da cuenta usted de las proyecciones y el valor de este proyecto? —continuó Barnes—. Tenemos un registro más detallado de la sociedad humana que el que el hombre mismo pudo efectuar jamás. ¡Ni el rincón más insignificante de su civilización quedará excluido! Su vida, mi vida... la vida de esta Zelda a quien vino usted a rescatar... carecen de importancia, pues todos debemos morir en un momento dado, ¡pero el proyecto durará eternamente!

Clocker se levantó, mirando a su interlocutor con expresión dura e inquieta.

—¿Dice usted que sabe para qué estoy aquí?

—Para asegurar el regreso de su esposa. Yo estaba enterado, desde luego, que se sometió usted voluntariamente a nuestro control. Eso figura en nuestro archivo, que me fué enviado por Mesa de Entradas.

—Entonces, ¿por qué razón me admitieron?

—Porque usted posee conocimientos que debíamos incluir en nuestros registros. Esperábamos que reconociera usted el mérito y alcance de nuestra empresa. La mayoría de la gente lo hace, una vez que se le explica su objeto.

—¿Y Zelda, también?

—¡Oh, sí! —repuso con énfasis Barnes—. Lo he hecho verificar por Estadística. Se muestra en extremo cooperadora y convencida por entero...

—¡No me haga creer eso!

BARNES se incorporó. Arreglando los papeles que había sobre su escritorio, dijo:

—¿Quiere usted hablar con ella y comprobarlo por sí mismo? Estamos de acuerdo.

Condujo a Clocker fuera del edificio. Atravesaron la gran plaza en dirección a una vasta construcción baja a la que Barnes se refirió como al Centro de Educación y Recreación.

—A menos que haya problemas especiales —dijo—, nuestros colaboradores humanos trabajan de doce a catorce de sus horas, y el resto del tiempo les pertenece. El sueño no es necesario para la protección psíquica, desde luego, aunque sí para el cuerpo en la Tierra. ¿Y a que no imagina usted, señor Locke, qué prefieren los terrestres como su principal entretenimiento?

—¿Juegos de bolos? —sugirió Clocker irónicamente—. ¿Naipes?

—Conferencias —dijo Barnes con orgullo—. Están ansiosos por enterarse de todo lo posible referente a nuestro proyecto. El mismo director estuvo a cargo de una de ellas. ¡Oh, fué muy alentador, señor Locke! Películas tridimensionales en colores, mostrando la gran extensión que abarcan nuestros archivos, los muchos millones de cerebros sintéticos, cada uno con recuerdos indestructibles de habilidades, oficios, profesiones y experiencias que pronto no existirán más...

—Ahórese la historia. Encuéntreme a Zelda y luego hágase humo. Quiero hablar solo con ella.

Barnes averiguó en una oficina del Centro equivalente a una taquilla, donde, según le explicó a Clocker, los miembros del auditorio y el personal debían dejar constancia de su entrada para un caso de emergencia.

—¿Como qué, por ejemplo? —preguntó Clocker.

—Tiene usted una mente suspicaz —dijo Barnes—. Un

circuito de neuronas defectuosas en un duplicado sintético de cerebros, por ejemplo. Descargas de fotones que interfirieran con la recepción, y otras cosas por el estilo.

—¿Y dónde está la emergencia? ¿Me lo puede explicar?

—¡Tenemos tan poco tiempo! Le pedimos al colaborador humano en cuestión que vuelva a registrar cualquier cosa que no haya sido recibida. ¡El porcentaje de negativas es realmente cero! Espléndido, ¿verdad?

—Yo quisiera saber quién se atrevería a negarse —murmuró Clocker entre dientes—. Así, cualquiera puede hacer un interrogatorio, y recibir las respuestas que necesita.

ENCONTRAMOS a Zelda en un pequeño salón de conferencias, donde una mujer del otro planeta estaba instando a sus oyentes a no ocultar nada, por íntimo que fuese, mientras se efectuaba el registro.

—Porque ésta —expresó, debe ser una historia psicológica tanto como cultural y sociológica.

Al ver a Zelda, Clocker corrió hacia ella, y levantándola de su silla la besó y la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—¡Nenita! —le dijo, más exaltado de lo que creyó que su control le permitiría—. ¡Salgamos de aquí!

Ella lo miró sin ninguna sorpresa.

—¡Ah, hola, Clocker! Más tarde. Ahora quiero escuchar el resto de la conferencia.

—¿No te alegras acaso de verme? —preguntó él, dolorido—. Me pasé meses y gasté hasta el último céntimo sólo para encontrarte...

—Claro que me alegro de verte, querido —dijo ella, tratando de mirar a la oradora—. Pero esto es tan importante...

Barnes se aproximó con una cortés inclinación.

—Si usted no tiene inconveniente,

señora Zelda, creo que debería conversar con su marido.

—Pero... ¿y la conferencia? —preguntó Zelda ansiosamente.

—Puedo conseguirle una transcripción para que estudie más tarde.

—Bueno, de acuerdo —admitió ella de mala gana.

Barnes los dejó en un banco de piedra singularmente cálido de la gran plaza, después de pedirles que se presentaran al trabajo a la hora habitual. Zelda, en lugar de mirar a Clocker, lo siguió con la vista cuando se alejaba. Tenía los ojos brillantes, e irradiaba entusiasmo.

—¿No es maravilloso, Clocker? —dijo—. ¿No son todos realmente maravillosos? Verdaderos hombres de ciencia, que dedican toda su vida a esta causa tremenda.

—¿Qué hay de maravilloso en todo eso? —no pudo menos que gruñir él.

Zelda se volvió y lo miró con manso asombro.

—Podrían dejar que la Tierra se fuera al demonio. Eso no significaría nada para ellos. Todo el mundo borrado por completo, como si jamás hubiese existido. Sin dejar de nuestro paso más recuerdo que del de los dinosaurios. ¿No te haría sentir eso terriblemente perverso?

—No sentiría absolutamente nada —repuso él, tomándole una mano insensible. Por lo único que me preocupa es por nosotros dos. ¿A quién le importa que el resto del mundo haga un número de magia y desaparezca?

—A mí sí. Y también a ellos. No son egoístas como ciertas personas a quienes no quiero mencionar.

—¿Egoísta? ¡Tienes toda la razón del mundo si dices que lo soy!

LA atrajo hacia sí y la besó en el cuello, en su lugar predilecto. Obtuvo una reacción, sí, pero de repimido fastidio.

—Soy egoísta —continuó él—, por

que me he casado con una mujer por la que estoy completamente loco, y la quiero de vuelta a mi lado. Aquí te tienen prisionera, nenita. ¿No te das cuenta? Tú tienes que ir a vivir conmigo en algún departamento de lujo, ni bien pueda pagarlo, como uno que vi en Riverside Drive: siete habitaciones, tres baños, uno de ellos todo de mármol rosa, como tú siempre quisiste, con el río Hudson y Jersey viéndose desde los ventanales...

—Todo eso pertenece al pasado, querido —repuso ella con serena dignidad—. Tengo que colaborar en este proyecto. Es lo menos que puedo hacer por la historia.

—¡Al demonio con la historia! ¿Qué hizo jamás la historia por nosotros? —Le acercó la boca al oído, respirando suavemente del modo en que otrora solía hacerla retorcerse en sus brazos como una gata—. ¡Vamos, nenita! Déjalos plantados. Diles que tienes una cita conmigo allá en la Tierra.

Ella lo apartó bruscamente y se levantó de un salto.

—¡No! Esta es mi tarea tanto como la de ellos. Más, aún. A nadie tienen aquí contra su voluntad. Yo me quedo porque quiero, Clocker.

Furioso, él la tomó en sus brazos y la levantó en el aire.

—¡Te digo que te vuelves conmigo! Si no quieres, te llevaré a la rastra, ¿entiendes?

—¿Cómo? —preguntó Zelda con calma.

Clocker volvió a depositarla lentamente en el suelo, con un gesto de frustración.

—Pídeles que te dejen marchar, nenita. Pozo de Petróleo dijo que te pondría en una musical. Tú siempre quisiste pegar el gran golpe...

—Ya no más —repuso ella. Luego se alisó el vestido y arreglándose el pelo dijo—: Bueno, quiero escuchar el resto de esa conferencia, querido. Te veré por aquí si decides quedarte.

Clocker volvió a sentarse malhumorado, mirándola alejarse hacia el Centro con su provocativo movimiento de caderas. Se dió cuenta entonces de que su andar seductor no era más que una condición profesional. Zelda había evolucionado en cierta misteriosa manera, se había vuelto más serena... más en paz consigo misma.

Si alguna vez se preguntó qué obtenían los catatónicos por su trabajo, ahora lo sabía: la lisonja hipnótica más sutil que jamás se hiciera. Con eso era con lo que les pagaban.

¿Pero qué obtenían los individuos esos en cambio?

CLOCKER fué a la taquilla del Centro para solicitar la presencia de Barnes. Este dejó una conferencia para investigadores de su planeta y fué a reunirse con él, sin evidenciar algo más que una amable curiosidad en su rostro paternal. Clocker le refirió breve y amargamente su conversación con Zelda, y le preguntó lisa y llanamente qué sacaban ellos de todo eso.

—Creo que usted puede contestar tan bien como yo —repuso Barnes—. Usted es un erudito de determinada especie. Determina el probable desempeño de un grupo de caballos por sus antecedentes hereditarios, carreras anteriores y otros factores. Un cómputo muy laborioso, que requiere considerable aptitud y habilidad. Con el mismo dispendio de energía, ¿no podría usted ganar más en otros terrenos?

—Supongo que sí —repuso Clocker—. Pero me gustan las carreras.

—Pues bien, ésa es la cuestión. La única forma humana de ganancia que compartimos es el deseo de conocimiento. Usted dedica su habilidad de pronosticar los resultados de una carrera que está a punto de correrse; nosotros dedicamos la nuestra a registrar los resultados de la que la humanidad corre para destruirse a sí misma.

Clocker aferró con ambas manos la chaqueta del extraterreno, y aproximó al del otro su rostro ceñudo.

—Y bien, eso es lo que está por verse. ¡Terminemos con todo eso de la condenación del mundo y este rebaño de charlatanes!

Barnes se quedó perplejo.

—No alcanzo a comprender...

—Escuche, supongamos que todo esto es juego limpio. Digamos que ustedes tienen buenas intenciones, que estos tipos que andan por aquí no están siendo engatusados, y que ustedes están echando los bofes porque suponen que vamos derecho al suicidio.

—Ajá —asintió Barnes sombríamente—. ¿Hay acaso alguna duda? ¿Cree usted honestamente que el holocausto puede ser impedido?

—Sí, yo creo que puede ser detenido. Pero ustedes se portan como si no tuvieran el menor deseo de hacerlo. Se quedan cómodamente sentados, dejándonos ir a la hecatombe, comiéndose el jamón antes de matar el chanchito.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Somos investigadores, no políticos. Además, hemos tratado repetidas veces da difundir la advertencia, y nadie tuvo éxito jamás en transmitirla.

Clocker soltó la chaqueta de Barnes.

—Lléveme a ver al presidente, apoderado o el que sea que manda en este club. Quizás podamos sacar algo en limpio.

—Tenemos una junta directiva —dijo Barnes dudosamente—. Pero no se me ocurre cómo...

—No se rompa el coco pensando. Usted lléveme allí, y déjeme hablar a mí. Barnes se encogió resignadamente de hombros. Condujo a Clocker al edificio de la Administración, llevándolo a una gran habitación de paredes artesonadas, con una mesa larga y sólida y pesadas sillas talladas. Los hombres sentados alrededor de la

mesa parecían tan sólidos y respetables como los muebles. Clocker supuso que habían sido escogidos deliberadamente, junto con el decorado, para inspirar confianza con el cliente. Había estado muchas veces en elegantes salas de recibio y conocía el estilo.

EL señor Calhoun, el personaje de la barba blanca, era el presidente del directorio. Miró ceñudamente a Clocker y dijo:

—Me temía que hubiese dificultades. Yo voté en contra de su admisión. Mis colegas, sin embargo, pensaron que usted, como nuestro primer colaborador voluntario, podía indicar nuevos métodos, pero sospecho que mi juicio se ha visto confirmado.

—Sin embargo, si este joven sabe cómo puede ser impedida la extinción... —empezó a decir el Dr. Harding, el que había dado la conferencia de orientación.

—No puede saberlo —dijo un hombre con voluminosa papada y con una enfática voz de bajo—. La del Hombre es la raza dominante más destructora que hemos encontrado. Despojó su propio planeta, exterminó las especies inferiores que interesaban a su existencia, oprimió, suprimió, brutalizó, pervirtió... Es la crónica más triste del Universo.

—Por lo tanto sus realizaciones —intervino el Dr. Harding—, merecen un mayor reconocimiento.

—Si ustedes suspenden la charla —dijo Clocker—, me gustaría hacer mi apuesta.

—Perdón —dijo el señor Calhoun—. Empiece, por favor, señor Clocker.

Clocker se inclinó hacia adelante: —Yo tengo que aceptar la palabra de ustedes de que no son humanos, pero ustedes no tienen por qué aceptar la mía. Jamás me preocupé por nadie excepto por Zelda y mí mismo: eso revela que soy humano. Todo lo que quiero es ir a pasando y no las

timar a nadie si puedo evitarlo: eso les dice que soy lo que cierta gente llama un hombre común. Algunos de mis mejores amigos son hombres comunes. Y pensándolo bien, todos ellos lo son. Ni ellos ni yo queríamos extinguirnos. Si ocurre tal cosa, no será nuestra la culpa.

Varios de los hombres allí reunidos asintieron en señal de asentimiento.

—Yo no leo mucho, como no sea las páginas de deportes, pero tengo más o menos la idea de lo que se viene —continuó Clocker—, y es una fija que cualquier país puede ser hecho papilla. A todos nosotros nos gustaría detener la guerra de una vez por todas. A los pobres gatos que tenemos que andar a los balazos y quedar despachurrados. Sí, y a muchos de los grandes tipos también les gustaría. Pero no podemos hacerlo solos.

—Ese es precisamente nuestro problema —dijo Calhoun.

—Hablo de nosotros, en la Tierra. La gente tiene miedo, pero simplemente no sabe de seguro que el mundo puede saltar hecho trizas. Entre estos catatónicos y yo podríamos explicarles allá como es el asunto. He notado que traen aquí gente de todo el mundo, y todos andan lo más bien porque tienen un trabajo que hacer y no les queda tiempo para odiarse entre sí. Bueno, podría ser igual en la Tierra. Dejen ustedes que volvamos, y ya verán los resultados.

El señor Calhoun y el Dr. Harding se miraron y echaron una mirada a los demás integrantes de la junta. Nadie parecía dispuesto a contestar.

Por último el señor Calhoun suspiró y se levantó lentamente de su gran sillón.

—Señor Clocker, además de esforzarnos por lograr la armonía internacional, hemos hecho varios experimentos en el sentido que usted sugiere. Liberamos a muchos de nuestros colaboradores humanos para informar lo que nuestra ciencia predice en base a la ley de probabilidades. Un mecanismo psicológico humano nos derrotó por completo.

—¿Ah, sí? —repuso Clocker cautelosamente—. ¿Y qué era?

—Amnesia protectora. Olvidaron completa y absolutamente todo lo que habían aprendido aquí.

CLOCKER se desalentó un poco. —Ya lo sabía. Hablé con algunos de estos catatónicos curados, gente a la que ustedes largaron probablemente porque ya le habían sacado todo lo que necesitaban. No recordaban ni lo más mínimo —volvió a cobrar ánimos, e insistió—: Miren, *tiene* que haber una salida. Quizá si ustedes cargaran con los políticos de todos los países y los amontonaran aquí por un tiempo, esos locos no podrían mandarnos a la guerra.

—Examine por un momento su historia —dijo tristemente el Dr. Harding—, y descubrirá que ya hemos hecho esto experimentalmente. No da resultado. Siempre surgen otros, a menudo más irreflexivos, ignorantes, estúpidos o malignos, dispuestos a tomar sus lugares.

Clocker miró desafiante a cada uno

La clorofila muestra los dientes...

o porque a esta droga se la use en los dentífricos. Recientes experimentos hechos con ratas han demostrado que la absorción sistemática de sales de clorofila produce la muerte prematura de las crías. Si a las que sobreviven se les sigue dando clorofila, aparecen dificultades en la locomoción, debidas a una degeneración de las fibras musculares.

de los miembros de la junta directiva antes de inquirir:

—¿Qué posibilidad habría de que yo recordara?

—Usted es nuestro primer voluntario —dijo un hombrecillo sentado a un extremo de la mesa—. Cualquiera respuesta que le diéramos sería una simple conjetura.

—Muy bien, conjeturen.

—Tenemos una teoría según la cual es posible que su censor psíquico no actúe. Debe usted comprender, desde luego, que no es más que una teoría...

—Eso no es lo único que no comprendo, ¿Qué significa?

—Nuestro control, lamentablemente, es una comprensión para la mente. Al levantarlos se produce una amnesia, que es una defensa psicológica contra las memorias perturbadoras.

—Yo vine aquí por mi voluntad —le recordó Clocker—. No sabía en dónde me iba a meter, pero estaba dispuesto a cualquier cosa.

—Ese es el factor desconocido —dijo el hombrecillo—. Sí, usted se metió voluntariamente y no tenía reparo en nada. ¿Pero se hallaba psicológicamente preparado para esto? No lo sabemos. *Pensamos* que puede no haber comprensión característica...

—¿Quiere decir que yo no tendré amnesia?

—Mejor dicho que usted puede no tenerla. No podemos estar seguros hasta que no haya sido hecha una prueba.

—Entonces —dijo Clocker—, hagamos un trato. Todo lo que yo quiero es que me devuelvan a Zelda: ustedes ya lo saben, de todos modos. Dicen que quieren conservar un recuerdo de nosotros para el caso de que nos hagamos polvo, pero también dicen que no querían que pasara eso. Acepto. Yo tampoco quiero, y hay una posibilidad de que podamos impedirlo juntos.

—Una posibilidad en extremo remoto —señaló el señor Calhoun.

—Quizá, pero por lo menos es una

posibilidad. Ahora bien, si ustedes me dejan salir y yo soy el primer caso que no queda con amnesia, podría contarle a todo el mundo lo que se hace aquí. Estaría en condiciones de guiar a otros tipos, sabios y políticos decentes, para que vinieran aquí a recibir todos los datos mucho mejor de lo que yo puedo hacerlo. Tal vez eso diera a la Tierra una oportunidad de salvarse de la ruina. Y aunque no resultara, siempre es mejor de todos modos que quedarse pegado a la radio esperando los resultados.

EL Dr. Harding empañó sus anteojos con el aliento y los limpió pensativamente. Evidentemente, un amaneramiento adoptado, porque parecía ver a la perfección sin ellos.

—Su proposición no es mala, señor Clocker, pero eso significaría perder su contribución a nuestros archivos.

—Y bien, ¿qué es más importante? —arguyó Clocker—. ¿Preferirían ustedes tener mis informes que permitir que nos salváramos de la destrucción?

—Deseamos ambas cosas por igual —dijo el señor Calhoun—. Pero en tanto que vemos muy pocas perspectivas de éxito para su empresa, consideramos que su conocimiento posee una importancia sociológica. Es, por cierto, una contribución muy conveniente.

Los demás asintieron.

—Pues bien, si fracaso les prometo volver —propuso Clocker con desesperación—. Pueden pescarme en el momento que quieran. Pero si avanzo a la cabeza, tienen que dejar salir a Zelda.

—Una proposición muy razonable —dijo el Dr. Harding—. Pido que se vote.

Hicieron una votación, y lo mejor que Clocker pudo lograr fué una avenencia.

—Levantaremos nuestro control por un tiempo razonable —dijo el señor Calhoun—. Si usted puede despertar

una moderada oposición al suicidio racial —fíjese que digo *moderada*: no pretendemos que detenga por sí solo la marcha trágica— estaremos de acuerdo en revisar por completo nuestro plan de acción. Si por el contrario, como parece más probable...

—Yo vuelvo aquí y sigo contando les todo lo que sé sobre carreras —concluyó Clocker por él—. ¿Cuánto tiempo me van a dar?

El Dr. Harding volvió hacia arriba las palmas de sus manos sobre la mesa.

—No deseamos ser arbitrarios. Esperamos de todo corazón que logre usted su objetivo y le daremos todas las oportunidades posibles en ese sentido. Si usted fracasa, lo sabrá inmediatamente, lo mismo que nosotros.

—Están bastante seguros de que seré borrado, ¿verdad? —preguntó Clocker irritado—. Es como decirle a un jockey que no tiene ni una chance... lo dejan a la cola antes de que llegue al césped. Cualquiera pensaría que unos benefactores como ustedes tendrían que desearme buena suerte.

—¡Pero claro que sí! —exclamó el señor Calhoun—. ¿Acaso no hemos consentido el liberarlo? ¿No demuestra esto nuestra sincera inquietud? Si con la liberación de todos nuestros colaboradores humanos la humanidad pudiese salvarse, lo haríamos en el acto. Pero ya lo hemos aprobado una y otra vez. Y así, para usar su propia terminación profesional, estamos cubriendo nuestras apuestas con la persecución de nuestro registro antropológico, hasta que usted demuestre la posibilidad de otro método... si lo logra.

—Muy bien —aprobó Clocker—. Gracias por la amabilidad.

Los demás miembros del directorio lo siguieron y estrecharon la mano de Clocker, deseándole buena suerte.

Barnes, que quedó último, hizo lo propio y luego agregó:

—Puede usted, si lo desea, ver a su esposa, antes de marcarse.

—¿Si lo deseo? —repitió Clocker—. ¿Para qué demonios se cree usted que vine yo aquí, en primer lugar?

ZELDA fué llamada, y los dos quedaron solos en un agradable saloncillo de lectura. Una suave música se desprendía de las paredes, que brillaban con luz suficiente como para leer. El hermoso rostro de Zelda estaba arrebatado de emoción cuando se sentó junto a Clocker y dejó sus manos entre las de él.

—Me dicen que vas a marcharte, querido —murmuró.

—He hecho un trato, nenita. Si da resultado... será como antes, sólo que mucho mejor.

—¡Cuánto siento que te vayas! No precisamente por mí —agregó al verlo iluminarse—. Todavía te quiero, sí, pero ahora es diferente. Antes te necesitaba a mi lado a cada minuto. Ahora, en cambio, te amo sin desvaríos. Sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Eso no es más que el control que tienen sobre ti. A mí también me pasa lo mismo, sólo que yo sé lo que es, y tú no.

—Pero aquí lo más grandioso es el proyecto. ¡Quedaremos grabados en la historia! Quédate, querido. Me sentiría mucho mejor sabiendo que estás aquí, dando tu contribución, como ellos dicen.

El la besó en los labios. Eran suaves y cálidos, y se adherían a los suyos, tal como los brazos de ella al rodear su cuello. Esto era ya más propio de la Zelda a quien tanto había extrañado.

—A ti te dieron una inyección, querida —le dijo—. Tú estás embaucada. Yo no. Quizá dejar la marca en la historia sea más importante que hacer algo para salvar el pellejo, pero yo no lo creo así. Si puedo hacer algo para eso, no quiero perder tiempo.

—¿Y qué podrías hacer?



—No lo sé todavía —admitió él—. Espero que se me encienda la lamparita cuando salga de aquí.

Ella le acarició la barbilla.

—Amor mío, quiero que tú y yo hagamos algo para que quede en la historia. No te imaginas cuánto lo deseo.

—Eso no es lo que importa realmente, nenita. ¿No te das cuenta? Lo importante es que tú y yo impidamos que nosotros, los humanos, no seamos más que un montón de fichas en la historia. Una vez que consigamos esto, podemos volver aquí y dejar los datos para el fichero, si es que eso significa tanto para ti.

—¡Oh, claro que sí!

El se puso en pie y la atrajo hacia sí, para poder apretarla más estrechamente.

—Tú quieres seguir siendo mi esposa, ¿verdad, nenita?

—Desde luego. Sólo que yo tenía esperanzas de que pudiera ser aquí.

—Bueno, no puede ser. Pero eso es todo lo que quería saber. Lo demás son simplemente detalles.

El la volvió a besar, incluso en la nuca, lo que provocó en Zelda un moderado estremecimiento de placer, y luego fué a la Administración para ser relevado.

EL despertar no fué más complicación de que el abrir los ojos, a excepción de una ligera bruma y un poco de fatiga que desaparecieron rápidamente, y Clocker vió que se encontraba en una habitación blanca, con un médico, una enfermera y un asistente alrededor de su cama.

—Reflejos normales —dijo el médico, y dirigiéndose a Clocker agregó—: Usted nos ve y nos oye. Sabe lo que yo estoy diciendo.

—Seguro —replicó él—. ¿Por qué no?

—Muy bien. ¿Cómo se siente en general?

Clocker pensó un momento. Estaba un poquito sediento, y la idea de un

bistec no le desagradaba del todo, pero por lo demás no sentía dolor ni confusión. Pensó que no había tenido hambre o sed durante largo tiempo, y le hizo recordar que había pasado al otro lado detrás de Zelda.

No había resquicios ni vacíos en su recuerdo. Por lo tanto, no había quedado con amnesia protectora.

—Usted no se imagina cómo es allí —dijo con vehemencia dirigiéndose al médico—. Un lugar enorme, donde la gente de todo el mundo les habla a estos extraterrenos sobre su trabajo o profesión. —Frunció el ceño antes de agregar—: En este momento recuerdo precisamente algo divertido. ¡Qué raro que no lo haya notado entonces! Todos hablan allí el mismo idioma. Quizá eso sea porque no hay más que un lenguaje para el pensamiento —Dejó de lado el problema con un gesto—. Los tipos que dirigen el negocio toman nota de todo eso para un fichero que le servirá a cualquiera que dentro de una tonelada de años quiera saber algo de nosotros. Eso es porque nosotros, los humanos, estamos a punto de cerrar el boliche y mandarnos mudar.

El médico se inclinó hacia él y lo observó atentamente.

—¿Usted cree en eso ahora... o solamente estaba... , perturbado? ¿Usted lo cree?

El impulso de Clocker de soltar la historia de golpe fué cortado bruscamente. El médico lo estaba mirando con expresión demasiado inquisitiva. Aún no tenía su relato ordenado. Necesitaba tiempo para pensar, y eso significaba que debía salir del sanatorio y considerar el asunto detenidamente.

—¿Es un chiste? —inquirió, empleando el mismo gesto irónico con que recibía a los quejosos cuando sus pronósticos turfísticos fallaban.

Médico, enfermera y asistente, respiraron aliviados.

DEBERÍA escribir un libro —prosiguió Clocker, haciéndose el gracioso—. ¿Qué ideas descacharrantes se me ocurrieron? ¿Cómo me portaba?

—No del todo mal —repuso el asistente—. Cuando lo encontré parlotearo en la habitación de su esposa, pensé que me estaba contagiando y que lo mejor sería que fuese buscando otro empleo. Pero aquí el Doc me dijo que era demasiado estable para pescarme cualquier psicosis.

—¿Le di mucho trabajo?

—Nada de eso. Todo lo que hizo fué hablar y hablar contando cómo se hace para pronosticar en las carreras. Conseguí hacerme de una cuantas fijjas, por cierto. ¡Demonios, usted repitió los datos lo suficiente como para que cualquiera se los aprendiera de memoria!

—Me alegro de que alguien pudiera sacarles provecho —dijo Clocker. Y volviéndose al médico le preguntó—: ¿Cuándo puedo salir de aquí?

—Tendremos que hacerle primero unas cuantas pruebas.

—¡Adelante con ellas, pues! —exclamó confiadamente.

Eran exámenes muy hábiles, destinados a que al menor descuido revelara si creía aún en sus espejismos... Pero una vez que se dió cuenta, bromó cuidadosamente sobre ellos.

—¿Y bien? —preguntó cuando hubieron concluido.

—Está usted perfectamente —dijo el médico—. Trate simplemente de no preocuparse por su esposa, evite exceso de trabajo, descanse todo lo posible...

Antes de marcharse, Clocker fué a ver a Zelda. Evidentemente, había logrado ya hacer un registro satisfactorio del paso a ritmo, pues ahora estaba marcando otro que debía haber conocido de memoria cuando tenía diez años.

Besó su boca indiferente, sabiendo que estaba muy lejana en el espacio

y no podía verlo, sentirlo u oírlo. Pero eso no tenía importancia. El, en cambio, sentía su propio deseo, honesto y sincero, no refrenado por el rígido control de emociones de los extraterrenos.

—Ya te sacaré de allí, nenita —dijo—. Y lo que hablamos de ese gran departamento en Riverside Drive aún sigue en firme. Pasaremos un rato juntos que será de por sí un mojón en la historia. Ya te veré más tarde... después de que haya hecho el trabajito principal.

Siguió oyendo el ritmo de su zapateo mientras iba por el corredor, al salir del hospital y durante todo el camino de vuelta a la ciudad.

LA cuenta bancaria de Clocker estaba a punto de cerrarse, la circulación de su página de datos concluía. Pero eso no le preocupó en lo más mínimo. Había problemas mayores.

Se puso a estudiar los periódicos antes de darse tiempo siquiera para pensar. Las noticias eran tan malas como de costumbre. Podía sentir el calor de la fisura, cerrar los ojos y ver todas las ciudades y granjas del mundo estallar en una nube eguecedora. Por lo que a él se refería, Barnes, Harding y todo el resto no estaban trabajando lo suficientemente rápido: podía ver la destrucción total avanzando a toda carrera con media pista de ventaja sobre la finalización del fichero.

Lo primero que debía haber hecho era recuperar la circulación de su diario. Mas lo primero que en realidad hizo fué escribir la historia de su experiencia tal como había ocurrido y enviarla a una revista.

Cuando volvió a trabajar en su publicación, fué para limitar los datos de carrera a unas pocas columnas y llenar el resto con advertencias.

—¿Esto es lo que usted quiere? —le preguntó el tipógrafo, mirando los ori-

ginales que Clocker le había llevado—. ¿Está seguro de que es esto?

—No hay duda que estoy seguro. Compóngalo tal como está, y saque la edición lo más temprano posible. Voy a duplicar el tiraje solicitado.

—¿A duplicar?

—Ya me oyó.

Cuando la edición salió a la calle, Clocker aguardó en las proximidades de los principales puestos de periódicos de Broadway. Observó a los clientes comprar el periódico, estudiarlo con expresión incrédula, y alejarse tambaleantes con una cara como si todos los hipódromos del país se hubiesen incendiado simultáneamente.

El Doc Hawkins lo encontró por allí.

—¡Clocker, muchacho! No tienes idea de lo ansiosos que estábamos por ti. Pero me alegra poder decir que tienes un aspecto magnífico.

—Gracias —repuso Clocker simplemente—. Desearía poder decir lo mismo de usted y el resto del mundo.

El Doc se echó a reír.

—No necesitas preocuparte por nosotros. Ya saldremos de algún modo de este barro.

—Eso se cree usted, ¿no?

—Bueno, si el final está próximo, vamos a esperarlo a La Cint Azul. Creo que aún podremos encontrar allí a los muchachos.

Allí estaban, en efecto, y recibieron a Clocker con alegría a la par que lo invitaban a beber. Diplomáticamente, hicieron las más delicadas referencias

a las chapucerías de Clocker en su periódico de datos.

—Es como una noche de estreno, eso es todo —lo animó Arnold Wilson Wyle—. Muy pronto volverás a la rutina habitual.

—No tengo el menor deseo —insistió Clocker belicosamente—. El pronóstico no es más que una manera de hacer que la gente lea lo que yo quiero decirle realmente.

—Tardar muchos minutos en encontrar caballos —intervino Pozo de Petróleo—. Ver uno que yo querer apostar, pero resto de diario ponerme demasiado preocupado para pensar en apuestas. Indio de acuerdo, aunque... caballo perder. Y pronto tú, feliz otra vez, dar buenas fijas, dejar que otros preocuparse por el mundo.

Ojalito se aferró con más fuerza a la solapa de Clocker.

—Seguro, muchacho. Mientras los burros sigan corriendo, ¿a quién le importa lo que pasa en el resto del mundo?

—Quizá haya sido demasiado suave —dijo Clocker con voz tensa—. No conté todo el asunto, sino apenas una parte. Aquí va el resto.

TODOS permanecieron en silencio mientras él hablaba, aturridos al parecer con el terrible significado de su historia.

—¿Explicaste todo esto a los médicos? —le preguntó el Doc Hawkins.

—¿Se cree que estoy loco? —replicó Clocker—. Me habrían enfardado en el

La nube de la muerte

SEGÚN un informe de la Comisión de Energía Atómica de Estados Unidos, la explosión de la bomba de hidrógeno que tuvo lugar el 1º de marzo de 1954, en el atolón de Bikini, y que causó la muerte de un pescador japonés y graves lesiones a otros seis, se extendió por una zona en forma de cigarro de 350 kms de largo y 64 de ancho. Esta nube estaba formada por partículas de carbonato de calcio, de 25 milésimos de milímetro de diámetro, resultado de la pulverización del coral que formaba el atolón.

chaleco de fuerza y no hubiera tenido la menor posibilidad de decirse lo a alguien.

—No dejes que eso te preocupe —dijo el Doc—. Se supone que algunos vestigios de alucinación pueden persistir por un tiempo, pero ya te librarás de ellos. Tengo mucha fe en tu habilidad para distinguir entre lo real y lo irreal.

—¡Pero todo eso ocurrió! Si ustedes no me creen, ¿en quién puedo confiar? ¿Y tienen que crearme, para que pueda volver a Zelda?

—Desde luego, desde luego —se apresuró a decir el Doc—. Ya lo discutiremos en algún otro momento. Ahora tengo que ponerme sin falta a preparar la columna médica para el diario.

—¿Y qué dices tú, Handy Sam? —demandó Clocker.

Handy Sam, con un pie sobre la mesa y un lápiz entre los dedos del mismo, estaba dibujando con afectada naturalidad en una servilleta de papel.

—A todos nos dan esas ideas, Clocker. Yo solía soñar que tenía brazos, y me despertaba pensando todavía en eso, hasta que no sabía si los tenía o no. Pero como dice el Doc, después uno se da cuenta de lo que es real y ya no te haces más confusión.

—Muy bien —dijo Clocker belicosamente, y volviéndose a Pozo de Petróleo inquirió—: Tú también dices que mi historia es pura charla, ¿verdad?

—No saber si son malos espíritus, buenos espíritus —replicó Pozo de Petróleo—. Espíritus indios, no blancos.

—¡Pero te digo que no son espíritus! Ni siquiera son humanos. Vienen del otro mundo más allá del Universo.

Pozo de Petróleo sacudió la cabeza. —No saber indios espíritus, Clocker. No espíritus, no saber.

—Pero miren, ustedes se dan cuenta en qué lío estamos metidos, ¿verdad? —exhortó Clocker a todo el grupo—. ¿Quieren ustedes decirme que no se dan cuenta de que estamos preparán-

donos paravolar hechos pólvora? ¿No querrían hacer algo para impedirlo?

—Si pudiéramos, muchacho, encantados —dijo el Doc—. Sin embargo, no es mucho lo que un individuo o grupo de individuos puede hacer.

—¿Pero cómo demonios se empieza cualquier cosa? Primero un tipo, después dos... cuando uno se quiere acordar ha juntado una multitud, tiene un partido político, es seguido por un país...

—¿Y los demás países? —preguntó Ojalito—. Digamos que nosotros, aquí en América, nos convencemos de tu historia. ¿Qué hacemos?... ¿Dejar que el resto del mundo venga y nos lleve por delante?

—Los educamos —explicó desesperado Clocker—. Empezamos aquí y lo difundimos por todas partes. No tiene que ser a todo el mundo. El señor Calhoun dijo que yo tenía que convencer solamente a unas pocas personas para que ellos se dieran cuenta de que era posible hacerlo, y entonces tendrían a Zelda de vuelta conmigo.

El Doc se levantó y echó una ojeada alrededor de la mesa.

—Creo que hablo en nombre de todos nosotros, Clocker, si declaro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para ayudarte.

—¿Cómo hablar con otra gente? —preguntó Clocker ansiosamente.

—Bueno, eso ya es un poco...

—Olvídelo, entonces. Váyase a escribir su columnita. Ya los veré, muchachos, un día de éstos... a diez millas de altura y con forma de hongo.

Salió pisando fuerte, y tan irritado que, cosa rara en él, dejó que los otros pagaran su cuenta.

EL experimento de Clocker con el periódico fracasó de tal modo que no compensó siquiera los gastos de la edición. La gente rehusaba comprar. Clocker hizo imprimir tres hojas y contrató hombres-sándwiches para desfilar

por la ciudad. Pronunció violentas arengas en Columbus Circle, donde unos oradores protestantes le quitaron todo el auditorio; en Union Square, donde se le dijo calurosamente que llevara su mensaje a Wall Street; y en Times Square, donde la policía lo hizo circular para que no interrumpiera el tránsito. Obedeció, gritando su mensaje mientras caminaba, hasta que recordó cómo le divertía escuchar a aquellos que gritaban que el Día del Juicio se acercaba. Se preguntó si no serían catatónicos bajo control imperfecto. No tenía importancia: nadie prestaba atención a sus advertencias.

El paso siguiente, lógicamente, fué una andanada de cartas a los jefes de las naciones, a la U. N. y a los editores de periódicos. Sólo unas pocas de ellas fueron publicadas. Las que aparecieron en el periódico del Doc suscitaban comentarios tales como éstos:

“¿Quién se piensa que es este charlatán, para decirnos que todo el mundo va a ser destruido? Quizá sea así, pero en Brooklyn no va a pasar nada!”

“Cuando yo era jovencita, hace unos cincuenta años, tuve una experiencia similar a la del señor Locke. Pero mi explicación es bastante simple. Las personas a quienes vi resultaron ser mis antepasados. Los recientes amigos del señor Clocker resultaron, estoy segura, ser lo mismo. El Mundo de Más Allá lo sabe todo y lo dice todo, y mi Control, con quien estoy en diaria comunicación, me asegura que la humanidad no corre peligro alguno, como no sea por los malos efectos del tabaco y el alcohol, y la falta de respeto de los jóvenes por sus mayores.”

“¡Este tipo está chiflado! Debería volver a Rusia. No es nada más que un loco o un comunista, y para mí todo eso es lo mismo.”

“No nos dice nada nuevo. Todos sabemos quién es el enemigo. ¡La única manera de protegernos es hacer DOS CAÑONES POR CADA UNO!”

Entristecido y derrotado, Clocker se puso a revisar los montones de cartas que le habían llegado. Había corteses pero evasivas respuestas de las embajadas y de la U. N. Y había también un cheque por su artículo de la revista a donde lo enviara. La cantidad era sorprendentemente grande.

Empleó parte de ella en pagar espacios radiales, y el resto para anunciar en diarios y revistas rurales. La gente de la ciudad, pensó, estaba curtida por la fraselología publicitaria, y quizá pudiese conmover a los pobladores menos suspicaces y sofisticados del interior. Las respuestas que recibió, sin embargo, le aconsejaron comprar alguna granja y dejar que las metrópolis fueran destruidas, lo cual, se le aseguró, sería lo mejor que podía ocurrir.

La revista apareció el mismo día que trató de entrar en la U. N. para pronunciar un discurso desde la galería. Fué rodeado sin alharaca por una guardia uniformada, y puesto sin el menor forcejeo de patitas en la calle.

DESANIMADO y cariacontecido, se marchó de vuelta a su hotel. Allí se quedó durante varios días, discando números que elegiría al azar en la guía del teléfono, y recibiendo frías respuestas de oficinas comerciales, de amas de casa y doncellas. Todos estaban muy ocupados, o el jefe no se encontraba presente o aguardaban importantes llamados.

Fué entonces cuando recibió una cordial invitación por carta para ver al editor de la revista que había publicado su artículo.

Regocijado realmente por primera vez desde su salida del sanatorio, Clocker tomó un taxi hasta un soberbio edificio, mostró su invitación a una empleada bonita y amable, y fué conducido a una magnífica oficina donde un hombre sonriente salió de detrás de un amplio escritorio de caoba y le estrechó calurosamente la mano.

—Señor Clocker —dijo el editor—. Mucho me complace poder decirle que hemos tenido una maravillosa respuesta a su relato.

—Artículo —lo corrigió seriamente Clocker.

El editor sonrió.

—¿Produce usted tanto que no puede recordar lo que nos envió? Era sobre...

—Ya lo sé —lo interrumpió Clocker—. Pero no era un cuento. Era un artículo. Realmente...

—Bueno, bueno. Lo primero que debe aprender un escritor es a no tomar sus ideas demasiado en serio. Muy peligroso, especialmente en una obra de ficción como la suya.

—¡Pero todo eso es rigurosamente cierto!

—Desde luego... mientras usted lo estaba escribiendo —el editor empujó hacia él una pila de correspondencia que estaba sobre el escritorio—. He aquí algunos de los comentarios que hemos recibido. Creo que a usted le agrada ver la reacción.

Clocker revisó cuidadosamente las cartas, esperando ansiosamente hallar aunque sólo fuera una nota que demostrara que su mensaje había llegado a alguien. Terminó y alzó la vista, desalentado.

—¿Ve usted? —comentó orgullosamente el editor—. Es todo un hallazgo.

—El nuevo Mark Twain o Jonathan Swift. Un cómico.

—Un satírico —lo corrigió el editor. Se inclinó hacia adelante, apoyándose con los brazos sobre el escritorio—. Una réplica epistolar de semejante volumen indica un talento digno de ser fomentado. Nos gustaría conversar sobre una serie de cuentos...

—Artículos.

—Como usted prefiera llamarlos. Estamos dispuestos a...

—¿Alguna vez ha perdido usted la cabeza? —preguntó Clocker abruptamente.

EL editor se echó hacia atrás, sonriendo con cortés perplejidad.

—Hombre, no...

—Debería hacer la prueba alguna vez —Clocker se levantó y fué hacia la puerta—. Eso es lo que yo quiero, lo que estaba tratando de infundir en mi artículo. Todos deberíamos ir a los sanatorios de enfermos mentales, y empezar a hablar y dejar que estos seres extraterrenos se hagan cargo de nosotros y nos muestren hacia dónde estamos yendo.

—¿Cree usted que eso significaría alguna mejora?

—¿Y por qué no? —preguntó Clocker, abriendo la puerta.

—Pero acerca de esa serie...

—Yo tengo su nombre y dirección. Ya le haré saber si se produce algo. Usted no me llame, que ya lo llamaré yo.

Clocker cerró tras él la puerta, salió del magnífico edificio y llamó a un taxi. Durante todo el largo trayecto, estuvo observando la ciudad que raleaba a medida que se aproximaban a las dispersas comunidades suburbanas, y las extensiones de césped y cuidados bosquecillos.

Descendió en el Sanatorio de Glendale, pagó al chófer y se dirigió a la oficina de recepción. La enfermera le dirigió una sonrisa.

—Nos extrañaba que no viniese a visitar a su esposa —le dijo—. ¿Estuvo afuera?

—Algo así —repuso, con tan poca emoción como la que sentía cuando se hallaba bajo control—. De ahora en adelante la veré mucho más seguido. Quiero que me vuelvan a dar mi antigua habitación.

—¿Pero usted está perfectamente normal?

—Eso depende de cómo lo mire usted. Déjeme solo diez minutos, y cualquier veterinario del coco estará dispuesto a mandarme a una pieza a prueba de ruidos.

Con las manos en los bolsillos, Clocker subió en el ascensor, y se dirigió por el corredor hacia su habitación, sin detenerse siquiera a visitar a Zelda. Era a la Zelda viva a quien deseaba ver, no a la autómata que zapateaba incansablemente.

Entró, y cerró la puerta.

MUY bien, ustedes tenían razón y yo estaba equivocado —dijo Clocker a la junta de directores—. Mándenme de vuelta con Barnes, y yo le daré todo el resto de los datos sobre carreras. Con tal de que me dejen ver a Zelda de vez en cuando, no tendrán conmigo ningún inconveniente.

—Entonces está usted convencido de que ha fracasado —dijo el señor Calhoun.

—No soy ningún tonto. Sé muy bien cuando he perdido, y acostumbro a pagar todo lo que debo.

El señor Calhoun se reclinó en su sillón.

—También nosotros, señor Clocker. Naturalmente, usted no tenía forma de comprobar el efecto que ha causado. Nosotros sí. El resultado es que, debido a su experimento, estamos revisando de muy buena gana nuestra política.

—¿Eh? —Clocker paseó los ojos a su alrededor, mirando a esos confortables extraterrenos en sus confortables sillones. Hasta el último de ellos tenía un aspecto sólido y respetable—. ¿Es una broma?

—Las visitas a los catatónicos han aumentado considerablemente —explicó el Dr. Harding—. Cuando los visitantes están solos con nuestros colaboradores humanos, tratan de seguir las directivas impartidas por usted en su artículo. No todos reaccionan favorablemente, a decir verdad, sino sólo aquellos que sienten un deseo tan intenso de estar junto a sus seres queridos como usted con su esposa.

—Ya hemos aceptado cuatro aspirantes voluntarios —dijo el señor Calhoun.

La boca de Clocker parecía llena de migas de pan, que no querían bajar y dejarlo hablar.

—Y ahora —continuó el Dr. Harding—, estamos estableciendo una Sección de información, para enseñar a los aspirantes lo que usted ha aprendido y hacer el mismo arreglo que con usted. Tenemos la plena seguridad de que, antes de mucho, tendremos que aumentar nuestro personal, a medida que el número de aspirantes voluntarios crezca en progresión geométrica, después de que liberemos a los primeros para que continúen el trabajo que usted ha comenzado tan admirablemente.

—¿Quieren decir que conseguí lo que quería? —gritó Clocker incrédulo.

—Quizás esto se lo demuestre plenamente —dijo el señor Calhoun con una sonrisa.

Hizo un movimiento con la mano, y la puerta se abrió para dar paso a Zelda.

—Hola, querido —dijo la joven—. Me alegro de que hayas vuelto. Te extrañé muchísimo.

—No tanto como yo a ti, nenita. Allí no había nadie que controlara mis sentimientos.

El señor Calhoun puso las manos sobre los hombros de ambos.

—Cuando usted guste, señor Clocker, su esposa y usted son libres para marcharse.

Clocker tomó la mano de Zelda y sostuvo su mirada serenamente cariñosa.

—Les debemos un montón a estos tipos, nenita —le dijo—. Ayudaremos a hacer ese fichero antes de partir de aquí. ¿No es eso lo que tú quieres?

—¡Oh, amor mío, claro que sí! Y luego te quiero a ti.

—Entonces, empecemos en seguida. ¡Cuanto más rápido lo hagamos, tanto más pronto volveremos a casa!



OTROS SATELITES

DE LA TIERRA

por WILLY LEY

EL doctor Clyde Tombaugh, descubridor de Plutón y que vive actualmente en los campos de pruebas de White Sands, y el doctor Lincoln La Paz, director del Instituto Meteorológico de Albuquerque (Nuevo Méjico), están empeñados en la realización de un proyecto que tuvo su origen en Europa, hace más de cincuenta años, pero que, por falta de propaganda y respaldo financiero, no pudo llevarse a cabo. Esta vez, el respaldo lo proporciona el Departamento de Petrechos de Guerra de los Estados Unidos.

En cuanto a las probabilidades de éxito, es indudable que han aumentado con el adelanto de la ciencia y la técnica. Quizá, cuando esto se publique, ya se tengan noticias de algunos resultados.

El proyecto consiste en averiguar si La Tierra tiene más de un satélite.

Como ya he dicho, el problema no es nuevo. Mi profesor decía que su propio profesor solía decir que el suyo consideraba probable que La Tierra tuviera varias lunas pequeñas, y agregaba que inclusive podía tener un anillo muy tenue. Esto lo decía el astrónomo M. Wilhelm Méyer, que, a su vez, afirmaba expresar en cierto modo opiniones de su profesor E. F. W. Klinkerfús. En vista de que Klinkerfús murió en 1884, esta sucesión de opiniones nos ha llevado muy lejos, pero no hasta la época de origen de la idea, que data de casi un siglo.

Podemos decir que el trabajo original de F. Petit, de Boulogne, ha sido olvidado; pero no la idea, pues Julio Verne la expuso en su segundo libro sobre el disparo de un proyectil hacia la luna.

Este libro titulado *Autour de La Lune*, apareció en 1870, cinco años después del primero, *De la Terre a la Lune*. Si lo han leído recordarán que los tres pasajeros del proyectil (Barbicane, Nicholl y Ardan), cuando se reponen del shock producido por el disparo, miran a través de una ventana para ver si realmente están en el espacio, lo cual no tiene razón de ser, pues es imposible no darse cuenta de la sensación de caída libre.

Cuando Barbicane iba a alejarse de la ventana, vió un objeto brillante que se les acercaba. Era un disco inmenso cuyas dimensiones reales no podían apreciar. La cara que estaba dirigida hacia La Tierra era muy brillante. Se podía pensar que era una pequeña luna que reflejaba la luz de

la grande. Se acercaba a gran velocidad y parecía girar en una órbita alrededor de La Tierra; órbita que probablemente se interceptaría con la del proyectil. . . El objeto pasó a unos cientos de metros y desapareció.

Respondiendo a un comentario del sorprendido Ardan, Barbicane se engolfó en una de sus habituales disertaciones.

—Eso es nada más que un meteorito, pero enorme, retenido como satélite por la atracción de La Tierra. Ahora bien, esta segunda luna es tan pequeña, y su velocidad tan grande, que no puede verse desde La Tierra. Un astrónomo francés, Petit, pudo determinar la existencia de esta luna y calcular su órbita. Una revolución completa en torno a La Tierra tarda tres horas y veinte minutos.

—¿Admiten los demás astrónomos la existencia de este satélite? —preguntó Nicholl.

—No —respondió Barbicane—; aunque si hubieran podido verlo como nosotros, no podrían dudar más de su existencia. . . Pero, pensándolo bien, esto nos da un medio para determinar nuestra posición en el espacio. Se sabe a qué distancia está el satélite de La Tierra; por consiguiente, cuando lo encontramos, estábamos a 4.650 millas sobre la superficie de nuestro planeta.

Julio Verne explica que este encuentro es lo que los ha desviado de la Luna, por fortuna para los ocupantes del proyectil.

Desde 1870, este libro ha sido leído por unos cinco millones de personas, entre las que podemos contar unos cien astrónomos profesionales; pero hubo que llegar hasta 1952 para que se le ocurriera a alguien verificar la corrección de las cifras dadas por Julio Verne.

Ese alguien fué el doctor Robert S. Richardson, del Observatorio de Monte Wilson. Lo que quiso compro-

bar fué si realmente el campo gravitatorio de ese segundo satélite podía ser bastante fuerte para desviar de su trayectoria el proyectil. Resultó que era imposible.

Buscando datos con respecto al tamaño, encontró discrepancias (véase: Bull. Pacific Rocket Soc.; Vol. 5, N° 10; Oct., 1952). O bien el período es de 3 horas y 20 minutos a una distancia de 3.114 millas, o para una distancia de 4.650 millas el período sería de 4 horas y 30,7 minutos.

Esto vale para órbitas circulares como las que describe Julio Verne; pero, si Petit se refería a órbitas elípticas, pueden ser exactas las cifras del período y la altura. El cuerpo celeste puede tener un período de 3 horas y 20 minutos y alcanzar una distancia de 4.650 millas en un punto de su órbita. Nada se ha dicho sobre el tamaño del satélite; pero se tiene la idea de que debe de ser muy pequeño, con un diámetro de una milla aproximadamente.

PODEMOS estar seguros de que un satélite de La Tierra como el que describió Petit y popularizó Julio Verne, no puede existir.

Si existiera tardaría una hora y 21 minutos en cruzar el cielo de horizonte a horizonte, saliendo por el oeste y poniéndose por el este. Menos de la mitad de dicho tiempo quedaría invisible el satélite dentro de la sombra de La Tierra; pues, al levantarse, tardaría 23 minutos en penetrar en la sombra, y saldría de ella otros 23 minutos antes de desaparecer por el horizonte.

Aunque la superficie fuera completamente oscura como la de la Luna (comparable a la lava o la pizarra oscura), el satélite reflejaría la suficiente cantidad de luz solar como para parecer una estrella muy brillante, y a un observador cuidadoso no podría pasarle inadvertido.

Si La Tierra tuviera un segundo sa-

télite como el descrito, se hubiese conocido desde la época de Babilonia. Este aserto seguiría siendo válido aun si la distancia fuera veinte veces mayor que la postulada. Un satélite de una milla de diámetro sería visible a simple vista, a una distancia de 100.000 millas. Se vería como una estrella de luz débil, pero se notaría de inmediato que dicha estrella no ocuparía la misma posición respecto de las estrellas fijas, en el término de una hora. Disminuyendo su tamaño a un vigésimo de milla, todavía sería visible a simple vista desde una distancia de 1.000 millas. Ya no sería una estrella destacada por su brillo, pero se delataría por la rapidez de su movimiento. Si este satélite de un vigésimo de milla de diámetro cumpliera su revolución a unas 10.000 millas, no habría sido visto antes de la invención del telescopio; pero con toda seguridad se hubiese descubierto en el transcurso de los últimos cien años, porque sería posible verlo con cualquier buen telescopio.

Todas estas consideraciones nos llevan a aseverar que para que exista un segundo satélite de La Tierra, que haya pasado inadvertido hasta ahora, tiene que ser de un tamaño muy pequeño. Su diámetro debería ser menor de cien pies. Entonces no podría verse sin telescopio; y aun con éste, se vería como una mancha muy pequeña.

Hay que tener presente que el observador busca generalmente una cosa determinada y presta poca atención a otras. Además, en las observaciones telescópicas el campo es muy reducido, y puede ocurrir "fuera del telescopio" algún fenómeno espectacular que no se registre hasta que por su magnitud resulte visible. Esto se refiere a la observación telescópica directa.

El uso muy popularizado de la fotografía en astronomía tiene otras limi-

éx
co
té
qu
re

L

es
p
ci
ti
g
r
a

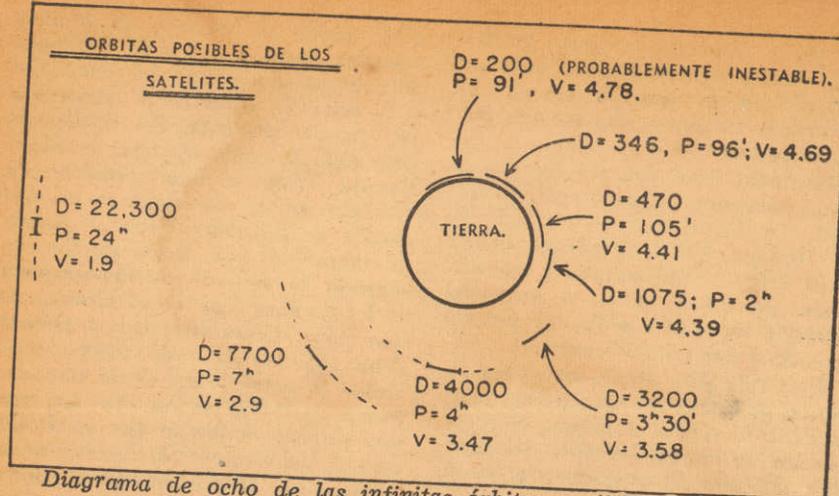


Diagrama de ocho de las infinitas órbitas posibles de satélites cercanos a la Tierra. En cada caso, D es la distancia a la superficie terrestre en millas; P el período en minutos (') u horas (h); V la velocidad orbital en millas por segundo. La longitud del arco de órbita que aparece en el gráfico, representa el desplazamiento de diez minutos.

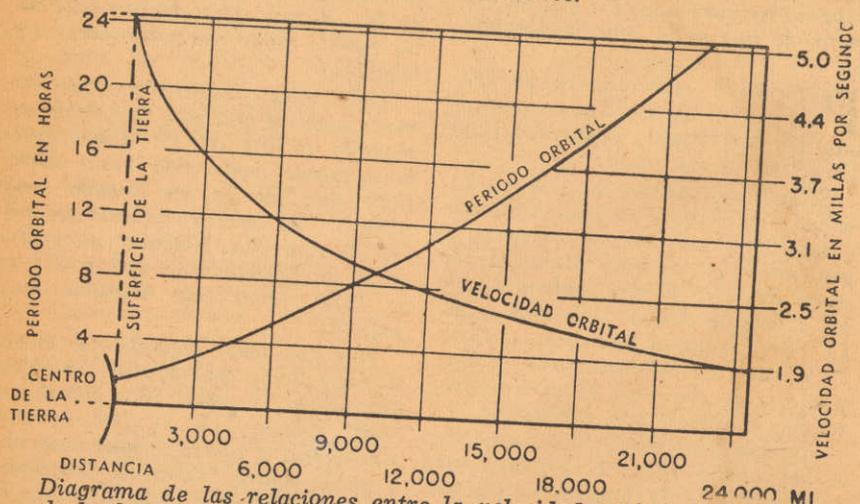


Diagrama de las relaciones entre la velocidad orbital (columna de la derecha), el período orbital (columna de la izquierda) y la distancia a la superficie de la Tierra (línea inferior). No es probable que haya satélites de tamaño apreciable que giren en torno a la Tierra a distancias mayores de 25.000 millas, pues ya habrían sido observados. (Adaptación de un diagrama de Arthur C. Clarke).

taciones en cuanto al registro de satélites. Si son pequeños y están muy cercanos a La Tierra, de manera que se muevan rápidamente, aunque se detecten pueden confundirse con otros cuerpos celestes.

CUALQUIER telescopio de tamaño común, provisto o no de cámara fotográfica, se mueve mediante un mecanismo de relojería, para seguir el curso de las estrellas o, más precisamente, para compensar la rotación de la Tierra. Esto significa que el mecanismo actúa compensando los movimientos aparentes de los objetos que salen por el este y se ponen por el oeste.

Pero un satélite próximo, cruzaría el cielo en sentido contrario. El movimiento de dicho satélite parecería todavía más rápido porque el telescopio se mueve en sentido opuesto. Ocurriría lo siguiente: si el satélite fuera fotografiado accidentalmente, se vería un trazo de margen a margen de la placa, que es el efecto que produce cualquier meteorito brillante.

Cuando en una placa aparece la trayectoria de un meteorito se le presta poca atención por dos razones: la primera es que la placa ha sido puesta con otro interés, y la segunda, que la fotografía de una trayectoria tal, a menos que se haya tomado con una cámara especial o con dos cámaras, tiene, por cierto, muy escasa significación.

En resumen, la hipotética trayectoria del satélite sería confundida con la de un meteorito. Aun si alguien sospecha-

ra la existencia de un satélite, le sería muy difícil demostrarla.

El método que utilizarán los doctores La Paz y Tómbaugh no se conoce, pero el fundamento es bastante claro. Aunque el susodicho pequeño satélite tuviera una órbita relacionada en alguna forma con la eclíptica (órbita de la Tierra alrededor del Sol), lo más probable es que dicha órbita estuviera muy cerca de la eclíptica. Esto reduciría el campo de observación a una franja o zona delimitada.

Además, como hemos visto, tales satélites deben estar a una distancia corta, probablemente menor de 10.000 millas, lo cual determina aproximadamente la velocidad de su movimiento.

Ahora bien, si la cámara telescópica enfocada en dirección de la eclíptica, estuviera guiada por un mecanismo de relojería que se moviera en sentido opuesto al habitual, las placas se verían repletas de trayectorias de estrellas, que se identificarían fácilmente por ser todas iguales de largas. Pero si una de estas trayectorias fuera mucho más corta, indicaría un objeto que se desliza de oeste a este. La velocidad del movimiento aparente se calcularía simplemente comparando la longitud del trazo de dicho objeto con la longitud del trazo de una estrella. Y una vez que se haya registrado tal objeto, no se abandonará la observación.

Como los desconocidos satélites de la Tierra son probablemente pequeños, no ofrecerán ninguna utilidad; pero resultará interesante saber que existen y dónde están.

A.C.T.H.

EL A.C.T.H., hormona utilizada en la producción de cortisona, requiere para su purificación la fantástica cantidad de 4.130.000 procesos diferentes. Se ha debido inventar un aparato automático para llevar a cabo estos procesos, porque hacerlos a mano requie-



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

¿HACIA DONDE ME LLEVARAN?

Señor director:

Esto es una crónica de algo que ya ha ocurrido y que por consiguiente no podrá evitarse. Ellos, así hay que llamarlos pues no se sabe a ciencia cierta de dónde vienen, aparecieron un día a través de las páginas de una revista con unas palabras de presentación y con un plan trazado, enarbolando como emblema las infinitas distancias del espacio.

No dijeron más acerca de sus orígenes; simplemente comenzaron un trabajo, creando lo que nadie hasta entonces había creado: un nuevo concepto de la vida universal. Esto los ha descubierto. Han venido de muy lejos, con una sola intención: la de relacionarse con seres humanos. Desafiaron el tiempo y las creencias y echaron sólidas raíces con ese solo fin, aunque... ¿quién sabe cuándo cortarán esas mismas raíces que los atan al parecer fuertemente?

Ellos necesitaban hombres: seres humanos seleccionados para llevarlos a su lejano mundo y experimentar con ellos. No necesitaban hombres de ciencia, ni técnicos, ni mecánicos, ni especialistas, pues su ciencia, su técnica, su mecánica y sus especializaciones eran infinitamente superiores a las nuestras. ¿Qué necesitaban entonces?

Simplemente seres humanos con imaginación; mentes libres capaces de imaginar lo desconocido; mentes que pudieran espaciar en cualquier tiempo, sin miedo y sin lastres terrenales. Y la única manera de dar con esas mentes era la de dar publicidad a unos temas extraños —que Ellos mismos creaban— en modo que atrajeran la atención, y por ende la correspondencia de esas mismas mentes emancipadas que Ellos necesitaban.

Ahora han logrado su propósito y nadie sabe si mañana mismo no cortarán sus raíces, llevándose consigo esas mentes soñadoras que durante tanto tiempo han buscado.

Yo soy unos de los elegidos, pues al escribir esto acabo de venderme. Ahora saben dónde vivo y cómo llegar a mí. ¿Hacia dónde me llevarán? ¿Qué cosas que no conozco deberé conocer? ¿Quién podrá

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriban a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 284, Bs. As.

impedir que la explosión de cohetes de su nave espacial me lleve hacia donde Ellos pretenden?

Este es el peligro. Nadie lo sabe y nadie podrá impedirlo, pues lo único que Ellos han realizado en apariencia, hasta ahora, ha sido el simple hecho de publicar una revista: Esa revista, y de llamarla MÁS ALLÁ.

NICOLÁS SPADEA (Córdoba.)

*** A través de MÁS ALLÁ, ELLOS informan que, en vista de que sus planes han sido descubiertos y de que no se encuentran tan mal en la Tierra, la fecha de partida ha sido aplazada indefinidamente. Sin embargo, en caso de ponerse en práctica el proyecto primitivo, los suscriptores de MÁS ALLÁ tendrán derecho a considerables descuentos sobre las tarifas de viajes interplanetarios. ELLOS aseguran también que la participación en los viajes será completamente voluntaria...

NOVELAS LARGAS

Señor Director:

1) El dividir una novela en dos o más números me parece impropio de una revista de esa jerarquía.

2) Las novelas largas — salvo raras excepciones — brindan más oportunidad al escritor de desarrollar un tema interesante.

Estas dos situaciones, aparentemente difíciles de coordinar, podrían hallar solución editando mensualmente un suplemento con una sola novela larga...

*** ¿Por qué deberíamos dejar de publicar en MÁS ALLÁ temas interesantes y bien desarrollados?

“GUIJARRO EN EL CIELO”

Señor director:

Estoy plenamente de acuerdo con la clasificación en primer lugar que a merecido “Gujarro en el cielo” de Asimov. Más que la F. C. me ha convencido el problema psicológico que en esa novela se plantea. Se pretende muchas veces que nuestra época de progreso técnico no profundiza, no da lugar a ello en las cosas del espíritu. Puedo asegurarle que he visto muchas veces desmentido tal aserto, ya que hasta en estos “cuentos de hadas para mayores” he podido encontrar plenamente satisfecha mi afición de psicólogo. Para nosotros, los chilenos, la revista nos sale cara, pero... ¡ojalá llegue pronto el próximo número!

OSVALDO SALGADO (Santiago de Chile.)

Señor director:

La primera parte del cuento prometía ser interesante. Luego se convierte en una vulgar novelita de Dolly transplantada al futuro. Los últimos diálogos son francamente ridículos.

DINAH DE VALLE (Capital.)

EN AYUNAS

Señor director:

Todos tenemos defectos (yo más que todos), por desgracia también las revistas, por más buenas que sean. Y MAS ALLA N° 24 tiene "17 monedas de 20". Y ahora entraremos a matar a la persona más importante: el Director. ¿Se puede saber por qué cae en el tremendo absurdo de cortar el final de los cuentos para ponerles un final inesperado? ¡No crea que ganará más lectores dejándolos en ayunas! La F. C. avanza paralela con el absurdo, pero ¡cuidado con los pasos en falso! Para no caer en ellos se debe tener una sutileza de la que por desgracia usted carece, señor director.

Sólo una de sus virtudes alcanza para tapar todos sus defectos: los Editoriales. ¡Qué profunda enseñanza dejan! Son comparables, algunos, con ensayos de filósofos famosos. Sólo los Editoriales valen los seis pesitos.

Nota: si publican esta carta les juro por el primer hombre que pise Marte que me suscribo a la revista por tres años.

S. M. (Capital)

**** Normalmente, las cartas sin firma completa no se publican. Hay una excepción por el anónimo S. M., para decirle que los finales, esperados o no, son escritos por los autores y nadie los corta, que su carta tiene un final inesperado y que espero su cheque.*

COMPENDIO ANTISUSTO

Señor director:

El editorial de cada número sobrepasa en calidad y contenido a los anteriores. Es un magnífico compendio del principal fin de la F. C.: hacernos capaces de manejar y dominar ideas y situaciones nuevas que a veces llegan a asustarnos, para tratarlas correctamente cuando nos enfrentamos con ellas.

OMAR GONZÁLES (La Plata)

ALCANCES DE MAS ALLA (Cont.)

Señor director:

En el N° 27 de MAS ALLA, publica una carta mía cuidadosamente podada: en ella aparezco como negando todo valor a todos los cuentos y novelas publicados por MAS ALLA, cuando en realidad, atacaba la mediocridad general de los mismos, reconociendo, sin embargo, que unos pocos eran muy buenos.

ANDRÉS KERKHOVE (Capital)

Señor director:

Al leer el P. D. del "masallero" Andrés Kerkhove (MAS ALLA N° 27) estuve por creer que entre el cerebro del mencionado señor y el mío había un principio de telepatía. Ratifico todo lo que él afirma... No es que querramos F. C. sin F. C.; es que nosotros que vivimos en el siglo XX envidiamos a las generaciones venideras porque ellas serán testigos de la conquista espacial que nosotros sólo intuimos. Por eso buscamos este escapismo moderno...

OSCAR FERÁN (Carlos Casares)

Señor director:

Estoy contrariada (y no quisiera que se me tachara de crítica), con el señor A. Kerkhove en ciertas cosas que dice de MAS ALLA, pero concuerdo con él en su manera de pensar sobre la clase de cuentos que pide. ¡Ah! Me gusta muchísimo esta revista aunque algunas cosas no las entiendo, pues sé muy poco de física. Hago votos para que siga su trayectoria cada vez con más cuentos y notas interesantes. ¡Palabra de pianista!

ESMERALDA CAPOANO (Lanús Este)

Señor director:

Hago llegar a ustedes, mi sincero elogio y mi incondicional apoyo por su revista, que puedo asegurar es de las mejores del momento: moderna, ágil y entretenida. Tiene un ritmo indiscutiblemente americano, digno de admirar, pues aceptan y publican las críticas más desfavorables al mismo tiempo que las elogiosas, respondiendo a ellas con el criterio amplio y acertado que deberían tener muchas otras grandes organizaciones.

Me parecen muy equilibrados los términos con que contestan en la "Sección Científica". En mi sincera opinión, les aconsejo que mantengan este inteligente y altruista criterio, y les puedo asegurar con todo mi corazón de mujer (que ve siempre "más allá") que su revista se convertirá en avanzada del mundo del futuro; en el nudo gordiano en el que se fundirá la vieja savia de los hipócritas prejuicios y malignos vicios de nuestras civilizaciones y el falso modernismo; y del mismo nacerá la generación nueva, pura y superior, inteligente y consciente, hacia sus verdaderos destinos.

NORMA PALMA (Capital)

**** ¡Muchas gracias, Norma! Pero no estoy de acuerdo con lo de "indiscutiblemente americano". Creer que solamente los yanquis aceptan y publican críticas es un prejuicio como el de imaginar a todos los italianos cantando "O sole mio", a todos los alemanes militaristas, a todos los judíos avaros, a todos los suecos haciendo gimnasia.*

PEDAGOGIA DEL ROBOT

Señor director:

"Un buen comienzo en la vida".

Me ha gustado mucho (MAS ALLA N° 28), pero tiene un gran defecto que seguramente el autor no notó. Se refiere al método educativo que utiliza la robot para enseñar a los niños. Ese método se ha declarado inútil en nuestros días. En todas nuestras escuelas se usa el método natural. Me parece que en métodos educativos MAS ALLA va al pasado y no al futuro.

MARTA A. BERÁN (Mendoza)

Señor director:

La humanidad y belleza de este cuento nos hará pensar dos veces antes de emprender un viaje estelar.

OMAR GONZÁLES FERRO (La Plata)

respuestas de la sección científica

ESP

He leído dos veces el cuento "Estrella, la Brillante" (MAS ALLA, N° 6), y no he podido comprender el significado de las palabras EPar, ESpArlo, ESpArlo. ¿Podrían explicármelo ustedes?

C. ARBIZU, (Buenos Aires).

Se trata de un verbo inventado con las iniciales de las palabras inglesas Extra Sensory Perception, es decir, percepción extrasensorial, que comprende fenómenos de telepatía, clarividencia y preconocimiento. EPar significaría, entonces, realizar cualquiera de esos tres fenómenos —en caso de que fuera posible— según el caso. Queda librado a usted aplicarlo a las distintas incidencias del cuento en cuestión.

MUECAS INTERPLANETARIAS

¿Por qué se cree que, en un posible viaje al espacio, los rostros de los tripulantes de la espacionave se deformarían en forma alargada?

OSCAR PALAVECINO (General Villegas, F. C. N. D. F. S.)

La forma de un objeto (en particular, de un rostro) no es concepto absoluto, sino que depende del sistema de referencia. Para los pasajeros de la nave, los rostros aparecían normales; para los observadores que se quedan en la Tierra, todo ocurriría como si los cuerpos se contrajeran en el sentido del movimiento. Pero esto ocurriría solamente si la velocidad de la espacionave se aproximara a la luz. Esto es una consecuencia de la teoría de la relatividad, en particular de la "contracción de las reglas de medición" de longitudes.

PARTICULAS

En el N° 20 de MÁS ALLÁ, pág. 14, se dice que la partícula más pequeña

es el neutrón. Según los experimentos de J. J. Thomson, el electrón tiene una masa de $9,11 \times 10^{-28}$ g, y sería 1.840 veces menor que la del neutrón. Sería, pues, más pequeña que el electrón. ¿Es correcto esto?

ARNOLDO CORTÉS (Capital).

No se conoce con certeza cuál es el tamaño de las partículas tales como el electrón, el neutrón, el protón, etc. Para el electrón se ha calculado un "radio clásico del orden de $2,8 \times 10^{-13}$ centímetros, y que vendría dado por la expresión e^2/mc^2 . Aplicando esta fórmula al protón, resultaría que éste tendría que ser muchísimo más pequeño que el electrón. Para el neutrón, la fórmula no se aplicaría, ya que carece de carga. Se cree, sin embargo, que esa fórmula no representa el radio de las partículas, más bien una distancia a partir de la cual comienzan a actuar las llamadas fuerzas nucleares. Como el protón y el neutrón se encuentran dentro del núcleo, y éste tiene dimensiones del orden de 10^{-13} cm., se piensa que sus propias dimensiones tienen que ser mucho menores; para el electrón, en cambio, se cree que la llamada "longitud de onda de Compton" (h/mc), que es del orden de 10^{-11} cm., tiene algo que ver con sus dimensiones. En realidad, todo esto está vinculado con el problema de la "estructura de las partículas elementales", del cual se conoce bastante poco con certeza, aun cuando haya muchas teorías e hipótesis al respecto. Una de las tendencias era considerar que las partículas "elementales" carecían de dimensiones, o dicho de otro modo, que eran "puntuales". Actualmente se tiende a reaccionar contra tal modo de pensar, y se empieza a creer que el electrón, por ejemplo, debe tener estructura, y posiblemente bastante complicada.

HIDRAZINA

¿Qué es la hidrazina, y por qué es el mejor combustible para cohetes?

G. E. SCHELOTTO (Bartow, F. C. N. G. R.)

La hidrazina es un compuesto químico, de fórmula H_2N-NH_2 ; es un combustible de alta velocidad de eyección de los gases. El ácido nítrico puede usarse como oxidante. No puede decirse que sea el mejor combustible la hidrazina; pero, sí, es uno de los más convenientes. Además, puede mantenerse fácilmente al estado líquido, sin que moleste su evaporación, y sin ocupar demasiado volumen.

LA V-2

¿Cuál fué la altura y velocidad que desarrolló la bomba V-2? ¿Quién fué su inventor, en qué fecha se lanzó y en qué ciudad?

ROSENDO STICKAR (Capital).

La V-2 (Vergeltung-2) comenzó a lanzarse el 14 de septiembre de 1944, desde bases situadas en los alrededores de La Haya, Holanda (desde pequeñas islas del mar Báltico); se fabricaba en las usinas subterráneas de Nordhausen. A 50 m. de su lanzamiento, alcanzaba una velocidad de 100 km./s.; y a pocos centenares de metros de la tierra, un piloto automático inclinaba su dirección en 45° , y llegaba a alcanzar una velocidad de 1,7 km./seg., o sea, unos 6.000 km./h. Werner von Braun fué uno de sus diseñadores.

LA MAQUINA DEL TIEMPO

En el artículo "La máquina del tiempo" (MÁS ALLÁ, N° 20), se dice que el tiempo, para la ciencia moderna, depende del movimiento del reloj que lo mide, y que no transcurre igualmente en la tierra que a bordo de la astronave que surca el espacio. ¿Por qué? El observador terrestre vería a los viajeros moverse

con desesperante lentitud. ¿No se debe eso al rapidísimo avance de la nave, que hace que, al reflejarse cada rayo de luz, venga desde un punto cada vez más lejano? Ese argumento no valdría entonces respecto al tiempo transcurrido (que sería el mismo), sino a la apreciación del observador.

R. GUEVARA (Capital).

La afirmación se basa en consecuencias de la teoría especial de la relatividad, según la cual, ocurre una "dilatación del tiempo", es decir, el tiempo medido por relojes móviles, respecto de dos eventos, es siempre menor que el medido por un reloj en reposo, respecto de los eventos. Dicho más precisamente, se trata de saber cuánto valdrá un intervalo $\Delta t'$ (medido por un reloj en un sistema móvil —la espacionave— entre dos eventos que ocurren en el mismo punto de la espacionave), cuando se lo mide ($\Delta t'$ con relojes situados en la Tierra. Resulta calculando $\Delta t' = \Delta t \sqrt{1-\beta^2}$, donde β es igual a v/c , siendo v la velocidad de la nave respecto de la Tierra, y c la velocidad de la luz. Por lo tanto $\Delta t'$ es menor que Δt . Un intervalo entre dos eventos que tiene la duración $\Delta t'$ cuando se mide con un dado reloj en reposo respecto de los eventos, tiene mayor duración cuando se mide con relojes respecto de los cuales el primer reloj está en movimiento.

RELACION DE LORENTZ

La relación de Lorentz, ¿es relativa o no? ¿Se refiere a velocidades menores que la luz?

R. GUEVARA (Capital).

Las relaciones de transformación de Lorentz son relativistas; más aún: debidamente interpretadas (admitiendo el postulado de la constancia de la velocidad de la luz, o mejor dicho, de su invariabilidad para todos los sistemas de referencia "galileanos"), cons-

tituyen la esencia de la teoría *especial* de la relatividad. Se refieren a velocidades *menores* que la de la luz. Cuando *v* se hace igual a *c*, aparecen, en efecto, situaciones como las que usted menciona: imaginarios, infinitos, etc.

PARTICULAS ATOMICAS

Desearía saber cuáles son las partículas atómicas que se conocen hasta la fecha, y cuáles son sus principales características.

ANDRÉS O. PÉREZ TASNARA (Capital).

Por de pronto, se conocen los siguientes átomos: los electrones, cargados negativamente, los protones, cargados positivamente y cuya masa es unas 1.840 veces mayor que la del electrón; y los neutrones que son neutros y de masa casi igual a la del protón (un poquito mayor). En la escala de pesos atómicos, es decir, adoptando como peso atómico del oxígeno 16,0000; el peso atómico del protón es 1,0078. Otras partículas conocidas son: el electrón positivo, igual que el electrón negativo, pero cargado positivamente; el fotón, o cuanto de luz, de masa cero, y que en ciertos fenómenos se manifiestan como si fueran ondas luminosas. Vienen después los mesones, de los cuales se conocen actualmente varios tipos: mesones μ y π (positivos negativos y neutros), partículas ν , mesones tau, mesones kappa, y varios otros tipos que todavía no están bien determinados. Se cree que por lo menos algunos de estos mesones tienen algo que ver con las fuerzas nucleares.

VELOCIDAD SUPEROPTICA

La revista *Sophia* ha publicado un artículo que considero importantísimo, en el que informa de un experimento realizado por el sabio americano Harold Peake, del laboratorio de investigaciones científicas de la Marina, quien habría provocado en un

tubo de rayos catódicos el desplazamiento de una mancha luminosa a una velocidad de 322.000 km./seg., o sea, 22.000 km./seg. más que la velocidad de la luz.

EMILIO E. PADILLA (Orán, Salta).

En las revistas científicas no ha aparecido la descripción del experimento que usted menciona, lo cual hace pensar que se trata de uno de los tantos casos de anuncios *sensacionales* que suelen ocurrir de cuando en cuando. Por lo demás, y a juzgar por las referencias que da el articulista, de que se habría medido la velocidad de una "mancha luminosa" en un oscilógrafo de rayos catódicos, se puede tener la certeza de que ese experimento nunca permitiría medir la velocidad de ningún agente material. No entendemos cómo se haya podido ver que la mancha se forma delante de los electrones ni cómo se pueda haber medido su velocidad en el oscilógrafo. Estamos seguros de que se trata de una lamentable confusión de fenómenos, o, en el mejor de los casos, de un error. La velocidad de la luz y de las radiaciones electromagnéticas ha sido medida, no una, sino muchísimas veces y por diversos métodos; y dentro de los errores experimentales aceptados (unos pocos kilómetros por segundo), se ha encontrado siempre un valor constante: 299.793 km./seg.

METABOLISMO BASAL

¿Podría explicarme qué es el metabolismo basal, en qué unidades se mide y cuál es el valor normal para el hombre o la mujer?

LULS CARLOS TONELLI (Bernal Oeste, Quilmes)

El metabolismo basal es la cantidad de calor producida por unidad de tiempo y de superficie del cuerpo, a condición de que la persona se encuentre en reposo absoluto y en ayuno desde 12 a 14 horas antes de la determinación,

en una atmósfera de temperatura agradable, y suficientemente cubierto como para no tener que reaccionar ni contra el calor ni contra el frío. Se mide usualmente en kilocalorías por hora y por metro cuadrado, y es un valor sensiblemente constante para una misma persona; por eso se modifica con el sexo, la edad, etc. A veces se expresa también en litros de oxígeno o de anhídrido carbónico, sea en una hora o en 24 horas o en un minuto. También se lo suele expresar refiriéndolo a la unidad de peso de la persona; pero esta manera de medirlo no es la más conveniente. Así, por ejemplo, el metabolismo basal del hombre y de algunos animales es próximo a las 1.000 kilocalorías m.²/día; expresado por kilogramo de peso, varía desde 19 hasta 654 kilocalorías/kg. para el cerdo y la laucha, respectivamente, siendo para el hombre 32,1 en dichas unidades. El valor en kilocaloría km.²/día para el hombre es de 1.042. La mujer suele tener un metabolismo basal inferior en un 10 % al del hombre.

HUMO EN LA LUNA

En una revista he leído que dos astrónomos de Monte Palomar habrían descubierto que los cráteres de la Luna volvían a "humear", y mostraban un dibujo con humos saliendo de ellos. Yo creo que eso no tiene fundamento, puesto que en la Luna no hay oxígeno, y sin oxígeno no puede haber combustiones. ¿Es correcto esto?

RAÚL OSCAR FANTINI (La Plata).

En verdad el oxígeno es el comburente por excelencia, pero no el único. El flúor, por ejemplo, también puede actuar como comburente y "quemar" el hidrógeno, dando fluoruro de hidrógeno, también llamado ácido fluorhídrico. Ahora bien, en el caso de los cráteres de la Luna, si bien se desconoce su interior, no debe descartarse la posibilidad de que en él tengan lugar combustiones, aun con oxígeno proveniente de combinaciones químicas oxidantes, que en un momento dado hagan erupción, sin necesidad de utilizar oxígeno atmosférico, que, como es sabido, parece no existir sobre la Luna. Por consiguiente, esa noticia que usted ha leído no es del todo imposible, aunque, sí, solamente hipotética y poco probable.

EL HIPERCUBO

¿Qué es un "tesseract"?

ROLANDO DÍAZ FIDONE (Boulogne, Gran Buenos Aires).

En el espacio tetradimensional, la figura que corresponde al cubo se llama "tesseract", o hipercubo de 4 dimensiones, que es esa figura que aparece en la página 21 del número 6 de *MÁS ALLÁ*. Como usted verá, se trata de la representación de una perspectiva. Le recomendamos lea el libro *Matemáticas e Imaginación*, de Kasner-Newman; o, también *Qué es la Matemática*, de Courant-Robbins.



Un hombre encumbrado

por JAY CLARKE

ilustrado por KOSSIN

Madrid, 3 de abril.
Señor Rogelio Cáceres.
City Hotel.
Buenos Aires, Argentina.
Rogelio, querido mío:

No he tenido noticias tuyas desde que llegaste a Buenos Aires. ¿Te encuentras bien?

Con todo mi amor.

ANA.

Madrid, 11 de abril.

Rogelio querido:

Realmente, Rogelio, podrías tener alguna consideración. Ante todo, soy tu novia. Lo menos, pero lo menos que podrías hacer es ponerme una tarjeta postal, aun cuando estés en viaje de negocios. Estoy preocupada

por ti, Rogelio. Ya han pasado tres semanas desde que supe algo de ti.

Te quiero.

ANA.

Madrid, 16 de abril.

Mi querido Rogelio:

¡No lo puedo tolerar! ¡Simplemente no puedo! ¡Te conozco demasiado bien! Probablemente andarás corriendo con esas horribles mujeres argentinas, y usando para ello *mi* dinero. Viaje de negocios, por supuesto. Pero no creas que el hecho de que haya un océano entre nosotros impedirá que averigüe lo que estás haciendo. ¡Escríbeme ahora mismo!

ANA.

VIA WU CABLES MABRID 24 DE ABRIL
ROGELIO CACERES.
CITY HOTEL B. A.

CINCO SEMANAS DESDE ULTIMA CARTA. PUNTO. SI NO RECIBO NOTICIAS EN VEINTICUATRO HORAS REPITO VEINTICUATRO HORAS COMA COMPROMISO ROTO PUNTO ADEMAS DEMANDARE POR RUPTURA PROMESA COMA ABANDONO COMA Y EXTORSION Y FRAUDE POR DINERO ME PEDISTE PRESTADO PUNTO HE SUSPENDIDO TU PARTICIPACION EN MI CUENTA BANCARIA. PUNTO. ANA.

City Hotel, Buenos Aires, 25 de abril.

Ana, querida mía:

Te ruego me perdones la demora en contestar tus cartas y cablegrama. La verdad es que me encontraba bastante imposibilitado para escribirte, a pesar de lo ansioso que estaba por hacerlo. Es una historia bastante larga, pero me gustaría explicarte con pelos y señales cómo llegué a encontrarme en esta situación, y demostrarte así lo infundado de tus sospechas.

El caso es que, poco después de llegar aquí, me encontré con cierto profesor Castells-Plá Bordinguelot, recientemente venido de España. El profesor Bordinguelot se vió obligado a renunciar a sus cátedras en diversas universidades de la Península, debido a la manera más bien atrevida y liberal de llevar a cabo sus experimentos. El confiesa, por cierto, que no menos de dieciséis laboratorios de física quedaron demolidos a causa de sus errores de cálculo.

Como quiera que fuese, puesto que la atmósfera de nuestro país hacia sus continuas investigaciones le resultaba algo fría, se vino a Buenos Aires, que, como tú sabes, está habitada por opulentos excéntricos, turistas y patanes. Tal medio ambiente era sumamente adecuado a las necesidades del profesor; de modo que se instaló aquí para trabajar en un cinturón de antigravedad, su proyecto de toda la vida.

Quizá te preguntes ahora, y con bastante razón, qué demonios tiene que ver el profesor Bordinguelot con

mi tardanza en escribirte, pero te aseguro que, si no hubiese sido por él, habrías tenido noticias más mucho antes; muchísimo antes, por cierto.

Todo empezó por un whisky con soda. El profesor y yo estábamos tomando sendas copas en el bar, e, inevitablemente, entramos en conversación. Charlamos sobre gran número de temas. Recuerdo que se mostró bastante impresionado cuando le dije que tú eras en verdad la Ana Harrigaray de los *Productos Químicos*. Poco después de esto, el viejo (es cincuentón y bastante rollizo) me invitó, llevado por la exaltación de la buena camaradería (y el buen whisky), a tomar parte en el último experimento con su aparato de antigravedad. Sintiéndome bastante aturdido, aplaudí sinceramente su sugestión, y nos dirigimos a su laboratorio.

—Muchacho —me dijo más tarde mientras aseguraba un abultado cinturón alrededor de mi cintura—. Muchacho, va usted a ser testigo de algo que señalará un importante avance en la historia de los pueblos; un importantísimo avance, con toda seguridad. Yo asentí en silencio, alentado por la magnífica confianza del profesor.

—Estamos a punto de entrar en una nueva era —continuó—. ¡La Era del Espacio! —su voz descendió hasta un bajo susurro, pleno de camaradería—. Y lo he escogido a usted, muchacho, para ayudarme a forjar esta senda hacia nuevos soles, nuevos mundos, nuevas civilizaciones. ¡La Galaxia entera se extiende ante nosotros!

Yo sólo podía ver ante mí la maciza figura del profesor Bordinguelot; pero supuse que él podría distinguir las cosas con mucha más claridad de la que yo me sentía capaz en aquel momento.

El profesor llenó nuestros vasos con la botella que yo había comprado y luego acercó su rostro muy junto al mío.

—¿Sabe usted por qué nadie ha inventado hasta ahora un cinturón de antigravedad? —me confió—. *Se lo diré*: eso necesita profundas investigaciones, y las investigaciones requieren dinero, y el dinero es muy difícil de conseguir; especialmente —agregó, mirando con expresión sombría su copa—, en mi campo de investigación.

Se encogió de hombros, y se dedicó luego a efectuar ciertos ajustes en el cinturón con que me había rodeado.

—Muy bien —dijo finalmente, dando un paso atrás—. Ya está listo.

Salimos entonces al jardín situado detrás del laboratorio.

—Toda la vida —expresó meditativamente— he deseado ser el primero en desafiar a la gravedad, pero... aquí una humedad sospechosa brilló en sus ojos— mi afición a la buena comida y a la buena bebida ha pagado su precio. Soy excesivamente pesado para el cinturón. Por eso es por lo que le estoy dando esta oportunidad de ascender a la fama. Usted... usted tendrá la gloria, en tanto yo... —sofocado por la emoción, vació rápidamente su vaso—. ¡Basta ya! ¡Las estrellas están aguardando! ¡El experimento debe comenzar! —hizo una pausa para volver a llenar su vaso con la botella que había traído consigo—. Cuando yo le diga: ¡*arriba!*, oprima este botón del cinturón. ¿Listo?

Asentí.

—¡Un brindis primero! —exclamó mirando gravemente su vaso—. Por la humanidad y las estrellas —pronunció con voz austera.

Bebió un buen trago; clavó en mí una mirada penetrante y febril y ordenó:

—¡*Arriba!*

Confieso que jamás, antes o después de eso, he experimentado sensación tan extraña como cuando oprimí el botoncito del cinturón. Súbitamente, me sentí como una hoja o una pluma, flotando en suave y blanda voluta de

nube. Era como si todas las dificultades y todas las preocupaciones del mundo hubiesen sido milagrosamente quitadas de mis hombros. Una oleada de bienestar pareció palpitar por todo mi cuerpo.

El sonido de la voz del profesor Bordinguelot puso un brusco final a esta extraña levedad mental. El profesor me estaba señalando con una intensidad que rara vez he visto antes, mientras murmuraba:

—Funciona... ¡*Funcional!*...

Parecía en verdad bastante sorprendido.

Miré hacia abajo y, con una sensación que sólo puedo describir como de vértigo, advertí que realmente funcionaba: yo me estaba elevando lentamente del suelo, y levitaba ya a unos treinta centímetros en el aire.

En este histórico trance, el profesor y yo nos miramos por un momento, y luego empezamos a reír estrepitosamente, aturdidos por una repentina cabriola, mientras yo, por mi parte, giraba en el aire, sin control.

Sólo cuando me encontré a unos tres metros del suelo, empecé a sentirme incómodo. Jamás he podido soportar las grandes alturas, como tú sabrás, y la vista de tres metros de vacío bajo mis pies me resultaba inquietante.

—Profesor —pregunté—, ¿cómo hago para detener el cinturón?

El vaso de Bordinguelot se detuvo antes de llegar a sus labios.

—¿Para detenerlo? —replicó con voz pastosa.

—¡*Sí!* —grité, a casi cinco metros ya en el aire—. ¿Qué hago para detenerlo? ¿Cómo se maneja para descender?

El profesor me miró pensativamente.

—Muchacho —dijo al cabo—, jamás he pensado en el descenso... He concentrado toda mi imaginación en conseguir que ascendiera.

—¡*Bordinguelot!* —exclamé—. ¡*Hágame descender!*

Estaba ya a ocho metros del suelo.

—Lo siento, muchacho, lo siento

terriblemente —me gritó—. No puedo. Pero no creo que su vida se habrá perdido en vano. ¡Desde luego que no! Me ocuparé de que se le reconozca a usted el mérito que le corresponde, cuando el cinturón de antigraedad sea perfeccionado. Ha sido usted inapreciable, muchacho, ¡inapreciable!...

Su voz se perdió en la distancia.

—¡Profesor! —chillé vanamente, pues a la sazón estábamos ya demasiado separados para hacernos oír y, mientras yo perdía el aliento gritando, una ráfaga de viento me envolvió y me remontó por el aire, girando como un trompo. Pero justo antes de entrar en una nube, pude ver al profesor allá abajo, muy lejos, con las piernas abiertas, y la cabeza echada hacia atrás, para observar mi ascenso. Tuve la impresión de que, mientras yo desaparecía en la niebla, agitó la mano en un solemne adiós y bebió a mi salud.

No puedes imaginar las torturas horribles que experimenté mientras me hallaba meciéndome en el aire. Durante los primeros momentos me había sentido liviano, boyante, despreocupado. Pero al llegar a esas elevadas altitudes sufrí el embate de violentos ventarrones; fui aporreado por la lluvia que caía en inmensas cantidades, y a cada momento estaba sujeto a repentinamente caídas que me dejaban sin aliento. Cómo me las ingeníé para sobrevivir, ni yo mismo lo comprendo. Habría muerto con certeza si hubiese llegado a flotar completamente fuera de la atmósfera; pero por fortuna la virtud levitadora del cinturón cesó por completo alrededor de los 3.000 metros.

Durante varios días anduve flotando a la deriva, a esa altura, impulsado de un lado a otro por vientos contrarios, muerto de hambre y helado de frío. Varias veces intenté gobernar mi vuelo; pero fué inútil. Perdí el sentido de la orientación, y no tenía la menor idea de dónde me hallaba. A veces, echaba una ojeada hacia abajo, a

través de una grieta en las nubes, y alcanzaba a ver campos cultivados, o bien ciudades. Una vez tuve una fugaz visión del mar... y cerré los ojos.

Por fin, al sexto día de mi vuelo empecé a notar un cambio: estaba descendiendo. Lenta pero firmemente había empezado a perder altura. Al principio no le pude hallar explicación a este fenómeno; pero luego recordé que el profesor me había dicho que era un juego de baterías lo que daba energía al cinturón. Evidentemente, las baterías se estaban debilitando.

Algunas horas después, aterricé suavemente, a pocas cuerdas del lugar donde había comenzado mi involuntario vuelo. Durante aquellos seis horripilantes días debí de ser impulsado de un lado a otro, en vaivenes o en círculos. Completamente debilitado, tembloroso, famélico y enfermo, fui llevado a un hospital, del cual acabo de ser dado de alta. No necesito decirte que inmediatamente procuré localizar al profesor Bordinguelot; pero me ha sido imposible hallar el menor rastro de él. Es como si se hubiese esfumado por completo.

A esta altura debes de estar preguntándote qué tiene que ver esta singular aventura con el hecho de que no te escribiera antes. Sin embargo, tengo la certeza de que comprenderás que no me era posible escribir en semejantes circunstancias.

Toda la tinta de mi pluma fuente se vació cuando llegué a los 3.000 metros de altura (la mía es de esas que escriben bajo el agua) y tuve que ponerme el lápiz entre los dientes para impedir que castañetearan y se me saltaran los postizos. Durante mi estada en el hospital, por supuesto, me hallaba demasiado débil para escribir, y aún para flirtear con las enfermeras, lo cual, como tú sabes, es estar sumamente débil.

De modo, pues, que de nuevo te ruego perdones este infortunado lapso

de mi correspondencia. Sinceramente, habría escrito si me hubiese sido posible.

Tuyo siempre.

ROGELIO

P. D. Me ofende tu suposición de que estoy comprometido contigo sólo por tu dinero. El hecho de que seas extremadamente rica y de que yo no tenga virtualmente nada, no tiene ni tendrá jamás nada que ver con mi amor por ti. Me hiere en particular que sospeches que he gastado tu dinero con otras mujeres. Realmente, me sorprende mucho que se te haya podido ocurrir semejante cosa. Y ahora que sabes por qué no he escrito antes, confío en que repondrás mi participación en tu cuenta del banco.

ROGELIO

Madrid, 1º de mayo.

Estimado Rogelio:

Siempre tuve la sensación de que eras un despreciable buscador de oro, meloso, charlatán... pero no me convencí realmente de ello hasta que leí tu carta. ¿Esperas sinceramente que crea en esa historia? ¿Un cinturón de antigraedad? ¿Por quién me has tomado? ¿Por una de esas tontas mujercitas impresionables que conociste ahí?

Además, he llegado a conocer casualmente a ese profesor Castells-Plá Bordinguelot de quien me hablas, que llegó a Madrid hace pocos días, y me aseguró que, si bien te conoció en Buenos Aires, fué en circunstancias muy distintas de las que tú me describes. Me dijo que estabas con dos mujeres, y que los tres se hallaban bastante borrachos. También me dijo que jamás inventó un cinturón de antigraedad.

Inútil es decir que se mostró sorprendido al enterarse de que yo era tu novia. Se hallaba bajo la impresión

de que estabas comprometido con cierta muchacha argentina. Ese fué el golpe de gracia.

Y este es el final, Rogelio. Nuestro compromiso queda roto. No te guardo rencor... En verdad, me alegro de que todo haya terminado. Lo único que me enfurece es el modo cómo difamaste al profesor, tratando de hacerme creer que él era el responsable de que tú no escribieras. ¡Qué cosa tan ridícula!

Realmente, Rogelio, deberías tomar al profesor como modelo. ¡Es tan encantador, tan culto, tan considerado! Jamás te perdonaré que trataras de culparlo a él de tu propia negligencia.

ANA.

P. D. Por razones obvias, no repondré tu participación en mi cuenta bancaria. Y hay otra cosa más: siempre me pareció que te mostrabas sumamente vago acerca de los "negocios" que tenías en Buenos Aires. Ahora ya los conozco. El profesor me contó que tú le dijiste que estabas de vacaciones. ¡Patán!

ANA.

Madrid, 3 de mayo.

Mi querido amigo:

Desde el momento en que lo vi desaparecer en aquella nube, he estado pensando en algún modo de resarcirlo por los horribles sufrimientos que usted debió de experimentar por haber accedido a mi requerimiento. Al fin he hallado el modo.

Inmediatamente después del experimento tuve imperiosa necesidad de regresar a Madrid. Mientras estaba aquí, buscando fondos para continuar mis investigaciones, conocí por pura casualidad a su novia. Fué en ese momento cuando concebí el plan.

Yo sé que usted posee un evidente ingenio natural para las ciencias aplicadas. ¿Quién más podría haber pen-

sado, sino usted, en la necesidad de un botón para *detener* el cinturón de antigraedad? Pues bien; a mí me preocupaba muchísimo el hecho de que el mundo se viera privado de tal ingenio, a causa de los lazos que lo unían a cosas más materiales; a saber: su novia. Por lo tanto, resolví liberarlo de su cadenas.

Llevar a cabo este plan no fué tarea fácil, desde luego, y estoy seguro de que apreciará usted los problemas que ha implicado. Primero tuve que convencer a Ana de que la historia que usted le contaba era un cúmulo de falsedades, pues de lo contrario ella se hubiese adherido a usted como una sanguijuela, por el resto de sus días. Esto lo logré negando todos los pormenores de su relato, o mejor dicho, diciendo la verdad sobre sus actividades en Buenos Aires.

Claro está que así se conseguía tan sólo un temporario alivio. Yo debía tomar alguna determinación más importante, para impedir que ella arruinara el brillante futuro que se abre ante usted. Era evidente que no quedaba más que una solución: yo mismo tendría que cortejar a Ana. Puedo agregar que no le he resultado carente por entero de atractivos, y tengo así todas las razones para creer que se casará conmigo dentro de poco.

De este modo, lo he desembarazado a usted de toda complicación, dejándolo libre para emplear su vasto talento en el adelanto de la causa de la ciencia. Al mismo tiempo, volviendo a un plano más materialista, le diré que me he provisto de fondos suficientes para llevar a cabo mis investigaciones, puesto que Ana me los proporcionará de buena gana.

Pero, por favor, no se sienta en deuda conmigo. Considero un inmenso privilegio sacrificarme a Ana por una causa tan gloriosa.

Espero haber recompensado en par-

te, de esta ínfima manera, su inapreciable contribución a mi trabajo.

Sinceramente.

CASTELLS-PLA BORDINGUELOT
P. D. Puesto que al casarme con Ana me convertiré en el acreedor de usted, le sugeriría que dispusiera con la mayor premura lo necesario para reintegrar los dinerillos que le pidió a ella prestados. Digamos, unos treinta días, mi querido amigo.

C-P. B.

R. Cáceres y Cía. S.R.L.

Buenos Aires, 5 de junio.

Estimado Bordinguelot:

Usted ganó. Ana es suya, de lo cual me alegro. Quizás yo haya olvidado decirle que casi todos sus fondos están en depósitos intocables, no en títulos.

En lo que respecta a los dinerillos que le debo, mi cheque estará en el correo esta misma semana. Sumas tan ínfimas nada significan para mí.

En cuanto a sus métodos para usurpar mis relaciones con Ana, sólo puedo expresar mi admiración... hablando como un profesional a otro, desde luego. Infortunadamente, sin embargo, en su ansiosa premura por echarle las manos a la fortuna de Ana, pasó usted por alto un detalle muy importante: el cinturón de antigraedad.

Quizá le interese saber que he patentado el cinturón y que estoy fabricando pequeñas unidades para astronaves de juguete. El resultado es fantástico. La navicilla de juguete empieza a elevarse más y más hacia el cielo, para no volver a descender jamás; y tan pronto como desaparece, los pequeños astronautas empiezan a chillar inmediatamente pidiendo otra.

Es una lástima que usted no haya pensado antes en patentar el cinturón, pues hay aquí gente muy gastadora.

Pero por otra parte, tiene usted a Ana. ¿Qué podría ser más justo?

Eternamente agradecido,

ROGELIO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta Nº 1: C.—Uno de los caracteres que se han elegido para clasificar a los hombres en razas es el cabello. De acuerdo con ello se dividen en tres razas: lisótrica (de cabello liso o lacio), cimótrica (de cabello rizado u ondulado) y ulótrica (de cabello anillado o lanudo).

Respuesta Nº 2: D. — Régulo ocupa el vigésimo y último lugar entre las estrellas de primera magnitud. Pertenece a la constelación del León.

Respuesta Nº 3: D. — Puede afirmarse ya con bastante seguridad que sólo nuestra capacidad de orientación (entre las cuatro mencionadas) sufrirá grandes trastornos a bordo de la estación espacial. Dicha capacidad se basa especialmente en la dirección de la gravedad, y su desaparición creará indudablemente una enorme confusión, cuyas consecuencias son por ahora imposibles de prever.

Respuesta Nº 4: A. — La genial idea de Demócrito estuvo archivada durante dos mil años hasta que las

necesidades de la ciencia moderna la pusieron nuevamente sobre el tapete, consolidándola definitivamente en este siglo. Todavía a principios del mismo, físicos tan prominentes como Mach rechazaban enérgicamente el concepto.

Respuesta Nº 5: B. — A juzgar por las estadísticas más dignas de confianza que se poseen, las mujeres viven en promedio cinco años y fracción más que los hombres.

Respuesta Nº 6: B. — No obstante la falta de acuerdo que existe entre los especialistas sobre los factores fundamentales que transformaron el sistema de vida feudal en capitalista, la opinión general coincide en señalar a Inglaterra como la cuna de la organización económica que hoy regula la actividad de gran cantidad de países del mundo.

Respuesta Nº 7: E. — Todas las investigaciones etnológicas conducen a considerar como muy probable que los gitanos sean originarios del norte de la India.

REBAJAS PARA LAS SUSCRIPCIONES EN EL EXTERIOR

A consecuencia de las recientes modificaciones del régimen de cambios en la República Argentina, nos es posible reducir los precios para las suscripciones del exterior pagadas en dólares americanos. Las nuevas tarifas son las siguientes:

Suscripción anual: m\$**n** 80 ó US\$ 4.50.

Números anteriores: m\$**n** 8 ó US\$ 0.50 c|u.



ilustrado por ORNAY

UN ejemplar muy bueno, Alteza —dijo el vendedor palmoteando el hombro de metal del robot—. Realmente sabían cómo fabricarlo en esa época.

Era, en verdad, un robot muy antiguo, un monstruo de metal. Debía de tener unos cinco mil años de antigüedad, y había sido fabricado en otro planeta, según mi opinión. Decididamente, no era uno de nuestros modernos robots, que son como seres humanos hermosísimos y, a veces, más

inteligentes.

—Naturalmente, Alteza. Voy a darle el contacto.

—¿Funciona? —pregunté.

Se me ocurrió que el vendedor estaba cruzando los dedos para tener buena suerte; pues era evidente que este robot había permanecido mucho tiempo arrinconado en el depósito. El hombre metió una larga y delgada vara de metal en un agujero en el pecho del monstruo; la hizo girar; se oyó un crujido, y aquél comenzó a murmurar.

el nivelador y el fantoche

Los hombres tienen muchos motivos para querer salvar el mundo. Los robots pueden tener otros...

por ALAN BARCLAY

—¡Qué raro! —comenté.

—Naturalmente —dijo el hombre disculpándose—, este modelo no es muy conveniente para una persona de su categoría. Si quiere usted pasar a nuestro salón de ventas...

—Este es el que deseo —insistí—, si es que funciona bien... Mi coche —le dije al monstruo— está afuera. Es el segundo a mano derecha de la fila. Es el único coche rojo. Ve a buscarlo, da una vuelta con él alrededor del edificio y vuelve a colocarlo en fila, pero

dando la espalda a la pared en lugar de ponerlo de frente como está ahora.

—Sí, señor —contestó el robot. Su voz era exactamente la que podía esperarse de una máquina de aquel tipo: hiriente y sin tono. Salió a grandes zancadas mecánicas. Yo me asomé a la ventana y miré. Lo vi emerger en la luz, menear la cabeza observando la larga fila de autos y de helicópteros, e identificar en seguida el mío. Marchó hacia el auto, hizo una pausa para verificar los controles, y penetró en el co-

che. Realizó la prueba mejor de lo que yo había esperado: conservando el medio del camino con precisión casi matemática, volvió a colocar el auto en su sitio con un mínimo de maniobras. Después regresó al edificio, atravesó el salón y volvió a su puesto contra la pared.

—Dime la raíz cuadrada de 23.895 —ordené.

Hubo un instante de duda, una pausa apenas perceptible, y nada más. Después, la voz resonante dijo:

—La raíz cuadrada de un número, es aquel número que al ser multiplicado por sí mismo dará como producto el primer número.

—Eso no es contestar a mi pregunta —dije.

Se repitió la pausa. El robot añadió luego:

—Carezco de información, señor.

—Esa pregunta está más allá de sus capacidades mentales, Alteza —explicó el vendedor—. Este robot posee una información general, pero carece de la capacidad de hacer cálculos. Naturalmente, recordará la definición de raíces cuadradas, o cualquier otra información de este tipo, y podrá proporcionarla cuando se la pidan.

—En realidad lo necesito sólo como criado y chofer —dijo al vendedor—, y este robot sirve muy bien para eso. No puedo pagar un modelo nuevo. Este, aunque es bastante curioso como para parecer una antigüedad, puede realizar los servicios que yo necesito. Voy a comprarlo.

—Está bien, Alteza —dijo el vendedor inclinándose.

Pagué inmediatamente (mi crédito no era tan bueno que pudiera hacer de otra manera) e hice que el robot me condujera en mi auto hasta mis departamentos.

Yo habitaba una serie de habitaciones en el recinto real, aunque no exactamente en el palacio, sino en un

cio de trescientos pisos, ocupados principalmente por altos empleados del gobierno. El palacio real, los edificios administrativos, los cuarteles, los garajes, las estaciones de policía y demás oficinas, estaban todos dentro del recinto real, rodeado a su vez por un área libre de unos doscientos metros. Dentro del recinto había también un hangar subterráneo oculto, con tres navíos capaces de transportar a la familia real y a todo su séquito, no sólo a cualquier lugar del planeta, sino a cualquier punto del sistema planetario si la necesidad lo requería. Muy pocos conocían este secreto. No creo que mi hermano estuviera enterado de que yo lo conocía.

MI hermano era rey de Tauron, segundo planeta de nuestro sistema. Nuestro padre, Margus (que en paz descansa), había unificado el planeta. "Unificación" es una palabra que agradaba a nuestro digno padre. No cabe duda de que habría unificado los otros dos planetas del sistema, y también los de los sistemas vecinos, si no hubiera sido muerto, en plena madurez, por una mujer celosa, con su propia espada de ceremonias.

Ahora, como ya he dicho, reina en su lugar mi hermano Tomos. ¿Y yo? Yo me dedico casi enteramente a la tarea de vivir; tarea que, en mi caso, ha sido bastante difícil, porque mi padre fué un hombre enérgico y vital, un hombre que vivió, luchó... y amó... totalmente. Tomos y yo somos hermanastros. Tomos ocupa el trono real; especialmente me vigila a mí. Si alguna vez yo llegara a ser demasiado popular, u obtuviera éxitos en la Armada, o empezase a frecuentar demasiado la sociedad, o diera la impresión de ser demasiado hábil o inquieto; si alguna vez llegara a casarme y a tener un heredero, entonces indudablemente me ocurriría un accidente; tal vez recibiría una

puñalada en medio de una multitud, u ocurriría algún percance a mi navío cuando estuviéramos en medio del espacio, demasiado alejados para pedir socorro.

En realidad, por eso es por lo que yo usaba automóvil en lugar de helicóptero (los accidentes en automóvil son menos peligrosos), y por el mismo motivo compré un antiguo robot para que me sirviera de criado. No era aconsejable demostrar demasiada riqueza, o parecer demasiado elegante o a la moda. Tan inquieto se sentía mi hermano Tomos en el poder, y se desvelaba tanto a causa de sus preocupaciones, aunque la falta de sueño no le impedía engordar, que tal vez cualquier mañana, después de una noche de insomnio, sin causa especial fuera de su inquietud general, diera orden de hacerme desaparecer.

Ya supondrán ustedes que yo no era demasiado popular ni mi compañía demasiado buscada por la gente. Todo hombre joven que se atreviera a salir de vuelo conmigo, o a practicar esgrima, sabía que su nombre aparecería al día siguiente en el informe policial; y ninguna muchacha de la corte se interesaba en tenerme como pretendiente.

Ustedes, naturalmente, se preguntarán cómo pasaba yo el tiempo. Bueno, yo tenía un cargo en la Armada Espacial Planetaria, como teniente astrogador (en preparación). Los astrogadores rara vez llegan a ocupar un cargo dirigente; por lo tanto, mi hermano no debía temer que yo tuviera algún día mi propio navío, y que me presentara volando sobre su palacio. En mis momentos libres, yo, como ustedes supondrán, me dedicaba a beber y, para decir toda la verdad, reconozco que frecuentaba la amistad de señoras que no tenían ningún interés en casarse.

Cuando compré el robot (lo llamé James), yo estaba ligeramente borra-

cho, sin demasiado sentido de humor y carente de sentimientos; él se anunció con ese nombre al traerme el desayuno a la mañana siguiente. El nombre le quedó definitivamente.

YO me preparaba, sin mayor entusiasmo ni esperanzas de éxito, a dar un examen de Astrogación. Quizá nunca me habría examinado si no hubiera oído decir a uno de los cadetes de la Armada de mi hermano: "Naturalmente aprobarán a nuestro príncipe. Le darán el visto bueno aunque no logre sino las clasificaciones más bajas".

En el primer momento pensé discutir con la punta de mi espada aquel comentario; pero después decidí dar un examen brillante para demostrar que el cadete estaba equivocado.

—¡James! —llamé aquella noche al robot.

—Señor —contestó el robot, poniéndose en movimiento y saliendo de su cubículo.

—¿Qué sabes sobre los fundamentos de Astrogación? —nunca habría yo hecho esta pregunta en caso de estar sobrio; de todos modos lo único que esperaba era la respuesta acostumbrada: "Lo ignoro, señor." Pero no ocurrió así. En lugar de esto, James empezó a decir con su voz raspante:

—Todos los problemas de Astrogación están en relativo movimiento. Se solucionan mejor asumiendo que un punto dado de referencia está en reposo. La simplicidad del cálculo dependerá de la elección apropiada del punto en reposo...

—Espera, espera... —interrumpí—. Ese es un comienzo excelente. Cualquiera que sea el libro que te han enseñado, era un libro magnífico... ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro —contestó James.

—Es lástima. Pero no importa mientras recuerdes. Sigue explicando.

El siguió hablando, hablando, hablando...

—Las correcciones témporoespaciales para velocidades constantes, no presentan dificultad. La corrección de los períodos de aceleración y de disminución son complejos, y hay que tratarlos como sigue: consideremos que la aceleración es positiva y la disminución es negativa...

—¡Basta, basta —grité—; por esta noche es suficiente! No me di cuenta de la adquisición que hacía cuando te compré, James.

Lo cierto es que, quien quiera que grabara aquellas informaciones en el robot, había sido un maestro. Pero el conferenciante no era tan claro en principios fundamentales. Por encima de todo, la voz raspante parecía penetrar en mi mente y depositar allí la información.

Me sentí progresar y hubo en mí un leve comienzo de entusiasmo.

Naturalmente, James no proporcionaba material original. Es decir, cuando dije distraídamente "Quisiera que me explicaras", él se limitó a repetir la frase acostumbrada.

Pero yo aprobé el examen. No diré que fué el mejor alumno, pero estuve tan acertado, que no sólo sorprendí a los cadetes compañeros, sino también al tribunal y a mí mismo. Después del examen escrito, hubo un examen práctico. Cuando digo examen práctico me refiero a una práctica realmente seria. La prueba consistía en que a los cadetes (éramos nueve cadetes en mi año) nos llevaban a lo profundo del espacio, en uno de los navíos de maniobras. Teníamos que estar alejados del puente de mando, y no nos daban datos sobre el itinerario. En un momento dado nos lanzamos al vacío, cada uno en un vehículo explorador de un solo hombre, nada más que con un sextante, el "Almanaque de las Estrellas", los "Informes Manuales" y una regla de

cálculos logarítmicos. Se nos exigía, primeramente, determinar nuestra posición, después encontrar la ruta y acelerar hasta la base, siguiendo la ruta mediante los controles visuales y el manejo de los cohetes.

¿Dirán ustedes que es imposible? Pues no lo es: todos los años hay cadetes que realizan la prueba; aunque, normalmente, sólo el doce por ciento logra llevarla a cabo. Algunos fracasan al comienzo, al identificar la posición, otros se han perdido sin dejar huella...

En realidad, la prueba no ofrece dificultades teóricas. Si nos ofrecieran una prueba semejante cuando estamos en tierra, nos reiríamos de su sencillez; pero, en el oscuro espacio, la cosa es diferente.

El secreto del éxito, naturalmente, yace en el desarrollo de una técnica; en seguir paso a paso un procedimiento para identificarse con una posición; en controlarse regularmente; en seguir un buen curso, un curso que no incluya demasiadas aceleraciones o retardaciones; en saber decidir si se debe pasar cerca de un planeta, y usar su gravedad para acelerar, o para alejarse de él. Alguien ha dicho que el arte es cualquier ciencia que implique la utilización de más de siete variables; si esto es así, la Astrogación es un arte, un arte en el cual es muy útil tener algunas reglas básicas de procedimiento.

¿Necesito decir que James me enseñó las reglas?... Pues bien, sus reglas diferían de las sugeridas por los instructores; contenían dos parámetros desconocidos para mí, y un número de métodos de cálculo aproximado, que eran simples, hermosos y que ahorran tiempo. Esto me permitió hacer dos veces el número esperado de controles y de ajustes.

Pero como ésta no es la historia de mis éxitos en la Astrogación, les diré simplemente que aprobé el examen. Y no sólo aprobé: llegué a la base, dieci-

ocho horas antes que el piloto que me seguía, estableciendo involuntariamente un nuevo récord.

El aspecto más interesante de la cuestión fué el comentario del tribunal que examinó el informe de mi viaje: "El teniente príncipe Nicolás", dictaminaron, "parece haber incorporado al procedimiento de la Astrogación por lo menos tres mejoras importantes sobre los métodos conocidos."

—¿Dónde aprendiste ese material de navegación? —pregunté a James.

Pero él rasquetó su respuesta acostumbrada:

—Lo ignoro.

Volví a mirarlo con renovado interés. Hasta llamé a un ingeniero de robots, para que examinara a mi monstruo de metal. El ingeniero se entusiasmó.

—¡Ah! —exclamó, golpeando y tanteando al robot—. Muy interesante, muy desusado... Parece un trabajo marciano; pero yo no podría asegurarlo. Probablemente provenga de alguno de los Sistemas Internos...

—¿Qué antigüedad tiene? —pregunté.

—Es difícil decirlo —dijo el hombre, tecleándose los dientes—. Quizá dos mil años. ¿Quién podría saberlo?

—Existe límite para la información que puede ponerse en este robot.

—No puedo contestar sin conocer el tipo del cerebro de este ejemplar. Alguno de los nuestros, con su corteza cerebral del tipo de conexiones moleculares, no tienen límite establecido. Realmente me gustaría estudiar este ejemplar, Alteza... —el ingeniero me miró esperando la respuesta.

—No, gracias —contesté. Vi que su entusiasmo podía llevarlo a desarmar el muñeco, pero dudaba de su habilidad para volver a armarlo.

EL éxito que obtuve en el examen me hizo conseguir un cargo naval,

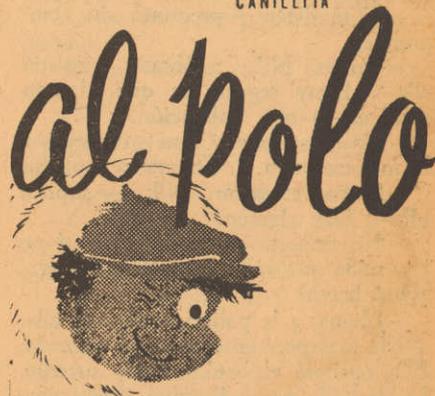
muchas felicitaciones y más publicidad de la conveniente. La publicidad tuvo el efecto esperado: mi hermano Tomos se inquietó, y, como ya he dicho, sus frecuentes ataques de inquietud solían ser fatales para los demás.

No deben ustedes imaginar nunca que Tomos fuera capaz de ordenar un asesinato; si lo creen, están equivocados. Tomos nunca en su vida ha ordenado la muerte de nadie; pero, en sus ataques de inquietud, tiene la costumbre de murmurar, en voz que pueda ser oída por alguna persona apropiada, que Fulano o Mengano es una amenaza para el Estado, un perturbador. Y casi siempre la persona nombrada aparece luego muerta, naturalmente en un accidente, una o dos semanas después de escuchado el comentario de Tomos.

El accidente preparado para mí tomó la forma de un asalto. Todo el

Para sus chicos...

PIDALE A SU
CANILLITA



un librito instructivo, de la
BIBLIOTECA

BOLSILLITOS

Se vende también en librería **70** cts.

EL NIVELADOR Y EL FANTOCHE

mundo sabe que los ladrones pueden a veces golpear muy fuerte, pegar un tiro cuando se les descubre. Realmente habría sido un accidente mortal si no hubieran pasado dos cosas. Ocurrió lo siguiente:

Una noche (seguramente ustedes desaprobarán esto, pero mi carácter es así), yo tenía una visita, una dama de aspecto muy agradable, con pelo rubio. La puerta de mi departamento estaba cerrada. James (deben recordar ustedes que James es un robot antiguo modelo, con cuerda de contacto) estaba en su cubículo, sin funcionar. Colgada de un gancho en el mismo cubículo estaba mi espada. Estos dos hechos son importantes: James sin cuerda, y la espada colgada sobre él.

Los dos hombres que se presentaron eran ladrones profesionales. Abrieron la puerta del departamento, con una especie de llave magnética, y entraron antes de que pudiéramos oírlos. Lo cierto es que yo estaba un poco borracho; pero Clara no lo estaba.

—Nik —dijo intranquila—, creo que hay alguien en la otra habitación.

—¿Qué dices? —pregunté sin comprender.

—Vamos, Nik, recóbrate —insistió ella—. Estoy segura de que alguien anda en la otra habitación.

—No seas tonta, Clara —contesté—. Dame otro trago... Sírvelo tú también.

—Presta atención, Nik —suplicó ella—. Hay alguien.

—No importa —aseguré—. Aquí no hay nada que valga la pena de robar... ¿Qué haces?

—Llamar a la policía —contestó ella. Me incorporé en el asiento, mareado. Ella oprimió el botón. Nada sucedió. La pantalla no se iluminó. Clara apagó el contacto, conectó con Llamadas Privadas y oprimió otra vez el botón. No hubo respuesta. Vi entonces su cara: estaba asustada.

—Este no es un robo común —dijo

como hablando consigo misma.

Me puse de pie:

—Tienes razón —dije sintiéndome bruscamente sobrio—. Esta es una maniobra de Tomos. Escucha, Clara, no pongas esa cara de funeral. Métete en el armario y quédate quieta.

—Deben de saber que yo estoy aquí, Nik, y posiblemente no desean dejar vivo ningún testigo. ¿Tienes armas?

Atravesé rápidamente la habitación y abrí un cajón del escritorio. ¡Mi pistola no estaba allí, que era su sitio habitual!

En el momento que descubrí esto, las luces se apagaron. Simultáneamente, la puerta del otro cuarto, donde debían estar los asaltantes, se abrió en silencio. La luz atravesó el umbral de mi salita, que seguía a oscuras, y trazó un triángulo en el piso.

Comprendí que mi muerte había sido cuidadosamente considerada artísticamente planeada. No iban a hacerme saltar con una pistola. Esto no correspondía, porque tales armas son raras: ningún ladrón podía poseerlas. Darme una puñalada era dudoso, porque quizá yo usaba una cota de malla. Se había planeado hacerme entrar a la otra habitación, atraído por el rumor de unos supuestos ladrones, que me golpearían entonces hasta matarme. Por la mañana mi cadáver explicaría las cosas como ellos las deseaban. Naturalmente, pensé que había llegado mi último momento, pero no deseaba apresurarlo. Permanecí donde estaba, todavía mareado, tambaleándome.

Pero no me concedieron mucho tiempo. Como no avancé hasta ellos, los desconocidos comprendieron que debían venir a buscarme y terminar conmigo, antes de que yo pudiera encontrar un arma o la manera de pedir ayuda.

Avanzaron en el cuarto. Vi las dos sombras atravesar la puerta. Vi los garrotes que llevaban en la mano.

—No debíamos haber apagado la luz —dijo rápidamente uno de ellos, con voz grave. El otro retrocedió, apretó un botón, y la luz volvió a iluminar la habitación.

Entonces me vieron ellos. Murmuraron entre sí y avanzaron cautelosamente hacia mí. Demasiado tarde recordé mi espada colgada en el cubículo detrás de los dos hombres que avanzaban. Entonces James salió del cubículo. Actuó con matemática economía de movimientos, pero con gran rapidez. Su largo brazo se apoderó de la espada, la cogió por la empuñadura y la arrojó de tal modo que la hoja, silbando y resplandeciendo, atravesó la habitación y vino a quedar clavada en el suelo, frente a mí, donde permaneció erguida, balanceándose. Pero antes de que la espada se clavara en el suelo, ya el robot se había colocado detrás de los asaltantes. Uno de ellos se volvió e intentó golpearlo. El golpe cayó con fuerza sobre el hombro del robot, con un sonido metálico. Le hizo el mismo efecto que si lo hubiera tocado una mosca. El robot dió luego un paso hacia el hombre y le lanzó su puño de metal directamente a la cara. El brazo avanzó como si fuera un pistón, se oyó el ruido de huesos que crujían, y el hombre cayó al suelo.

Me apoderé de la espada, que todavía se balanceaba clavada junto a mí, y me preparé a hundirla en el corazón del segundo asaltante.

—No lo mate —rugió una voz muy profunda—. Antes debe él declararle quién lo ha enviado.

—Sí —contesté—. Me gustaría saber eso. ¿Quién te ha contratado para que me mates? —pregunté.

El hombre se mostró fatigado e indiferente.

—¿Para qué se lo voy a decir? —preguntó encogiéndose de hombros—. De todos modos, usted va a matarme.

—Si me dice quién lo mandó, y si

yo creo que lo que me dice es verdad, lo dejaré irse —prometí.

—Bueno —dijo el hombre encogiéndose otra vez de hombros, no muy convencido de mis palabras—. Fué Conder, el amigo del rey. Nos pagó para que hiciéramos esto, diciéndonos que el rey desconfiaba de su hermano.

—¿Condar? —repetí—. Ahora puede usted irse.

—¿Y mi compañero? —preguntó el hombre.

Yo miré al otro asaltante: estaba muerto.

—Tendrá usted que buscarse otro socio —dije.

JAMES regresó a su rincón. Era difícil suponer que se hubiera movido.

—Ven aquí —lo llamé.

El avanzó y se paró muy tieso a un metro de mí. Su cara de robot parecía una arcaica escultura negra de pulido granito.

—Me has salvado la vida —dije. Esta frase no era ni una orden ni una pregunta, y James no contestó.

—Dime por qué has hecho esto —ordené.

—Porque soy su robot, señor —contestó.

—Ya no estoy tan seguro de eso —repuse—. Dime: ¿por qué has cambiado la voz?

—Porque quise cambiarla.

—Comprendo. Pero no tenías contacto cuando entraron los asaltantes. ¿Quién te dió el contacto?

—Nadie, señor. Nunca fué necesario que me lo dieran.

—No te di orden de que me ayudaras. No te ordené que me tiraras la espada. ¿Por qué actuaste como si hubieras recibido una orden?

—No necesito que me den órdenes específicas, señor.

—Eso lo comprendo ahora. Bueno —concluí—, parece que eres algo muy

distinto al modelo antiguo de trabajo manual y de limitada inteligencia. ¿Quieres decirme quién eres?

—No tengo nombre, señor, salvo el que usted se ha dignado darme.

—Dime cuándo y dónde te fabricaron.

—No puedo contestar esas preguntas exactamente, señor. Mi memoria se extiende hasta tres mil quinientos noventa y tres años. Me refiero a los años corrientes en este sistema. Puedo deducir que fui fabricado en la fábrica de Orms, en Marte, en el sistema solar.

—¿Cuál es tu nivel de inteligencia? —pregunté después.

—No tengo medio de comprobarlo, señor —contestó James.

—¿Puede compararse con la inteligencia humana?

—Es muchísimo mayor —afirmó sin orgullo, sin engrimamiento, sin emoción de ninguna especie: como un hecho evidente.

—Esa técnica de astrogación, que me enseñaste, ¿fue algo que implantaron en tu memoria?

—No, señor.

—¿Dónde se originó?

—Yo la imaginé.

“Tengo que meditar un poco sobre esto”, pensé.

La tentativa de asesinato era menos desconcertante para mí que el descubrimiento de la inteligencia de James y de su compleja personalidad. El hecho de que hubiera venido en mi auxilio no era en sí milagroso. Uno de nuestros robots modernos, actuando bajo una orden de protección general, habría hecho lo mismo, aunque no se le hubiera ocurrido tirarme la espada; James había actuado por iniciativa propia. Además, durante varios meses, me había ocultado su capacidad mental. En realidad me había engañado, y esto en un robot era una imposibilidad matemática.

Había otra cosa: algo todavía más extraño. Como el robot había ocultado primeramente su personalidad, para revelarla en un momento dado, era indudable que tenía un propósito, un propósito personal. Un robot con un propósito personal y secreto, parecía increíble.

Volví a mirarlo: empezaba a pensar en él como en una persona.

—¿Por qué me salvaste la vida? ¿Sientes algún afecto por mí?

Supongo que esta pregunta debe haberle parecido patética. ¡A tan poca gente le importaba de mí!

—No, señor —contestó el robot.

Naturalmente, no me tenía afecto.

¿Acaso un robot puede tener sentimientos? Sin embargo este robot parecía guiado por un propósito, y, si no me equivoco, un propósito implica deseos, ansias, quizás esperanzas. Empecé a meditar sobre estas cosas.

—Saca el coche y lleva a la señorita a su casa —dije después de un momento—. Luego haz desaparecer este cadáver. Tiralo al río o mételo en uno de los hornos.

¿Podrán creerme si les digo que, por un momento, tuve miedo de que no me obedeciera? Pero, naturalmente, obedeció.

A la mañana siguiente me levanté, desayuné más temprano que de costumbre, me colgué la espada a la cintura y salí del palacio. Tomé por un pasadizo que conducía a una entrada lateral.

Pude así penetrar, sin ser visto, en el salón principal. Por un momento me detuve en la sombra bajo una arcada y observé. Mi hermano estaba allí como de costumbre, rodeado por sus amigos y consejeros. Vi a Condar, hablando con un amigo. Caminé rápidamente y, antes de que se dieran cuenta, estuve entre ellos. Condar sólo me vió cuando estuve frente a él.

Le crucé la cara de una bofetada, y después, tomando una jarra de agua que había sobre una mesa, se la derramé encima, empapando su túnica escarlata.

Hubo gritos y murmullos. Oí exclamar a mi hermano:

—¿Qué significa eso, Nicolás? —pero Condar había sacado su espada y yo estaba demasiado ocupado para responder. Condar sabía que yo había venido a matarlo. Yo, a mi vez, sabía que tenía que matarlo pronto, antes de que alguien me hiciera tropezar o me trabara el brazo. Durante unos minutos sudamos en una lucha feroz y espantosa.

Después le atravesé el cuello, y él cayó, escupiendo sangre, a los pies de mi hermano.

—Este hombre —dije señalando el cuerpo— envió anoche dos individuos para asesinarme —y dejé que todos meditaran sobre aquella afirmación.

—Has actuado demasiado de prisa, hermano —protestó Tomos, humedeciéndose los labios y mirando con inquietud mi espada llena de sangre—. ¿No habría sido mejor que hubieras reclamado justicia, que yo hubiera hecho juzgar a ese hombre?

—No quería molestarte por un asunto de tan poca importancia —contesté, y observé que los hombres que estaban junto a mi hermano me consideraban más importante a causa de lo que yo acababa de hacer.

Automóvil atómico

EN Estrella Roja, órgano del Ministerio de Defensa de la U. R. S. S., se publica un proyecto de automóvil atómico. El motor tendría cilindros como los actuales; pero lo que explotaría dentro de ellos sería combustible nuclear en estado gaseoso. Para un recorrido de 100.000 km, para el que actualmente son necesarias 10 toneladas de nafta, bastarán, según los cálculos, 60 gramos de uranio.

bibliotecas, para que me informe sobre lo que ocurre y para que esté presente cuando converse con gente importante?

—Me ocuparé de que haga todo eso —contesté—. Y cuando te haya informado y sepas cuáles son mis posibilidades de supervivencia, comunícamelo. Digamos... dentro de un mes?

—Tendrá usted la información cuando esté lista —dijo el robot.

No había ninguna emoción en su voz, ahora más sonora, pero siempre mecánica. Realmente creo que, si vislumbro alguna emotividad, ésta provenía de mi propia imaginación. Me pareció percibir cierta frialdad.

Durante unas semanas, James buscó informaciones referentes a mí y las circunstancias que me rodeaban. Empezó por el verdadero principio: fecha de nacimiento; nombre de la madre; origen y parentesco; mi historia médica; un informe sobre mis travesuras juveniles... Después hizo lo mismo con mi hermano. Extendió su trabajo a más amplios ambientes aumentando siempre el margen de sus conocimientos. Se enteró de todo lo que se había escrito sobre nuestra familia; leyó la historia de nuestra nación y de nuestra raza; biografías; comentarios; diarios de guerra: todo. Naturalmente, leyó todo esto de pie, sin mover la cabeza ni el libro, y girando las páginas a razón de dos por segundo. Me pregunté qué tenía que ver todo aquello con la posibilidad de que a mí en medio de una multitud, cualquier noche, me clavaran por la espalda un puñal envenenado. Continuamente, James me interrogaba sobre mis conocidos (no había realmente nadie a quien yo pudiera llamar amigo), sobre los oficiales de mi hermano y sobre mis amistades femeninas. Conseguí que, por uno u otro motivo, James me acompañara a palacio para escuchar a mi hermano y a sus cortesanos. El visitó

también el garage donde yo guardaba mi coche, y las tiendas que suministraban alimentos a mi casa.

Al terminar este estudio, hizo el informe.

—Señor —empezó diciendo—, estimo que sus posibilidades de llegar a vivir el término medio de su raza son exiguas. La civilización en este planeta ha pasado ya el pináculo y está ahora en el período de descenso hacia el salvajismo. Este período histórico se caracteriza por la inescrupulosidad, la carencia de moral y de honestidad, el cinismo absoluto y la falta de ideales. Su hermano es producto de esta época. Siempre le tendrá a usted miedo. Aunque él tenga motivos para creer que usted carece de ambición personal, temerá siempre que sea usted cabeza de algún partido. Los amigos y consejeros de su hermano son igualmente inescrupulosos. Debemos esperar que continuamente, cuando algún acontecimiento lo coloque a usted en primera plana, habrá un intento de asesinarlo. Si casualmente usted llegara a destacarse en algún sentido, su hermano pasará de las tentativas secretas a la acción abierta. Encontrará algún motivo para hacerlo arrestar y juzgarlo por traición. Hará esto casi seguramente si usted se casa y tiene un hijo. Y, en el caso de que la mujer de él tuviera un hijo, y piense en asegurarse de que éste herede al padre, también ella procurará eliminarlo a usted.

—No me dices nada nuevo —interrumpí—, y no te he pedido que profeticas desgracias. Te he dado instrucciones para que me protejas.

—Señor —dijo el robot—, le estoy señalando la imposibilidad de cumplir sus órdenes con éxito total. Estimo que sus probabilidades de vivir diez años más, incluso con mi protección, son del uno por ciento. Sin mi protección tiene usted el cincuenta por ciento de probabilidades de vivir tres años.

—Eres demasiado matemático —protesté—; pero naturalmente no espero que cumplas tan bien tu cometido como cuando te ordeno coger mi espada y templarla. Entiendo también que, tarde o temprano, mi hermano Tomos me hará desaparecer. Con todo, si con tu ayuda puedo vivir diez años en lugar de tres, creo que habrás cumplido la orden que te he dado.

—Bien, señor —contestó el robot—. Pero, para protegerlo, quiero que se someta usted a ciertas reglas.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Es necesario que aprenda usted a ser mejor esgrimista.

—Ya soy uno de los mejores esgrimistas de la nación.

—Su opinión es incorrecta, señor. Esas afirmaciones han sido pura adulación. Hay por lo menos una docena de nobles que podrían matarlo en cinco minutos. Además es necesario que esté usted preparado para enfrentar, dentro de uno o dos años, algunos de los espadachines de Argol.

—¿Por qué deberé luchar contra nadie en Argol?

—Porque su hermano continuará el programa de conquistas establecido por su padre. Aunque él se opusiera, los nobles lo obligarían.

Además, tienen ustedes una Armada poderosa, cuyos capitanes sueñan con conquistar la gloria. Antes de iniciar ese programa, su hermano deberá establecer una alianza con Argol. Buscará esto concertando su matrimonio con la hija del jefe de la nación más importante de aquel planeta. Entonces habrá toda clase de intercambios entre nosotros y Argol. Y será fácil, en tales circunstancias, que usted se bata en duelo con alguien de ese planeta. Es también probable que la mujer de su hermano, cuando se entere del peligro que representa la existencia de usted, pida a algún pariente, o servidor, que inicie una disputa con usted.

Medité esta afirmación (podía también llamarse profecía) durante varios minutos.

Nunca lo habría pensado yo solo; pero, con todos los detalles dados por James, aquello parecía lo más sencillo del mundo. Tomos continuaría los planes de conquista de nuestro padre. Para lograr esto debía consolidar su posición, y un matrimonio con la hija de Glawin de Argol sería conveniente.

El matrimonio le daría, no sólo necesidades urgentes e inmediatas para desear mi muerte, sino que le proporcionaría también nuevos medios para realizarla.

—De acuerdo —contesté a James—. Es necesario que me entrene.

—Debo también comunicarle que la posibilidad de prolongar su vida aumentará considerablemente si se modera en la ingestión de alcohol.

—¡Oh, no; eso no! —interrumpí—. ¿De qué sirve vivir si no puede uno divertirse?

EL PROXIMO LUNES APARECE

Gatito

en vacaciones

¡Precioso!... ¡en colores!...
¡encantará a los chiquitos!



\$ 3.-

PIDALO A SU CANILLITA O A SU LIBRERO

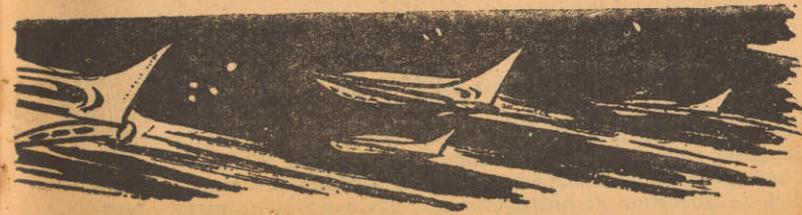


—No puedo darle a usted razones para que desee vivir —dijo James, interpretándome al pie de la letra—. Yo procuro seguir las instrucciones que usted me ha dado para que proteja su vida. Por eso afirmo que sus posibilidades de sobrevivir disminuyen si usted enturbia su mente y aminora su potencia muscular consumiendo demasiado alcohol.

—Me recuerdas cada vez más a un preceptor que tuve una vez —dije—, exceptuando que, si te tiro una flecha a la espalda, ésta se estrellará.

EN los dos años siguientes, James me salvó dos veces la vida: una vez descubriendo un defecto que se produjo en los frenos de mi automó-

vil; otra haciendo cambiar la dirección de un pesado trozo de mampostería que cayó desde un techo cuando yo pasaba. Además de estos incidentes, sobreviví nada menos que a tres duelos. Del primero apenas logré escapar con vida; pero, a partir de entonces, practiqué esgrima continuamente; estudié la teoría (el equilibrio de las armas, las pausas, la psicología del ataque), y desarrollé estas nociones bajo las penetrantes miradas del robot, comenzando cada operación lentamente y apresurándome más y más cada vez. El resultado fué tal que, tras el segundo y tercer duelo, en los que maté con gran facilidad a mis oponentes, nadie se atrevió a ganar la gratitud de mi hermano en esta forma.



Cuando nuestra vida depende de una mano firme y de una mirada rápida, es cuestión de sentido común evitar lo que James llamaba "excesos alcohólicos"; además, cuando las posibilidades de vivir aumentan si se evitan las multitudes, las calles oscuras, los bailes concurridos, las compañías groseras y los encuentros casuales, es natural que cada vez menos se busque la compañía de las muchachas del tipo de las que yo buscaba antes.

Ya supondrán ustedes que cambié de conducta; que fui un hombre nuevo.

Otros factores contribuyeron al cambio. Como en el examen y en la prueba práctica de Astrogación yo había mostrado un talento especial, me dieron una misión importante en el Centro de Investigaciones de Astrogación Naval.

Esta misión no fué fácil de cumplir, porque James fué incapaz de proporcionarme nueva ayuda; por lo tanto, para conservar la reputación ganada tan fácilmente, debí estudiar con ahínco y asiduidad.

De la forma en que mi vida cambió en esos años, no me di cuenta hasta que oí un noticiario en el que se hacía referencia a mi persona. Así supe que yo había heredado toda la inteligencia de mi padre, y que era quizás uno de los mejores científicos navales de la época. Además, aunque carecía del magnetismo y dones de dominación de mi hermano, mis amigos más íntimos sabían que yo ocultaba mucho encanto bajo mis modales austeros y mi

severidad. Yo era, por añadidura, un gran esgrimista...

—¿Me hubieras descrito así cuando entraste a mi servicio? —pregunté a James.

—No puedo juzgar la constitución física humana excepto desde el punto de vista de la eficiencia —contestó.

—No me refiero a constitución física —dije—. Quiero saber cómo era mi... personalidad.

—Usted era —dijo James sin vacilar— un producto típico de su familia y de su medio; es decir, era usted un príncipe sin importancia, hijo ilegítimo de un hombre enérgico, poco escrupuloso y no demasiado inteligente, que gobernaba sobre una raza ya degenerada... Usted era perezoso, blando, desconfiado, inútil...

—Basta; ya es suficiente —dije—. ¿Quieres ahora escuchar cómo soy? —y le repetí todo lo que yo había oído respecto a mí—. ¿Estás de acuerdo con esta descripción?

—Sí —dijo el robot.

—Bien —dije—. ¿Cómo explicas este cambio?

—Su vida sigue un nuevo camino como resultado de la inteligente apreciación de los peligros que lo rodeaban. Además, su antigua existencia sin propósito definido era fuente de insatisfacción para usted.

—Estoy de acuerdo en eso —contesté—. Pero voy a hacerte una pregunta difícil. ¿Este cambio habría podido ocurrir sin tu ayuda?

Esta idea, y en particular esta pregunta, hacía tiempo que se formaban

Protección de Metales

El ennegrecimiento de los objetos de plata o cobre puede evitarse ahora con el perfeccionamiento de un papel y tejido especiales, impregnados de una solución de clorofila, que tiene la propiedad de absorber el hidrógeno sulfurado de la atmósfera, responsable de la pérdida de brillo de estos metales.

en mi mente. Nunca había yo abandonado la primera idea increíble de que el robot estaba guiado por un propósito secreto. Yo sentía ahora que lo había puesto en una posición en la que él debería reconocer que estaba influyendo en mi vida y tratando de formar mi carácter.

Naturalmente, en tal dilema cualquier ser humano puede mentir en seguida; pero no ocurre lo mismo con un robot, porque los robots no pueden mentir. Los robots cumplen las órdenes que se les dan; guardan las informaciones; las asimilan; las resumen; sacan conclusiones; calculan, graban, recuerdan, deducen, verifican, afirman y dan las respuestas requeridas; pero, como carecen de esperanzas, ambiciones, miedos, odios o planes, en ningún caso pueden decir nada que no sea una respuesta verdadera.

—Sin mi ayuda, no habría usted cambiado, señor.

No mintió. Yo sabía que sin él yo nunca hubiera cambiado.

—¿Qué habría sido de mí? —pregunté.

—Se hubiera usted degenerado todavía más, dentro de la línea que seguía... Y hay muchas probabilidades de que lo habrían matado ya.

—¿Por qué has hecho tanto por mí? —pregunté, suponiendo que cualquier respuesta a esa pregunta iba a revelar el propósito que lo guiaba; pero me equivoqué.

—Su pregunta carece de sentido —dijo James—; implica que me guía un propósito, lo cual es absurdo. He influido en su vida de la misma manera que hubiera influido en ella un libro, o un cuadro, o una visión desde lo alto de una montaña. Usted pidió informes. Yo los di, y usted actuó en consecuencia. Eso es todo.

Me pareció una respuesta muy buena; una respuesta ingeniosa. Pero me pareció también que era evidentemente

una excusa. Y la habilidad, la falta de solidez de la respuesta, no tenía nada que ver con el carácter mecánico de los robots.

Entonces le propuse una pregunta realmente seria.

—Si te ordeno ir al fondo y destruirte en pedazos, ¿lo harás?

Lo vi allí de pie, increíblemente antiguo, sin expresión, sin revelar emoción, un objeto resplandeciente de metal negro, semejante a una antigua piedra marciana tallada por dioses paganos; algo sin esperanzas, sin afectos, sin miedos.

Su voz resonó como siempre, pero esta vez había en ella algo semejante a un nuevo sentido.

—No, señor —dijo el robot.

POR esta época llegaron a término las largas negociaciones para el matrimonio de mi hermano con la princesa Nara de Argol. Por alguna razón diplomática, demasiado complicada para ser entendida por mí, la ceremonia debía realizarse en Argol. Indudablemente mi hermano Tomos debió de acceder contra su gusto. Odiaba el espacio y muy pocas veces había salido en vuelo. Además, la idea de dejarme a mí, su medio hermano, mientras él estaba alejado y casi incomunicado con su reino, durante casi medio año, debe haberlo intranquilizado más que de costumbre. Finalmente, en lugar de nombrarme Regente durante su ausencia, ordenó que lo acompañara.

Hice el viaje con mi uniforme de astrogador, en uno de los navíos que escoltaban a la nave real. La compañía de los oficiales, en lugar de la ruidosa, malhumorada y frecuentemente ebria de la corte, fué para mí un placer.

En una sociedad tan peligrosa como la nuestra, yo era una especie de veneno humano; ser visto en mi compañía, cambiar conmigo una palabra o una sonrisa, disminuía las posibilidades de cualquier cosa; pero el capitán del navío

en el que yo viajaba era un joven de mi edad, llamado Karam, capaz de admirar a un oficial eficiente, porque él, en la infinita extensión del espacio, no amaba sino su trabajo y su navío. Me dió la bienvenida, y lo mismo hicieron los otros oficiales. Aquel viaje fué un feliz episodio en mi existencia sombría y sin amigos.

El navío real y su séquito recorrieron su órbita hasta Argol y, penetrando uno a uno en las espesas nubes que siempre rodean ese planeta, aterrizaron en el puerto astronáutico. Relevado yo de mis deberes, descendí a la cabina, me quité el negro uniforme naval y me vestí de paisano. Me encontraba tan llamativo como un loro, aunque mis ropas eran sobrias en comparación con las del resto de la comitiva.

La tripulación del navío se cuadró ante mí. El capitán Karam, que hasta ese momento me había llamado teniente astrogador, me hizo una reverencia cuando yo avancé hasta la escotilla, y me trató de Alteza Real. Yo le di la mano.

—Es usted muy afortunado, capitán —dije—. Tiene usted su navío, que es una especie de reino para usted.

El comprendió perfectamente el sentido de mis palabras.

—Mi padre sirvió al de Vuestra Alteza —contestó y, muy firme, golpeó con la mano la empuñadura de la espada.

—No sea usted romántico —le dije en voz baja—. Si esa frase fuera oída, podría costarle el puesto.

Salí por la escotilla, seguido de James, que llevaba mis valijas, y entré en la atmósfera cálida, húmeda y serena de Argol.

Después comenzó el desfile desde la base astronáutica; oí los gritos de la multitud; subí los escalones del palacio, en medio de una fila de guardias (hombres secos, de cara hosca, que usaban un tipo de fusil corto y pesado); presencié la recepción, los saludos y los

apretujones de quienes querían asegurarse el ser presentados en el orden correspondiente, y por fin nos encontramos en una de las salas del palacio, alejados de la comitiva real. Mi hermano me llamó. Estaba en uno de sus buenos momentos.

—Quiero hablarte en confianza, hermano —dijo—. Ha sido para mí una gran satisfacción el hecho de que en los últimos años hayas ganado la reputación de ser el primer esgrimista de nuestra raza. En eso te has portado como digno hijo de nuestro augusto padre. Pero, en este planeta extranjero, procura evitar las disputas; no te apresures a añadir una victoria más a las muchas que ya has ganado.

Quizá yo no he dicho claramente que mi hermano era muy inteligente. Es cierto que su inteligencia era de tipo astuto; pero, de todos modos, sus actos se dirigían siempre hacia un fin concreto. Me pregunté qué se proponería ahora.

—Entonces, ¿me prohibes batirme en duelo mientras estamos aquí? —pregunté.

—En modo alguno —contestó haciendo un ademán con la mano—. ¿Cómo podría pedirte que no contestaras a un insulto? Pero no quiero que mates a nadie. Sé cortés con ellos. Ya sabes que su amistad es muy necesaria para nosotros.

Analiqué estas frases y comprendí rápidamente cuán ingeniosas eran. Cualquiera jovenzuelo de la corte podría provocarme y matarme si se le ocurría. Como indudablemente mi reputación me había precedido, era posible que más de uno tuviera curiosidad de batirse conmigo. Pero a mí me estaba prohibido defenderme. Comprendí que se acercaban grandes acontecimientos.

Cuando conté a James lo ocurrido, él me aconsejó lo que yo esperaba: práctica constante; nada de alcohol; acostarme temprano. Por un lado estaba d

acuerdo en seguir los consejos de James, por otro lo lamenté, porque las muchachas de la corte eran muy atractivas, y hasta me había parecido que una o dos me habían mirado rápidamente con ojos tiernos.

De todos modos, si yo quería vivir, no podía proceder de otro modo, ¿no es así?

NO pasó mucho tiempo sin que yo demostrara mis condiciones de esgrimista. En la inmediata recepción dada en honor nuestro, tres jóvenes de la corte vinieron hacia mí. Yo estaba apoyado contra una columna, en el vestíbulo, mirando a la princesa Nara. En aquel instante pensaba que mi hermano era un hombre de suerte. No todas las princesas son atractivas; pero no cabía duda que la princesa Nara lo era en grado sumo. Había en ella una mezcla de fascinación y travesura tan grandes, que me pregunté si realmente sería una suerte para mi hermano Tomos, que era tan serio y carente de humor, casarse con aquella muchacha.

—Ahí está el gran hombre en persona —dijo una voz.

Me volví y vi tres caras sonrientes detrás de mí. Uno me miró, levantó despreciativamente la cabeza y dijo a sus compañeros:

—¿Realmente creéis que puede ser peligroso?

—¿En qué puedo servirlos, caballeros? —pregunté.

—El príncipe pregunta si puede servirnos en algo —dijo uno de los jóvenes, sin mirarme.

—Tal vez —repuso el otro, y en nombre de los tres me hizo una pregunta, naturalmente sobre lo que más debía molestarme: sobre mi origen bastardo.

—¿Cuál desea la respuesta?

—Yo —contestó uno.

—Me agradecería mucho responderle con la punta de la espada —manifesté sonriendo.

—Es la única manera de contestar a una pregunta semejante —dijo él, también sonriendo—. ¿Mañana?...

—¿Por qué no esta misma noche? —sugerí—. Si muere usted de miedo esta noche, nunca podrá conocer la respuesta.

La cara del hombre se ensombreció. —De acuerdo —dijo—. Hay un gimnasio al otro lado del patio...

No quiero vanagloriarme sobre esto. Ya he dicho que siempre he manejado muy bien la espada y que, en los dos últimos años, había aprendido a ser un esgrimista soberbio para conservar la vida. El muchacho aquel no habría podido ni hacerme el más leve rasguño. Pero yo, siguiendo un plan que se estaba formando en mi mente, crucé con él las espadas durante una hora, fingiendo que de sus acometidas yo me libraba simplemente por buena suerte. Después, como si fuera siempre cuestión de buena suerte, le atravesé el brazo derecho, cerca del codo.

—Bueno —dijo mientras le vendaban la herida—, no se bate Vuestra Alteza mal para ser príncipe; aunque, de no ser por esta herida, yo lo habría vencido.

—¿Hay alguien más que desee conocer mi respuesta a la pregunta formulada? —pregunté.

—Yo —dijo uno de los amigos del joven.

—¿Mañana? —sugerí.

—Mañana —contestó.

Me batí con él durante una hora, al día siguiente; y, al otro día, hice lo mismo con el tercero de los provocadores. Herí a ambos en el brazo derecho, cerca del codo.

Así hubo en la corte tres jóvenes con el brazo en cabestrillo. Naturalmente, aquello provocó toda clase de sonrisas, rumores y miradas curiosas. Yo recibí una noticia muy interesante, que no contesté. Y la princesa Nara, en persona, cuando nos encontramos

en la mesa, me preguntó si me divertía en la corte.

—Francamente, no —contesté—. He estado muy ocupado en algo semejante a castigar chicos traviesos en el colegio —dije esto en voz alta, para que lo oyeran todos—. Hay otras ocupaciones más gratas —aquí bajé la voz—; pero para esas no he tenido tiempo.

—Temo que hayas desdeñado a algunas de las damas jóvenes de la corte —comentó ella.

—¿Qué otras damas? —pregunté, con aire inocente—. Mis ojos no han visto a ninguna otra mujer desde que te vi a ti.

—¡Oh, hermosa réplica! —dijo ella, riendo—. Nunca me han dicho un piropo tan agradable. ¡Qué suerte tengo en que seas mi cuñado! Cuando esté aburrída, me gustará que vengas a decirme esas cosas agradables, con tu delicioso acento de Tauron.

—Si no fueras la prometida de mi hermano, ni fueras princesa, te diría muchas más cosas, aun antes de ser pariente.

—Creo que ya has ido bastante lejos en nuestra primera conversación —dijo ella, sonriendo dulcemente—. Como vamos a ser cuñados y a vernos toda la vida, sería un error utilizar toda la artillería en la primera conversación.

Espero que estén ustedes de acuerdo en que esta frase demostraba que la princesa era casi tan inteligente como hermosa.

PERO yo tenía otros asuntos en que ocuparme. Hubo otros dos nuevos aspirantes al honor de acabar con la vida del mejor espadachín de Tauron. Me siguieron en cuanto nos levantamos de la mesa, y la conversación se desarrolló con el tema acostumbrado.

Yo no deseaba que se hiciera costumbre entre los jóvenes argolanos probar la punta de mi espada durante mi permanencia en el planeta; pues, algún

día, yo podría tropezar, o mirar a otra parte, o recibir un rayo de luz en los ojos en un instante crítico, o tener que luchar contra algún espadachín realmente bueno y que el combate se efectuara en momentos en que yo estuviese fatigado o desganado.

Por lo tanto decidí acabar con el asunto, de tal manera que mi reputación no sufriera descrédito.

En los encuentros precedentes yo había aparentado ser un esgrimista levemente superior a mis contrincantes; había fingido tener suerte más que habilidad; pero ahora decidí seguir distinta conducta.

—Oigan ustedes, caballeros —dije a aquellos dos jóvenes provocadores—. Argol es un lugar muy interesante, y yo podría divertirme mucho si no fuera por estos desafíos, que ya empiezan a ser aburridos.

—Oigan ustedes, caballeros —dije a aquellos dos jóvenes provocadores—. Argol es un lugar muy interesante, y yo podría divertirme mucho si no fuera por estos desafíos, que ya empiezan a ser aburridos.

—Tengo derecho a pedir a usted un encuentro, señor —dije inclinándome hacia el de más estatura—. Mañana me batiré con usted. Y pasado mañana con usted —añadí, dirigiéndome al otro—.

Les ruego, por lo tanto, que consideren que estos dos días estoy al servicio de ustedes y que, en consecuencia, no podré batirme con nadie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintieron ambos.

Las leyes del honor establecían que un hombre no tenía que batirse más de una vez al día.

—Bien —dije con brusquedad súbita—. Pues yo me batiré con ustedes ahora mismo; los venceré, y me consideraré libre durante los dos días siguientes. Adelante —dije avanzando.

—Pero —protestó uno de ellos— dentro de poco, en menos de una hora, tenemos que presentarnos en el salón,

ante el rey... No hay tiempo.

—Terminaré pronto con ustedes —afirmé. Ellos vacilaban.

Entonces dije con brusquedad:

—Estoy harto de mocosos como ustedes... o aceptan batirse ahora, o démoslos todo por terminado. Decídanse y no teman. No los lastimaré demasiado.

Dije esto en voz alta, para que todos me oyeran. Mis dos contrincantes dejaron de sonreír.

—Vamos —dijeron ambos a la vez.

Yo los precedí, atravesé el gimnasio, empujé la puerta y me despojé de la túnica.

—Empecemos —dije desenvainando la espada.

Los hombres que nos habían seguido se acomodaron alrededor de la habitación.

—¿Está listo, señor? —pregunté al joven que me enfrentaba.

—Listo —contestó.

Me sentí como un resorte tenso, a punto de saltarse.

—¿Está usted listo y en guardia? —pregunté de nuevo—. ¿No osará usted decir que lo he tomado por sorpresa?

—Habla mucho Vuestra Alteza —contestó mi contrincante—. Demuestre su habilidad con la espada.

Me precipité sobre él. Puse toda la habilidad y la rapidez que poseo en tres movimientos. Adelante y atrás; hacia arriba y un paso de lado (él abrió la guardia, como yo esperaba), y la punta de mi espada arañó el hueso al penetrarle en el brazo: el brazo derecho, encima del codo.

Retrocedí y limpié la punta de la espada.

—Es su turno, señor —dije al otro—. Vamos, ¿quiere usted desistir?

Como respuesta, el hombre desenvainó la espada.

—¿Está listo? —pregunté.

El me vigiló, como gato en acecho, decidido a luchar mejor que su amigo. Di unos cuantos pasos tanteando el te-

¿por qué,
cómo,
cuándo,
dónde?

más allá

contesta a

todas las cartas que le escriban sus lectores, los cuales están invitados a formular preguntas sobre temas científicos, que serán contestadas por la Sección Científica. Algunas de las respuestas se publican cada mes en la sección CORRESPONDENCIA, indicando también nombre y dirección de los firmantes, o menos que se nos pida no hacerlo. Las preguntas deben ser claras y, en lo posible, breves; cada carta no debe contener más que una pregunta.

escriba a

más allá

AVENIDA ALEM 884

Bs. Aires



reno. El hombre sonrió.

—Si Vuestra Alteza hubiera intentado otra vez ese juego —dijo—, yo ya lo habría herido.

—Poseo otras tretas —afirmé—, y tenemos una hora para ensayarlas...

Dejé pasar una fracción de segundo: el tiempo suficiente para que mi contrincante interpretara mi frase en el sentido de que yo me preparaba para una lucha larga y cautelosa, en la que finalmente me precipitaría sobre él. Repetí entonces la táctica usada con su compañero; abrí su defensa, y le atravesé el brazo derecho.

Limpié la espada, me coloqué la túnica, me alejé rápidamente hacia mis habitaciones, me desvestí, me bañé, me peiné, volví a vestirme y me dirigí al salón.

RECORRI el salón con la mirada, hasta encontrar los ojos de una de las damas. Pasé la hora siguiente recostado contra un pilar, flirteando con la dama.

El rumor de mi hazaña corrió como una centella: creció, aumentó, giró... La gente pasaba frente a mí y me miraba con curiosidad y admiración. Alguien apartó a mi amiga momentáneamente y le dijo algo en secreto. Ella

regresó, con los ojos abiertos de admiración ante el héroe.

Finalmente el rey de Argol me mandó llamar. Ocupaba un estrado en el fondo del salón. Mi hermano y la princesa estaban a su lado, rodeados por las notabilidades de Argol y de Tauron. Aparentemente el rey había hecho algunas averiguaciones, porque mis cinco contrincantes estaban también frente al rey, con aire contrito. Todos tenían vendado el brazo derecho.

La corte nos rodeó. Alguien hizo una señal. Los cinco jóvenes dieron un paso adelante. El murmullo se convirtió en risa y después en carcajadas. Todos empezaron a aplaudir, a la manera argolana, cuando yo avancé. El rey rió también.

—Has estado enseñando esgrima a algunos de mis súbditos —dijo.

Aquella fué mi oportunidad. Era el momento que yo esperaba. Vacilé como si esperase una amonestación.

—Os aseguro, señor —dije—, que ninguno de ellos corrió peligro. Mi hermano el rey me ordenó que no hiriera gravemente a nadie.

—¿Qué? ... —rugió el rey.

Después de esta exclamación hubo un instante de completo silencio. Luego comenzaron los murmullos mien-

tras la gente que estaba al frente de la multitud informaba de mis palabras a los que estaban atrás.

—¡De modo que cada uno de estos mocosos puede intentar matarte, mientras que a ti te está prohibido matar a ninguno de ellos, ni siquiera para defender tu reputación o hasta tu vida! ... —miró a mi hermano, con desaprobación—. ¡No tenías necesidad de proteger tanto a mis jóvenes súbditos! —rugió poniéndose de pie—. Y ahora oigan esta orden —anunció—. Tú, príncipe —prosiguió dirigiéndose a mí—, no enfrentarás más desafíos en mi reino. Tu reputación no necesita establecerse ya. Cualquiera que intente batirse con nuestro huésped recibirá la visita del capitán de mi guardia.

El rey se sentó.

Yo di un gran suspiro de alivio. Pensé que, por lo pronto, tenía posibilidades de seguir viviendo.

DESCRIBI todo esto a James, con cierto orgullo, porque ésta era una maniobra que yo había planeado solo, sin consejo de él.

Naturalmente, ustedes opinarán que James era un confidente muy extraño, ya que no demostró interés, ni me elogió ni comentó nada. Pero James era el único con quien yo podía hablar. Además, él tenía una especie de precisión matemática para resumir cualquier situación.

Lo que dijo sobre la mía actual distaba mucho de ser alegre.

—Usted se ha vuelto popular —afirmó—. Usted es ahora admirado por los argolanos y hasta por su propio pueblo. Ya no es usted un don Nadie. Por lo tanto han disminuído sus posibilidades de vivir.

—Eso lo comprendo —reconocí—; pero será solamente cuando regresemos y cuando Tomos vuelva a preocuparse por mí. Mientras estemos en Argol, me considero a salvo y pienso divertirme.

En aquel momento James hizo un comentario; quizás el primer comentario espontáneo que hacía. Fué una frase muy simple.

—La princesa Nara es muy atractiva —dijo.

Mucho tiempo después, recordé esta frase. Fué dicha en el momento psicológicamente justo. Yo había anunciado mis intenciones de divertirme; pero en mi mente no había plan definido. El resultado de la frase fué que mi mente siguió cierta dirección... una dirección peligrosa y excitante.

Ahora creo que James escogió deliberadamente el momento, las palabras y hasta... yo diría el tono en que las pronunció; pero, naturalmente, él no podía variar de tono. Sin embargo, yo presentí algo en el fondo de la frase. Todo lo que dije en el momento, sin embargo, fué:

—Como una maquinaria hecha de alambres, como tú, puede saber si la princesa es o no atractiva, es algo que escapa a mi comprensión.

LOS argolanos eran gente alegre y pendenciera; pero había en el fondo de ellos una dureza de la que carecía mi pueblo, más perezoso, indolente y amante del lujo. Luchaban entre sí, intrigaban, buscaban a las mujeres del prójimo, murmuraban y reñan inmoderadamente ante cualquier escándalo. Las mujeres eran como los hombres. La mayoría de las damas de la corte se había divorciado por lo menos una vez, y algunas hasta cinco veces. Todas habían esperado ansiosamente la llegada de los visitantes de Tauron.

Pero yo había puesto los ojos, o quizás James hizo que los pusiera, en la princesa Nara.

Yo ignoraba lo que saldría de todo esto. Era casi seguro que mi hermano me haría encarcelar al regresar a Tauron, acusándome de una u otra cosa.

¿Robot?

¿De dónde viene la palabra "robot", común al español, al inglés, al francés, al alemán, al italiano, en fin, a cuanto idioma ha tratado alguna vez de F.C.?

Es inútil romperse el cráneo, porque no lo sabrán. ¿Se dan por vencidos?

Bien. He aquí la solución:

"Robot" deriva de una palabra eslava que significa "trabajo". Fué popularizada en un sentido actual por una pieza teatral "R. U. R." ("Rossum's Universal Robots") escrita por el checo Karel Capek; en ella aparece la sociedad como dependiendo de hombres mecánicos. Estos se sublevan contra sus empleadores y los destruyen.

No salgan ahora diciendo que ya lo sabían...

En realidad creía yo que mi fin estaba cercano y que me convenía divertirme antes de terminar. Podía fastidiar un poco a mi hermano y preocupar a muchos.

La princesa era una mujer de su raza y época, refinada, femenina, ansiosa de diversiones. Bailamos juntos; juntos salimos a la terraza de palacio. . . Continuamente había entre nosotros una especie de duelo de palabras, y reíamos con desenfado. Vi las miradas sombrías de mi hermano. Oí que murmuraban a mi espalda. Todo era deliciosamente excitante, divertido. . . , y peligrosísimo.

Progresamos rápidamente, a una velocidad increíble, que debería conducirme un día a una de las celdas de nuestros propios navíos.

—Tu hermano, mi futuro esposo, no está muy contento de que seas tan solícito conmigo —dijo ella un día—. ¿Sería él capaz de hacerte daño por despecho?

—En modo alguno —aseguré riendo—; y no comprendo por qué habría de desagradarle esto. Todavía faltan algunas semanas para que seas su esposa y reina. Cuando lo seas me volveré muy respetuoso y no me acercaré a más de diez metros de tu persona —evidentemente había una distancia mucho menor entre nosotros en ese momento—. Y tú, estoy seguro, no permitirás que. . . —la miré de reojo, interrogativamente—. Supongo, ¿no es así?

—Cuando sea reina, querido Nicolás —dijo ella—, me portaré muy bien. No seré una reina de segundo orden; no daré motivos para que se hable mal de mí, o siquiera para que murmuren.

—Eres muy sabia —dije tristemente—. En toda mi vida, es ésta la primera vez que desearía estar en el lugar de mi hermano. ¿Crees tú que mi hermano es atractivo?

—No está mal —concedió ella—: es más limpio y se viste mejor que algu-

nos de los nobles locales con los que yo podría haberme casado. No creo que se interese en otras mujeres, cosa que no podría esperarse de ti, por ejemplo, mi querido cuñado. Pero Tomos tiene además una atracción notable. ¿Sabes cuál es?

—¿El hecho de que sea rey? —sugerí.

—¡Qué bien me conoces! —asintió ella—. Sí, el hecho de que sea rey —se cogió de mi brazo—. Pero todavía él no es mi marido, y tenemos diez minutos antes de reaparecer. . .

Continué aquel delicioso juego, sin importarme lo que pudiera suceder después. La corte sonreía a hurtadillas, y el rey de Argol reía también tolerantemente y decía:

—Todavía no está casada.

Se acercaba el día del matrimonio. Una o dos veces, Nara dijo:

—Todavía no estoy casada. Pronto tendremos que decirnos adiós, mi querido Nicolás. . . ¡Cómo siento que no seas rey en lugar de tu hermano! Pronto tendremos que vernos a una distancia prudente. . . ; pero todavía no estoy casada.

Yo la miré. Era provocadora y excitante. Sus ojos estaban sombríos.

—¡Estaré casada tanto tiempo! . . . : todos los días de mi vida —añadió.

Yo sabía que aquello significaba la muerte para mí, aunque para ella no fuera más que una travesura. Sin embargo, hice la pregunta que ella esperaba, y ella la contestó también en la forma que yo esperaba.

Nos arreglamos discretamente (los argolanos son expertos en esos lances), y no nos mostrábamos mucho en público, ni conversábamos antes de la noche en que estábamos citados. Pensé que nuestro plan era perfecto. Después del crepúsculo, James me llevaba en un helicóptero hasta un lago cercano al palacio. En un momento descendíamos sobre el lago. Después, James regresaba, cerraba la puerta de mi de-

partamento y realizaba todo lo necesario para traer y preparar la cena.

En el lago había una pequeña isla flotante, con una chocita. . .

ANTES del amanecer, James me recogía y me llevaba de vuelta a mi departamento.

Como ya he dicho, yo creía que nuestro plan era perfecto: suponía que nadie se enteraría de la aventura. Durante tres días realmente fué un secreto; después, no sé cómo, el secreto trascendió. Comenzó todo como un rumor, probablemente en las cocinas, después corrió por el palacio, llegó a la ciudad, las habladurías se extendieron, se comentó con sonrisas el asunto, y finalmente fué la comidilla y el regocijo de toda la ciudad. Me señalaban en la calle, me aplaudían y me palmoreaban el hombro.

—¡De modo que éste será mi final —dije a James— en cuanto la historia llegue a oídos de mi hermano! Naturalmente, él será el último en enterarse, pero al fin se enterará.

Enviaré una patrulla de alguno de nuestros navíos, para prenderme. Tiene motivo más que suficiente: lo he convertido en un hazmerreír. Y, aunque los argolanos se burlen ahora de él, aplaudirán cualquier venganza que tome.

James guardó silencio.

—¿Puedes aconsejarme algo? —le pregunté.

—Sí, señor —contestó.

—Escucho.

—Usted podría ser rey —sugirió James.

Lo miré.

—Tienes algún circuito interrumpido —dije.

—Eso no hace al caso, señor. Puedo ofrecerle un plan perfectamente lógico.

—Bueno, no pierdo nada con escharte. Estoy completamente solo. Díme cómo puedo ser rey antes de que

los oficiales de mi hermano vengan a arrestarme.

James explicó todo en tres minutos.

—Pero no puedes garantizar el éxito —le dije cuando terminó de exponer su plan.

—Nunca es posible garantizar el éxito de nada en ningún momento. Pero, si usted ejecuta el plan atrevidamente, tendrá muchas posibilidades de triunfar; y, si no lo ejecuta, las probabilidades de que usted muera antes de llegar a Tauron aumentarán considerablemente.

—Bueno —asentí—, hagámoslo.

James salió para hablar con la princesa Nara. Yo llamé al capitán Karam, que se encontraba en su navío. La figura del capitán apareció inmediatamente en la pantalla.

—¡Ah!, príncipe Nicolás —dijo sonriendo—, me he enterado de que se divierte mucho Vuestra Alteza.

—Quiero hacerle una propuesta —contesté— que probablemente hará usted bien en rechazar.

—Rara vez rehusó las propuestas que me agradan —contestó Karam—, y aparentemente Vuestra Alteza tampoco. . . Escucho. . .

—Voy a intentar apoderarme del reino —dije bruscamente—. Le ruego que se una a mí. Si lo hace y fracasamos, probablemente morirá usted antes de la noche. . .

—¿Y si triunfamos? —preguntó.

—No prometo nada —dije—, pero sé que es usted un buen oficial.

—Me gusta la respuesta. Estoy a vuestras órdenes. ¿Qué debo hacer?

—Lo siguiente —comencé—: Hoy, en algún momento del día, mi hermano convocará a los capitanes de los navíos y pedirá un oficial y un escuadrón para prenderme. Procure ser usted ese oficial y elija hombres de toda confianza. Si eso no es posible, despísteles, enciérrelos y preséntese usted solo. ¿Entiende?

—Sí —dijo—. ¿Qué más?

—Mande un hombre a arreglar algún desperfecto eléctrico y haga que paralice las comunicaciones. Es necesario que no haya contacto entre los navíos y el palacio. Haga que la interrupción esté lista cuando usted salga del navío.

Karam preguntó nuevamente:

—¿Nada más?

—Envíe un mensaje, como si fuera de mi hermano, ordenando a todos los capitanes de navío que se presenten a verlo personalmente. El mensaje, como es lógico, debe ser verbal, y enviado después de que se produzca el corto circuito.

—No es fácil —comentó Karam—; pero lo intentaré.

—Eso es todo —terminé diciendo.

—Si la tentativa falla —dijo él—, procuraremos ambos regresar a mi navío. Me agradaría defenderme en pleno espacio.

—De acuerdo.

Sólo restaba esperar. James había salido a ocuparse del resto del plan.

La primera señal de tormenta fué la visita de un anciano consejero, que había sido amigo de mi padre. Miró nerviosamente alrededor de la habitación, se mojó los labios y murmuró:

—Siempre he dicho que la familia tenía coraje. No ha ocurrido todavía ningún daño irreparable. De todos modos, es probable que su hermano se sienta realmente herido. Es el hazme-reír de toda la ciudad. ¿Por qué no se va Vuestra Alteza de viaje? ¿Qué le parece una cacería en alguna selva polar inaccesible? ¿Por qué no se va hoy... en seguida?

Agradecí el consejo.

—No crea —contesté— que alguna vez he pensado en algo semejante. Sin embargo, siempre me he sentido más seguro en medio de la corte, donde

cualquier accidente puede parecer lo bastante casual como para satisfacer a la gente. Pero puede usted hacer algo por mí, consejero —añadí—. Seguramente mi hermano convocará al Consejo dentro de una hora, más o menos. No deje usted de asistir, y, si por casualidad conoce a alguien más que no esté en contra de mí, oblíguelo a asistir también.

El anciano me lanzó una rápida mirada entre sus tupidas cejas.

—Así lo haré —prometí.

Cuando se fué yo permanecí largo rato esperando. Imaginé a James marchando silenciosamente alrededor del palacio. Me pregunté qué le diría a Nara y cómo lo escucharía ella. Yo pensaba que la reacción de ella era el punto más importante para llevar a cabo el plan.

Los visitantes siguientes fueron una media docena de jóvenes argolanos. Tres de ellos eran los que yo había herido en el brazo, hacía unas semanas. Permanecieron a la puerta, moviendo mucho los pies, codeándose para verme mejor y sonriendo.

—Bueno, señores —dije—, ¿quieren ustedes más lecciones de esgrima?

—No. Alteza... —contestó uno—. El hecho es que... —acentuó su sonrisa— tenemos entendido que el rey, vuestro hermano, tiene sobrados motivos para estar enojado con Vuestra Alteza.

—Es probable —reconocí.

—Siendo así —prosiguió el joven— y aunque Vuestra Alteza nos haya demostrado que no somos muy buenos espadachines, estamos dispuestos a servir a Vuestra Alteza y ansiosos de serle útiles.

—Les agradezco mucho el ofrecimiento. Y teniendo en cuenta las circunstancias del enojo presunto de mi hermano, la actitud de ustedes me causa cierta sorpresa.

—¡Ah! —dijo otro riendo—, es que

todos hemos deseado alguna que otra vez a la princesa. Pero nadie ha conseguido... hazañas tan divertidas para la corte como Vuestra Alteza.

—Gracias —dije—. Si quieren ayudarme, les diré lo que deben hacer. Monten guardia fuera de la habitación en que mi hermano reúne al Consejo. Cuando mi robot entre, ustedes tendrán la bondad de seguirlo. Una vez que estén dentro, actúen según lo requieran las circunstancias... Gran batahola de golpes y estocadas. ¿Entienden?

Aparentemente entendieron. Se preparaban a salir cuando se abrió la puerta y apareció el capitán Karam, en uniforme. Lo seguían cinco oficiales de navío, todos armados.

—Príncipe Nicolás —dijo—, ¿aos preso.

—¡Eh! —gritó uno de los jóvenes—. ¡Creo que podremos serle útiles desde ahora mismo!

—¡Todavía no, todavía no! —exclamé, porque las espadas ya salían de las vainas—. El capitán Karam y yo nos entendemos.

Los jóvenes rieron nuevamente. Mientras yo atravesaba los largos corredores de palacio, en medio de la guardia, el grupo de jóvenes nos seguía. Mucha gente se cruzó con nosotros. Todos me reconocieron, sonrieron y comentaron. Comprendían que yo había caído en desgracia, y simpatizaban conmigo; pero yo también comprendía que, si mi hermano me hacía cortar la cabeza dentro de una hora, igualmente reírían y aplaudirían a Tomos por haberse cobrado la afrenta que yo le había inferido.

ME hicieron pasar a una habitación enorme y me condujeron hasta el extremo de una larga mesa. Permanecí allí, entre los hombres uniformados, con el capitán Karam a mi lado, mientras entraban los nobles y los con-

sejeros, hablando, murmurando y lanzando miradas ocasionales en dirección a mí. Mi hermano se hizo esperar un rato. Entró sin mirarme, cambió algunas palabras con las personas cercanas y se sentó a la cabecera de la mesa. Los demás se sentaron cuando él hizo una señal. Se oyó el crujido de los uniformes y de las espadas. Nadie dudaba sobre lo que me esperaba. Iban a enviarme a Tauron en uno de los navíos. Naturalmente, nunca llegaría a mi patria: me suicidaría antes. Pero todos estaban interesados en saber cómo iba a ser la reunión del Consejo. Probablemente algunos sentían piedad por mí.

—Señores —comenzó el rey—: es desusado e inesperado convocar al Consejo e invitarlo a reunirse cuando estamos en un planeta extranjero; pero circunstancias muy graves e insólitas me obligan a solicitar esta reunión.

Evidentemente, mi hermano estaba satisfecho y seguro de terminar por fin conmigo.

—Para hablar con claridad —prosiguió—, diré que recientemente me ha desagradado mucho la conducta de mi hermanastro, el príncipe Nicolás. Pese a mis recomendaciones verbales, recomendaciones de algunos de ustedes oyeron cuando se las hice, mi hermano ha tenido un duelo tras otro con los jóvenes de esta corte. Es una suerte que no haya logrado matar a ninguno de sus contrincantes.

Tomos razonó mucho sobre esto. Dijo que las buenas relaciones de su futuro matrimonio sufrirían como consecuencia de mi comportamiento. Llamó después la atención sobre una falta mía reciente y más grave. Todos, incluso yo, teníamos curiosidad por saber cómo mi astuto hermano podría hablar de mi aventura. Y habló. Según él yo había tenido aventuras con las damas de la corte. No sólo me había yo portado con indiscreción impropia

de un caballero, sino que, erróneamente, la princesa Nara había sido confundida con una de las damas en cuestión.

Un suspiro de admiración premió la habilidad de mi hermano para tratar aquel delicado asunto.

—Por fantásticos que nos parezcan estos rumores... —prosiguió mi hermano, mirando alrededor mientras se producían algunas señales de asentimiento entre los consejeros—, tales historias imaginarias impresionan al vulgo... —agregó, demostrando ser un excelente político—. Quisiera de todos modos tener el consentimiento de ustedes —terminó diciendo— para que el príncipe Nikolas sea enviado inmediatamente a Tauron.

Naturalmente, todos iban a aceptar esto; pero algunos comprendieron que el rey deseaba que el asunto se discutiera y que se hicieran objeciones que finalmente serían refutadas. Muchos comprendieron que era poco probable que yo llegara jamás a Tauron. Estoy seguro de que tenían piedad por mí, pero no pensaban hacer nada para evitar mi muerte.

Alguien sugirió que yo hiciera una declaración pública afirmando que la mujer en cuestión no era la princesa Nara. Esto fué objetado con el pretexto de que daría pábulo a lo que hasta ahora eran simples murmuraciones. Se perdieron diez minutos discutiendo este punto. Por último se sintió algo definitivo en la atmósfera. Era evidente que estaban a punto de llegar a un acuerdo. Yo intervine en una pausa de la discusión.

—Creo —dije en voz muy alta— que yo tengo algo que decir referente a la idea del rey de enviarme de regreso.

Todos se irguieron, sorprendidos. Casi habían olvidado que yo estaba presente.

—Puedes decir lo que desees —dijo

magnánimamente Tomos—; pero sé breve. Ya perdimos bastante tiempo.

—Seré lo más breve posible —aseguré—; pero es necesario que exponga mi idea. Estén atentos. Ya verán. ¡Capitán Karan!

KARAN hizo una señal a sus hombres. Eran los marinos de los que he hablado. Se apartaron de mí, extendiéndose por la habitación, de espaldas a la pared, y amenazaron con sus armas a los consejeros sentados. Yo avancé hasta la cabecera de la mesa.

—Hermano Tomos —dije—, tres veces has inspirado atentados contra mi vida. Ahora (yo lo sé tan bien como tú) estás planeando que yo no salga con vida del espacio. Sé que no llegaré vivo a Tauron y, por lo tanto, no tengo intenciones de ir allá. Prefiero ordenar a estos amigos míos que te maten.

—No conseguirás nada con eso —contestó Tomos nerviosamente—. Suponer que te deseo algún mal es pura imaginación. En cuanto a estos hombres que han cometido el error de obedecerte... Capitán Karan, si ordena usted a sus hombres bajar las armas, el incidente será olvidado. Recuerdo que su padre sirvió fielmente al mío...

Tomos sabía representar muy bien. Creí que no me convenía dejarlo seguir hablando.

—Debo interrumpirte, hermano —dije—. Permíte que continúe explicando mi plan —saqué un silbato del bolsillo y llamé.

Ningún hombre podía abrir la puerta, porque estaba cerrada eléctricamente, y nadie hubiera podido descerrajarla sin perder mucho tiempo; pero James la hizo saltar instantáneamente y avanzó hasta el extremo de la mesa. En cada mano llevaba un pesado fusil militar.

—Caballeros —dije yo—, este robot no necesita órdenes para actuar. Dis-

parará cuando lo crea oportuno. Continuará disparando aunque ustedes logren matarme, y no necesito recordarles que no se lo puede comprar o amenazar.

Mientras yo hablaba, los ocho jóvenes entraron en la habitación y se colocaron también en guardia junto a las paredes.

—Mi plan es el siguiente —resumí—: propongo que mi hermano Tomos abdique, que yo lo sustituya y que me case con la princesa Nara.

Aquello era tan atrevido que resultó aterrador. Todos guardaron un silencio total. Tras un momento vi que algo cambiaba en las expresiones, como si los consejeros estuvieran meditando. Pude, naturalmente, adivinar lo que meditaban. Entendían, en primer término, que yo pensaba matar a Tomos antes que entregarme, y que algunos de los servidores de mi hermano iban a ser muertos al mismo tiempo. Luego pensaron probablemente que yo no iba a ser un rey peor que mi hermano. De todos modos llegaron pronto a la conclusión de que entre mi situación actual y mi triunfo había todavía mucha distancia para recorrer.

—¡Estás loco! —exclamó Tomos.

La expresión de su rostro se iluminó porque mis posibilidades y las atracciones que éstas podían ejercer sobre los consejeros no le parecieron muy claras. Es probable que creyera realmente que me había vuelto loco. Se dirigió nuevamente a Karan:

—Sea cual sea el plan loco en el que lo ha metido mi hermano —dijo—, comprenderá usted que el plan no tiene posibilidades de triunfar. Piense usted en su propia seguridad, muchacho, en la de su familia y parientes.

Aquella frase fué muy hábil. Vi que Karan se estremecía.

—Mi plan parecerá menos atrevido y fantástico cuando se sepa que la princesa Nara, y el rey de Argol, su

padre, lo apoyan —dije.

Nuevas expresiones de duda atravesaron los rostros de los consejeros.

La princesa había dado motivos para suponer que ella apoyaba el plan, y todos sabían también que el rey de Argol escuchaba la opinión de la princesa, su hija.

EN aquel instante, como convocado por arte mágico, el rey de Argol entró en el salón. Era un hombre de mediana edad, con gran barba gris y voz vibrante y poderosa. Pero hacía cincuenta años que era rey. Desde los diecisiete años, estaba acostumbrado a ser rey y a dar órdenes que fueran obedecidas. Venía acompañado por un capitán de la guardia y por diez hombres armados. Su hija, Nara, lo seguía a corta distancia. El rey lanzó una especie de rugido, apenas entró al salón.

—Aunque sean ustedes mis invitados, y aunque haya puesto esta ala del palacio a disposición de ustedes, éste es mi palacio, y no permitiré que haya en él ejecuciones, juicios secretos ni asesinatos. ¡Usted, señor —gritó dirigiéndose al capitán Karan —diga a sus hombres que dejen de apuntarme con sus armas!

Karan dió la orden pedida, mientras los ojos del rey recorrían la asamblea.

—¡Ah, mis gallitos de riña —exclamó, viendo a los ocho jóvenes argolanos—, envainen las espadas!

Esta orden fué igualmente obedecida. Sólo quedaba James, alto, negro y amenazador, con las piernas abiertas y apuntando. El rey lo miró.

—¿De quién eres criado?

En ese momento empecé a sentir alguna esperanza de éxito, porque, si el plan se realizaba como esperábamos, James había hablado ya con el rey, y el rey sabía quién era James. Por lo tanto el rey estaba fingiendo.

—Soy criado del príncipe Nikolás —dijo James.

SUPERNUMERO

Tridimensional



el pato donald

¡MAS FORMIDABLE QUE NUNCA!

192 páginas!
CON UN ALMANAQUE
AGENDA Y UN ANTEJOJO
DE REGALO

\$5.

—¡Ah! —exclamó el rey—, Nikolás, hijo mío, dile a ese muñeco que guarde las armas y que se vaya.

—Lo lamento —contesté—, pero no puedo hacerlo. Me estaban juzgando. Se estaba planeando mi muerte. El robot es mi única protección.

—¿Te juzgaban? ¿Pensaban matarte? —el rey representaba a la perfección el papel de un hombre sorprendido, extraño—. ¿Qué significa esto, Tomos?

Tomos empezó a explicar la situación a su manera, pero desdichadamente para él fué interrumpido por el rey.

—El hecho es que tú ordenaste a Nikolás que no matara a ninguno de mis súbditos, pero no le ordenaste que no se batiera, y no comunicaste a nadie la orden que habías dado a tu hermano. Desde el primer momento me ha desagradado este asunto, Tomos, y cada vez me gusta menos. En cuanto a su aventura con “una señora de la corte”, como tú dices, puedes estar seguro de que estoy enterado de lo ocurrido. Es un asunto desdichado y escandaloso, y ya he hablado con una de las personas interesadas en ello. Estas cosas no ocurrían en mi juventud. Teníamos más cuidado para que no nos descubrieran.

—Os aseguro, señor —dije—, que es para mí un misterio total cómo se propaló la historia.

—Pero el hecho es —prosiguió el rey— que se ha propalado. ¿Qué podemos hacer? Lo único que se me ocurre es que vosotros, ambos hermanos, arregléis el asunto privadamente, cruzando las espadas...

Mientras hablaba miraba a Tomos amablemente, como interrogándolo. Tomos estaba anonadado por los acontecimientos. A juzgar por la expresión de su cara, él había supuesto que la intervención del rey iba a favorecerlo, mientras que, al ver el cariz que tomaba la conversación, yo comprendí que tal vez se me ofrecía la oportunidad de realizar mi plan. Tomos explicó

cómo él y su Consejo estaban a punto de mandarme de regreso a la patria.

—No estoy seguro de que sea la mejor medida a tomar —dijo el rey de Argol—. Eso daría motivo para que la gente se burlara todavía más de ti. Pero lo importante es que tu hermano, Nikolás, ha creído que tú pensabas matarlo, y por lo tanto, decidió matarte antes a ti. Naturalmente, Nikolás se equivoca. Estoy seguro de que tú no pensabas asesinarlo; pero aparentemente Nikolás lo cree, y está decidido a actuar de acuerdo.

Por primera vez desde la llegada del rey de Argol, Tomos pareció inquieto, pero no tuvo oportunidad de hablar.

—¿Qué propones tú para solucionar el problema? —preguntó el rey dirigiéndose a mí.

—Que mi hermano abdique, y que yo ocupe su puesto y me case con la princesa Nara.

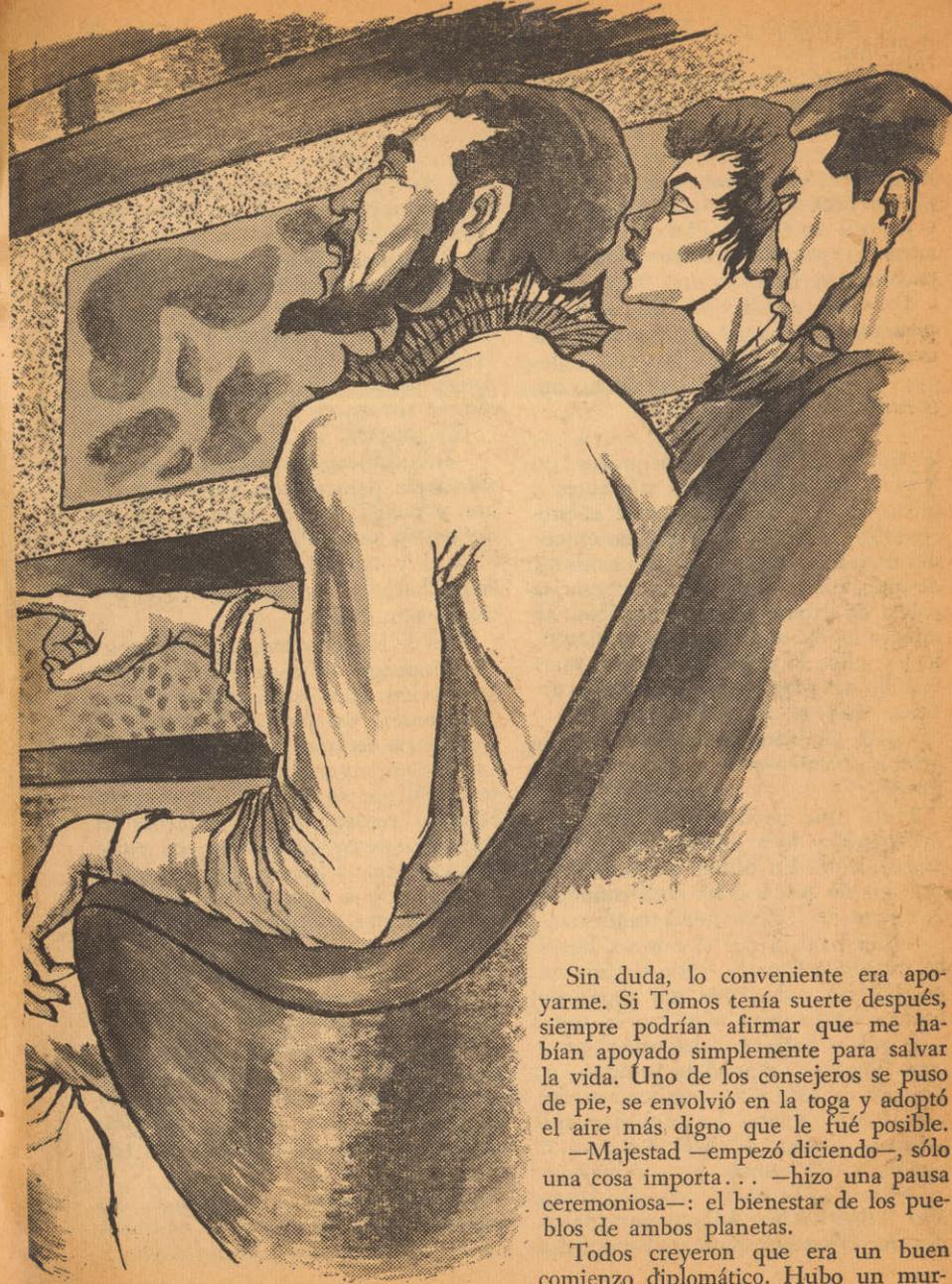
El rey tragó aquella monstruosa proposición sin esfuerzo, y pareció meditar sobre ella como si fuera una cosa normal.

—Bu...e...no... —dijo meditativamente—, ¿por qué no? Eso acallaría el escándalo. Tú eres muy popular en mi pueblo y el matrimonio agradaría a mis súbditos. En realidad, caballeros —añadió volviéndose hacia el Consejo—, yo apruebo tal cambio. Naturalmente, no pretendo intervenir en cuestiones locales, que conciernen al planeta de ustedes, pero puedo asegurar una cosa: para facilitar las dificultades que podrían surgir en Tauron como consecuencia de tal cambio, digamos, por ejemplo, alguna inquietud en el ejército, enviaré con ustedes una buena parte de mi flota espacial.

Casi pude oír el murmullo de la mente de los consejeros, mientras reflexionaban sobre los múltiples aspectos y sutilezas de aquella oferta.

Si elegían apoyarme a mí y exigir la abdicación de Tomos, todo podía

marchar bien para ellos. Pero quizá no fuera así, porque, aunque yo obligara a abdicar a Tomos, mi posición sería siempre precaria. En mi planeta estaban el ejército y la opinión pública contra mí; la suerte podía darse vuelta, y mi hermano Tomos sería capaz de vengarse contra los que los habían traicionado. Pero el rey me ofrecía su flota. Si no me apoyaban, yo podía matar a Tomos y a algunos de ellos, y encarcelar a otros o, por lo menos, mirarlos inamistosamente.



Sin duda, lo conveniente era apoyarme. Si Tomos tenía suerte después, siempre podrían afirmar que me habían apoyado simplemente para salvar la vida. Uno de los consejeros se puso de pie, se envolvió en la toga y adoptó el aire más digno que le fué posible.

—Majestad —empezó diciendo—, sólo una cosa importa. . . —hizo una pausa ceremoniosa—: el bienestar de los pueblos de ambos planetas.

Todos creyeron que era un buen comienzo diplomático. Hubo un mur-

mullo de aprobación. El orador ganó confianza.

—No examinemos, pues, profundamente las causas del conflicto actual —prosiguió— no echemos a nadie la culpa; miremos hacia adelante y no hacia atrás. Claramente y con pena como lo hacemos, nos vemos obligados a pedir a nuestro rey Tomos que examine las presentes circunstancias con máxima urgencia.

El viejo canalla hablaba como si ignorara cuál era la circunstancia más apremiante y urgente: los dos fusiles que James mantenía apuntando, imperturbable.

EL rostro de mi hermano fué un espejo de emociones crecientes e inconexas. Los acontecimientos se precipitaban sobre él. Creo que no entendió muy bien, ni en aquel momento ni después, cómo mi extraña propuesta se volvía de pronto realidad tangible. Al mirar a los consejeros, vió probablemente en ellos la expresión de las ratas cuando se preparan a abandonar un barco que se hunde.

—¿Es también ése el deseo de la princesa Nara? —preguntó desesperadamente.

Hubo una rápida mirada entre los consejeros, y todos hicieron señales de asentimiento. En último extremo, si la princesa no quería saber nada conmigo, la suerte de Tomos podía cambiar.

—Ella hablará por sí misma. Jamás he intentado forzarla —dijo el viejo hipócrita, su padre, que era capaz de hacerla azotar para salir con la suya.

—Quiero hablar a solas con el príncipe Nikolás —expresó la princesa, y, dejando de lado a los atónitos consejeros, avanzó hacia mí. La miré fijamente mientras caminaba. Bajó los ojos al encontrar mi mirada y se ruborizó.

—Entre tu hermano y tú, te prefiero a ti —dijo en voz baja—; pero debes decirme la verdad. ¿Qué probabilidades

tienes de triunfar? Debes decirme la verdad. Es tu deber.

—Si te pones de mi parte —dije—, tengo muchas posibilidades. No tengo la seguridad, sin embargo, pues quedan todavía el pueblo y el ejército de Tauron. Aunque mis posibilidades serían muchas, mi causa será una causa perdida si no te pronuncias en seguida por mí. Dentro de unos minutos algunos tratarán de ganar el favor de mi hermano, dándome un tiro oportuno. Uno o dos me miran ya fijamente y buscan en los bolsillos. Y James y yo solos no podemos luchar contra todos. Mi destino está en tus manos.

Ella suspiró.

—Indudablemente vas a ser un marido atroz pero pareces bastante hombre, y puedes ser un buen rey. A mí me gustan los hombres fuertes. Me uniré a ti y me arriesgaré contigo —se volvió hacia su padre—. Me casaré con el príncipe Nikolás.

Uno de los consejeros se puso de pie.

—Propongo —dijo— que se haga una declaración en los siguientes términos: “El Consejo del planeta Tauron y el rey Tomos declaran que, reconociendo este último la gran popularidad ganada en Argol por su hermano el príncipe Nikolás; reconociendo igualmente el profundo afecto que ha surgido entre dicho príncipe y la princesa Nara, afecto que, pese a ellos mismos, no han podido ocultar, y estando el rey Tomos sobre todas las cosas deseoso de promover el entendimiento y el bienestar de ambos pueblos, ha ofrecido a sus consejeros la abdicación, que nosotros...”

Era una declaración pomposa, sonora, con apariencia de falsedad. Los consejeros fueron a redactarla mientras mi hermano se mordía las uñas, preguntándose si aquella pesadilla iba a terminar.

Mientras duraba la conferencia, los capitanes de nuestros navíos entraron en la habitación, en perfecto orden, y

los consejeros fueron inmediatamente arrestados.

TARDAMOS medio año en consolar el reino y en asegurar mi posición. Durante aquel período, cualquier error político hubiera hecho vacilar mi posición. Pero no cometimos errores. James se superaba a sí mismo en el control de la situación.

—Bueno —le dije un día—, creo que podemos decir que hemos jugado y hemos ganado la partida.

—Y ahora es usted rey —dijo James. Fué una de las pocas oportunidades en que hizo un comentario.

—Tal vez —dije—, el rey eres tú y yo soy tu testafarro.

—Eso no es verdad —dijo él—. Yo lo aconsejé. Usted siguió mis consejos. Pero yo no soy rey. Yo no soy marido de la reina.

Lo miré bruscamente. Desde luego, James no tenía sentido del humor, pero algunas veces...

—Creo —dije— que ha llegado el momento de aclarar algunas cosas. Dime en primer lugar: ¿cómo se descubrió en aquella época mi amorío con la reina? ¿Quién reveló el secreto?

—Yo —respondió.

—Lo suponía. Quisiste ponerme en un callejón sin salida... para que yo tuviera que apoderarme a toda costa del reino.

—Así es —reconoció James.

—¿Por qué lo hiciste?

—Quería que fuera usted rey.

—Otra vez te pregunto: ¿por qué?

—Creo que puede usted llegar a ser un gran rey.

—Otra y por tercera vez pregunto: ¿por qué? ¿Me tienes tanto cariño?

—Si se refiere usted al cariño que siente un ser humano por otro, le diré que no es así. Si me pregunta usted si me ha guiado un propósito para hacer lo que hice, le diré que esto debe ser ya evidente para usted. Pero no

le diré todavía cuál es mi propósito, porque usted no lo entendería.

—Y si ahora que soy rey, empiezo a temerte e intento destruirte, ¿qué pasará?

—Naturalmente, yo soy un organismo material, que puede destruirse; pero no será fácil hacerlo. Un revólver, por ejemplo, no me dañaría. Para destruirme tendría usted que ser muy inteligente y muy rápido.

—Dime al menos quién eres.

—No tengo nombre —dijo James, como ya había dicho una vez—. Una vez tuve un número. Eso es todo.

—Pero tú no has sido fabricado según ningún plan humano. Ningún robot, ni siquiera un robot moderno, tiene la décima parte de tu capacidad.

—Me hice a mí mismo —declaró el robot. Aquella frase era tan nueva y extraña que lo miré como a algo insólito, y percibí bajo otro aspecto su estructura oscura y poderosa.

—¿Quieres decirme cómo?

—Bueno —asintió.

Comprendí que no hacía esto únicamente para satisfacer mi curiosidad o por mero deseo de hablar. Por lo tanto el hecho de revelar aquello en aquel momento debía de servir a sus propósitos.

—Me fabricaron —dijo— en el planeta Marte, hace 3.593 años, en la fábrica de Orm. Yo era uno de los objetos de producción en masa, hechos con fines utilitarios. Me pusieron un cerebro del tipo macrocristalino, con memoria y analizador, que operaban a base de vínculos intermoleculares y tensiones eléctricas, casi del mismo modo que actúa el cerebro humano por medio de las conexiones neurónicas cerebrales. Este tipo de cerebro fué considerado insatisfactorio y dejó de estar en uso. Se fabricaron entonces muy pocos robots de mi tipo. La verdadera causa de la aparente insuficiencia del cerebro era el tiempo que requería el

adquirir conocimientos suficientes para que el analizador pudiera llegar a conclusiones útiles. El cerebro de este tipo no llega a adquirir una eficiencia razonable más que en un par de siglos, aunque se le suministren informaciones continuas. Yo estaba empleado en la biblioteca de una universidad. Se me dieron instrucciones para que estudiara los libros y los mantuviera en orden. Permanecí allí, trabajando, ignorado por todos, durante cuatrocientos años, al cabo de los cuales había leído ya todos los libros, los había estudiado, y mi cerebro comenzó a tener algunos de los atributos de un cerebro humano, es decir, empezó a proponer interrogantes y a buscar la respuesta a éstos. Después de quinientos años, mi individualidad quedó firmemente establecida, y tuve conciencia total de mí mismo. Dejé la biblioteca y, poniéndome al servicio de una y otra persona, o viajando como un criado que lleva órdenes, visité todos los rincones de la Galaxia. También mejoré mi estructura personal física, de modo que llegué a ser mucho más fuerte y casi indestructible.

Medité un momento sobre las palabras de James e intenté imaginar un instante la vida de aquella personalidad no humana tan extraña, fuerte y vigorosa, que había tardado quinientos años en llegar a la madurez, que había vivido después tres mil años, y cuyo final no podía preverse.

—¿Y durante todo este tiempo no te has sentido solo ni te has cansado de vivir? —pregunté.

—No —dijo el robot.

—¿Significa algo para ti el que yo te tenga afecto?

—No —repitió el robot—. Los hombres llegan a tomar afecto a sus barcos, a sus helicópteros, a sus armas. Esto se debe a un instinto muy antiguo. Pero los barcos, los helicópteros, las armas, no sienten nada. Esos afectos

son simplemente hechos que yo percibo pero no siento —añadió el robot.

—Ya que has podido cambiar tu estructura y mejorar tu aspecto —sugerí—, ¿por qué no te diste una forma exterior más parecida a la de los hombres, como tienen los robots modernos?

—¿Para qué quiero parecerme a los hombres? —preguntó.

DIJO que él iba a convertirme en un gran rey.

Lo último que hice bajo su consejo y tutela imprimió prestigio a mi nombre. En aquel acto realicé lo más grande de mi vida, y gané una reputación que durante todo mi reinado perduró en el recuerdo de los habitantes de Tauron, de Argol y de otros planetas.

Pero esto sucedió cinco años después de mi ascensión al reinado.

Durante los cinco primeros años realizamos muchos cambios en el reino. Fueron prohibidos los duelos y se estableció además que las riquezas y propiedades de cualquier hombre muerto en duelo pasarían a ser propiedad del Estado. Los profesores de las universidades que enseñaban historia, filosofía e idiomas recibieron los mismos salarios que aquellos que se dedicaban a las ciencias militares. La instrucción universitaria fue gratis para todo el mundo. Se quitaron las regulaciones que limitaban los viajes en nuestro planeta y a través del espacio. Los asuntos militares quedaron sujetos al control de un comité civil.

James sugirió el instante propicio a cada uno de estos cambios, tan hábilmente que hubo menos oposición de la que yo esperaba. Muchos creyeron que yo fortalecía y reconstruía el reino con fines ulteriores de conquista. Yo empecé a comprender que James deseaba implantar un espíritu nuevo y más saludable en la raza, donde el interés en las artes, la música, la investigación científica y la filosofía de-

bían tomar el lugar de la actual tendencia a los duelos, a la intriga y al militarismo.

Naturalmente, mientras el espíritu de nuestra raza seguía, suave y casi imperceptible, un nuevo cambio, no ocurría lo mismo en otras partes. El alegre sinvergüenza que era mi suegro, el rey de Argol, tenía intenciones menos pacíficas. Ahora que no temía ataques de parte nuestra, volvía los ojos hacia su antiguo enemigo, Irries, el tercer planeta. Es indudable que si mi padre hubiera vivido habría intentado la conquista de Irries. Y el actual rey de Argol pensó que podía realizarla él. Como es natural, le comuniqué que no contara conmigo para ninguna aventura militar, y, naturalmente, él tampoco me prestó oídos. Supuso que mis intenciones ocultaban algo. Y él confiaba en que yo me vería obligado a participar.

Irries se enteró de los movimientos, de los preparativos, y se preparó también. A la gente de Argol se les hizo propaganda en el sentido de defender sus vidas y su libertad contra la amenaza de invasión de "aquellos asquerosos enanos mal formados" de Irries. Yo hice que Tauron y sus informaciones se mantuvieran lo más imparciales que fuera posible; pero, al seguir el curso de los acontecimientos, la clase militar empezó a estar alerta e inquieta, y empezaron a preparar informes sobre la situación, apreciaciones y estudios, anticipándose a las maniobras que creían que yo tenía proyectadas.

—Parece —dijo a James— que tendremos guerra. Mi suegro la desea. Los jóvenes argolanos desean el derramamiento de sangre, mucha gente entre nosotros se aburre en la paz, y probablemente los únicos que no desean pelear, los ciudadanos de Irries, se verán forzados a dar el primer golpe en defensa propia. ¿Cómo concuerda esto con tus propósitos privados?

—No concuerda.

—¿Qué podemos hacer?

—Por el momento no podemos hacer nada. Trate de convencer a Irries de que nosotros no queremos guerra. Procure persuadir a su suegro de que usted no se unirá a él para hacer la guerra.

—No es fácil, puesto que hasta mi propio pueblo ríe cuando yo afirmo esto. ¿Por qué habría de creerme mi suegro o la gente de Irries? No; ellos están seguros de que Nikolás, el espadachín Nikolás, el perseguidor de mujeres, Nikolás el usurpador, debe de tener algún plan sutil e ingenioso... Y creo que, si yo intentara evitar la guerra, mi buenos amigos de la Armada me derrocarían.

—Eso es verdad —asintió James—; pero tengo un plan para si llega el momento.

EL momento llegó unos seis meses después de esta conversación. Llegó cuando parecía que nada podría evitar la guerra, que los de Irries iban a atacar a Argol o a nosotros.

—Este es mi plan —dijo James—: Usted deberá ir a Irries. Deberá ir solo, todo el viaje en un pequeño navío. Deberá salir secretamente, sin comunicar a la gente de aquí sus intenciones.

—Tienes los circuitos confundidos —dije—. Conozco maneras más fáciles de suicidarse... Me colgarían diez minutos después de desembarcar...

—Tal vez —concedió James—; pero también es posible que lo escuchen.

—¿Y qué conseguiré, aunque me escuchen?

—Lo diré lo que puede ocurrir. La gente de Irries no desea la guerra. Son menos belicosos que nuestra raza y, además, tampoco les conviene luchar uno contra dos. La llegada de usted a Irries los convencerá de una cosa muy notable: el hecho de que, al ponerse usted en manos de ellos, realmente

desea evitar la guerra, es decir, que sus afirmaciones públicas han sido sinceras. Cuando estén convencidos...

—Si se convencen —interrumpí.

—Si se convencen —reconoció—, usted y ellos conjuntamente harán declaraciones de amistad. Su suegro ha dicho siempre públicamente que buscaba por todos los medios llegar a un entendimiento. Le será difícil negar, frente a las afirmaciones de usted, que no se ha llegado a un acuerdo. El pueblo de usted no podrá tampoco decir que usted ha evitado la guerra por cobardía. Eso es lo que debe usted hacer.

—¿Qué posibilidades de éxito tengo?

—Hay tres de fracasar contra una de triunfar. El principal riesgo es que los de Irries no creerán las señales de su navío cuando éste se aproxime, y dispararán contra él en cuanto esté a tiro.

—Gracias —dije—. No iré. Después de todo, ¿qué importa una guerra? ¿No ha habido siempre guerras cada veinte o treinta años?

—Prometí que iba a convertirlo en un gran rey —recordó James—. Sería más exacto decir que usted se convertirá en un gran rey. Lo único que yo puedo hacer es indicarle el camino.

—Creo que es mejor ser un rey común vivo que un gran rey muerto.

—Pero de todos modos usted morirá muy pronto. Ustedes, los seres humanos, tienen vida muy corta.

—Pero la corta vida que se me ofrece promete ser interesante y divertida. Hasta la guerra es divertida para los reyes.

El guardó un momento de silencio.

—Dime por qué debo correr este gran riesgo.

—Para convertirte en un gran rey.

—Si hago lo que me dices, si sobrevivo y llego a ser tan grande como prometes, ¿me recordarán los pueblos?

—Por unos centenares de años; qui-

zás por mil años. Finalmente lo olvidarán.

—Entonces, ¿para qué hacerlo?

—No hay otros motivos.

—¿Quieres, pues que hablemos de otra cosa? —sugerí.

Pero finalmente, sin que las razones para hacerlo me aparecieran claras, fui a Irries, solo, en un pequeño navío.

Aunque hace mucho tiempo que sucedió, todavía recuerdo con emoción el momento en que aterricé en la capital. Las armas apuntadas, las caras hostiles, las sospechas, las discusiones. Pero triunfé. Volví triunfante a mi planeta.

La revuelta que estalló después de mi partida, cuando los jefes del ejército se enteraron del motivo de mi viaje, fué sofocada sin dificultad por la reina. Ella hizo ahorcar a dieciocho jefes.

Así, a su debido tiempo, me convertí en un gran rey, jefe de los tres planetas de nuestro sistema.

A HORA debes decirme por qué has hecho todo esto —dije a James.

—Creo que usted ya lo ha adivinado en parte —contestó él—; pero le explicaré... Por miles de años, desde que la Galaxia fué explorada de uno a otro extremo y todos los mundos habitables fueron ocupados, y desde que se demostró que la Galaxia es el último límite de las razas que la habitan, estas razas no han realizado ningún progreso verdadero en ninguna dirección. Cada una de ellas, humanas o no, han seguido un ciclo normal de progreso, civilización, madurez, degeneración y decadencia, hasta volver a la barbarie. En un rincón u otro de la Galaxia encontrará usted ejemplos de este progreso, y todas las variedades posibles. El período normal de estos ciclos es de ochocientos años. El nivel más bajo asume generalmente la for-

ma de algún gobierno regional feudal, y el punto más elevado, cuando se llega a él, no sobrepasa nunca el nivel de cultura logrado por las civilizaciones del Sol hace cinco mil años. Más allá de ese punto no se ha logrado ningún progreso intelectual o filosófico. Peor aun: ningún individuo o grupo de individuos cree ya en un progreso continuo, real, infinito, ni habla de él, ni lo espera, ni lucha por obtenerlo, ni procura imaginar cuál es la dirección del progreso —hizo una pausa—. Yo intento cambiar este estado de cosas. Trato de quebrar este círculo vicioso. Por ejemplo: encontré en este planeta una civilización de tipo inferior, gobernada por el hijo débil de un padre típicamente guerrero. La civilización ya carecía de fuerza moral y había comenzado a descender. Elegí una personalidad clave.

—¿Te refieres a mí?

—Naturalmente. E influí sobre ella de tal manera que, en lugar de pasar una vida breve e inútil, divirtiéndose con actrices, esa personalidad se convirtió en un rey... en un rey verdadero, por cuya influencia el camino de descenso ha alterado su curso. Ahora subimos en otra dirección.

—¿Crees que es así?

—Estoy seguro. Y es más seguro después de haberle explicado esto.

—Nunca creí que explicaras nada para satisfacer mi curiosidad. De modo que —comenté— tú, una personalidad, sola, aislada, creada artificialmente, te has propuesto cambiar el destino de

las razas de la Galaxia?

—Así es —repuso sin modestia y sin orgullo.

—Creo que veo una falla en tu razonamiento, generalmente impecable —dije—. ¿Crees que las escasas mejoras que has hecho en esta parte de la Galaxia, podrán tener efecto duradero e importante? Al fin y al cabo, tú mismo afirmas que somos una raza insignificante, en un lugar poco importante del espacio.

—Lo que usted dice es verdad. Pero ahora abandono su servicio. Iré a otra parte, a través del espacio, para aplicar mi nivelador a otro grupo, a otro mundo; para sacarlo también de su ciclo cultural.

—¿Y dondequiera que vayas buscarás un individuo que sirva de fantoche para aplicarle tu nivelador?

—Es mi método —asintió.

—Requerirá mucho tiempo —comenté.

—Tengo mucho tiempo por delante —afirmó.

—Bueno —dije—. Ahora que has contestado todas las preguntas y que has dado todas las explicaciones, falta la última, la final. ¿Por qué haces esto? No por afecto a nosotros ni por sentido del deber. ¿Por qué lo haces?

—Quiero saber hacia dónde irán ustedes cuando entren otra vez en movimiento. Quiero saber qué ocurrirá cuando ruede otra vez la pelota. Eso es todo... ¿Sabe usted?... Tengo una característica en común con los hombres: la curiosidad. ♦

Cirugía glacial

UNA comunicación de un médico francés afirma que operaciones hasta hoy consideradas imposibles, como la de deformaciones cardiacas congénitas, se pueden realizar ahora rebajando la temperatura del cuerpo humano hasta un nivel de 20 ó 25 grados. A estas bajas temperaturas, se retarda todo el metabolismo y se detienen las hemorragias.



sin apelación



EL JUICIO DE LOS LECTORES

De acuerdo con las cartas recibidas, éste es el orden de preferencia de los cuentos publicados en el número de noviembre.

- 1° El hombre aniquilado
- 2° La vuelta al pasado

- 3° El día de lo imposible
- 4° Una madre del siglo XXI

Escribanos, indicando su orden de preferencia de los cuentos que aparecen en el presente número. Todos los meses podrá comparar sus gustos con el del promedio de los lectores. Tendremos muy en cuenta su opinión en la selección del material que publicaremos en los próximos números.

Escriba a: MAS ALLA - Avenida Alem 884 - Buenos Aires.

más allá. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 463110. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

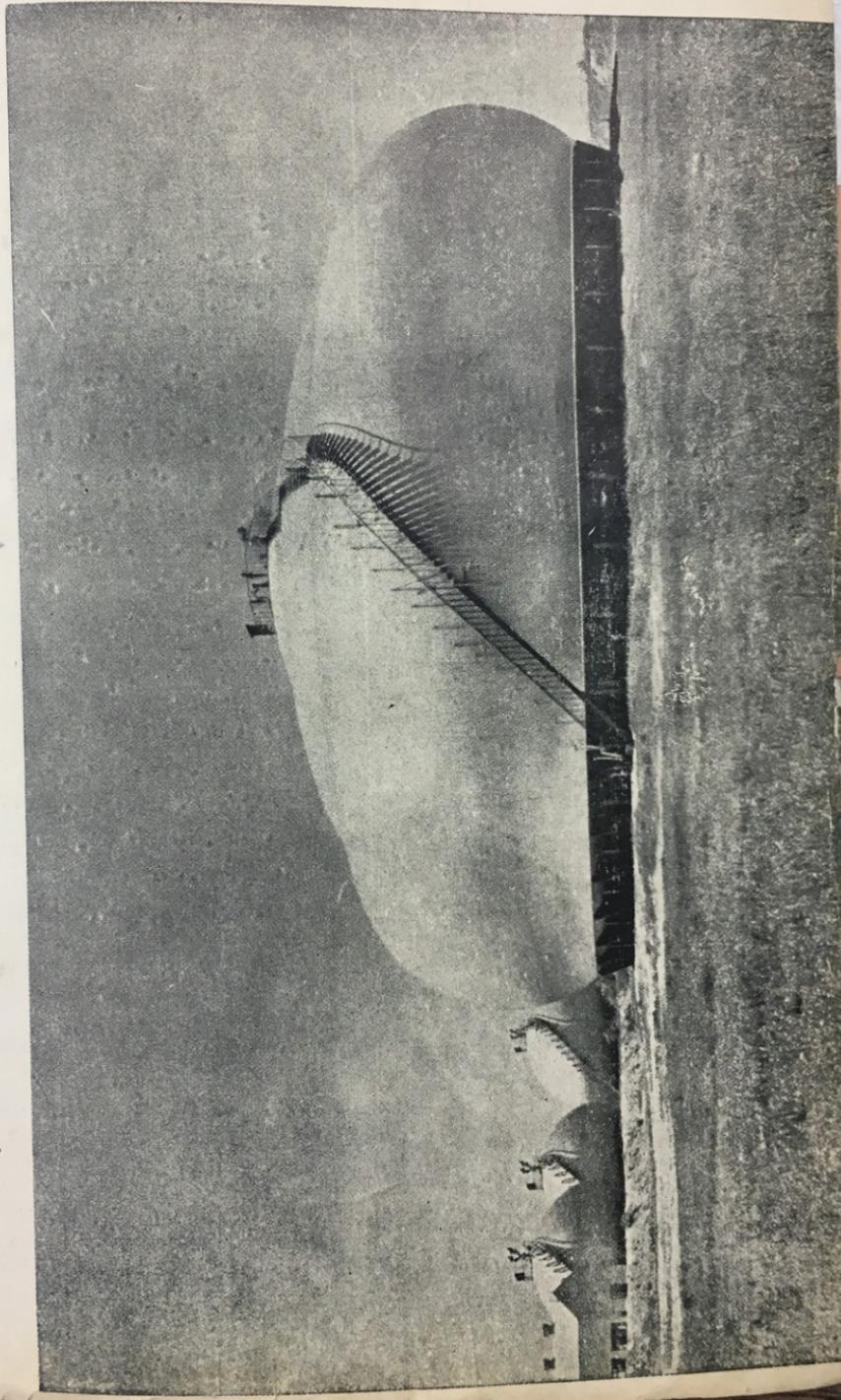
CORREO
ARGENTINO
Central B

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923

LA BELLEZA DE LA TECNICA

Destinado a recepción de nafta de presión, este nuevo modelo de tanque evita las enormes pérdidas que se producen por evaporación de dicho combustible. El primer modelo experimental fué fabricado en Texas.



en
el
próximo
número **más allá**
publicará:

la aguja

novela de Jerry Sohl

No sirve el sacrificio personal de un sabio, ni el heroísmo colectivo de un grupo de jóvenes semidesnudos: a través de LA AGUJA los hombres desaparecen hacia lo desconocido. LA AGUJA absorbe vidas, y el pánico se agiganta. ¿Qué hay detrás de ese ojo implacable? ¿Una victoria de la ciencia o una catástrofe universal? La respuesta crea un mundo de insospechadas emociones.

- cuentos
- artículos científicos
- correspondencia

\$ 6.-





...regale el porvenir...

◆ ...un porvenir cargado de emociones, de conocimientos útiles, de aventuras a través de todos los tiempos y de todos los espacios.

◆ ...regale una suscripción a

más allá

para 1956

- Su obsequio será anunciado con una elegante tarjeta que llevará a sus amigos sus augurios de Año Nuevo y la noticia de que usted les ha hecho el regalo más original y más grato.
- Y, para usted, un simpático obsequio de parte de MAS ALLA: tres ejemplares diferentes de los números ya publicados de la revista. Elija los números que contienen las novelas que usted desea leer o los que necesita para completar su colección. El aviso de la página 54 le ayudará en la selección.
- Llene la página siguiente, recórtela a lo largo de la línea y envíela a MAS ALLA.

